
corona
cautiva
UNA NOVIA SECUESTRADA.
UN OSCURO ROMANCE DE MAFIA.
AJME WILLIAMS

CORONA CAUTIVA

UNA NOVIA SECUESTRADA. UN OSCURO ROMANCE DE MAFIA.

SPANISH EDITION - MAFIA LORDS OF SIN

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción

Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Kaia
Flynn
Kaia
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia
Flynn

Kaia
Flynn
Kaia
Flynn
Kaia

Derechos de autor © 2026 por Ajme Williams

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia. La siguiente historia contiene temas adultos, lenguaje fuerte y situaciones sexuales. Está destinada únicamente a lectores adultos.

Todos los personajes tienen más de 18 años y todos los actos sexuales son consentidos.

❀ Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Mató a mi hermano.
Reclamó mi cuerpo.
Y ahora pertenezco al rey enemigo.

Flynn Gallagher es el tipo de hombre que no pide permiso.

Él ordena.
Él castiga.
Él coge lo que quiere.
Y ahora mismo... eso soy yo.

Quemó mi casa.
Y me arrastró a su mundo, usándome como moneda de cambio en una guerra entre nuestras familias.

Intento escapar.
Intento apuñalarle.
Le enveneno.

Sobrevive.

Y cada vez que fallo, me observa como si ya fuera suya.

Pero la verdad tras esta guerra es más oscura que la venganza.

Mi familia no solo traicionó a Flynn Gallagher.
Robaron a un niño.

Así que hago lo impensable.

Traiciono mi sangre y me coloco al lado del rey enemigo.

Él no pide lealtad.
La toma.

Él no pide lealtad.
Me reclama.

Y cuando la guerra por fin termina entre humo y cadáveres…
Descubro que estoy embarazada.
Del heredero del imperio de Flynn Gallagher.

Y los reyes de la mafia no comparten su corona.
Destruyen a cualquiera que intente arrebatársela.

KAIA

—No vas a ganar esta vez. Mi mejor amiga, Anya, se inclina tanto hacia delante que las gafas se deslizan hasta la punta de su pequeña nariz respingona y coloca tres cartas, un seis, un siete y un ocho, sobre la mesa entre nosotras.

Estamos acurrucadas en nuestros cojines preferidos, rodeadas de aperitivos y bebidas, fingiendo que no me espera una falsificación por la mañana mientras ella podrá dormir todo lo que quiera.

—¿Quieres apostar? —Entrecierro los ojos de forma juguetona, le guiño un ojo y echo un vistazo rápido a mis propias cartas.

Dobles frustrantes me devuelven la mirada, burlándose de mí con la posibilidad de una victoria pero faltándome la tercera carta que necesito para completar cada escalera.

Mi as y dos echan en falta su tres, mi jota y rey esperan una reina, y mi siete y nueve ansían el ocho que falta. A este paso, Anya va a ganar seguro.

Como casi todas las noches de juegos.

Chupándome el interior de la mejilla, cedo bajo su mirada implacable y cojo una carta del mazo.

Un cinco.

No puedo ocultar mi decepción cuando dejo mi siete y Anya lo coge al instante con una exclamación de alegría.

—Te lo dije. —Sonríe mientras lanza un cinco, un seis y mi antiguo siete sobre la mesa—. Estoy ganando.

—Te estás volviendo demasiado creída —la advierto, cambiando el peso de un lado a otro para aliviar el calambre que empieza a formarse en mis piernas cruzadas.

—¡Que no! —Anya se endereza con indignación y se sube las gafas nariz arriba—. Estoy disfrutando de mi victoria.

—Dos escaleras seguidas no garantizan la victoria. —La siguiente carta que saco del mazo es la reina que estaba esperando, y lanzo las tres cartas sobre la mesa—. ¿Ves?

Anya refunfuña y, tras robar una carta sin éxito, deja un tres sobre las cartas volteadas, que recojo enseguida para mi mano.

—A menos que esto forme parte de tu truco —digo, sonriendo de oreja a oreja cuando la siguiente carta que saco es otro siete y puedo poner la escalera de as, dos y tres—. No estarás dejándome ganar, ¿verdad?

—¿Con el Rummy? —Anya resopla divertida—. Jamás te lo pongo fácil.

—Mentirosa. Siempre te ablandas conmigo.

—Solo cuando está Vic cerca. —Me guiña un ojo mientras roba otra carta—. No puedo dejar que quedes como una mala jugadora delante de tu hermano.

—¿O sea, que la semana pasada, cuando jugábamos al póker...?

Anya baja las cartas y se recuesta perezosamente contra los cojines que ha apoyado en el sofá, bostezando levemente—. ¿Me estás preguntando si te dejé ganar al póker porque quieres saber si ganaste justamente a Vic o porque quieres saber si me has ganado a *mí*?

La chimenea a nuestra izquierda crepita suavemente al desplazarse y derrumbarse los troncos bajo el calor.

Con el cacao caliente reconfortando mi estómago y el fuego adormilándome, me queda una partida antes de rendirme e irme a la cama.—¿A ambos? —respondo vacilante—. O quizá solo a Vic.

—Bueno, odio tener que decírtelo, pero dejé caer mi mano para que pudieras ganar —suspira Anya, satisfecha—. De hecho, creo que nunca me has vencido limpiamente.

—¡Qué mentirosa eres! —La risa me burbujea por dentro—. No puedes decirme que no tengo habilidad.

—Mala habilidad, sí —responde Anya con una risita—. No todas tenemos talento para las cartas.

—¿Talento? ¡Claro que tengo talento!

—¿Ah, sí? —La sonrisa de Anya se vuelve traviesa—. Porque aún no lo he visto en ninguno de nuestros juegos. De hecho—

El resto de sus palabras, ligeras y suaves, desaparecen con el estruendo de la puerta del salón abriéndose de golpe tras de mí, tan ruidosamente que casi salto del susto.

La comodidad de una velada de buena comida, mejor compañía y una acogedora chimenea de leña se desvanece mientras me giro en mi nido de cojines hacia la fuente de la interrupción.

Mi hermano mayor, Vic, está de pie jadeando intensamente en el umbral.

Su pelo oscuro está pegado hacia atrás, los ojos tan abiertos y desorbitados que el blanco se ve alrededor de sus pupilas.

La sangre le corre por el lateral de la cara desde un gran corte en la frente, mientras el sudor y la suciedad empapan su camisa azul, medio desabrochada, tiñendo la tela de un tono terroso.

—¿Vic? —Estoy de pie en un segundo, tropezando con las mantas con las que me había acurrucado en el nido tan confortable que había montado—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Kaia!

Mi nombre brota de sus labios amoratados justo cuando una explosión ensordecedora estalla a las afueras de la ventana del salón.

Medio segundo después, la explosión atraviesa las ventanas con tal fuerza que me arranca del suelo y me lanza por el aire como si no pesara nada.

Vic desaparece de mi campo de visión y el grito de Anya surge de algún lugar debajo de mí, para luego apagarse al instante cuando salgo disparada por el aire.

Caigo de golpe, sobre el hombro, a pocos metros de la chimenea, precipitándome sobre la mesa de centro que se hunde bajo la fuerza de mi caída.

Todo lo que había sobre ella—el jarrón de cristal con margaritas, los vasos que habíamos dejado allí y algunas de las figuritas de porcelana de mi tía—se hace añicos bajo mi peso, cortándome y hiriéndome profundamente el brazo en el que caigo.

El dolor queda relegado a un segundo plano frente al instinto, impulsado por el pánico, de acurrucarme y protegerme la cabeza con el brazo de los restos que caen.

Cristales y astillas de madera llueven a mi alrededor, seguidos de trozos de ladrillo y yeso arrancados de la pared por la fuerza de la explosión.

Es ensordecedor cuando a la explosión inicial la siguen otras dos, cada una como un petardo gigantesco explotando demasiado cerca de mí.

El pánico me atenaza como un torno, y los dos segundos que paso allí cubriéndome la cabeza se alargan hasta parecer una eternidad.

Nos están atacando.

No necesito detalles para saberlo.

¿Quién nos atacaría aquí?

Nadie se atrevería a ser tan osado, ¿verdad?

Seguro que solo alguien con ganas de morir traería un ataque así a la mismísima puerta de la mansión Yudkin.

Muévete, me grito a mí misma mientras los escombros siguen cayendo a mi alrededor a cámara lenta, flotando como si los ladrillos y las esquirlas de cristal no fueran más que copos de nieve. *¡Levántate y muévete!*

Necesito algo.

Algo para defenderme.

¿Dónde, entonces?

Detrás de la barra.

El tío Antov guarda una pistola detrás de la barra.

Le he visto alguna que otra vez cuando se ha escondido aquí, en vez de estar en casa, bebiendo hasta tarde para evitar a la tía Kara.

Un trozo de ladrillo cae a mi lado y me saca de mi aturdimiento lo bastante bruscamente como para ponerme en marcha.

Impulsándome sobre las manos y las rodillas, avanzo desesperada arrastrándome por encima de astillas y cristales, tan rápido como puedo, en dirección a la barra al fondo del salón.

Un calor abrasador me recorre los brazos y las piernas desnudos mientras el humo, que entra a raudales desde el origen de la explosión, me ciega y me obstruye los pulmones.

Cada bocanada desesperada de aire que consigo al arrastrarme enciende un picor en mi garganta y, cuando llego a la barra, ya estoy tosiendo con violencia.

Pistola. Pistola, pistola, ¿dónde coño guarda la maldita pistola?

Las botellas tiemblan y chocan entre sí mientras las aparto, buscando en cada rincón dónde guarda Antov la pistola.

Whisky, Bourbon, Vodka; todo estorba y cada botella que aparto frenética del estante dispara mi terror porque el arma sigue sin aparecer.

—¡Joder! Joder, joder, joder.— Esto no habría pasado si yo tuviera mi pistola encima.

Debería haberla llevado encima, pero es tan tarde... Anya y yo estábamos en pijama tomando chocolate caliente y jugando a las cartas antes de ir a dormir.

El peligro nunca debería llegarnos tan dentro de la finca, pero aquí está, haciéndome pedazos el hogar.

Otra explosión fuera me hace soltar un chillido de miedo y retrocedo de un tirón, sacando el cajón de cuajo con las manos.

Los cubiertos caen al suelo junto a mis piernas desnudas, junto al golpe seco de la pistola que estaba buscando, y el alivio me recorre como una ola cuando cojo el arma y siento el peso familiar en la palma.

Defensa asegurada.

Tengo que encontrar a Anya y Vic y salir de aquí—i

Una sombra repentina se mueve a mi derecha y una figura emerge entre el humo.

En cuanto el instinto toma el mando y levanto el arma, me la arrebatan de un manotazo.

Antes de que pueda reaccionar, una mano me agarra del hombro y me atrae tan cerca que los rasgos de ese desconocido se funden

en alguien conocido.

—¿Vic?— exclamo entre toses. —¡Vic!

—¡Kaia! ¡Vamos, tenemos que salir de aquí!— grita tan fuerte en mi cara, y aun así es nada comparado con el estruendo que llena el aire.

—¿Qué está pasando?— le grito de vuelta.

—¡Arriba!— Su mano baja del hombro a mi brazo.

Mientras me pone en pie a tirones, el dolor causado por el vidrio en mi piel arde con intensidad, como fuego abrasador hasta la muñeca.

Recupero el equilibrio, y Vic se estremece y me fijo en el origen de su dolor.

Le han disparado.

La sangre le empapa el pecho, tiñendo la camisa hasta dejarla tan negra como la noche fuera, pero a él parece no importarle mientras me arrastra fuera de la barra.

Su propia pistola alzada nos abre camino mientras tropezamos juntos rodeando la barra, mis pies descalzos resbalan sobre piedra rota, cristal afilado y madera astillada.

—¡Vamos!— grita Vic, tirando de mí tan bruscamente que pierdo pie y me estampo de bruces contra el suelo, poniendo las manos para amortiguar la caída.

Grito, ahogándome con el humo espeso que nos envuelve.

Por un segundo pierdo de vista a Vic, hasta que una ráfaga de viento entra por el agujero del salón y se lleva la neblina consigo.

Veo a Vic justo cuando él me ve a mí y su agarre de hierro vuelve a atraparme el brazo.

Me levanta de un tirón, mueve los labios y grita algo que no escucho porque, justo cuando me incorpora, yo la veo a ella.

Anya.

Está a unos metros, tendida de espaldas, rodeada de cartas que se retuercen bajo las llamas que las devoran.

Sus ojos están muy abiertos, mirando sin ver ni pestañear hacia un techo que amenaza con desplomarse bajo el peso de la lámpara de araña.

Si no fuera por la profunda herida que le atraviesa el abdomen, una estaca de madera, astilla del marco de una ventana, parecería estar en paz.

Como si la hubiese sorprendido en un instante de contemplación dichosa.

—Sus gafas—, digo ahogada por el humo cuando vuelve a descender. —Le hacen falta— ¡Vic, sus gafas—!

Justo cuando las distingo, hechas añicos, a pocos metros, el humo cae como un telón y ella desaparece de mi vista.

Vic, harto de mis demoras, me arrastra fuera del salón hacia el pasillo.

Justo a tiempo, porque ni un segundo después el techo por fin cede con un estruendo y un golpe de aire que casi me hace caer otra vez al suelo.

Anya está muerta.

No puede estar muerta.

Tenemos planes.

No puede estar muerta.

—¡Kaia!— El rostro descompuesto de Vic aparece ante el mío, borroso por las lágrimas que inundan mis ojos. Me sujeta la cara con una mano temblorosa y me sacude. —¡Kaia, espabila de una puta vez!

No puedo quedarme aquí.

Escapar.

Tengo que escapar.

—Estoy aquí—, consigo decir entrecortada, luchando contra el nudo que se me forma en el pecho por el dolor de la pérdida que se apodera de mi corazón. —¡Tenemos que irnos!

—¡No me digas! —Vic me agarra de la mano justo cuando otra explosión ensordecedora sacude el aire. Ambos nos agachamos y Vic, que me llevaba hacia la puerta principal, cambia de idea al escucharse una lluvia de disparos y no nos queda más remedio que subir las escaleras.

Las llamas se propagan como si la mansión Yudkin estuviera hecha de cerillas, el humo sale a raudales de las puertas y

quienquiera que nos persigue lo hace como si no tuviera miedo a nada.

Al llegar a la planta de arriba, el corazón me late como un tambor desbocado y apenas logro respirar con el humo atascando mis pulmones y las lágrimas corriéndome por la cara. —¡Vic! No puedo… ¡no puedo respirar!

—¡Tienes que hacerlo! —A Vic siempre le ha faltado paciencia, pero ahora se nota aún más cuando se gira, me agarra por los hombros y me empuja contra la pared.

Antes de que consiga decir nada, su palma choca con fuerza contra mi mejilla y la cabeza se me va hacia un lado mientras un calor más intenso que el de las llamas subiendo por las escaleras me arde en la mandíbula.

Por doloroso que sea, el golpe me da el momento de claridad que necesitaba.

—¡Kaia! —Me agarra por la barbilla y me obliga a mirarle a los ojos oscuros, ojos inundados de dolor y furia bajo sus cejas espesas. —Kaia, tienes que salir de aquí, ¿lo entiendes? Tienes que salir y llegar hasta casa de Antov. Cuéntale lo que está pasando. Él enviará ayuda, ¿de acuerdo?

—¿Pero y tú? —jadeo mientras él me mete las llaves del coche en la mano—. ¿No vienes?

—Aquí tenemos hombres. No puedo abandonarlos. No lo haré. Tienes que ir con el Tío y él lo solucionará todo, te lo prometo.

—¿Qué le digo?

Vic empieza a alejarse, pero se detiene y se da la vuelta para mirarme.—Dile que son los Gallagher. ¡Ahora, corre! Toma el pasillo de atrás y sal corriendo. —Me suelta y se aleja, pero cuando desaparece por el pasillo otro escalofrío helado se apodera de mi mente.

—¡Vic! —grito por encima del rugido del incendio y el crujido de la madera ardiendo—. ¡Espera!

Vic regresa en un segundo, con los ojos aún más enfadados que antes.—¡Kaia, no hay tiempo para esto!

—No, escucha…

—¿Qué?

—¡La tía Kara! Vino a cenar y sigue aquí. ¡Tienes que encontrarla!

El rostro de Vic se tensa un instante, luego asiente y se inclina hacia mí.

Sus labios rozan mi frente sudorosa.—La encontraré. Vete, Kaia. Tienes que *sobrevivir*. Vete y pide ayuda.

Y con eso, desaparece, fundiéndose con el humo como si nunca hubiera estado aquí.

No puedo pensar en Kara, no puedo pensar en Anya ni siquiera en Vic. Tengo que concentrarme en salir de aquí.

El dolor queda en un segundo plano mientras mis pies descalzos golpean las lujosas alfombras que las llamas devoran y los suelos de madera ya calentados por el fuego.

Cada vez corro más rápido, pasando por dormitorios que no han sido tocados desde que murieron mis padres, habitaciones de invitados que no han visto a nadie en décadas y que ahora son devoradas por las llamas, y la biblioteca donde pasé la mayor parte de mi infancia.

Ninguno de esos libros tiene la menor esperanza.

El crujir y rugir de las llamas llena el aire mientras doblo la esquina, pasando los baños, el gimnasio de la planta de arriba, y recorro un último pasillo hacia la puerta de salida al fondo.

¡Corre! ¡No pares de correr!

No puedo detenerme.

A mi espalda, la madera se astilla y el cristal se hace añicos cuando la mansión, debilitada por las explosiones y las paredes desmoronándose, cede ante la gravedad y comienza a derrumbarse.

Llego a la última puerta, agarro el pomo y lo giro con un jadeo ahogado.

El humo que tapona mis pulmones sube de golpe al pecho, abrasándome la garganta mientras tropiezo en la fría escalera de piedra, lejos de las llamas y el fuego.

Al chocar contra la pared opuesta, la fría piedra es un alivio frente al calor abrasador de las llamas y el pánico que me invade la sangre, pero ese alivio dura poco.

Tengo que salir. Encontrar el coche de Vic.

En mi mano, las llaves que él me apretó tienen un par de dados plateados colgando: la señal de que son de su Porsche. Jamás ha dejado a nadie conducir su Porsche.

—Vamos —murmuro con voz ronca para mí misma—. Vete, Kaia. ¡Corre!

Mis pies descalzos resuenan contra los escalones de piedra mientras bajo corriendo la escalera, un rincón pensado para el servicio cuando la casa se construyó.

Mi pelo oscuro, empapado de humo y sudor, se pega a mi nuca como un chal agobiante, y mi pijama manchado ya no conserva ni rastro del rosa suave original.

Por un instante fugaz, me veo reflejada en el cristal de la puerta al fondo de la escalera y apenas me reconozco.

Luego las puertas se abren y salgo corriendo lo más rápido que puedo, atravesando la grava afilada de los caminos exteriores.

Cada piedra que se clava en las plantas de mis pies apenas alcanza la capa de pánico que me tiene bloqueada mientras recorro el lateral del edificio hacia la hilera de garajes, alejados unos metros de la entrada principal.

Tengo que llegar, meterme en el coche y…

De repente, una sombra oscura se cruza en mi camino y me estrello contra algo tan sólido que podría jurar que eran los propios ladrillos de la casa queriendo impedir mi huida.

Todo el aire se me escapa en un jadeo desgarrado y reboto hacia atrás por la fuerza del choque, cayendo dolorosamente sobre el coxis.

Me sobrevuela, un hombre tan alto y ancho que tapa la luna y las estrellas que apenas luchan por brillar entre las columnas de humo que emergen de mi hogar destruido.

En mi pánico, no retengo casi ningún rasgo suyo salvo su altura, sus enormes hombros y el brillo frío y malicioso de su mirada.

Solo sé que no le conozco.

¡Mierda!

¿Será un Gallagher? Seguro que sí.

Me levanto a trompicones, alzando los puños como si tuviera la menor posibilidad contra un tipo así, y a penas me da tiempo de

tomar aire con el nombre de Vic en la punta de la lengua.

Pero antes de poder decir una palabra o lanzar un golpe para demostrarle a este desconocido que no me rendiré tan fácil, él levanta el brazo y me da un puñetazo en la cara con tanta fuerza que todo mi cuerpo se queda instantáneamente insensible.

Me hundo en la oscuridad con la destrucción de mi hogar sonando aún en mis oídos.

FLYNN

La chica cae sin hacer ruido, desplomándose sobre sí misma como una bolsa de papel y el instinto se apodera de mí.

La atrapo entre mis brazos antes de que toque la grava y la recojo en un solo movimiento.

Unos rizos oscuros rozan mi codo mientras su cabeza se tambalea apoyada en mi brazo, y durante un instante la destrucción del edificio a mi alrededor pasa a un segundo plano ante el vuelco en el estómago al observar su rostro inconsciente.

Tiene un moratón en la mejilla, el pijama manchado de humo y alcohol, y un brazo cubierto de cortes y laceraciones de todo tipo.

Por el estado en que tiene los pies, ha estado corriendo descalza sin importarle absolutamente nada.

Ese instinto de supervivencia convierte el dolor en algo pasado.

Quién sea no importa, pero si existe la mínima posibilidad de que tenga información que no encontraré en la mansión Yudkin, entonces tiene valor.

Dando media vuelta, regreso por el sendero hacia el camino de entrada, invadido por varios coches de mi organización.

Varios hombres armados con fusiles de asalto levantan las armas al verme salir de las sombras, pero en cuanto me reconocen bajan todos los fusiles y uno de ellos se acerca corriendo con el ceño fruncido.

—¿Jefe? —dirige la mirada hacia la mujer en mis brazos—. ¿Muerta?

—No. Ocúpate de ella. —Tardo medio segundo en pasarle la mujer inconsciente y después desenfundo la pistola de la cintura y echo a correr hacia el edificio en llamas.

Esto no tenía que haber llegado a este punto.

El cabrón al que perseguimos hasta aquí preparó su coche para hacerlo explotar, y eso desencadenó una reacción en cadena con dos de los míos, que iban pisándole los talones.

El bastardo lo aparcó tan cerca de la casa que, además de los tres coches ardiendo esparcidos por el parterre, todo el edificio se está viniendo abajo sobre nuestras cabezas.

Varios de mis hombres se llevaron la peor parte de la explosión.

A mis espaldas, están apartando sus cuerpos del lío de metal retorcido y rasgado, ladrillos desmoronados y cristales hechos añicos.

Ignoro todo eso y me lanzo al infierno con varios de los míos pisándome los talones.

Dentro, las llamas devoran todo a nuestro paso.

El papel pintado se despega de las paredes, las alfombras de lujo se convierten en ceniza bajo nuestros pies, y los techos crujen mientras las grietas que se van abriendo debilitan las estructuras que sujetan las carísimas lámparas de araña.

Eligiendo el camino menos cubierto de humo por el interior del edificio, con un brazo alzado cubriéndome la nariz y la boca, paso junto a un piano de cola y un comedor ornamentado hasta un pasillo inundado de humo pero que, por ahora, no ha sido alcanzado por las llamas.

El ala este de la casa está llevando la peor parte del incendio por el momento, pero no tardará mucho en arder todo el lugar.

No puedo pensar en la posibilidad de que lo que busco esté en el ala este.

Si es así, nada me detendrá para borrar del mapa a cualquier malnacido Yudkin y a todos sus socios.

Tras recorrer el pasillo a toda velocidad, me tropiezo al entrar en la cocina justo cuando la puerta del otro extremo se abre de golpe.

Las armas hacen clic cuando apunto con la pistola, el dedo listo para disparar al primero que entre torpemente por la puerta, pero en vez de la cara repelente de un Yudkin, es Frank, mi mano derecha, el que aparece apresuradamente con ambas manos en alto.

—¿Flynn? ¿Se puede saber qué coño haces aquí dentro?

—¿Tú crees que vendría hasta aquí y no me metería en esto? —suelto, bajando el arma.

Frank encabezó la primera oleada de hombres que entró en la mansión justo cuando las explosiones reventaron el muro, así que su piel sudorosa está cubierta de ceniza y hollín mientras avanza hacia mí secándose la calva.

—¿Tienes ganas de morir? —gruñe él.

Sin hacerle caso, lo examino de arriba abajo para asegurarme de que no está herido, y entonces nuestras miradas se cruzan.—¿Has encontrado algo?

Los ojos entornados de Frank se abren ligeramente mientras niega despacio con la cabeza.—Hemos peinado todo lo que hemos podido del Ala Este. Ni rastro.

Mi corazón, que retumba en mi pecho, se detiene de golpe, y es como si alguien subiera desde mis entrañas para estrujarme el corazón con el puño.—Estás seguro.

—Seguro —responde Frank—. No hay nada. Una chica muerta, un par de guardias con los que hemos lidiado, y ya está.

—¿Y Antov? —El odio amarga su nombre en mi boca y escupo hacia un lado para librarme de ese sabor—. ¿El cabrón?

—Nada.

—¡Joder!

—Seguimos buscando, pero... —Un crujido repentino desde arriba hace que todas las miradas se alcen y Frank suspira hondo—. Este lugar puede venirse abajo antes de que revisemos todo.

—Eso no es una opción. —El arma en mi mano se clava en mi palma mientras la tensión se esparce por mi cuerpo, endureciéndome todos los músculos como si me convirtiera en hierro.—¿Me oyes? No es una opción. Tenemos que encontrar—

—¡Jefe! —Una llamada repentina a mi espalda me hace girar. Una tercera puerta que sale de esta amplia cocina está abierta y uno de mis hombres está allí, con el fusil de asalto bien pegado al pecho.— Hemos encontrado a alguien.

Estoy corriendo hacia él antes de que termine de hablar y sus ojos se abren con alarma. Al acercarme, se vuelve y señala el pasillo por el que ha venido.

—Está ahí al fondo.

Paso corriendo a su lado, mis pies retumbando contra el suelo casi tanto como mi corazón resuena en mis oídos.

No me atrevo a tener esperanzas, pero mientras me lo repito una y otra vez, una chispa de esperanza asoma en mi pecho, como si esta pesadilla estuviera a punto de terminar.

Corro por el pasillo con Frank pisándome los talones, y entonces freno en seco al girar la esquina y ver a tres de mis hombres de pie alrededor de un cuerpo desplomado en el suelo.

Durante una fracción de segundo, el miedo me atraviesa el pecho como una cuchilla al rojo vivo y avanzo empujando a todos a un lado.

Ese miedo se transforma en una punzada afilada, reventando en un instante la burbuja de esperanza que crecía en mi interior.

Una amargura punzante me desgarra por dentro al ver a una mujer mayor desplomada junto a la pared y me doy cuenta de la verdad.

No es ella.

Es mayor, con rizos recogidos que se deshacen alrededor de su cara.

La sangre le gotea por la barbilla mientras yacía en el suelo, apoyada de hombros contra la pared con la cabeza torcida de manera antinatural.

Su camisón de seda azul se ha oscurecido por la sangre que brota de una herida de bala cerca del pecho, y la forma en que respira, sibilante y burbujeante, me lo dice todo.

Pulmón perforado.

Está muriéndose.

—¿Es de los nuestros? —pregunto entre dientes apretados.

—La hemos encontrado así —responde uno de mis hombres—. No ha sido cosa nuestra.

Burbujas se adhieren a la sangre que le mana de la boca y me observa con la mirada medio entornada. Aquí no tengo médicos.

Hemos venido a matar, no a salvar, y en realidad debería coger la pistola y apretársela entre los ojos.

A fin de cuentas, seguro que era una Yudkin.

En vez de eso, me arrodillo a su lado y ella jadea, presa del pánico.

—¿Sabes quién soy?

La respuesta que asoma en sus labios nunca verá la luz del día, porque el siguiente aliento es el último, y el mundo a nuestro alrededor queda en silencio en ausencia de sus jadeos húmedos y ásperos.

Ahora, lo único que se oye es el crepitar creciente del fuego que todo lo consume.

—¿Qué quieres que hagamos, jefe? —pregunta uno de los hombres tras de mí.

—Metedla en una bolsa —digo, poniéndome de pie otra vez—. Quiero saber quién es.

—Entendido.

Se mueven a mi alrededor y yo me aparto, templando la extraña colisión de emociones que noto en el estómago.

Llevo días con una furia abrasadora ardiendo en mi pecho, pero ahora aparece una nota inesperada de compasión.

Aquella mujer era vieja y frágil.

Morir así rodeada por el enemigo es, sencillamente, una crueldad distinta.

—¿Adónde vas? —Frank se cruza inmediatamente en mi camino cuando empiezo a volver hacia la cocina.

—¿Cómo que adónde voy? Nos quedan dos alas por registrar y no pienso parar hasta que—

—No. —La palma de Frank aterriza plana contra mi pecho, y aunque yo le supero en altura y en masa, Frank siempre ha sido puro músculo cuando se trata de fuerza.—Tienes que irte.

—¡No pienso irme de una puta vez!

—Nuestros hombres están desmontando este lugar. Si hay algo que encontrar, lo encontrarán, pero tienes que irte —me ordena—.

—¡Frank!—

—¡No! —Su voz se eleva y algo más suave asoma en su mirada —. Flynn, si te adentras más, estás poniendo en riesgo tu vida y no se trata solo de ti. ¿Es que Angie no ha perdido ya suficiente?

Sus palabras, tan firmes como tajantes, me golpean como una losa y el aire siguiente que respiro es tan rasposo como el de la mujer que tengo detrás.

Angie.

Ella es la razón por la que estoy aquí, el motivo por el que me estoy dejando la piel intentando arreglar todo lo que rompí, pero al mismo tiempo Frank tiene razón y eso me revienta.

También es la razón por la que no puedo permitirme arriesgarme yendo más lejos dentro de la mansión en llamas, sin importar lo que pudiera encontrar.

—No voy a rendirme —mascullo, de pronto consciente de que el aire a mi alrededor se va calentando. El fuego se está extendiendo. El tiempo se acaba.

—No te estoy pidiendo eso —replica Frank con la mandíbula apretada—. Pero estamos trabajando y te necesitamos con vida, así que, por favor, aléjate ya de una vez.

Su mano firme en mi pecho no cede un ápice y me paso medio segundo debatiéndome miserablemente.

Al final, el sentido común de Frank gana y me arranco de su agarre soltando un gruñido furioso.

La rabia arde con más fuerza dentro de mí y se escapa en un terrible rugido de ira cuando me giro y golpeo la pared más cercana con el puño todo lo fuerte que puedo.

¡Joder!

Cada paso de mi retirada pesa como el plomo mientras salgo de nuevo al exterior, con mis hombres cargando el cadáver de la mujer muerta.

Cada deseo de darme la vuelta y seguir buscando se deshace ante el rostro de Angie flotando en mis pensamientos.

Le prometí que iba a arreglarlo todo y ahora mis palabras se tornan mentira cuando salgo fuera sin ninguna respuesta.

Fuera, la magnitud del incendio se revela ante mí.

Todo el edificio arde, y las llamas se encabritan hacia lo alto como si intentasen arrancar la luna del cielo.

Las ventanas llevan tiempo ya reventadas y exhiben la furia del fuego en el interior, mientras el humo lo cubre todo y apenas deja alguna estrella asomando, testigo de la destrucción de la mansión Yudkin.

No puedo quedarme quieto. Siento cada nervio dentro de mí al límite.

La ropa me aprieta, la camisa me raspa la piel como si fuera papel de lija, el aire es demasiado frío para respirar y siento como si el hielo invadiera mis pulmones.

Paseando arriba y abajo por la grava, el tiempo se arrastra a paso de tortuga, y cada vez más de mis hombres salen corriendo de la estructura en llamas, tosiendo con violencia y jadeando en busca de aire.

Ninguno trae nada en las manos.

Tampoco Frank, cuando aparece veinte minutos después con los últimos de mis hombres.

Se dirige directo hacia mí y se detiene a un paso, tosiendo con fuerza hasta que uno de los míos le acerca deprisa una botella de agua.

Niega con la cabeza mientras desenrosca el tapón y bebe desesperado.

Esa es mi respuesta, pero la traición de la esperanza aún se agarra a mi pecho.

—Dilo —le exijo en un hilo de voz.

—Antov no está aquí —acierta a decir entre toses—. Tampoco hay rastro de lo que buscamos.

Me revuelve el estómago y el peso bajo mis costillas se vuelve más denso mientras proceso lo que me dice.

Sin Antov.

Por supuesto.

Esa rata seguro que ha encontrado algún agujero donde meterse, pero no va a mantenerle a salvo de mí. Voy a arrasar toda la ciudad hasta encontrarle.

—¿Estás seguro?

Nuestras miradas se cruzan y Frank asiente.—Seguro.—

Por un instante, la furia se rinde al dolor y la desesperación me atraviesan el pecho, quemando más que el propio fuego de las llamas.

Me agarro la cadera y clavo la vista en la grava junto a mis botas, intentando apartar el dolor de mi mente.

No puedo rendirme.

Si lo hago, no soy de utilidad para nadie.

—Aunque no nos vamos con las manos vacías —Frank esboza una media sonrisa y hace un gesto con el pulgar a su espalda—.

A través del humo aparecen varios de los míos, encorvados no solo por la tos, sino por el cuerpo masculino que arrastran con ellos.

Sigo cada uno de sus movimientos hasta el coche negro donde, al abrir la puerta para meter el cuerpo, distingo una maraña de rizos negros.

La mujer inconsciente.

—Tienes razón —convengo, dejando escapar un suspiro cansado y derrotado—. Al menos no nos vamos con las manos vacías.

KAIA

Me duele todo.

Un latido sordo e intenso en mi cabeza me saca de un sueño tan profundo que, mientras los sentidos regresan poco a poco a mi mente, el resto de mi cuerpo sigue atrapado por el peso del sueño.

Hay un instante, un instante de felicidad entre el sueño y la vigilia, en el que no recuerdo nada.

La almohada es suave contra mi mejilla, las mantas suaves pesan sobre mi cuerpo, el olor a roble y pino me hace cosquillas en la nariz y el rumor suave del agua se mezcla con la música dulce de los pájaros.

¿He dejado la ventana abierta?

No recuerdo haberla cerrado antes de acostarme. Claro que tampoco recuerdo haberme acostado. Estaba jugando a las cartas con Anya y luego—

—¡Anya!— Su nombre me sale de los labios mientras la imagen de su cuerpo atravesado y muerto irrumpe en mi mente, borrando toda la paz que el sueño me había dado.

Me incorporo de golpe en la cama y las lágrimas inundan mis ojos al instante, mientras los horrores de antes vuelven a asaltarme.

Anya muerta.

Mi hermano, disparado.

El salón envuelto en llamas y desmoronándose.

El fuego extendiéndose por todas partes, el humo asfixiándome y mi casa viniéndose abajo.

El último beso de mi hermano en la frente antes de que saliera corriendo y yo saliera en busca de ayuda, solo para toparme con una especie de gigante que me dejó inconsciente de un solo puñetazo.

Un dolor agudo me aprieta el pecho y lucho por aliviarlo frotando círculos sobre el esternón mientras miro a mi alrededor.

Por un momento, la calma de la habitación casi me hace creer que todo ha sido una larguísima, horrible pesadilla.

Pero esta no es mi habitación.

No tenemos ninguna habitación que se parezca a esta.

Estoy tumbada en el centro de una cama con dosel de roble, con telas blancas ondeando en cascada desde la estructura superior.

Sábanas color melocotón cubren mi cuerpo y unos cojines de un rosa muy claro descansan a mi espalda. Más allá de la cama, una puerta de roble está entornada y deja entrever el borde de una bañera blanca.

Las paredes color blanco huevo parecen aún más pálidas junto a los muebles de cálido roble que llenan la habitación, con una cómoda justo enfrente de mí, un tocador ornamentado a mi derecha, y entre ambos, unas puertas acristaladas abiertas, que dan paso a un pequeño balcón ovalado bañado por un día soleado y un cielo azul profundo.

¿Dónde demonios estoy?

Mientras recorro la habitación con la mirada, varias lágrimas se quedan atrapadas en mis pestañas inferiores, pero se niegan a caer mientras la pena choca con el shock en mi cabeza.

La barandilla blanca de madera del balcón se convierte, de repente, en posadero para un pequeño pájaro marrón que aterriza en el borde con un aleteo y un movimiento de cabeza.

Mi casa está en la ciudad. Bien en el centro.

No solo no estoy en mi casa, sino que ya no estoy siquiera en el mismo lugar.

—Oh, Dios... —susurro, haciendo una mueca al parpadear. Cada vez que cierro los ojos, vuelven los destellos de las llamas. Humo,

ropa manchada de sangre y la expresión dolorosamente serena de Anya.

Está muerta.

Está muerta, y yo estoy aquí, donde sea que sea esto.

Levanto el brazo para apartar las mantas de mi cuerpo, pero al hacerlo descubro el estado en que está mi brazo y me detengo.

Todas y cada una de las pequeñas heridas y cortes han sido limpiados y cosidos cuidadosamente.

Una herida cerca del codo está bajo una venda blanca y fina, y varios cortes de los dedos están cubiertos con esparadrapo.

A juzgar por el rosa cicatrizado de algunas heridas, llevo inconsciente más de un día.

Dos o tres, como mucho.

Con movimientos más lentos, las mantas caen de mis piernas y ellas están igual que mis brazos.

Mis pies descalzos están vendados cubriendo las peores heridas, mientras que mis pantorrillas y muslos han sido tratados e, incluso, cosidos si era necesario.

La mitad de estas heridas ni siquiera recuerdo habérmelas hecho, pero teniendo en cuenta la explosión y que estuve arrastrándome entre cristales y astillas, me lo imagino.

—Pero ¿qué demonios...? —susurro, luchando contra las ganas de abandonar toda resistencia y echarme a llorar por el peso en el pecho.

Pasando los dedos temblorosos por cada venda, acaricio cortes que deberían doler, pero noto más entumecimiento que otra cosa.

De ahí, subo la mano a los pantalones cortos negros y la camiseta de tirantes limpias que llevo puestas, y mi corazón da un vuelco en el pecho.

Alguien me ha vestido.

Me quitaron la ropa vieja y sucia y me pusieron ropa completamente nueva.

El rubor me sube a las mejillas de pura vergüenza y salto de la cama como si el culpable fuera a salir de debajo de ella en ese momento, tropezando con las piernas débiles hasta chocar con la cómoda.

Varias botellitas de perfume y loción chocan entre sí y luego se vuelcan, y apenas consigo salvarlas con mis manos temblorosas.

¿Ese hombre fue quien me trajo aquí? ¿El que me pegó un puñetazo en la cara?

Ese recuerdo me lleva a tambalearme hacia el tocador, donde golpeo con ambas manos la madera lisa y me miro fijamente en el espejo.

Una sombra oscura de un moratón se extiende desde el puente de mi nariz hasta el pómulo, y casi tengo curada una herida en el labio inferior que inspecciono rápidamente pasando la lengua por encima.

La pequeña laceración en mi frente también está cuidadosamente cosida, y el único recordatorio del incendio es el persistente olor a humo que se aferra a mis rizos.

¿Pero qué demonios está pasando?

Enderezándome, echo un vistazo hacia la puerta.

Alguien me ha traído aquí, me ha cosido las heridas y después me ha dejado sola.

¿De verdad creen que no soy peligrosa?

Tal vez no sepan quién soy y piensen que no soy más que una sirvienta o alguien que se vio atrapada en el desastre de anoche.

Podría fácilmente fingir ese papel hasta averiguar más sobre lo que ocurre aquí, pero la idea de quedarme un segundo más me provoca un picor incómodo en la espalda.

No, no puedo quedarme. Vic me enseñó a no hacerlo. Mi madre también me lo enseñó.

Sobrevivir.

Esa fue su última palabra para mí antes de desaparecer entre el humo.

Si el hombre con el que me tropecé tiene algo que ver con los Gallagher, entonces tengo que escapar antes de convertirme en una más en su larga lista de víctimas.

Tengo que salir de aquí.

El dormitorio está cerrado y no hay ningún ojo de la cerradura a este lado con el que pueda entretenerme, suponiendo que encontrara algo lo bastante pequeño como para forzar la cerradura.

Eso solo deja el balcón.

El sol cálido cae sobre mí mientras salgo rápidamente al exterior.

El pájaro que descansaba en la barandilla echa a volar de inmediato, dejándome sola con una silla y una mesa de ratán cubiertas con un mantel blanco.

Delante de mí, un lago gigantesco color azul brillante se extiende hasta donde alcanza la vista, salpicado de varios botes que navegan entre las copas de los árboles que flanquean la orilla.

Botes significa embarcaderos.

Y si hay un embarcadero, ya estoy fuera de aquí.

Sin ganas de arriesgarme a pasar más tiempo en esa habitación, agarro el soporte de madera más cercano y me subo a la barandilla, rezando para que sea lo bastante resistente para soportar mi peso.

Mientras la madera cruje levemente, la regañina de mi tía sobre mi peso invade mi cabeza, por mucho que intente quitármela de encima.

Debajo de mí hay una gran sombrilla abierta, con varias sillas de ratán más asomando, en un balcón mayor que éste.

Ese balcón tiene unas escaleras de caracol que bajan a la siguiente planta y, desde ahí... iré improvisando.

A pesar de la urgencia que martillea en mi mente y acelera el latido de mi corazón, vacilo.

Un paso en falso y me romperé el cuello. ¿Realmente merece la pena arriesgarse?

Los Gallagher son el mismísimo demonio disfrazado de sonrisa encantadora, me dijo mi hermano una vez.

Todo el mundo sabe que les gusta disparar antes de preguntar, y Vic nunca se cortó en contarme cómo se divertían con sus cautivos, sobre todo mujeres, hasta que enloquecían y suplicaban por la muerte.

Si ese es mi destino, un cuello roto es un precio menor que pagar.

Aspirando hondo, me siento en la barandilla, luego me doy la vuelta y deslizo los pies entre los listones, agachándome.

Paso las manos de la parte superior de la barandilla a cada uno de los listones, y por primera vez se enciende en mi brazo herido un

dolor lejano mientras me inclino hacia atrás y deposito todo mi peso en el agarre.

Una pierna se me escapa y cuelga cuanto puede, y estiro los dedos del pie, intentando alcanzar desesperadamente la parte superior de la sombrilla de abajo.

Justo cuando la punta del pie roza la suave tela, el peso de mi cuerpo y las vendas de mi otro pie pierden toda fricción, y el pie de apoyo se me resbala súbitamente de la barandilla.

Un grito mudo se escapa de mis labios al caer la parte inferior de mi cuerpo.

Por mucho que aprieto las manos en los listones, el tirón repentino de mi peso termina arrancando mis dedos de la barandilla y estoy cayendo.

—¡Mierda!

Mi cuerpo choca contra la sombrilla, que cede de inmediato bajo mi peso, hundiéndose hasta que me estrello contra la mesa de ratán escondida debajo.

El soporte metálico de la sombrilla se dobla hacia un lado y varias varillas se parten ruidosamente al aterrizar en un montón, rodando varias veces hasta detenerme junto a las puertas acristaladas, jadeando con fuerza.

Todos los miembros en su sitio, comprobado.

Cabeza puesta, comprobado.

Cuello entero, comprobado.

Encima de mí, dos pájaros chocan en el aire y bailan juntos unos segundos mientras yo sigo tumbada y respiro entrecortadamente.

Un perro ladra a lo lejos, y se escucha un leve murmullo de risas y vítores subiendo desde el lago.

Personas. Hay gente ahí que puede ayudarme.

Levántate, Kaia.

Me levanto rápidamente y, ignorando las puertas acristaladas, bajo las escaleras de caracol metálicas lo más deprisa que puedo.

El metal, frío bajo mis pies vendados, contrasta de forma alarmante con la madera caldeada por el sol del siguiente balcón, que lleva a una última escalera de caracol del mismo metal helado.

El corazón me retumba en el pecho mientras bajo peldaño a peldaño, solo resbalando una vez y sujetándome a la barandilla.

Las escaleras conducen a un sendero de piedra incrustado en césped verde, delimitado por una pequeña valla de madera negra, más allá de la cual hay árboles entre el lago y yo.

Tras saltar la valla, no hay nada que me separe de la libertad.

Miro hacia abajo el camisón en el que me han vestido, preguntándome cuánto van a resistir mis chicas en una tela más ligera que una pluma.

Tendré que arriesgarme.

Entre mi dignidad y mi vida, elijo mi vida.

Así que corro.

El pelo volando, el corazón desbocado y los pies golpeando el suelo, corro más rápido de lo que jamás he corrido, sobre un lecho de hojas caídas y agujas de pino, sorteando los árboles hasta encontrar el sendero de tierra que lleva directamente al embarcadero.

El suelo es blando bajo mis pies, muy distinto a la grava de mi finca, pero no tengo tiempo de recrearme en lo agradable que resulta la sensación.

Simplemente corro.

Por desgracia, aunque el cálido sendero de tierra lleva hasta un embarcadero de madera cubierto de rollos de cuerda y un par de cubos sueltos, no hay ni un solo bote flotando cerca.

Aun así, bajo corriendo por el embarcadero que cruje levemente bajo mis pasos, hasta el extremo que se adentra en el lago como un dedo largo y desesperado, rezando para que alguien esté lo bastante cerca como para ayudarme.

A lo lejos, varios botes pequeños y yates se mecen en las olas mientras el agua salpica los soportes del muelle y el canto de los pájaros resuena en mis oídos.

No hay nadie.

Ningún bote está lo suficientemente cerca como para que pueda llamar y desde luego nadie me oiría aunque gritara.

Podría nadar, pero por el dolor que crece en mi pecho y el ardor difuso que siento en la lengua a causa del jadeo, no llegaré lejos.

Desde luego, no hasta ninguno de los botes y muchísimo menos al otro lado del lago.

¿Vuelvo atrás?

Secándome el sudor de la frente con el dorso de la mano, paso una mano por mis rizos oscuros y me doblo por la cintura, luchando por recuperar el aliento mientras mi mente no para de idear planes.

Me he escapado. No pienso volver atrás.

No he visto ni un solo guardia, así que quizá, si tengo suerte, consiga llegar a casa de un vecino o a otra vivienda y llamar a la policía. Mi tío tiene contactos; eso tiene que bastar, ¿no?

Es la única opción que tengo.

A pesar del agotamiento pegado a mis miembros, vuelvo corriendo por el embarcadero, regreso por el sendero de tierra y me encamino de nuevo hacia la finca de paredes marrones.

El sendero me lleva hasta un largo tramo de escaleras de madera que suben de nuevo al edificio y, con una ladera llena de maleza a ambos lados, no me queda otra alternativa.

Subiéndolas a toda prisa, atravieso una verja y paso junto a un gran abeto verde y tupido hasta llegar a un camino de cemento liso.

No hay coches.

Nada me impide lanzarme por el largo camino de entrada y salir directamente por los portones metálicos abiertos a una carretera cálida que parece extenderse infinitamente en ambas direcciones.

Cualquiera de esas opciones podría llevarme al peligro y me quedo paralizada un momento, sin saber hacia dónde correr.

Mientras mis dientes se clavan con fuerza en mi labio inferior, le doy la vuelta en la cabeza y echo a correr por la carretera, alejándome del lago y en dirección a lo que parece otro edificio, escondido entre los árboles a lo lejos.

Cada vez más deprisa, mis pies golpean el suelo hasta que mi corazón desbocado es solo una confusa maraña de sensaciones en mi pecho y ya ni siquiera sé si sigo respirando.

La carretera se curva a la izquierda, así que salto entre los árboles y corro sobre un suelo cubierto de agujas de pino en dirección a la siguiente casa.

No tengo tiempo de pensar, ni de procesar, ni de hacer otra cosa que correr y actuar.

Un seto espinoso se alza entre la casa y yo, pero una pequeña puerta de madera me da acceso a la propiedad.

Por suerte, el pequeño camino de grava que conduce a una puerta lateral abierta me permite entrar directamente en la casa, fresca y silenciosa.

No puedo respirar.

Correr tanto y tan lejos me ha dejado sin fuerzas, así que me desplomo agotada contra la encimera de la cocina mientras el sudor empapa mi cuerpo.

El dolor empieza a abrirse paso entre el entumecimiento, irradiando desde mis pies y mi brazo, y un temblor comienza a apoderarse de mis piernas mientras paso tambaleándome junto a la encimera y me dirijo al teléfono que cuelga de la pared.

Gracias a dios.

Gracias a dios bendito.

No había terminado de marcar el primer número del 911 cuando mi mundo entero se detiene de golpe, frío y aterrador.

Algo frío y duro aparta mis rizos desde atrás y se apoya justo en la base de mi cráneo.

Algo dolorosamente familiar.

Reconocería el cañón de una pistola en cualquier parte.

—Por favor —suplico entre jadeos entrecortados—. Sé que he entrado por la fuerza y l-lo siento muchísimo, pero solo he venido a usar el teléfono. D-De hecho, si quieres puedes llamar tú misma a la policía, solo por favor, ¡necesito ayuda! ¡Necesito—.

Una risa fría y silenciosa se eleva a mi espalda y la sangre se me hiela.

—¿Llamando a la policía? —resuena una voz profunda y aterciopelada, teñida con el cálido acento irlandés—. ¿Por qué no llamas a tu tío?

El teléfono resbala de mis dedos temblorosos y un escalofrío inunda todo mi cuerpo.

A medida que la piel se me eriza de pies a cabeza, me giro lentamente hasta que el cañón queda bajo mi barbilla y me

encuentro cara a cara con un par de ojos grises y gélidos.

Le conozco.

La última vez que le vi, me estampó un puñetazo en toda la cara.

—¿Y bien? —masculla el hombre con desgana—. ¿Te has quedado sin palabras?

FLYNN

Que Kaia Yudkin apareciera en la caseta de guardia no entraba en mis planes del día.

Sé muy bien lo ingeniosos que pueden ser los Yudkin, pero la última vez que miré a Kaia seguía inconsciente en la habitación de invitados.

Y ahora está aquí, plantada frente a mí, perdiendo el color de su precioso rostro mientras me analiza de arriba abajo con esos ojos verdes tan fascinantes.

No la reconocí hace unas noches, cuando asaltamos la finca Yudkin, pero después de que mi equipo médico la limpiase y atendiera fue imposible no reconocer a Kaia, la princesa Yudkin.

Oculta casi toda su vida por su tío, la gente hablaba de ella y de su belleza como si fuera un cuento de hadas.

O una historia triste.

Los rumores se extendieron como la pólvora, diciendo que de niña había quedado horriblemente marcada tras lo que les ocurrió a sus padres, y que su tío la mantenía oculta por su propia seguridad y bienestar.

Esos rumores son claramente falsos, porque la mujer que tengo delante es bella y parece sana.

—¿Y bien? —digo, al ver cómo le cuesta encontrar las palabras—. ¿Por qué la policía y no tu tío, eh?

Kaia tiembla como si fuera a romperse ahí mismo, pero a pesar del miedo evidente que le recorre el cuerpo, aún queda un destello de desafío en sus ojos cuando aprieta la mandíbula y me fulmina con la mirada.

Sus labios carnosos y melocotón se entreabren, pero cualquier palabra que estuviera a punto de salir muere de inmediato, cuando Frank irrumpe en la cocina con unas tijeritas en una mano y un botiquín médico en la otra.

—Te juro por dios que si no te sientas y me dejas acabar, —espeta Frank—, ¡te hago una herida nueva diez veces peor y te obligo a cosértela tú mismo!

Los ojos de Kaia saltan entre nosotros dos y, aprovechando la ocasión, da un paso atrás. Se lo permito, y me siento en el taburete más cercano con una mueca discreta.

—Vale —respondo, dejando la pistola sobre la encimera y levantando el brazo—. Adelante, cose.

—Joder... —murmura Frank y, mientras se mueve alrededor de mí, deja el botiquín sobre la encimera y se inclina más cerca—. ¿Sabes el marrón en el que me metería si te desangraras aquí? Frank ignora por completo a Kaia, mucho más preocupado por las profundas heridas en mi costado que hay que coser.

—Estaban curándose —respondo, sin apartar la mirada de Kaia—. Podrías haberlas dejado estar.

—Que se te hayan cerrado porque llevas dos días correteando como un pollo sin cabeza no significa que se estén curando —rezonga Frank mientras empieza con su trabajo—. Ahora, no te muevas ni de coña.

Está mirando. A pesar del rencor que arde en su mirada, los ojos de Kaia bajan a mi torso desnudo más de una vez, y claramente más de lo que admitiría la simple curiosidad por mi herida.

Con Frank ocupado, toda mi atención se centra en Kaia, y una parte de mí espera que intente coger la pistola. Forcejear con ella sería mucho más divertido de lo que estoy dispuesto a confesar.

—¿Quién eres? —espeta Kaia con voz temblorosa.

—¿De verdad no lo sabes?

—Sé que eres un Gallagher —responde, sacando ligeramente la barbilla—. Eres lo bastante bruto para serlo.

—No uno más —respondo, con una sonrisa—. Soy *el* Gallagher.

Sus cejas se arquean apenas.

—Tú eres una Yudkin. ¿Vas a decirme que no conoces a los jefes de familia?

Todavía queda un atisbo de duda en sus ojos mientras vuelve a mirar mi pecho y luego se fija en mi hombro, donde varias líneas negras se entrelazan formando un nudo celta.—¿Flynn?

—¿Me lo preguntas o me lo afirmas?

No responde.

—Veo que eres tan corta como el resto de los Yudkin entonces. —Un latigazo de dolor recorre mis costillas y me estremezco, pero justo cuando intento apartarme, Frank me da una palmada en la cintura que me obliga a quedarme quieto.

—Viniste a mi casa.

La noche en cuestión acude a mi mente de inmediato, acompañada de una punzada en el pecho más fuerte que nada de lo que había sentido antes.

A estas alturas ya es un dolor familiar: la rabia entremezclada con el duelo y la decepción.

Enterrarme en el trabajo es el único momento en que consigo no ahogarme en esa sensación y, por un instante, aquí con Kaia, la curiosidad arde aún más fuerte que mi desespero.

—Lo hice.

—Reventaste mi casa.

Recordando la cadena de coches explotando, asiento.—Técnicamente. Supongo.

—¿Por qué? —A pesar de que le tiembla la voz, su palabra me alcanza como el latigazo de un látigo.

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé. —Kaia se cruza de brazos, y de repente me asalta un momento de asombro.

Se escapó de la casa y llegó hasta aquí en ropa de dormir, una que apenas logra cubrir todas las suaves curvas de su pecho

generoso, sus caderas anchas y esos muslos gruesos que harían la boca agua a cualquiera.

Pensaba conseguirle ropa más adecuada a su tamaño cuando despertara, pero el sedante que le administramos la ha mantenido dormida más tiempo del que esperábamos.

—Debes saber una cosa sobre mí, Kaia, y es que no soporto que me mientan.

—No estoy mintiendo —responde tajante—. Viniste a mi casa y provocaste un incendio, arrasaste mi hogar y atacaste a mi familia. ¡Atacaste a mi hermano y—.

—Lo maté —corrijo de inmediato.

Se queda paralizada frente a mí y sus ojos se abren poco a poco. —No...

—Sí. Y a tu tía también, creo. Nos llevó un momento identificarla.

No.

—*Sí* —respondo, imitando su tono angustiado—. La única razón por la que sigues viva es porque aún necesito respuestas, y la única razón por la que no estás muriéndote de hambre en los calabozos es porque mi esposa, que dios la tenga en su gloria, se avergonzaría de mí si te tratara así. Pero me las apañaré para no hacerlo, aunque te lo mereces con creces.

La admiración se disipa, sustituida por la furia que me consume casi a diario. Observo cómo las lágrimas inundan los ojos de Kaia mientras su rostro se desmorona y casi puedo imaginar cómo le funcionan a toda velocidad los engranajes de la mente.

La compasión por un Yudkin está en lo más bajo de mi interminable lista, dados todos los males que me han causado.

Disfruto fríamente cuando Kaia parpadea y las lágrimas le recorren las mejillas.

—No... no puedes hablar en serio. No están muertos, no pueden estarlo porque—.

—¿Por qué? —espeto, justo cuando Frank se mueve para situarse a mi lado y obtener una mejor vista—. ¿Porque tu familia lo tiene todo? ¿Es la única familia con derecho a aplastar a los demás bajo su bota? Después de *décadas* convirtiendo esta ciudad en una cloaca para el resto de nosotros, ¿y todavía tienes la cara de ponerte en

plan víctima? Enveneno mis palabras al levantarme del taburete—. ¿Esa sensación que tienes ahora mismo en el pecho? No es nada, *nada* comparado con—.

—¡Flynn! —interrumpe Frank, advertencia tajante, y me agarra del brazo obligándome a sentarme de nuevo en el taburete.

—Lo siento —gruño, haciendo un esfuerzo por contener las ganas de seguir gritando hasta que no quede de ella más que un ovillo tembloroso bajo el peso de los crímenes de su familia.

Un sollozo ahogado se escapa de sus labios y se tapa la boca, retrocediendo tambaleante.

—¿No me crees? —Tomo el teléfono que cuelga de la cuerda en la pared y lo coloco de nuevo en el auricular, asintiendo hacia él—. Llama a tu tío. Él te lo contará.

Sus ojos llenos de lágrimas se clavan en el teléfono.

—Adelante —la apremio—. Llámale.

Quiero que lo haga.

Quiero que él sepa que la tengo y que sólo hay una cosa en este mundo que puede hacer para recuperarla.

Si le importó lo suficiente como para ocultarla del mundo durante tanto tiempo, entonces seguro que le importará lo suficiente como para querer recuperarla.

Mientras Kaia descuelga el teléfono y marca, mi atención se desvía a Frank, que está terminando de suturarse. —¿Contento? —pregunto cuando por fin se aparta.

—No —suspira Frank, frotándose la calva—. Pero es lo máximo que me dejas hacer, así que me tendré que conformar.

—Gracias.

Frank me mira y una sonrisa fugaz se dibuja en el extremo de su boca. —Lo sé.

—Tío —jadea de repente Kaia—. Dios mío, ¡dime que no es cierto! —Hace una pausa, solloza y se aferra al teléfono con ambas manos—. No sé dónde estoy, pero Flynn está aquí y dice… Tío, dice que la tía Kara está muerta. —Lo que fuera que le responde Antov hace que el rostro de Kaia se descomponga y las lágrimas se desborden—. ¿Y Vic? —Se atraganta con el nombre de su despreciable hermano y llora mientras su tío le revela la verdad.

Kara y Vic Yudkin están muertos. Menos de lo que se merecen, teniendo en cuenta la mancha que han sido los Yudkin para este mundo, pero les habría dejado su parte del pastel si se hubieran mantenido alejados de mí.

—¿Pero por qué? —solloza Kaia—. No lo entiendo. Puedes arreglar esto, ¿verdad? Puedes arreglarlo. No, ¡te he dicho que no sé dónde estoy! Es una casa, y hay una l—.

Frank corta rápidamente el cable del teléfono antes de que Kaia pueda revelar ningún detalle y ella se sobresalta al oír el repentino silencio en su oído.

Poco a poco, baja el teléfono al mostrador y, cuando me mira, en sus lágrimas vuelve a encenderse el odio.

—Los has matado —gime.

—Sí.

—Has matado a mi *hermano*.

—Sí.

—Y a mi *tía*.

—Sí.

—¡Y a mi m-mejor amiga!

Inclino la cabeza y miro a Frank que, por un momento, parece tan confundido como yo. Entonces levanta las cejas. —¿La mujer de la sala?

—¡Se llamaba Anya! —grita Kaia de repente y se abalanza sobre mí con ambos brazos extendidos, solo para que el brazo de Frank la rodee por la cintura y la retenga—. ¡Anya era buena, amable y decente! ¡Mi hermano era el mejor, mi tía e-era la persona más dulce que existía! ¡Eres un monstruo! ¡Eres un puto monstruo!

Una suave y fría carcajada sube por mi pecho mientras me levanto del taburete y me inclino hacia adelante, lo bastante cerca para desafiar a la mujer llorosa, pero lejos de sus manos furiosas que arañan el aire.

—El monstruo no soy yo, Kaia. Y hasta que tu tío acepte mis condiciones, vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que será mejor que controles esa actitud tuya.

—¡Malnacido! —grita Kaia, forcejeando con todas sus fuerzas por alcanzarme a pesar de que Frank la sujeta—. ¡Te mataré!

—Me encantaría verlo.



Cae la noche y no estoy más cerca de descubrir la verdad. Encerrado en mi despacho, llevo las últimas cinco horas repasando el móvil de Vic, los registros de GPS que rescatamos de su coche y de los vehículos conducidos por sus hombres, así como los registros de llamadas de todos los guardias que matamos dentro de la finca Yudkin.

A pesar de la ingente cantidad de datos recopilados de todas estas fuentes, ninguno ha arrojado la más mínima luz sobre mi dolor.

No hay llamadas a Antov, ni mensajes cifrados y ninguna de las rutas del GPS lleva a ningún sitio que no hayamos revisado ya.

Nadie ha visitado a Antov en la última semana, lo que significa que sabían que existía la posibilidad de que yo consiguiera acceder a estos datos y fuera a por ese cabrón.

Lanzando el móvil de Vic sobre mi escritorio, cierro los ojos y me llevo los dedos a las sienes, intentando aliviar la punzada que va creciendo en mi cabeza.

Una lluvia ligera repiquetea contra la ventana a mis espaldas y, de vez en cuando, la penumbra de mi despacho se ilumina al pasar los haces de luz de las linternas de patrulla, comprobando que sigo con vida.

Por fuera, desde luego.

Dentro, una tormenta arrasa mi pecho, trayendo oleadas de dolor físico con cada respiro. Cada día que pasa es otro día en el que no consigo reparar un error, un día más en el que no logro aliviar la agonía del duelo que se ha instalado en mi casa.

Daría lo que fuera por arreglar las cosas.

Abro los ojos justo cuando unos nudillos golpean suavemente la puerta del estudio y, tras mi gruñido, la puerta se abre y Kaia entra.

Sus largos rizos negros están recogidos en lo alto de la cabeza en una coleta floja, y lleva una bata negra escogida de la amplia

selección de ropa que hice llevar a su habitación tras su intento de fuga anterior.

Esta vez no ha hecho falta encerrarla, ya que le dejé bien claro que soy dueño de toda la isla y que la única razón por la que llegó tan lejos fue mi propia curiosidad.

—Kaia.

Sus cejas se arquean levemente al oír mi voz y camina hacia mí despacio.

Por el vaivén suave de sus pechos generosos es evidente que no lleva ropa interior, y soy demasiado humano como para no fijarme.

—Quiero una copa —exige Kaia, deteniéndose a un par de metros de mi escritorio.

—Entonces busca la cocina.

—Una copa de verdad.

—¿Acaso tengo pinta de camarero?

Sus ojos enrojecidos se entrecierran, hinchados tras lo que seguro han sido horas llorando.—Mataste a mi familia y quemaste mi puta casa. Lo mínimo que puedes hacer es servirme una maldita copa bien fuerte.

Se me escapa una risa ligera y divertida, y tengo que reconocerle el mérito. Hoy ha recibido la peor noticia de su vida y aún le queda veneno en la lengua.

—Vale. —Me levanto del escritorio y me dirijo a la pared, donde un globo terráqueo se abre al pulsar un botón, mostrando varias botellas de alcohol en distintos niveles.—¿Alguna preferencia?

—Fuerte —responde—. Quiero que queme al tragar.

—¿Segura de que lo aguantas?

—No tienes ni idea de quién soy —responde seca—. No sabes de lo que soy capaz.

Hay verdad en sus palabras. Muy en el fondo, sé que tiene poco que ver con lo que pasó entre su familia y yo, y en parte por eso sigue viva.

Eso y que necesito usarla contra Antov.

Pero eso no significa que vaya a bajar la guardia, así que cuando le entrego el vaso de vodka solo, mi mirada se desliza lentamente hasta sus pies, recién vendados.

—Has visto a la enfermera.

—No me ha dado mucha opción —Kaia se lleva el vaso a los labios.

—Le destrozaste el trabajo de horas corriendo como una loca por el bosque, normal que estuviera cabreada.

—¿Por qué te importa?

Vuelvo a mi escritorio y me siento con mi propia copa.—No me importa.

—Chorradas. Destrozas a mi familia y, al mismo tiempo, me das tratamiento médico para esto —muestra el brazo cosido— y para los pies.

—Aquí tengo telas muy caras. Lo último que quiero es que la sangre de una Yudkin las manche.

Sus ojos se estrechan como cuchillas mientras se lleva el vaso a los labios y, con la cabeza hacia atrás, la vacía de un trago.

Observo el movimiento de su garganta, la tensión de su mandíbula, y luego me encuentro con su mirada cuando baja la cabeza con una mueca apenas perceptible.

—Otra.

—No. Con una copa en compañía del enemigo basta.

—¿Qué pasa, tienes miedo de que te gane bebiendo?

—Soy irlandés —respondo con sequedad.

—Y yo rusa. —Kaia se acerca a mi mesa y rodea el escritorio, sus caderas anchas balanceándose con cada paso.

Está tramando algo. No soy tan ingenuo como para no darme cuenta, pero la curiosidad puede más y decido darle la cuerda suficiente para ver qué pretende exactamente.

Después de todo, horas y horas revisando llamadas, mensajes y mapas de GPS me han dejado con la cabeza embotada. Un poco de emoción nunca mató a nadie.

Kaia no dice ni una palabra al inclinarse hacia adelante y abajo, lo justo para que la seda de su bata se desplace con el peso de su pecho y se abra lo suficiente para que yo tenga una vista completa del escote de sus suaves, generosos pechos mientras coge mi copa directamente de mi mano.

Entonces se endereza, apoyando la mano en el respaldo de mi silla, apartándola del escritorio mientras levanta la pierna.

Un destello de su muslo dorado y suave aparece ante mis ojos cuando echa la pierna sobre las mías y se instala sobre mi regazo, acomodando su calidez sobre mí.

Lleva mi copa a los labios y la bebe despacio, sin titubear ni apartar la mirada.

Algo cálido y primitivo se despierta en mi pecho.

Justo cuando me pregunto en qué demonios me estoy metiendo, Kaia baja la copa y se inclina hacia mí hasta que sus labios se funden con los míos.

Instintivamente, mis manos se deslizan a sus caderas para sujetarla en su sitio mientras su lengua se abre paso en mi boca, obligándome a separar los labios.

Entonces, el vodka que se ha bebido de mi copa resbala lentamente a mi boca.

Mi polla se estremece.

KAIA

Los hombres son un libro abierto.

Eso me lo enseñó Anya.

El primer hombre con el que me acosté solo lo hizo para acercarse a mi tío.

No volví a verlo después de contarle a mi hermano lo que pasó.

El segundo hombre con el que estuve fue un desconocido en una gala organizada por unos familiares a los que mi tío quería arrimarse, y Anya me cubrió mientras yo me divertía en un armario. Ambos fueron igual de fáciles.

¿Pero Flynn?

Mi deseo ardiente de venganza choca de frente con la orden de mi hermano de sobrevivir, y tras desnudar mi alma en la ducha, llorando hasta dejarme cada rincón en carne viva, supe lo que debía hacer.

Por muy fácil que parezca Flynn, aceptando mi beso y tragando el alcohol que escurre de mis labios, sé que su guardia no está tan baja como aparenta.

Es un hombre peligroso.

Un monstruo.

Un Gallagher.

Y todo el mundo sabe que ellos prefieren quemar los puentes con gente encima antes que admitir jamás que se equivocan.

Pero yo también soy una mujer peligrosa.

Acariciándole la cara con una mano, aprieto su grueso pelo castaño-rojizo y le obligo a echar la cabeza un poco más hacia atrás.

Ninguno de los dos cierra los ojos, y noto que espera que haga algún movimiento, pero no pienso precipitarme. Necesito alterarle lo suficiente para que el deseo le baje la guardia sin que ni siquiera se dé cuenta.

Ayuda que es guapo.

A pesar del odio que me bulle en las venas, Flynn Gallagher es un hombre terriblemente atractivo.

Alto y ancho, con músculos gruesos que se tensan bajo mis muslos cuando se acomoda en su asiento, unos ojos grises que antes parecían fríos como el acero y ahora relucen como charcos de luz de luna, y una barba corta que me raspa suavemente la mandíbula mientras nuestros labios se mueven despacio al compás.

Él apura la última gota de vodka y yo me echo hacia atrás como si quisiera romper el beso.

Tal y como había previsto, Flynn no lo permite.

Se abalanza hacia mí y aparta una mano de mi cintura para colocarla en la parte trasera de mi cuello, manteniéndome sujeta mientras profundiza el beso con presión y una caricia de su lengua.

Mis párpados tiemblan y, a pesar de mis esfuerzos, los dejo caer.

Su lengua baila junto a la mía, acariciando y mimando como si de verdad le importara.

Su mano grande me aferra la cadera y se mueve de nuevo sobre su asiento, como si yo no pesara nada.

De repente, un aleteo repentino agita mi pecho y una punzada de alarma caliente me recorre la espalda.

¿Y si soy demasiado pesada en su regazo?

Este hombre, este monstruo que mató a mi familia y quemó mi casa, debería ser la última persona por la que me preocupara de lo que piensa sobre mi cuerpo y mi peso, y sin embargo esa idea me estalla en la mente como una bala.

Me estoy encendiendo por dentro más rápido de lo que esperaba.

Sola en mi cuarto, era fácil decirme que no tendría ninguna reacción ante Flynn porque el odio acabaría por consumir hasta el menor atisbo de una atracción no deseada.

Qué equivocada estaba.

El calor se enrosca muy dentro de mi vientre y hace que el corazón me galope cuando Flynn me atrae más contra su pecho ancho.

Deslizo la mano de su pelo hasta su pecho para apoyarme —el corazón le revolotea bajo mi palma como si estuviera dispuesto a luchar por liberarse y saltar directo hacia mí—.

Sus caderas se mueven, y al recolocarme, una prominente e inconfundible dureza bajo mí me confirma que mi plan va viento en popa.

No importa cómo me sienta.

Mientras consiga que baje la guardia, eso es lo único que cuenta.

El beso se rompe entre jadeos por ambas partes, aunque Flynn mantiene la mano firme en mi cuello para obligarme a mirarle a los ojos.

Su respiración áspera roza mis labios hinchados y un escalofrío me recorre los hombros mientras sus ojos plateados relucen al mirarme.

No es suficiente.

Necesito más.

Por suerte, aún tengo un as bajo la manga para distraerle el tiempo suficiente y dar por terminada la noche. Separándome de él, levanto la cabeza y expongo mi cuello mientras deshago el lazo alrededor de mi cintura que mantiene cerrada la bata.

La seda resbala de mis hombros y la mano de Flynn se mueve con ella como si intentara atraparla, pero falla y se conforma con rodear mi brazo con la palma.

La tela negra se desliza por mi cuerpo como el agua y desaparece de la vista, dejándome sentada desnuda en su regazo, con el corazón latiéndome tan fuerte que me sorprende que no pueda oírlo.

Sus cejas se fruncen apenas, luego baja la mirada a mi pecho desnudo y toda la plata desaparece de sus ojos cuando el deseo se

apodera de él.

Caí de lleno, sin remedio.

—¿Con dos copas basta? —pregunta Flynn, con la voz grave retumbando en el aire como el trueno—. Eres más fácil de lo que pensaba.

—Cállate —espeto, tragándome la rabia por el insulto mientras agarro su rostro por los lados y lo atraigo para besarlo otra vez.

Se convierte en una batalla de voluntades.

Dientes y lengua se entrelazan, cruzando labios mientras giramos las cabezas, encajamos, mordemos labios y nos separamos solo para que el baile vuelva a comenzar.

El calor me recorre todo el cuerpo.

En cuestión de segundos, al apretarme contra él, la tela de su camisa ha hecho que mis pezones se endurezcan y mi centro se tense con cada movimiento impaciente de sus caderas bajo las mías.

Durante una pausa en los besos, Flynn se arranca la camisa y, de repente, mis pechos quedan pegados a sus pectorales firmes y gruesos, cubiertos por una fina capa de vello que me hace cosquillas y me obliga a moverme sobre su regazo.

El pene de Flynn se alza bajo mí, y él deja escapar una risa amortiguada en mi boca mientras su lengua se adentra tanto en mi garganta que casi me ahogo.

Un brazo se enrosca alrededor de mí, atrayéndome contra su pecho, mientras el otro agarra con fuerza mi pecho y aprieta mi duro pezón entre dos nudillos.

Un placer fulminante me atraviesa como un rayo y me alzo ligeramente en su regazo, llevando ambas manos entre nosotros para desabrocharle el cinturón y liberar su polla cada vez más dura.

Cuando vuelvo a dejarme caer, un sonido áspero y suave, muy parecido a un gemido, retumba en el pecho de Flynn.

Te tengo.

Se aparta de mis labios y comienza a morderme con ansia ardiente a lo largo del cuello mientras yo llevo una mano al pelo y tanteo la horquilla afilada escondida en mis rizos desordenados.

Me pincha el dedo, pero ignoro el respingo, cojo la horquilla, la saco y la bajo lentamente a la altura del hombro.

—¿Flynn?

Se aparta de mi cuello y encuentra mi mirada; sus ojos, oscurecidos por el deseo, y mi sonrisa se vuelve fría al presionar la horquilla afilada en la base de su garganta.

No tiembla mi mano al arrastrar la horquilla un par de centímetros por su garganta, cortando lo justo para que una gota de sangre caliente brote de la herida y descienda lentamente hasta el hueco de su cuello.

Apenas hay cambio en su mirada.

—¿Cuál es el código de las puertas? —exijo, apretando la horquilla contra su garganta—. Dímelo rápido y te mataré sin dolor.

Sus labios se curvan en una sonrisa perezosa—. Así que intentaste salir antes de venir a mi despacho.

—Por supuesto que lo hice —gruño—. ¿De verdad creías que venía aquí a tomar una copa?

—No, pero fingí muy bien, ¿verdad?

—No estoy *jugando*. —Aumento la presión, y la rozadura se ensancha, dejando un par de gotas más deslizándose por su garganta—. Todas tus puertas exteriores están aseguradas con teclado y huella, así que dime el código o te cortaré los dedos uno a uno mientras sigues respirando.

El corazón me late a mil y necesito toda mi fuerza de voluntad para mantener la mano firme.

Un solo movimiento en falso y le abriría la garganta antes de tener la información que necesito, y entonces volvería a empezar el infierno.

—¿Tienes tantas ganas de salir? —musita Flynn, inclinándose hacia adelante para que la horquilla le corte aún más la piel y otra larga estela de sangre le baje hasta el pecho—. Rompe una ventana. —Mientras habla, aprieta con más fuerza mi pecho y una sacudida de placer me atraviesa directamente al centro.

—Te mato aquí mismo —juro—. Me da igual. ¡Lo haré!

Sus ojos se entrecierran, casi dormidos—. Atrévete.

Hazlo.

Mátalo y todo esto termina aquí.

Venga a Anya. A Vic. A la tía Kara. Acaba con la línea Gallagher y tal vez me proclamen heroína.

Quizá ver su sangre deslizarse por su pecho y ver cómo se apaga la luz en sus ojos alivie este dolor que me consume por dentro.

Pero mi mano no se mueve.

Seguimos mirándonos fijamente mientras sus labios se curvan en una mueca de burla. Sé que cree que no tengo agallas para hacerlo.

Se lo demostraré.

Justo cuando mis dedos se cierran aún más sobre la horquilla, Flynn se mueve.

Un momento estamos cara a cara, en su regazo, y al siguiente estoy cayendo de golpe sobre su escritorio, el aire escapando de mis pulmones en un jadeo.

Sin apenas tiempo para recomponerme, su mano desaparece de mi pecho y de repente su polla me penetra de golpe, como un puñetazo, borrando todo rastro de sentido y pensamiento de mi mente.

El intenso calor de su miembro abriéndose paso en mi interior, llenándome más de lo que lo ha hecho cualquier otro hombre, es algo que no se parece a nada que haya sentido antes, y un gemido se ahoga en mi garganta.

No hay tiempo para palabras, ni para registrar que Flynn Gallagher está dentro de mí, porque de repente ambas manos me sujetan a los lados del cuello y me folla como un hombre completamente poseído.

A segundos de que le rajen el cuello y lo único en lo que puede pensar es en hundirse en mí y aprovechar sus últimos momentos de vida *follándome*?

Joder.

Inclina la cabeza hasta que nuestras frentes se rozan y, mientras su agarre en mi cuello se vuelve más firme, no hay nada amenazante en ello.

Pero ni siquiera me doy cuenta, estoy demasiado distraída por su polla embistiéndome como un pistón, en movimientos cortos y duros que me empujan por la mesa y hacen que bolígrafos y objetos salgan disparados por la madera.

Varias cosas golpean el suelo al soltarse por las embestidas de Flynn, pero él no deja de mirarme fijamente.

Cada embestida hunde su polla más y más en mi interior, chocando con un nudo de nervios que enciende todo mi cuerpo y hace que ondas de placer bajen cosquilleando por mis brazos y piernas.

Es bueno.

Es jodidamente bueno.

El placer se enrosca veloz en mi bajo vientre mientras el calor inunda mi entrepierna.

Embestida tras embestida me lleva más y más cerca del orgasmo, y la oleada de placer crece tanto que apenas puedo respirar.

Aun así, sostengo la horquilla en una mano, apoyando la muñeca en su hombro como si todavía tuviera intención de clavarle la aguja en el cuello y acabar con su vida.

Flynn deja caer una mano sobre mi muslo y la desliza hacia la cintura, acariciando la curva de mi abdomen y subiendo hasta mi pecho.

Unos dedos ágiles buscan un pezón y una sonrisa pícara le cruza los labios al pellizcar mi botón y mandarme una descarga afilada de placer directa al centro.

A la mierda.

La aguja resbala de mis dedos mientras rodeo con ambos brazos sus hombros, enrosco mis piernas a sus caderas que embisten, y lo atraigo más cerca. Estoy en llamas.

Todo mi cuerpo arde bajo la fuerza de sus embestidas, y me folla con tanta intensidad que ya no estoy segura de poder sentir mis propias caderas.

Una bola candente de presión crece en mi centro y se propaga por todo mi ser, relajando mis músculos y convirtiendo cada centímetro de mi piel en papel hipersensible.

Está en todas partes.

Su cuerpo se retuerce contra el mío, el vello de su pecho me hace cosquillas, sus manos ásperas abandonan mi cuello y recorren mi cuerpo como si exploraran algo realmente importante para él.

Por un momento, las líneas se desdibujan y parece que me está follando porque no puede saciarse, como si hubiera algo en mí tan adictivo que sus caderas se movieran por iniciativa propia porque su polla me desea desesperadamente.

Cada centímetro se desliza profundo en mi interior y no consigo pensar, ni tampoco hablar.

Todo, desde un insulto hasta un suspiro de placer, se atasca en mi garganta y sólo pequeños jadeos logran escapar de mis labios.

Hundiendo una mano en su pelo oscuro, tiro de él con toda la fuerza que tengo, arrancando un gruñido ronco de su pecho mientras él echa la cabeza hacia atrás, entregándose a la caricia.

Después, tras una ráfaga de embestidas que se funden en una sensación frenética, me folla hasta llevarme al borde, cayendo en un orgasmo devastador que se apodera de todo mi cuerpo.

Se me encogen los dedos de los pies hasta dolerme las pantorrillas, mis uñas arañan su torso, mi espalda se arquea sobre la mesa, y echo la cabeza hacia atrás en un grito mudo mientras todos los músculos de mi centro se contraen y palpitan con ola tras ola de placer abrumador.

A lo lejos, soy consciente del torrente de calor dentro de mí, señalando su final, pero está tan lejos del foco de mi mente que sólo me dejo caer contra la mesa, jadeando sin aliento.

Entonces, tan repentinamente como empezó, se acaba.

Flynn se retira de mi coño en un chapoteo caliente y húmedo, y desaparece de mi campo de visión.

Aún sofocada, me incorporo poco a poco sobre un codo y lo observo mientras se endereza ante mí con algo que brilla entre las manos. Su impresionante polla, aún dura, reluce a la tenue luz apoyada en su muslo.

—¿Qué... —jadeo con voz ronca—. ¿Qué coño ha sido *eso*?

—La próxima vez apunta más alto —responde Flynn mientras me lanza el objeto reluciente.

Rebota sobre la mesa mientras Flynn se sube los pantalones desde las rodillas y se aleja del escritorio, dejándome desnuda y agotada sobre él.

Quiero llamarlo, insultarle o lo que sea, pero tengo las piernas convertidas en gelatina y el temblor me sacude tanto que dudo poder ponerme en pie.

En vez de eso, bajo la mirada hasta el objeto brillante en la mesa y gimo, derrotada.

Mi horquilla.

FLYNN

Es atrevida, eso no se lo puedo negar. El intento muy real de Kaia de acabar con mi vida deja un escozor ardiente en mi cuello que hormiguea mientras avanzo por la mansión hacia el ala sur.

Tendré que informar a Frank de su intento y reforzar la seguridad un poco, pero es bueno ver que está dispuesta a pelear.

No hay nada más aburrido que un rehén dócil.

Mientras camino, me ajusto los pantalones e intento apartar a Kaia de mi mente, ya que no es más que una distracción.

Una distracción hermosa, con curvas y *ardiente*, pero una distracción al fin y al cabo.

¿Me intriga tanto porque es la enemiga o porque estuvo a segundos de cortarme el cuello?

Por alguna razón jodida, eso me puso más cachondo de lo que he estado en meses.

Está claro que algo en mi cabeza no funciona bien.

Al llegar al cuarto de la ropa blanca, una camisa limpia asoma del cesto como si estuviera esperándome, así que me la pongo sobre los hombros desnudos y estoy abrochándome los botones cuando la puerta se abre de golpe y me da en toda la frente.

—¡Joder!

—¿Pero qué—Flynn? Ay dios, lo siento muchísimo. ¿Qué haces escondido aquí? —Florence, mi doncella de mayor confianza, agita

las manos sorprendida y luego me agarra del brazo, arrastrándome fuera del cuarto de la ropa blanca con una fuerza sorprendente—. Sabes que no me gusta que te pongas en medio.

—Solo buscaba una camisa limpia. —Me froto el bulto que empieza a crecerme en la frente—. Pensaba que todos estaban dormidos.

—Ya, bueno. Tengo mucho que hacer y estaba despierta con— ¡Flynn! —Se interrumpe de golpe, Florence vuelve a plantarse delante de mí y esta vez me agarra del cuello de la camisa—. ¿Qué te ha pasado en el cuello?

—No es nada—

—No parece nada, la verdad. De verdad, ¿qué os pasa a los hombres de esta casa? ¿Es que os gusta sangrar por todas partes justo después de que termine de limpiar? ¿Eh? Ven conmigo.

A pesar de que Florence solo me saca un par de años, el fuego en su tono hace que apresure el paso tras ella mientras avanza por el largo pasillo, tenuemente iluminado, hacia el pequeño salón al fondo.

Ya dentro, me señala un asiento y se une a mí unos segundos después con un pequeño botiquín.

—De verdad —murmura por lo bajo—, si no es Frank cortándose la mano con esa dichosa moto suya, eres tú con esto... —Me lanza una mirada de soslayo antes de ponerse a rebuscar en el botiquín—. Y vas a necesitar otra camisa limpia, has manchado el cuello de sangre.

—Lo siento.

—¿Ah, sí? —Levanta la cabeza y me mira con los ojos entornados mientras el flequillo le cae sobre los ojos y me aplica una gasa fría y empapada en antiséptico en la garganta—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Afeitando.

Si las miradas matasen, Florence me habría fulminado en ese mismo instante. —¿Intentabas afeitarte la piel? —espeta, y luego su tono se suaviza un poco—. Esto es un poco profundo.

—Vale, he mentido. He cabreado a alguien.

—¡Flynn! —Mientras limpia la herida, su pie sale disparado y me da en el tobillo—. Tienes que dejar de hacer esas cosas.

—Ha merecido la pena —le aseguro—. Créeme.

Tras limpiar mi cuello, cubre la herida con una tirita de colores brillantes y flores y suspira profundamente mientras estruja la basura en la palma de la mano—. Confío en ti, Flynn. Pero me prometiste que ibas a tener más cuidado.

La rabia que impregnaba sus palabras se desvanece y la sustituye algo distinto, una preocupación profunda que me aprieta el corazón hasta el estómago.

De repente, jugarme la vida danzando alrededor de Kaia ya no me parece tan divertido.

No me doy cuenta de que el peso frío y familiar vuelve a instalarse en mis hombros hasta que noto que, durante el tiempo con Kaia, había desaparecido.

—Angie —digo en voz baja mientras una punzada aguda y opresiva me atraviesa el pecho y me recuerda mi culpa—. ¿Cómo está?

—Durmiendo —responde Florence, escueta—. Le costó dormirse esta noche, pero lo conseguí con leche caliente y medicina.

—¿Has drogado a mi hija?

Ella levanta la cabeza y me dedica una sonrisa cansada—. Sabes que ahora mismo es lo único que funciona.

—Lo sé. —Alargo la mano hacia Florence cuando empieza a recoger y le agarro suavemente la muñeca—. Gracias.

A pesar del brillo en sus ojos, asiente y vuelve la calidez a su voz —. Deberías ir a desearle buenas noches.

Desearle buenas noches a mi hija es lo más sencillo del mundo, pero mientras avanzo por el pasillo hacia su dormitorio, siento que las propias fibras de la moqueta se alzan para atrapar la suela de mis zapatos y retrasar mis pasos.

Bien podría estar enfrentándome a una habitación llena de matones armados de lo fuerte que me late el corazón al tocar el pomo y abrir la puerta con sumo cuidado.

Mi hija Angie, de siete años, duerme acurrucada en un nido de almohadas, con un brazo firmemente rodeando a su jirafa de peluche, como si nunca fuera a soltarla.

Ambos puñitos se encogen bajo su barbilla y su pelo oscuro y ondulado se desparrama sobre varias almohadas, mientras ella se enrosca sobre sí misma.

Eso me deja espacio de sobra para sentarme suavemente en el borde de su cama y contemplar cómo duerme.

Debería mirarla con amor y admiración, con orgullo y cariño, pero la única emoción que siento, como si fuera una piedra afilada clavándose en mi pecho, es la culpa.

Esto se lo he hecho yo.

Han quedado atrás las noches en las que dormía estirada boca arriba en medio de la cama, o cuando se dormía en la sala de juegos y había que llevarla a cuestas hasta aquí.

Ya no son esas noches en las que me despertaba de madrugada porque se había colado hasta mi habitación y se metía en la cama conmigo buscando calor.

Echo de menos todo aquello, y solo pensarlo ya es suficiente para hacer que me escuezan los ojos.

Le prometí que arreglaría nuestra familia, que solucionaría todo, pero aquí estoy, sin nada que ofrecerle salvo las incontables disculpas que apenas llega a comprender y el peso del dolor que nunca desaparecerá.

Lentamente, muy lentamente, alargo la mano hacia ella y la poso sobre lo que imagino que es su tobillo.

Ese instante de contacto alivia un poco el dolor en mi pecho, hasta que, incluso dormida, Angie me reconoce y se encoge aún más, quitando su tobillo de debajo de mi mano.

El peso del *lo siento* nunca será suficiente.

Me quedo en la habitación de Angie más de una hora simplemente observando cómo duerme y repasando en mi cabeza todas las formas en que mi ataque a la mansión Yudkin podría haber salido de otra manera.

Debería haber supuesto el final de *todo*, y sin embargo sigo atrapado, alargando el dolor de quienes me rodean.

Si Antov no accede a mis exigencias antes de que acabe el día, reduciré su imperio a cenizas hasta que no le quede más remedio.

El sueño llega después de un gran vaso de whisky escocés y cincuenta flexiones antes de acostarme, donde caigo en un pozo de agotamiento sin sueños y despierto con el mismo cansancio pegado al cuerpo.

Llevo semanas sin dormir bien.

Después de ducharme, voy camino del garaje cuando Florence aparece por el pasillo y me agarra del brazo.

—Angie está en el comedor.

Me detengo en seco en mitad del pasillo—. ¿Cómo?

—Ajá. Está desayunando allí.

—Pero no ha comido ahí desde... —

—Lo sé —asiente Florence rápidamente—. Ve.

No necesito que me lo repitan.

Olvidando todos mis planes matutinos sobre reunir al equipo para preparar cómo sacar a Antov de su escondite, me encamino al comedor, que da al jardín y desde donde se tiene casi una vista de pájaro del estanque.

Dentro, Angie ocupa su sitio de siempre, con las piernas colgando y balanceándose de un lado a otro, aún abrazada a su jirafa bajo un brazo y sujetando una rebanada de pan con mantequilla con el otro.

—¿Angie? —Me acerco despacio y el corazón me da un vuelco al ver que se vuelve para mirarme—. Buenos días.

Sus enormes ojos azules siguen fijos en mí mientras mastica.

No dice nada, pero me tiende la jirafa cuando me siento a su lado.

A mis espaldas, un sirviente va y viene junto al carrito de la comida y me acerca una taza de café mientras yo aliso algunas arrugas en la jirafa.

—Buenos días, señor Jirafa. ¿Qué va a desayunar hoy, eh?

Angie desliza su plato hacia mí, donde tres arándanos azules reposan en una fila perfecta.

—¿Arándanos?

Ella asiente y el lazo amarillo de su pelo salta con el movimiento.

—Me encantan los arándanos. Tienes suerte, señor Jirafa. Si no estuvieras aquí, me los comería yo todos, uno a uno. Pero *alguien* —

digo mirando a Angie de reojo— me dijo una vez que sin tus arándanos te pones muy gruñón y no queremos eso, ¿verdad?

Angie sigue observándome, sus ojos bien abiertos y su boca sin la sonrisa que tanto anhelo volver a ver ahí.

Da otro mordisco a la tostada y sus ojos se entornan un poco cuando coloco la jirafa sobre la mesa, cuidadosamente, junto a los arándanos.

—Solo café para mí esta mañana —digo, llenando el silencio entre nosotros con conversación. Me dijeron que era lo mejor. Hablar y comportarme con normalidad, sin resaltar el silencio de Angie, debería animarla a participar. Pero no da ninguna señal de querer hacerlo, y enseguida vuelve su atención a la tostada.

Mi niña antes rebosaba de vida. Los pasillos resonaban con su risa y el golpeteo de sus pasos al correr, y más de una vez encontraba a un guardia completamente agotado por intentar seguirle el ritmo.

Ahora se sienta en silencio, balanceando las piernas bajo una pesada nube de tristeza que se refleja en su mirada.

—Frank me ha contado que quiere volver a pintar. Le dije que debería venir a hablar contigo, porque después de que pintaste todas las paredes del pasillo junto al invernadero, creo que eres la única en esta familia con el talento artístico suficiente para guiarle.— Una suave sonrisa se dibuja en mis labios.—Tiene el talento de un sapo.

Angie no responde, pero me observa con sus ojos grandes y vacíos mientras come en silencio.

Hasta que su mirada se detiene en la tirita que aún cubre mi cuello y frunce el ceño.

—Estoy bien —digo enseguida, tocando la tirita con el dorso de los nudillos y subiendo después hasta la barbilla—. Ha sido culpa mía. Ya sabes que papá siempre se corta al afeitarse.

Angie deja la tostada sobre la mesa y agarra su jirafa, la lleva a su regazo y me contempla sin decir palabra.

A veces, la intensidad de su mirada me da la sensación de que intenta decirme cientos de cosas que no logro descifrar.

Eso solo alimenta la culpa que me oprime bajo las costillas, y me fuerzo a sonreír.

—¿Flynn? —La voz de Frank llega desde el umbral, y Angie se gira hacia él antes que yo, apretando más fuerte su jirafa. Sigo su línea de visión y me encuentro con sus ojos.

—¿Qué?

Él ladea la cabeza hacia el pasillo sin perder la sonrisa tranquila. —Buenos días, Angie.

Ella no responde, pero sí levanta una mano diminuta y saluda con un gesto.

—Vuelvo enseguida, cariño.—Me levanto, me inclino y beso la coronilla de su cabeza.

Al incorporarme, de pronto me alza la jirafa hacia mí y la mantiene así hasta que le doy un beso en su cabeza peluda, entonces vuelve a centrarse en su tostada.

Ya en el pasillo, la mayor parte de mi atención sigue puesta en ella.—¿Qué pasa?

—¿Cómo está? —pregunta Frank en voz baja, casi un susurro profundo.—¿Algún cambio?

—No.—La lengua se me pega al paladar mientras una oleada de náusea cálida me recorre el estómago.—Los médicos y los psiquiatras dicen que llevará el tiempo que tenga que llevar, pero yo...—Las palabras se me atragantan.—Da igual. ¿Qué es tan urgente?

—Antov.—Frank se apoya una mano en la cintura mientras habla. —Por fin ha respondido. Supongo que la llamada con Kaia le ha hecho ver las cosas de otra manera porque quiere reunirse.

Se me alzan las cejas.—¿Ha dicho cuándo?

—Sí, también ha enviado una dirección. Si nos damos prisa—

—¡Flynn!—Mi nombre retumba en el aire como un disparo, lanzado por Kaia, que avanza por el pasillo hacia mí, con el pelo alborotado y un destello furioso en los ojos.

Buscando el pomo detrás de mí, no consigo encontrarlo antes de que Kaia se lance hacia mí y me clave dos dedos llenos de rabia en el pecho.—Kaia, esto—

—¿Lo de anoche fue algún tipo de broma para ti? ¿De verdad crees que tu maldito rabo es tan impresionante como para que te perdone? ¿Que todo lo que has hecho a mí y a mi familia, y a cualquier otra familia que se ha cruzado en tu camino, lo olvide así, sin más?

A mi lado, las cejas de Frank se disparan hacia su inexistente línea del pelo.

—Porque ya estoy despierta, ¿lo entiendes? Cualquier droga que metiste en mi sistema ya no está y ahora veo las cosas claras, porque anoche tuviste tu oportunidad de matarme y deberías haberla aprovechado. No voy a parar, ¿me oyes? Olvídate de dormir tranquilo, olvídate de confiar en cada bocado de tu comida o de saborear un vaso de agua. Me subestimas porque piensas que secuestrar a alguien significa que ya no es una amenaza, pero yo te conozco, Gallagher. Si hay algo de cierto en los rumores sobre ti y tu familia, entonces deberías saber que *todos* los rumores sobre los Yudkin son verdad, y eso de decirme que apunte mejor la próxima vez que intente matarte... No necesito tus consejos, ¿vale? Ya logré que bajaras la guardia una vez y puedo hacerlo de nuevo, así que no te creas ni por un segundo que solo porque me has *follado* voy a olvidarme de cómo se mata, porque te voy a matar, ¿me entiendes? Cuando menos te lo esperes, te mataré tan lentamente como mereces, y cualquiera que te rodee también morirá—!

La furia de Kaia se corta de golpe cuando sus palabras se deshacen en un sollozo y sus ojos se abren como platos.

La razón se hace evidente un segundo después, cuando una manita se agarra a mi pantalón y tira de él.

Angie me mira con los ojos muy abiertos, arrastrando la jirafa por el cuello y vuelve a tirar de mi pantalón.

Nada en el mundo podría evitar que me agache y la recoja en mis brazos.

En cuanto lo hago, hunde su carita en mi cuello y se queda ahí, abrazándose a mí con la mano libre mientras la jirafa cuelga de su férreo agarre.

Cuando ya la tengo bien encajada sobre la cadera, me giro hacia Kaia y le devuelvo la mirada de horror con una medio sonrisa.

—¿Decías algo?

KAIA

La vergüenza de haber dicho cosas tan horribles delante de una niña me lleva a encerrarme en mi habitación durante el resto del día y no salir hasta que Flynn viene a buscarme al día siguiente.

No comenta nada sobre la comida intacta que han dejado fuera de la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunto, dejando la mano flotando sobre la parte superior de la puerta del coche. Dos coches negros se encuentran delante del que rodea Flynn, y otros dos más están aparcados detrás, cada uno con varios guardias armados en su interior.

—A algún sitio —responde Flynn cuando ya está al otro lado del coche—. Entra.

—¿Vas a matarme?

—¿Por qué? ¿Por soltar tacos delante de mi hija? —Su rostro permanece imperturbable mientras abre su puerta—. ¿De verdad crees que haría eso?

Se mete en el coche antes de que pueda contestar y yo me quedo allí, de pie, mirando cómo el sol reluce sobre el techo del vehículo.

A mi espalda, el murmullo del lago se eleva de forma sutil, los pájaros cantan en el aire y revolotean entre los árboles que rodean la propiedad, y una desagradable presión crece en mi estómago.

Así que esa niña era su hija.

Lo sospechaba, pero me negué a preguntar ayer porque estaba horrorizada conmigo misma.

Nunca supe que Flynn Gallagher era padre.

Aunque mi conocimiento sobre los Gallagher se limita casi por completo a lo peligrosos que son, lo millonarios que se han vuelto gracias a las drogas y la rivalidad con mi familia en el mercado de las falsificaciones, jamás nadie mencionó que hubiese una hija.

¿Flynn llegó a casarse alguna vez?

La curiosidad me quema mientras me deslizo, nerviosa, al interior del coche y espero la que estoy segura será una suerte furiosa y sangrienta.

He dicho cosas cruelísimas delante de su hija y he amenazado con acabar no solo con él, sino con toda su familia.

Ahora sé que eso no ocurrirá.

Da igual lo que haya hecho Flynn, no importa lo terrible que sea como hombre, matar a una niña es algo que no podría hacer jamás.

Cada vez que cierro los ojos, no puedo evitar ver en mi mente la forma en que ella miraba a Flynn, con los ojos muy abiertos mientras tiraba de su pierna, y la desgarradora ternura con que se aferró a él cuando la alzó en brazos.

No se pronunció ni una palabra, y aun así, la manera en que actuaba bastó para hacerme llorar en cuanto estuve a salvo tras la puerta.

Frank se siente en el asiento del conductor después de que pasemos treinta segundos en silencio en el coche.

Un cuarto hombre ocupa el asiento junto a Frank y, en cuestión de minutos, toda la comitiva se aleja de la finca.

Mientras conducimos, los cristales se oscurecen para bloquear mi vista y, probablemente, para retrasar cualquier nuevo intento de fuga usando la orientación de este lugar donde me tienen cautiva, así que, pese a mis esfuerzos, mis pensamientos vuelven a la hija de Flynn.

¿Habrá una madre? La manera en que nos follamos la otra noche me lleva a pensar que no, porque Flynn lo hizo como un hombre poseído, y todavía ahora se me tensa el cuerpo al recordarlo.

Un hombre no folla así si tiene sexo regularmente. Así que está muerta o desaparecida, al menos.

Pero ¿qué clase de mujer dejaría a su hija con un hombre como Flynn?

Le echo una mirada furtiva mientras mis pensamientos se enredan.

Tiene la cabeza gacha, los ojos fijos en la pantalla que sostiene en la mano, deslizando los dedos rápidamente por aplicaciones y mensajes que parpadean demasiado deprisa como para poder cotillear.

Flynn Gallagher, el hombre que lidera la familia conocida por volar varias discotecas y asesinar a cientos de personas, por inundar el mercado con drogas y enganchar a decenas de miles de adolescentes a sustancias que destruyen cerebros, la familia *famosa* por asesinar al hermano del alcalde porque se acercó demasiado a ellos… es padre.

No parece real.

Quizá ni siquiera me haya despertado aún y todo esto sea una fiebre o un sueño raro de coma.

De alguna manera, eso me reconforta un poco, y me froto el muslo mientras las palabras se forman en la punta de mi lengua.

—Lo siento.

Flynn no levanta la vista.—¿Por qué?

—Por lo que dije delante de tu hija. No lo habría hecho si hubiera sabido que estaba allí.

—¿Y si no fuera mi hija? —Por fin me mira y clava en mí esos ojos claros como la luna—. ¿Y si fuera hija de Frank?

—Bueno… —Lanzo una mirada hacia la parte delantera del coche, donde Frank parece demasiado concentrado en conducir como para escuchar—. No hablaría así delante de ningún niño a propósito, pero yo… He dicho cosas terribles y tu hija lo ha oído. Lo siento.

Flynn suelta una risita suave y se recuesta en su asiento. Mientras me observa, una de sus manos se aferra al relicario plateado, casi oculto en el escote en V de su camiseta, y juega con él distraídamente.

—Nunca te disculpes por decir lo que piensas —responde—. Guardarse todo eso dentro no es sano. Además, sabía que no te rendirías tan fácilmente en tu intento de matarme. Me lo esperaba.

—Eso no es lo importante. —Mis dientes atraparon suavemente mi labio inferior—. No me arrepiento de *lo* que he dicho, en realidad. Todo eso sigue siendo cierto. Simplemente… no sabía que tenías una hija, así que ni se me pasó por la cabeza que alguien pudiera oírme.

Los ojos de Flynn se entrecierran.—No nos mintamos, Kaia. Fuiste muy sincera ayer. Sigue así.

Alzo una ceja ligeramente.—Yo… No estoy mintiendo. —Mientras hablo, mi corazón da un pequeño vuelco.

De verdad que no sabía que tenía una hija, pero por el destello de irritación que de repente asoma en sus ojos, parece que no me cree.

—Cuando dije que quería acabar con tu familia, me refería a gente como Frank.

Desde la parte delantera del coche se escapa un bufido suave y yo entrecierro los ojos.

—¿Qué pasa, crees que no podría matarte?

Frank alza los ojos al retrovisor y nuestras miradas se cruzan.—Te costaría más usar ese cuerpo tuyo para pillarme desprevenido.

Me arden las mejillas como si me hubieran abofeteado y, mientras el sudor me recorre de repente la columna empapando la camisa por la espalda, levanto la barbilla con desafío.—Claro que podría. —Una voz diminuta florece en el fondo de mi mente, burlándose de mi aspecto, de mi peso, de cómo ningún hombre en su sano juicio se fijaría en mí.

Esta vez, el hombre sentado junto a Frank se echa a reír. Mientras la incertidumbre se instala en mi pecho, Flynn suspira hondo.—Frank es gay —dice—. Tus tetas no van a servirle de nada.

Las risas resuenan entre Frank y el hombre que está a su lado, mientras Flynn entorna los ojos ligeramente y vuelve a fijarse en su móvil.

El calor encendido de mis mejillas sonrojadas no se desvanece, ni la opresión creciente en el estómago ni la humillante quemazón que

sube por mi cuello, igual que ayer cuando me di cuenta de que un niño me había oído despotricar.

Por debajo de todo eso, hay una extraña oleada de alivio. Mi aspecto no cuenta nada para Frank porque no soy un hombre y no debería importarme, pero por algún motivo, una parte de mí sí que lo siente.

La misma parte de mí que todavía flota al recordar que un hombre tan atractivo como Flynn se acostó conmigo sin dudarlo.

—¿A dónde vamos, por cierto? —suelto de golpe, ansiosa por cambiar de tema—. ¿Me has traído solo para jugar y burlaros de mí?

—¿Y si así fuera? —Los ojos de Flynn se clavan en mí al instante —. ¿Eso afectaría a tus ganas de matarme?

Entrecierro los ojos.—Solo haría que me entren más ganas.

—¿Y qué pasa con tus ganas de *follar* conmigo? —su voz baja unos tonos mientras se inclina hacia delante, hasta que el cinturón se tensa sobre su hombro.

—Jamás *volvería* a hacerlo —espeto, enfadada—. Solo lo hice para que bajaras la guardia.

—A mí no me importaría que me la bajaras otra vez. —Sus ojos descienden hacia mi pecho, y un escalofrío me recorre el cuerpo como si su mirada pesara tanto como una caricia de sus dedos.

—¿Por qué estoy aquí? —repito con insistencia, mientras la mandíbula se me tensa por el revoltijo de emociones. Irritación por sus juegos, rabia por mi falta de poder y vergüenza por sentir que soy, otra vez, la diana de la broma.

Flynn sigue jugueteando con su relicario mientras se recuesta en el asiento, deja pasar el momento y luego suspira.—No te emociones. Tu tío por fin ha aceptado mis condiciones y ha accedido a encontrarse conmigo para un intercambio.

—¿Un intercambio? —Eso sí que es nuevo. Un intercambio significa que Antov tiene algo que quiere Flynn, pero ¿el qué?

Flynn no añade nada más y el silencio inunda el resto del trayecto, salvo cuando el guardia junto a Frank enciende la radio y llena el coche de un tema pop a todo volumen que Frank apaga enseguida.

Un intercambio.

Ni mi tío ni mi hermano han mencionado nunca tratos con Flynn, más allá de la ira y el enfado por haber invadido nuestro territorio.

Pensar en ellos hace que el dolor regrese de golpe a mi pecho, y me quedo mirando por la ventanilla tintada, con mi propio reflejo por única compañía.

Vic. Le echo de menos.

Anya.

Kara.

Echo de menos a todos.

Solo imaginar sus caras ya me hace temblar el pecho, como si fuera a romperse, así que, para distraerme del dolor, clavo la mirada más allá de mi reflejo y me fijo en la silueta difusa de Flynn.

Matarle tiene que hacerme sentir mejor, pero él lo toma como un juego, como si no fuera una amenaza de verdad.

Si formo parte de ese intercambio, al final nada servirá de nada.

Mi libertad significa que no pararé hasta ver a Flynn muerto y enterrado.

Mientras repaso en mi cabeza los diferentes escenarios de cómo me gustaría matarlo, el coche disminuye la velocidad y se detiene suavemente.

Flynn desabrocha su cinturón de seguridad de un tirón, luego se inclina hacia mí y hace lo mismo conmigo.

Nuestras miradas se cruzan apenas un instante fugaz, y enseguida él sale del coche, mientras Frank aparece en mi puerta y la sostiene abierta para que baje.

De repente, la libertad está al alcance de mi mano y se siente más real que nunca.

Al bajar del coche, una brisa suave se enreda en mi pelo y tira de la camisa ancha que cogí a toda prisa de entre la montaña de ropa que me habían dejado.

Delante de mí se extiende un gran aparcamiento vacío, con un almacén gigantesco al fondo, junto a una hilera de árboles, y los numerosos coches que vinieron con nosotros dejan huellas de neumáticos en el polvo a mis pies.

Parece que hace tiempo que nadie viene por aquí.

Frank ronda cerca de mí, y aunque no me mira directamente tengo la sensación de que toda su atención está pendiente de cada uno de mis movimientos.

Pero eso no me impide caminar unos metros y observar lo que me rodea.

Los árboles y arbustos bordean casi todo el aparcamiento, y una larga carretera serpenteante a nuestra espalda me deja claro que solo hay una entrada y una salida.

Podría intentar escapar y correr hacia los árboles, pero no hay ninguna garantía de que haya algo al otro lado.

Sin saber dónde he estado retenida, sería imposible calcular mi ubicación solo por la duración del trayecto.

Quizá por esto Flynn está tan divertido. No puedo marcharme y tampoco puedo huir.

—Bueno —digo con un suspiro, disimulando mi irritación—. ¿Podemos quitarnos este pequeño trámite de encima y seguir con nuestras vidas?

Flynn, enfrascado en una conversación con un hombre armado lo bastante lejos como para que no pueda oírles, no me presta atención.

Entorno los ojos mirando su espalda, pero justo cuando me dan ganas de soltar alguna burrada para llamar su atención, Frank me distrae.

Saca de su chaleco algo que parece una tableta electrónica y la enciende dando unos toques en la pantalla.

La pantalla se ilumina con colores y ventanas que nunca había visto antes, pero al ver cómo desliza los dedos sobre ella, caigo en la cuenta de lo que es.

La pantalla muestra una vista cenital del almacén que tenemos delante. Aparto la vista de la pantalla y miro hacia arriba, pero el cielo azul intenso y el sol abrasador del mediodía me impiden localizar el dron que está enviando las imágenes.

—Flynn —dice Frank, con una voz mucho más baja que el tono que había usado yo—. Nos están vigilando.

Flynn se aparta de su conversación y se une a nosotros, colocándose detrás de mí. El corazón me da un vuelco.

Está tan cerca que noto el calor que emana de su cuerpo y me calienta la parte posterior del brazo desnudo, y cada inspiración se llena de un sutil aroma ahumado y dulce que flota en su piel.

Si no le odiara, pensaría que es agradable.

—¿Alguna novedad? —pregunta Flynn, su voz resonando en el aire sobre mi cabeza.

Me niego a mirarle, pero el simple hecho de oír su voz me provoca un cosquilleo extraño por la espalda y tengo que morderme la lengua para controlarme.

Es como si cada parte de mi cuerpo que él devoró la otra noche estuviera desconectada de quién es y de lo que representa.

Un monstruo.

—Nada —responde Frank. Toca la pantalla y diferentes colores cubren el almacén a medida que el dron sobrevuela la zona.

No es hasta que el dron se acerca más y distingo un grupo de manchas naranjas que me doy cuenta de que está usando visión térmica para detectar personas.

Pero no hay nadie en el almacén. Frunzo el ceño. —¿Somos los primeros?

—No —responde Flynn con una honestidad sorprendente—. Hice que llegáramos tarde a propósito.

—¿Por qué? —Por fin le miro y el aire se me queda atascado en la garganta. Su piel brilla aún más oscura bajo el sol y el ángulo de su mandíbula me despierta unas ganas irresistibles de morderla.

Flynn no contesta, pero baja la vista y escanea el suelo a nuestro alrededor, buscando algo que no consigo descifrar hasta que se aleja, se agacha y recoge algo de la tierra.

Vuelve con una piedra en la mano, lanzándola al aire mientras aprieta la mandíbula, como si estuviera masticando sus pensamientos.

Después echa el brazo hacia atrás y yo observo, hipnotizada, cómo la tela de su camisa se estira sobre ese cuerpo esculpido al que arañé con saña la otra noche.

Definitivamente, algo no va bien en mí.

Flynn impulsa el brazo hacia delante y todo su cuerpo le sigue, lanzando la piedra en un arco impresionante.

Todos miramos cómo la piedra vuela por el aire y atraviesa una de las ventanas superiores del almacén, y cada rebote de la piedra retumba a través de las puertas al caer al suelo.

—¿Vacío? —La confusión me revuelve las entrañas, pero al parpadear, un estallido ensordecedor rasga el aire y una oleada de fuerza recorre el aparcamiento cuando el almacén explota en una gigantesca bola de fuego.

Las ventanas estallan, lanzando una lluvia de cristales rotos al mundo, las paredes se resquebrajan por la onda expansiva y esa misma fuerza me golpea de lleno, lanzándome contra el suelo.

Varios de los guardias salen despedidos contra los coches y llego a ver a uno rodando por el capó justo cuando caigo pesadamente al suelo y la cabeza me golpea con fuerza contra la piedra.

Estrellas estallan delante de mis ojos y me quedo mirando hacia arriba, entumecida, ante mil estrellas titilantes.

¿Por qué están ahí en pleno día?

¿Qué está pasando?

No es hasta que el cuerpo de Flynn aterriza sobre el mío y me sostiene la nuca, acurrucando mi cara contra su cuello, que me doy cuenta de que eso no son estrellas.

Es cristal.

Los fragmentos y más siguen lloviendo a nuestro alrededor justo cuando la primera explosión se triplica.

Cada estallido me atraviesa el cuerpo como una descarga eléctrica y, a pesar del peso de Flynn sobre mí, de pronto estoy de vuelta en casa.

Anya yace muerta en el suelo. Las explosiones revientan en el exterior y Vic me arrastra de la mano mientras dice cosas que no logro oír.

Sin pensarlo dos veces, me aferro a Flynn con todas mis fuerzas.

Su camisa se arruga entre mis palmas y me duelen las uñas de la presión que hago con las yemas contra su cintura.

En cuanto empieza, se acaba.

El mundo se vuelve más silencioso y apenas se oyen el chasquido del fuego vivo y el golpe sordo de vigas y maderos cayendo como telón de fondo.

No me muevo.

No puedo.

Parte de mí está paralizada y el resto atrapado bajo Flynn. Alrededor nuestros, pasos vacilan torpemente, y entonces la voz de Frank flota desde algún lugar por encima.

—¿Estás bien?

—Mmm—. El sonido retumba en el pecho de Flynn y vibra bajo mis dedos.

Justo cuando cedo y me permito disfrutar del calor protector y el suave aroma, él se levanta de golpe, y yo me quedo allí tumbada, entrecerrando los ojos hacia el cielo azul y tranquilo mientras él me tiende la mano.

—¿Estás herida? —pregunta Flynn.

Abro los labios, pero no sale ningún sonido.

Solo es un segundo, pero el hecho de que se tirase encima de mí para protegerme hace que una oleada de confusión me sacuda el corazón.

Para ser un hombre que quiere matarme a mí y a mi familia, está haciendo un trabajo impecable manteniéndome viva.

—¿Está herida? —pregunta Frank cuando mi silencio se alarga, y él también aparece encima de mí, con el ceño fruncido en una expresión que podría confundirse con verdadera preocupación.

—No —consigo decir entrecortadamente mientras alzo la mano hacia Flynn.

Su palma cálida y áspera se junta con la mía y me levanta de un tirón como si no pesase nada.

Tan rápido que tropiezo, y él me sujeta con la otra mano en la parte baja de la espalda para ayudarme a estabilizarme.

A mi alrededor, hay caos.

El suelo está cubierto de fragmentos de cristal y restos, y varios de los guardias tienen cortes y arañazos en la cara y los brazos.

El almacén detrás de Flynn está totalmente envuelto en llamas, con humo surcando el cielo como una mancha oscura.

—Joder —respiro, y un *gracias* se queda flotando en la punta de mi lengua, pero no llega a ver la luz porque Flynn lo estropea al hablar.

—La famosa hospitalidad Yudkin —espeta con dureza—. Cualquiera pensaría que quiere verte muerta. ¿Eres siquiera una auténtica Yudkin? —La gentileza de su mano en mi espalda se transforma en un dedo acusador en mi hombro—. ¿Eres una sirvienta intentando ganarte la vida a base de mentiras?

Algo es... diferente.

El hombre seguro de sí mismo que protegió mi cuerpo con el suyo ha sido sustituido al instante por este hombre oscuro, ceñudo, que me mira con odio en las pozas plateadas de sus ojos.

Y hay algo más ahí, algo parecido al dolor.

Mientras nos miramos, me asombra lo parecida que resulta su mirada a mi propio reflejo.

—¿O es que a los Yudkin os da igual la familia? —suelta con desprecio.

Mi ánimo se ensombrece de inmediato y avanzo encarándole, empujando ambas manos contra su pecho aunque ni se inmuta—. ¡Que te jodan! ¿Qué esperabas, eh? ¿De verdad te sorprende que mi tío intente matarte después de la mierda que hiciste?

—¿La mierda que hice yo? —me fulmina Flynn—. Por si no te has dado cuenta, *te traje*. ¿Qué crees que dice eso de lo que valoraba este intercambio? He dado demasiado crédito a una familia de gentuza.

—¡Que te den! —Mi siguiente embestida hacia él la frena el abrazo firme de Frank en mi cintura, pero eso no impide que me revuelva y agite los puños, desesperada por golpearle—. ¿Gentuza? ¿Tienes los cojones de despreciarme con el historial que cargas a tus espaldas? ¡Tú has provocado esto, Flynn! Sea lo que sea lo que buscas, ni siquiera lo mereces. Has asesinado a mi familia, me has secuestrado, ¿y ahora te haces el *herido* porque tu estúpido trato no ha salido como planeabas? —Lanzo mi codo hacia Frank—. ¡Suéltame!

Frank ni lo intenta y por poco mi codo no le da en el ojo.

—Si el compromiso de tu familia está a la altura de su patético intento de matarme, les he sobrestimado con creces —responde Flynn con tono sombrío.

—¡Solo porque no somos tan expertos en *asesinar* como tú no significa que no vayamos a conseguirlo!

Una risa fría y seca se le escapa a Flynn. Se da la vuelta, alzando una mano—. Ponla en otro coche, Frank. No quiero ni verla.

KAIA

Pasa una semana y Flynn cumple su palabra.

No le veo en absoluto.

Algunos días, la curiosidad por saber qué esperaba de aquel intercambio me arde en el pecho, y trato de buscarle ya que, a pesar de ser una cautiva, tengo una libertad relativa en la finca y su jardín.

Sin embargo, Flynn me esquiva, y solo alcanzo a verle de reojo en el jardín con su hija o saliendo de la finca junto a Frank.

He notado que Angie también desaparece siempre que Flynn se marcha.

Está claro que no se fía de dejarla a solas aquí conmigo.

Mi curiosidad insatisfecha acaba por convertirse en rabia, que a su vez me arrastra de vuelta a ese duelo asfixiante que me deja sollozando bajo las sábanas, lamentando la pérdida de todos a quienes quise.

Anya se cuela constantemente en mis sueños, convirtiendo recuerdos valiosos en pesadillas retorcidas mientras celebra su cumpleaños, haciendo estallar la casa cuando enciendo la vela, o volviendo un simple escondite en la dantesca escena de encontrar su cadáver mientras su fantasma me grita por no haberla salvado.

La echo de menos.

La echo tanto de menos que a veces siento que no puedo respirar, y me paso horas jadeando y llorando en el suelo.

Entre las oleadas de dolor por mi tía y mi hermano, intento canalizar mi rabia en algo útil.

Quedarme aquí llorando no va a cambiar mi situación, y cada día que Flynn sigue con vida es otro día que se sale con la suya.

Que mi tío hiciera saltar aquel almacén por los aires es, si acaso, una orden clara. Flynn debe morir.

Ignoro la silenciosa confusión sobre cómo esperaba el Tío Antov que yo sobreviviera a aquella explosión, razonando que probablemente supuso que Flynn jamás me traería, así que nunca esperó que yo estuviera allí. Si Antov siente aunque solo sea una fracción del dolor que yo tengo por la Tía Kara, entonces todo cobra sentido.

Matar a Flynn es la única salida.

Solo tengo que hacerlo en silencio. No podría vivir con la culpa de traumatizar a la pobre Angie en el proceso, no después de haber descubierto que ahora mismo no habla, aunque nadie me explique el porqué.

Cualquier pregunta que hago a Frank, a Florence la doncella, o a cualquier otro criado o guardia que me mire se recibe con silencio o me despachan de inmediato cambiando de tema.

Estoy sola y me estoy volviendo loca.

No mucho después de darme una ducha para quitarme la última tanda de lágrimas, salgo con cuidado de mi habitación y me pongo a recorrer la mansión.

Últimamente, suelo caminar por los pasillos casi cada día para mantenerme activa y también para aprenderme el plano de la casa.

Todo va quedando grabado en mi mente para el futuro: hacia dónde lleva cada puerta, cuántos pasillos se cruzan entre sí, dónde están las salidas y qué habitaciones pueden servir para esconderse o escapar.

La biblioteca del tercer piso tiene una ventana que no cierra bien y, con un poco de cuerda bien colocada, podría convertirse en una vía de escape.

Lo mismo sucede con la salida de servicio junto a la cocina.

La humedad ha corroído una de las bisagras hasta tal punto que, con unas pocas patadas, esa puerta cerrada se convertiría en una

trampilla abierta.

Camino y aprendo, aunque todavía no tengo un plan perfectamente definido. Salir de la casa no es el problema, el problema es dejar los terrenos que la rodean.

Hoy, mi recorrido me lleva al segundo piso, donde el sonido del agua corriendo llama mi atención.

Aquí está el dormitorio de Flynn, y la curiosidad, además de la sospecha de una oportunidad, me guía por el pasillo y me cuelo en su habitación tras desconectar las cámaras de seguridad que sé que vigilan las esquinas del techo.

No me equivoco, es su ducha.

La puerta del baño está entreabierta, y el vapor se desliza poco a poco por la base, derritiéndose en la gruesa y oscura moqueta que cubre la habitación.

Una cama enorme con dosel de madera oscura ocupa casi todo el espacio, con muebles igualmente oscuros recubriendo las paredes.

Una silla junto a la ventana está cubierta con una manta de ositos, y la mesa que tiene delante está repleta de lápices de colores, hojas impresas y libros infantiles apilados peligrosamente en una esquina.

Todo aquello desentona en una estancia por lo demás tan refinada.

¿Es esta mi oportunidad? Está en la ducha, así que está distraído.

Dada nuestra diferencia de altura y fuerza, el factor sorpresa solo puede jugar a mi favor, pero tendré que ser rápida.

Algo afilado y letal pondría fin a su vida y, estando él en la ducha, tendría tiempo de sobra para huir antes de que nadie venga a buscarle.

Pero no tengo arma.

Examino la habitación rápidamente, revisando el montón de libros y lápices de colores buscando algo lo bastante afilado como para matar.

Salvo un lápiz recién afilado, no hay nada más.

Mi búsqueda veloz me lleva otra vez hasta su tocador, donde un par de pequeñas tijeras descansan junto al espejo, justo al lado de un relicario plateado.

El relicario de plata de Flynn.

Con lo que le gusta juguetear con ese objeto, me sorprende que se lo haya quitado.

Una de las caras del relicario tiene el relieve de una flor gastado por la constante caricia del pulgar de Flynn, y una de las pequeñas bisagras muestra el mismo desgaste.

La curiosidad me puede y, antes de darme cuenta, ya he cambiado las tijeras por el relicario y lo sostengo en la palma de la mano.

Al darle la vuelta, un solo nombre está grabado en la parte de atrás con una caligrafía en espiral.

Evangeline.

Se me arquea levemente la ceja. ¿Es eso a lo que se refiere el diminutivo de Angie?

Joder.

Flynn no tiene ningún sentido para mí.

Este monstruo de hombre lleva un relicario con el nombre de su hija.

Me insulta y, aun así, se lanza sobre mí para protegerme, me amenaza y, sin embargo, en el mismo instante puede ser tan tierno en esos breves momentos robados que he presenciado con su hija.

Mi pulgar resbala hacia el cierre y aprieto suavemente, el corazón me da un vuelco al ceder el metal bajo mi presión.

De repente, una mano húmeda surge y me arrebata el relicario tan rápido que la cadena de plata casi me quema los dedos.

—¡Ay! —Retiro las manos de golpe y me agarro los dedos, luego levanto la vista y me quedo congelada.

Flynn está delante de mí absolutamente y completamente desnudo. El pelo le sobresale en todas direcciones, reluciente por el agua que aún se aferra a los mechones.

Las gotas resbalan por su mandíbula y bajan por el cuello, sobre el arañazo que le hice la semana pasada y que ahora está cicatrizando y, pese a mis esfuerzos, no puedo evitar mirar hacia abajo.

Su torso brilla bajo la luz, húmedo por el calor de la ducha, y unas gotas de agua siguen el relieve de sus abdominales, bajando

hasta ese apetecible y marcado V en sus caderas.

Su polla gruesa reposa entre sus muslos fuertes y la boca se me queda seca.

Levanto la mirada de nuevo y me preparo para cualquier tipo de insulto por mirarle, pero Flynn no me está mirando, sino que examina el relicario como si temiera que le hubiera hecho algo.

—No te metas donde no te llaman —espeta Flynn, alzando la cabeza en cuanto se queda tranquilo.

—Quizá deberías dejar de tenerme aquí retenida, entonces —le suelto yo con brusquedad.

Frunce el ceño mientras se coloca el relicario de nuevo al cuello y este brilla en mi dirección, burlándose de lo cerca que he estado de ver lo que guarda dentro.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy aburrida —replico. —Y me estaba planteando matarte en la ducha.

—¿*Aburrida*? —Cruza los brazos sobre su ancho pecho, dejando que otra cascada de gotas resbale por su cuerpo esculpido—. Tengo el remedio perfecto para eso. En vez de babearte mirándome, puedes mamármela.

Un calor inesperado se me arremolina en el vientre a una velocidad alarmante, pero aun así aprieto la mandíbula y le fulmino con la mirada.—Ni de coña, no quiero esa cosa asquerosa cerca de mí.

—Pues lárgate a la mierda. —Flynn empieza a acercarse a mí, y es como si las paredes se cerraran en torno a nosotros haciéndole parecer aún más grande.

Doy un paso atrás, y otro, y otro más, hasta colocarme en el pasillo y encontrarme a Flynn en el umbral. No rompe el contacto visual ni un segundo hasta que pone la mano en la puerta, y en sus ojos chispea la rabia.—No toques nada que no sea tuyo.

La puerta se cierra de un portazo en mis narices.

¿Pero qué coño ha sido eso?

Me he quedado en shock.

¿De verdad le ha molestado más que tocase ese maldito relicario que que admita que estaba buscando la manera de matarle?

Repaso la veta de la madera, memorizando el dibujo mientras intento entender qué demonios acaba de pasar, pero solo obtengo más preguntas que respuestas.

Por la forma en la que actúa, parece que realmente quisiera que le matara.

No es que ponga demasiado empeño en protegerse, pero tiene que ser pura arrogancia.

No me ve como una amenaza real y seguramente le da igual cómo me sienta o la fuerza de mi determinación.

Me ha fastidiado un plan usando su polla.

Si es como cualquier otro hombre que conozco, eso no hará más que darle una falsa seguridad.

Para él, solo soy una broma.

Cuando consigo salir al jardín, la confusión se ha disipado, reemplazada por una ira ardiente que crece bajo el sol del atardecer.

No sé qué hacer. Anya no está aquí para hablar las cosas. No tengo móvil, no puedo escribirle a mi hermano porque ya no está.

El odio de Flynn hacia mi familia es profundo, pero mi tiempo aquí no me ha acercado ni un poco a una razón de peso.

Para él no somos más que un juego, el siguiente obstáculo que eliminar del camino.

Pero si eso es cierto, ¿qué esperaba obtener él del trato conmigo?

¿Dinero?

¿Drogas?

¿Terreno?

Tiene que ser una de esas tres. Está claro que a Flynn nada más le importa una mierda.

A pesar de ese regusto amargo que me arde en la mente, pasear por el jardín me da un leve calor de paz.

Todos los guardias de patrulla están, por ahora, demasiado lejos para molestarme. Bajo el sol, puedo entornar los ojos y fingir que camino por los jardines de mi propia casa.

Anya está dentro, ocupándose de la comida, Vic en el garaje liado con ese coche al que quiere más que a su vida, y yo avanzo

hacia los dos árboles grandes al final del jardín donde están enterrados mis padres.

Es una fantasía bonita, una que me calma el corazón y me devuelve la tranquilidad mientras recorro el sendero de piedra que atraviesa el jardín.

Pero como todo en mi vida, la fantasía no dura.

Al pasar junto a una celosía de madera y un parterre de flores, me detengo en seco.

El final del jardín de Flynn no tiene dos grandes árboles como lápidas.

Hay una larga extensión de césped que conduce a un patio de piedra y a un cenador metálico cubierto de hermosas enredaderas y vidrieras de colores.

El dolor regresa como una nube que me ahoga el pecho y hago una mueca, frotándome el esternón con la palma.

No está Anya. Ni Vic. No hay árboles, ni una cama conocida bajo la que esconderme.

Dándome la vuelta, fulmino con la mirada la propiedad de Flynn y le doy vueltas a qué demonios se supone que debo hacer.

Toda la preparación, los consejos y las promesas de todos estos años no me han servido de nada para sortear algo así. Y desde luego tampoco para un hombre que me ve como una broma en vez de una amenaza.

Mientras el peso de la derrota se me instala en los hombros, bajo la mirada al sendero y al revoltijo de malas hierbas y plantas entrelazadas a mi izquierda.

Como mi propio corazón.

Un momento...

Una pequeña planta verde, con delicadas campanillas blancas que se mecían suavemente al viento, crece junto a la base del seto.

Verlas hace que el corazón me dé un vuelco y, de repente, una nueva idea empieza a tomar forma en mi mente.

Flynn no va a seguir tomándome por un chiste mucho más tiempo.

FLYNN

—¿Flynn?

La voz de Kaia resuena por el pasillo hacia mí, pero la ignoro y sigo caminando mientras arreglo mi reloj y me ajusto la camisa.

—¡Flynn, lo siento!

Su disculpa me hace detenerme en seco y un suspiro profundo me recorre el pecho. —¿Por qué? —le respondo, negándome a levantar la vista del reloj, como si los eslabones fueran a salirse y volver a encajar solos.

—Por husmear ayer. Por intentar abrir tu relicario. Por, bueno, no por lo que dije, pero sí por esas cosas…

No quería ser una imbécil ni meterme en tus asuntos, te lo juro.

Poco a poco me giro para mirarla, justo cuando Frank se une a mí en el pasillo. —¿Y por qué debería creerte?

—No tienes por qué. —Kaia junta las manos a la altura de la cintura—. Pero quiero compensártelo.

Empiezo a sospechar. —¿Por qué?

—No tanto porque me importe lo que pienses, sino porque… No estaba de broma cuando dije que me aburría, ¿vale? Me tienes aquí encerrada casi dos semanas, y no sé tú, pero todo este rollo me está volviendo la cabeza loca. No digo que debamos ser amigos ni nada, porque sigo odiándote, pero si tenemos que vivir juntos, ¿podemos intentar… no sé, encontrar un término medio más o menos decente?

Si está fingiendo, lo hace de maravilla. O es que yo soy demasiado blando.

—Puede que haya beneficios —murmura Frank en voz muy baja para que ella no lo oiga— si la tenemos de nuestro lado.

—Vale —digo lo bastante alto para que ella escuche—. Volveré para la cena y entonces hablamos.

—¡Genial! —Kaia se impulsa sobre la punta de los pies y sonríe, luego se da la vuelta y desaparece entre su maraña de rizos y la falda vaporosa.

—¿Crees que trama algo? —pregunta Frank mientras salimos de la mansión y nos dirigimos al coche que nos espera.

—Probablemente —le contesto.

—¿Pero el qué?

Me paso la lengua por los dientes y me encojo de hombros. —Teniendo en cuenta que la pillé hurgando en mi habitación, apuesto a que busca información.

—¿Se la vas a dar? —Al llegar al coche, Frank me sostiene la puerta abierta y le dedico una leve sonrisa al pasar.

—Depende de lo que ande buscando exactamente.

—La verdad, supongo. —Frank se acomoda en el asiento del conductor tras cerrar mi puerta y pulsa el botón de arranque—. Si no me equivoco, está más perdida de lo que cree.

—Quizá —respondo, acomodándome en el asiento—. O quizá es mejor que nosotros en este tipo de juegos y no se lo reconocemos.

El día pasa volando con un viaje de ida y vuelta por todos nuestros clubes nocturnos y casas de cocina para asegurarme de que Antov Yudkin no ha tomado ninguna represalia inmediata contra nosotros.

Tras su numerito en el almacén, se ha quedado sospechosamente callado.

Frank piensa que es porque no esperaba que yo cumpliera mi parte y realmente llevara a Kaia conmigo, pero a mí no me termina de convencer esa teoría.

Dada la naturaleza del intercambio, no hay escenario en el que yo no cumpla con mi parte, lo que me lleva a pensar que a Antov realmente le da igual si su sobrina vive o muere. Y eso puede ser un

problema, porque la utilidad de Kaia para mí depende de que su tío quiera recuperarla.

Si eso se termina, entonces solo seré el cabrón que retiene a una mujer sin motivo de peso, y no me hace ninguna gracia.

A lo largo del día, le doy vueltas a los posibles motivos de Antov, pero cuando llego a casa esa noche sigo sin aclararme ni averiguar dónde se esconde.

Los ojos que tengo puestos en su residencia privada no han informado de ningún movimiento en estas últimas semanas, lo que seguramente significa que se ha ocultado, obligándome a esperar en tablas hasta que vuelva a dar señales de vida.

Quizás Kaia pueda ser la clave si realmente quiere encontrar ese término medio.

Después de cambiarme de traje y pasar una hora con Angie, me dirijo al comedor solo con una camisa azul holgada y pantalones blancos, donde Kaia está encendiendo la última vela.

—¡Has venido! —Sus cejas se arquean y una sonrisa algo nerviosa se dibuja en sus labios—. Sinceramente, no pensé que de verdad lo hicieras.

—He recibido tu mensaje —respondo—. ¿Cenamos?

Ella asiente rápidamente.—Florence me ha ayudado. No puedo decir que sea una gran cocinera, pero ha estado bien centrarme en otra cosa durante un rato, ¿sabes? —Kaia se abraza el encendedor contra el pecho y hace una mueca—. No es que esté intentando ser una imbécil.

Su actitud más suave me sorprende, y aunque la tentación de responderle de manera brusca surge, me la trago con una sonrisa leve.—Hay malas vibras entre nosotros. No hace falta fingir que no existen.

—Lo sé. Pero si nos concentramos en lo mucho que nos odiamos, se va a enfriar la sopa y no vamos a llegar a ningún punto medio.

—¿Crees que hay un punto medio posible? —Ante su gesto, tomo asiento y ella se sienta a mi lado, alcanzando inmediatamente una copa de vino tinto.

—No lo sé. Yo, ehm… —Bebe a sorbos largos durante unos segundos y luego deja la copa—. Necesito que lo haya. No espero

que te importen mis sentimientos, igual que no me importan los tuyos, pero... sinceramente, me estoy volviendo loca aquí. Hay tantas cosas que no entiendo.

Repaso con la mirada los cuencos de sopa ante nosotros, la cesta de panecillos recién horneados y la ensalada fresca reluciente en un bol grande en el centro de la mesa.

Ha puesto empeño en todo esto.

Si esto forma parte de sus juegos, desde luego se lo toma en serio.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Me vas a contestar sinceramente? —Kaia deja su copa sobre la mesa.

Nuestras miradas se encuentran. Kaia no es mi enemiga.

Solo es una herramienta para llegar hasta él, así que la decisión es sencilla.—En la medida de lo posible, si tengo una respuesta sincera, te la daré.

Los ojos de Kaia se entrecierran y percibo el brillo que le recubre el párpado superior.

Aunque el vestido amarillo que lleva es sencillo y dulce, se ajusta a sus curvas de manera que no puedo dejar de fijarme, aunque luche por mantener la vista firme.

Su maquillaje ahumado y reluciente intensifica el verde de su ojo, y resulta una distracción eficaz.

—No tengo muchos motivos para mentirte, Kaia. Aquí el que manda soy yo —Me resulta imposible no provocarla, pero Kaia simplemente pone los ojos en blanco.

—Eres como un perro con un hueso —comenta, cogiendo un panecillo—. Todos los hombres solo os importa quién manda, siempre con la dichosa competición.

—Así funciona el mundo. Seguro que lo has visto desde pequeña.

—Ya —Arranca un trozo del panecillo y se lo mete en la boca—. Es lo único que he visto siempre. Mi padre, mi tío, mi hermano... —Su voz tiembla un poco—. Es como si ser el jefe de la manada fuera lo único que importa a nadie.

—Vivimos en un mundo despiadado. No hay otra forma de sobrevivir.

—Eso parece —Su voz se apaga—. Entonces, ¿por qué sigo viva? —Al no responder de inmediato, me mira desde debajo de sus largas pestañas oscuras—. Has matado a casi todos los demás, ¿por qué no a mí?

—Porque te necesito viva.

—¿Por qué?

—Como has dicho, los hombres como tu tío y yo solo nos preocupamos de quién está arriba. Y la única forma de llegar hasta tu tío es a través de ti.

Se ríe suavemente.—Así que solo soy una pieza más.

—Hasta cierto punto.

—Supongo que él me ve igual, dado cómo está jugando con mi vida así.

—¿Esperabas que ya te hubiera rescatado?

—Sí —Desgarra su panecillo en trozos más pequeños—. Pero... debe de tener algo que realmente quieres, si no lo has matado ya sin más.

—No sé dónde está —admito, observando atentamente su reacción—. Si lo supiera, me acercaría a él igual que me acerqué a tu hermano.

Su labio inferior tiembla levemente.—Entonces... —Mientras su voz se quiebra, aparta la mirada y se queda mirando su sopa fijamente. Tras unos largos segundos, empieza a comer y yo la imito.—¿Así que aquella noche estabas cazando a mi hermano?

—Sí.

—¿Qué hizo?

La suavidad cremosa de la sopa se desliza por mi lengua, en un calor reconfortante, mientras pienso en la noche en cuestión.—Se negó a decirme dónde estaba tu tío.

Kaia suelta una carcajada inesperada.

—¿Qué?

Ella se relame la cuchara y me observa.—Si hubieras venido a la puerta esa noche y simplemente me lo hubieras preguntado, te habría dicho que estaba en la ciudad, evitando a mi tía. Al menos eso era lo que yo pensaba.

—¿Te equivocabas?

Kaia niega con la cabeza.—La última vez que vi a mi hermano, me dijo que mi tío estaba en su propia finca. Es solo que... me hace gracia pensar que, si hubieras llamado a la puerta como una persona normal, te lo habría contado. En vez de eso, todo es...

Ella se queda en silencio y algo se me encoge en el pecho.

Si hubiera pensado como una persona racional aquella noche, entonces las cosas habrían sido diferentes.

La rabia y el dolor me impulsaron y aún lo hacen, hirviendo bajo todo lo que hago, pero hay algo en la forma en que Kaia habla que da vida a un latido de compasión en mi interior.

—¿Por qué me dejas deambular tan libremente? Soy tu prisionera y, sin embargo, me permites recorrer los pasillos y los jardines como si viviera aquí.—

Su pregunta me distrae de la compasión que florece dentro de mí y yo me encojo de hombros. —Cada rincón de este lugar está bajo vigilancia y custodiado por guardias armados. Hay poco que puedas hacer que realmente altere las cosas. Y aunque seas mi prisionera, no eres mi objetivo.—

—¿No soy tu objetivo?—

—No.—

—¿Así que me das toda esta libertad, aunque con límites, porque tu objetivo es mi tío?—

El calor me sube por los hombros y un cosquilleo me recorre la espalda, obligando a mis hombros a estremecerse mientras asiento. —Correcto.—

Kaia asiente despacio. —Vaya. Casi me das pena.—

—¿Por qué?— pregunto mientras otro escalofrío me recorre la espalda, pero este es diferente.

Es más agudo y se cuela en mi vientre, donde una extraña sensación fría me oprime el abdomen.

—Por esto,— dice Kaia y baja la mirada hacia mi sopa. —Porque tú sí que *eres* mi objetivo.—

Sigo la dirección de su mirada hasta mi sopa a medio comer justo cuando una oleada fiera de náuseas atraviesa mi estómago y el sudor me brota por la frente.

Mierda.

Empujando la silla hacia atrás, me pongo en pie sobre unas piernas temblorosas que se rinden en cuestión de segundos, haciéndome desplomar al suelo mientras el pánico me asalta la mente.

¿Me ha envenenado? No, no puede ser. ¿De dónde demonios habría sacado cualquier tipo de veneno?

—¿Duele?— La voz de Kaia desciende desde arriba mientras me esfuerzo por incorporarme apoyando las manos y las rodillas, pero de pronto su pie me empuja hacia abajo de nuevo. —No te preocupes. No tardará mucho.—

Tengo que pedir ayuda, Frank— alguien—

—Casi me engañas.— Los zapatos relucientes de Kaia aparecen delante de mis ojos, borrosos, y el pecho me da un vuelco, pero mientras el pánico me invade, algo peor ocurre en mi interior.

Mi corazón no late tan rápido como esperaría, dado los gritos frenéticos en mi mente y la adrenalina que recorre mis venas.

En cambio, cada latido es más lento que el anterior, como si la sangre se volviese más espesa.

Mis manos temblorosas buscan a tientas mi pistola, pero justo cuando logro coger el arma, Kaia me da una patada en la muñeca y la aparta de mi alcance.

Me aferro a su tobillo en su lugar, pero me quita el agarre de una patada, con facilidad, y se ríe.

—La verdad, con la manera en que hablabas, empezaba a pensar que tal vez te había juzgado mal. Que quizá tenías corazón y quedaba en ti algún secreto que me permitiese entenderte.—

Su pie choca contra mi pecho y me obliga a girar para quedar de espaldas. Jadeo buscando aire mientras la presión en mi pecho se multiplica por diez y la saliva se me escurre por los labios.

—Pero no hay nada en el mundo que pueda justificar eso.— Kaia me mira desde arriba con lágrimas brillando en los ojos.—Mataste a mi mejor amiga, a mi hermano *y* a mi tía. ¿Es que no lo ves? Destrozaste a mi familia y, aun así, hablas conmigo como si me hubieras hecho algún favor manteniéndome cautiva aquí. Y encima insinuas que mi tío jugaba con mi vida, actuando como si estuviera preparado para que muriese en aquel almacén, cuando apuesto a

que ni siquiera sabía que ibas a llevarme, ¿verdad? ¿De verdad planeabas que muriese allí a manos de él solo para arruinar su reputación, eh?—

No puedo respirar.

No puedo moverme.

No puedo— luchar—

—Te habría matado más rápido, pero decidí que mandarte a la puerta de la muerte y hacerte sufrir es la única manera en que voy a poder sobrellevar—!

Sus palabras se pierden en un jadeo. Parpadeo despacio mientras el mundo a mi alrededor se ralentiza, acompasado al latido perezoso de mi corazón agonizante.

Es como ver un libro animado de mis últimos momentos y no puedo hacer nada para frenar el paso de las páginas.

Las manos de Kaia se cubren la boca y de repente echa a correr, pero la persona hacia la que va la esquiva.

En mi siguiente parpadeo, el rostro de Angie aparece sobre mí y el mundo se vuelve frío.

Sus ojos enormes están anegados en lágrimas y ambos puñitos me golpean el pecho, pero ese contacto se siente lejano.

Angie.

Se suponía que debía protegerla. Se suponía que iba a arreglarlo todo.

—¡Papá!— grita de repente Angie y un largo y sonoro lamento se le escapa por los labios.

La oscuridad me consume, aplastándome bajo el peso de mi fracaso.

KAIA

Cinco horas después de que Flynn probara la primera cucharada de aquella sopa funesta, estoy sentada encerrada en una celda subterránea cuya existencia ni siquiera conocía.

Frank me encerró aquí con una mirada de absoluto asco, luego se marchó a toda prisa y me dejó sola en el frío y la oscuridad.

No es más de lo que merezco.

Acabar con Flynn se suponía que me haría sentir mejor.

Se suponía que vengaría a Anya y a mi hermano, que le daría paz a mi tía y, con suerte, que me devolvería a los brazos seguros de mi tío.

Se suponía que tendría que ser liberador verle ahogarse y retorcerse a mis pies, con el dolor en la mirada y la muerte rozándole los labios.

No fue así.

Fue... incorrecto.

Aun así, intenté convencerme de que era culpa de sus palabras retorcidas y manipuladoras mientras comía, e intenté ignorar la culpa que me subía bajo las costillas como una burbuja.

Intenté centrarme en el dolor que él me causó, en las muertes que orquestó y en el orgullo que sentiría cuando estuviera bajo tierra.

Hasta que irrumpió Angie.

No tengo ni idea de dónde salió.

Ni siquiera oí la puerta.

En un momento, Flynn se retorcía y moría a mis pies; al siguiente, su hija se lanzó sobre su cuerpo y gritaba su nombre con una voz rota por el silencio.

Aquellos gritos resuenan aún, escalofriantes, en mi mente mientras me acurruco en la esquina más alejada de la celda y lloro.

Su aparición repentina y sus gritos me sacaron del trance, y fui yo quien empezó a pedir ayuda a voces.

Le conté al primer guardia que apareció que había envenenado a Flynn con Muguete y que no había tiempo que perder.

Todavía me duele la mejilla del culatazo que me dio uno de los guardias al intentar reducirme, aunque yo ni siquiera me resistí.

La última imagen que tengo de Flynn es en el suelo, rodeado de hombres, mientras su hija gritaba su nombre una y otra vez.

Me llevo las manos al pelo y aprieto fuerte, hundiendo el rostro entre las rodillas y sollozando.

¿Qué clase de monstruo soy?

Toda mi vida he escuchado a la gente hablar de matar como si fuera lo más sencillo del mundo.

Poner un veneno, apretar un gatillo, clavar un cuchillo. Incluso cuando intenté matar a Flynn en su despacho con la horquilla no me sentí así.

Entonces me decía a mí misma que sería fácil cortarle el cuello en cuanto tuviese la información que necesitaba. Era como un juego, porque nunca he matado a nadie y lo único en lo que podía basarme eran historias de Anya sobre los hombres a los que había matado.

Cuando Flynn me desarmó, me repetí que fue porque era más fuerte, pero ahora, con la cabeza entre las manos y la derrota absoluta atenazándome el corazón, sé la verdad.

Me desarmó porque yo se lo permití. No soy una asesina.

No tengo ese instinto para arrebatarle la vida a otro como si fuera cualquier otro día en el mercado. No estoy hecha para eso.

Al menos, no lo estaba.

Los sollozos de Angie me perseguirán para siempre.

El veneno se suponía que era la opción fácil y sin remordimientos, pero siento que las costillas quieren destrozarme el pecho y que el corazón no deja de golpearme.

La venganza no compensa los gritos desgarradores de aquella niña.

Lloro hasta que los ojos me arden y acabo vomitando encima, con arcadas que me parten el estómago y me dejan jadeando y sin aliento.

No consigo dejar de llorar.

Llego a la extenuación y caigo en un sueño inquieto, en el que los gritos de Angie me despiertan y el ciclo comienza de nuevo.

Sollozo durante horas, hasta que se me seca la garganta y los ojos me pican más allá de toda consolación.

Nadie viene.

No hay luz, salvo la que se cuela por un solo ladrillo que falta, muy arriba en la pared; es mi único indicador de que pasa el tiempo.

Aparte de eso, solo me quedan mis propios pensamientos y la culpa como única compañía, en una celda de dos por cuatro, encerrada detrás de barrotes de acero descascarillados.

Un día, Frank aparece.

No habla; no responde a mis súplicas de información; solo trae sopa y un cambio de ropa, y después se marcha.

¿La sopa es una amenaza?

¿Quieren que me suicide del mismo modo en que maté a Flynn?

Me parece algo que serían capaces de hacer, así que durante unos días me niego a comer hasta que el hambre voraz en mi interior supera la culpa, y la muerte me parece un cálido abrazo.

Me como la sopa… y no me pasa nada.

No está envenenada.

Cada día Frank me trae sopa y agua, cada día ignora mis súplicas de respuestas sobre qué ha pasado con Flynn y cómo está Angie, y cada día me arrastro de nuevo hasta el rincón de mi celda y me limito a existir en una absoluta desesperación.

Nadie me dijo que matar era así.

Me cuesta entender cómo Flynn puede andar por ahí con tanta sangre en las manos y como si nada.

Y entonces, por fin, tras innumerables días, obtengo mi respuesta.

—¿Flynn?

Él está en la puerta de mi celda, observándome a través de los barrotes mientras me despierto de un sueño inquieto.

No habla al principio, así que me froto los ojos y espero que desaparezca en cuanto los vuelva a abrir.

No lo hace.

Sigue allí, apoyado en un elegante bastón negro con empuñadura plateada y un destello casi divertido en su mirada.

—¿Eres real? —logro decir, incorporándome sobre las rodillas.

—No sabía que fueras capaz de hacerlo —responde Flynn en voz baja.

A pesar de la aspereza en su tono, su voz suave y familiar me invade como el agua al chocar contra las rocas y salgo disparada hacia mis pies.

—¡Joder, estás vivo! ¿Estás bien? —me abalanzo hacia los barrotes y los agarro con ambas manos, repasándole de arriba abajo con la mirada—. Dios mío, dios mío, estaba tan asustada de que estuvieras muerto, tan asustada—.

—¿Asustada? —me interrumpe Flynn—. Intentaste matarme.

—Lo sé, lo sé. Quería que murieras, de verdad que sí. Pero yo… —Las palabras se me atragantan en la garganta seca y, poco a poco, le miro a los ojos—. Me alegro muchísimo de que no sea así.

Tiene sombras bajo los ojos y el pelo ha perdido volumen, pero a fin de cuentas Flynn tiene bastante buen aspecto para alguien envenenado con muguete.

Mientras nos miramos en silencio, el corazón golpeándome el pecho se me hunde en el estómago.

Flynn vivo significa que no soy una asesina y ese alivio es abrumador, pero no cambia lo que hice.

—Lo siento —digo, ronca, mientras las lágrimas cansadas se asoman a mis ojos—. Lo siento.

—¿Por qué no me dejaste morir?

Frunzo el ceño y aprieto más fuerte los barrotes—. ¿Eh?

—Me tenías donde querías. Envenenado. Muriendo a tus pies. La venganza que buscabas estaba ahí mismo, ¿verdad? —Flynn ladea la cabeza—. Entonces, ¿por qué no dejaste que ocurriera?

—Yo… Angie entró y simplemente… no pude.

—Pero Angie siempre ha existido —responde Flynn—. Cualquier intento contra mi vida, tuviera éxito o no, habría acabado igual. ¿Por qué cambiaste de idea? Llamar al guardia con tus gritos hizo que recibiera la ayuda a tiempo y me salvó la vida. —Se inclina mucho más hacia los barrotes y mis pulmones se llenan del dolorosamente conocido aroma de su colonia—. Entonces, ¿por qué no me dejaste morir?

—No pude, ¿vale? —digo, ronca, negando con la cabeza—. No soy una asesina. Pensaba… pensaba que sí. Creía que podría hacerlo y quería, de verdad quería, pero cuando estabas en el suelo no me sentí bien. En absoluto, así que cuando entró Angie, fue como si despertara y no pudiera seguir adelante. Así que… —me aparto de los barrotes y me tapo la boca, luchando por no sollozar—. No soy una asesina, así que puedes… puedes hacer lo que has venido a hacer.

—Me sorprendes —dice Flynn, soltando una leve risa, casi divertida—. Pensaba que todos los Yudkin erais sedientos de sangre.

Niego lentamente con la cabeza y las lágrimas me caen por las mejillas—. Entonces soy una vergüenza para el apellido Yudkin. No sé qué esperas que te diga pero has venido a matarme, ¿no? ¿Venganza?

—¿Venganza? —repite Flynn.

—He traumatizado a tu hija, ¿verdad? Me *odio* por eso. Creía que era como todos los demás, como mi hermano y todo eso, pero no. No tengo estómago para esto. —Un suave sollozo se me escapa—. ¿Y hacerle daño a Angie? Me doy asco por haberla expuesto a eso. Es una niña y yo la he *dañado*. No puedo… Así que hagas lo que vayas a hacer, hazlo. Estoy lista.

De verdad que lo estoy, pienso.

Mi tiempo aquí, empapada en culpa, solo me ha mostrado un camino para salir de esta vida, una sola luz en esta oscuridad infinita.

No puedo sobrevivir en esta vida.

Espero un disparo o palabras retorcidas sobre cómo Flynn jugará conmigo el resto de mi vida, pero nada de eso llega.

En su lugar, escucho el ruido de la cerradura al abrirse y el chirrido de las bisagras cuando la puerta de la celda se ladea.

—¿Qué haces? —susurro, retrocediendo cuando Flynn no entra.

—Dejarte salir.

—¿Qué? ¿Por qué? Esto tiene que ser parte de algún juego.

Decirme que estoy lista para su venganza no cambia el hecho de que quedarme en la celda seguro que es más seguro que cualquier infierno que tenga preparado para mí fuera.

—Porque —dice Flynn, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la salida—, puede que seas el primer Yudkin al que realmente respeto. —Se detiene frente a la puerta y la mantiene abierta, mostrando las escaleras iluminadas que llevan de vuelta a la mansión.

—¿Vienes?

FLYNN

Kaia me sigue en completo silencio mientras la conduzco fuera de las celdas y de vuelta a la planta superior.

Frank merodea cerca, con el ceño fruncido y una mirada mucho menos indulgente que la mía.

—Frank, llévala arriba. Que se duche y se vista.

Los labios de Frank se contraen con dificultad y asiente. —Por aquí.

Cuando Kaia pasa a mi lado, sus ojos se clavan en los míos con la misma incredulidad que llevaba cuando abrí la puerta de su celda, pero no dice nada y sigue a Frank por el pasillo y sube a su habitación.

No es que la haya perdonado, exactamente. Si Angie no nos hubiese interrumpido, la determinación de Kaia no habría flaqueado a tiempo, y yo estaría criando malvas.

No voy a perdonarla por intentar quitarme de en medio y dejar a mi hija sin padre, pero en parte también la entiendo.

Con lo que Kaia sabe, yo soy el demonio en su vida.

La fuente de su dolor y la razón por la que su familia se desmoronó.

Eso resuena con el dolor en mi propio corazón, pero las acciones de Kaia muestran que no termina de entender que somos iguales.

Simplemente tenemos objetivos diferentes.

Dejar que Kaia quedara impune tras intentar matarme no fue mi primera idea.

Cuando desperté en la enfermería, lo único que quería era despellejarla viva y enviarla de vuelta a su tío pedazo a pedazo, pero mientras me recuperaba con Angie a mi lado fui calmando mis pensamientos y acabar con su vida dejó de ser mi prioridad.

En parte porque Antov ha dejado de responder a cualquier comunicación, lo que convierte a Kaia en mi único vínculo con la familia Yudkin.

Podría sacarle la información que necesito torturándola, pero no estoy del todo seguro de que lo sepa todo.

Y aun así, considero también la posibilidad muy real de que a Antov le dé igual su sobrina.

Si Kaia ya no le sirve, para mí deja de tener valor como ficha, y todo por lo que lucho se paraliza de golpe.

Después de que Kaia se duche, se vista y tome un poco de té, la conduzco hacia el ala oeste de la casa, la más tranquila, donde la otra razón por la que Kaia sigue viva está sentada abrazada a su jirafa.

La inocencia de Angie respecto a la situación hizo que buscase a Kaia constantemente, escribiendo su nombre y entregando papeles a todos los que se acercaban a ella.

Cree que Kaia me salvó la vida y no tengo valor para contarle la verdad.

Mantener a Angie a salvo y lejos del peligro siempre ha sido mi objetivo, y ahora que Kaia duda en su propia conciencia quiero reforzarle esa idea.

Si de verdad no es capaz de hacerle daño a un niño, pasar tiempo con Angie seguro que hará que esa culpa cale hondo y debilite lo que sea que mantenga los secretos de los Yudkin encerrados en esa cabecita suya.

—¿Tu bastón? —pregunta Kaia de repente al entrar en la sala de juegos.— ¿Es por…?

¿Por mi culpa? queda sin pronunciar, pero lo leo en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzan.

—Sí —respondo—, aunque es temporal. Me agoto antes de lo que me gustaría, pero me niego a quedarme tumbado, así que opto por este apaño.

—¿Vas a recuperarte? —Sus dedos se crispan en el dobladillo de la camiseta mientras me observa, luchando con sus propios sentimientos.

—Sí —digo con firmeza—. Algunos dirían que me salvaste justo a tiempo. Pero te he traído aquí para que pidas perdón.

Los ojos grandes de Kaia saltan de mí a Angie, que se pone en pie al vernos.—¿Ella…?

—¿Lo sabe? —Fuerzo una sonrisa mirando de nuevo a mi hija.— Angie sabe que me puse muy enfermo muy rápido por tu comida y que se asustó. También sabe que llamaste para pedir ayuda, pero le he enseñado que aunque el resultado no sea intencionado, si haces daño a alguien, tienes que pedir per—.

No he terminado de hablar cuando Kaia ya se arrodilla delante de Angie.— Angie, lo siento muchísimo. No consigo *imaginarme* lo aterrador que debió ser para ti encontrar a tu padre así. Mi comida… Usé unos ingredientes muy malos en la sopa y tu padre se puso muy enfermo por mi culpa, lo siento de veras. Espero que algún día puedas perdonarme.

Es una disculpa más honesta de lo que esperaba, y por cómo le tiemblan las manos a Kaia, sé que lo siente de verdad.

Angie no habla, no lo hace desde que esa noche gritó buscándome, pero acerca la mano y toma la de Kaia entre las suyas.

Entonces, en silencio, empieza a tirar de ella hacia la mesa de plástico preparada para una fiesta de té.

Kaia me mira buscando permiso y yo asiento, apoyándome en el bastón mientras avanzo para unirme a ellas.

—¿Vais a hacer una fiesta de té? —pregunto mientras uso el bastón para dejarme caer sobre un nido de cojines.

Angie asiente rápido, aún aferrada a su jirafa con una mano.

Cinco tazas de té están dispuestas en torno a la mesa, una para cada juguete invitado y otra frente a una silla vacía.

La imagen despierta una punzada aguda en mi pecho, y me muerdo el interior de la mejilla para no perder mi sonrisa.

Angie corretea alrededor de la mesa, lanza lejos su panda, me da esa taza de té y, después, su serpiente de juguete para que Kaia también tenga una taza.

—Nunca he estado en una fiesta del té —dice Kaia en voz baja mientras se sienta junto a mí y sostiene la taza en alto—. No sé cómo debo comportarme.

—Solo sigue el juego —le respondo en un susurro—. Pero mejor no bebas el té. No tenemos ni idea de cuánto tiempo lleva el agua reposando en la tetera de juguete de Angie cuando empieza a servirnos, pero hacer como que jugamos convierte ese agua tibia en el mejor té que he probado nunca.

Los pasteles de plástico se transforman en los dulces más deliciosos, las verduras de mentira en las frutas más jugosas, y Angie se convierte en la anfitriona perfecta al rellenar nuestras tazas hasta que rebosan.

Escuchar su risa resquebraja el dolor de mi pecho y ya no tengo que forzar la sonrisa.

No se había reído en semanas y solo ese sonido delicado me hace temblar por dentro.

Seguir oyéndola hablar sigue siendo mi mayor objetivo, pero hasta que logre arreglar lo que rompí, me conformo con su risa.

Kaia también se mete perfectamente en su papel, interpretando a la invitada atenta e incluso consigue arrancar unas cuantas risitas de la propia Angie.

Verlas jugar juntas me provoca una extraña tensión en el pecho que no consigo descifrar.

Esta mujer intentó matarme, y probablemente aún conserva ese deseo, pero juega con Angie con tal entusiasmo que, a simple vista, podríamos pasar por amigos.

Una o dos veces, Kaia me lanza una mirada acompañada de esa leve sonrisa y el corazón se me eleva.

Hasta ahora, no la había visto sonreír. Y no es que pueda culparla.

Jugamos hasta que el agua de la tetera se ha reciclado tres veces y el cielo exterior ha oscurecido.

Angie intenta disimular sus bostezos escondiéndose tras su jirafa, pero pronto es imposible ignorar sus párpados caídos y el desinterés creciente.

—Vamos, cariño —digo mientras me pongo en pie con las piernas flojas por el cansancio—. Hora de dormir.

Angie sacude la cabeza rápidamente, haciendo que el pelo le cubra la cara, y lo utiliza para ocultar otro bostezo.

—¿No tienes sueño? —Vuelve a negar con la cabeza—. ¿Estás bostezando? —Sacude de nuevo la cabeza y esconde la cara en la tripa de su jirafa, aunque eso no logra apagar el chillido suave de su risa cuando las alzo a las dos en brazos.

—Despídete de Kaia —le indico, sosteniéndola sobre mi cadera.

Con otro bostezo, Angie saluda a Kaia con la mano libre, y Kaia le responde el gesto.

—Buenas noches, Angie.

No tardo nada en acostar a Angie. Su negativa a dormir dura hasta que la arropo y le doy un beso en la frente; después cae rendida al instante, aferrándose a su jirafa con fuerza bajo un brazo.

Momentos como este me inundan el pecho de cariño, porque puedo fingir, aunque sea solo por un instante, que todo es normal y todo está bien.

Pero como siempre, en cuanto lo pienso, la culpa me aplasta de inmediato como una losa.

Pronto —me digo mientras renqueo de vuelta al cuarto de juegos —. Pronto todo volverá a la normalidad.

Sorprendentemente, Kaia sigue en el cuarto recogiendo, y al oírme, levanta la cabeza.—¿Por qué has hecho esto?

Cojo mi bastón y me apoyo en él, frunciendo el ceño.—¿El qué?

—Tú... —Se vuelve hacia mí abrazando al panda—. Hace unas horas estaba encerrada en una celda bajo esta casa, temiendo por mi vida. Y ahora me haces jugar a las fiestas del té con tu hija. ¿Por qué? ¿Forma parte de algún juego retorcido?

—¿Qué juego? —Miro a mi alrededor—. Te pusiste delante de mí y dijiste que no podías matarme por Angie. Porque ella te interrumpió. Ella no lo sabe, y todos estos días que has estado

desaparecida, preguntaba por ti. Así que te he traído aquí para que le pidas perdón.

—¿Eso es todo?

Enderezándome, paso la lengua por los dientes superiores.—No. Quería que vieras lo que casi llegaste a hacer. Que miraras a mi hija a los ojos y vieras el dolor que causaste.

—Yo... —El labio inferior de Kaia tiembla mientras mira al panda —. No lo entiendo. ¿Sientes culpa por las vidas que has quitado cuando miras a tu hija a los ojos?

Culpa, por supuesto, pero no por lo que Kaia piensa.

—Todo lo que hago —digo en tono tenso—, lo hago para mantenerla a salvo. Esa es la diferencia entre nosotros. Para mí, los niños son intocables.

Ella levanta la cabeza de golpe.—Te dije que lo sentía, y era verdad. Lo siento de verdad.

—No hablo de eso.

La confusión relampaguea en los ojos de Kaia y cambia de postura.—Hay algo que no me estás contando.

—Normalmente los enemigos no comparten secretos.

—No es eso... ¿Qué le pasó a Angie?

La pregunta más importante. Me quedo mirándola en silencio, luchando contra la oleada de recuerdos que brota cada vez que pienso en aquella noche terrible.

—Cuando la cogiste, la camiseta se le subió y vi una cicatriz en la espalda. Parecía muy reciente. —El pecho de Kaia sube al tomar aire —. Algo ha pasado, ¿verdad?

—Y luego me acusas de jugar —me burlo en voz baja. El hecho de que pueda estar ahí plantada y fingir que no tiene idea me amarga el humor, y la tentación de devolverla a las celdas crece como una ola.

—No estoy jugando a nada —replica Kaia—. Solo... intento entender.

—Es fácil. No voy a encerrarte porque has sido sincera y una parte de mí quiere creer que ya no eres capaz de hacerles daño a los niños. Pero si vuelves a hacerme daño de alguna manera, te mataré y tiraré tu cuerpo al lago, ¿entiendes?

—¿Ya no? —repite Kaia—. ¿A qué te refieres?

—¿Lo *entiendes*? —espeto, alzando el bastón y señalándola.

Los ojos de Kaia se agrandan y asiente rápidamente, aferrando el panda con ambas manos.

Satisfecho, me giro y me marcho, pero mientras subo las escaleras de vuelta a mi habitación, la expresión de confusión en sus ojos no me abandona.

KAIA

Las palabras de Flynn no dejan de darme vueltas incluso cuando la vida en la finca Gallagher empieza a estabilizarse.

Mi nueva libertad fuera de las celdas consiste en poder ir, en su mayor parte, a los mismos sitios que antes, solo que ahora un guardia fuertemente armado me sigue a todas partes como si fuera mi sombra.

La única privacidad que tengo es en el baño, pero incluso ahí el guardia insiste en que mantenga la puerta entreabierta para asegurarse de que no estoy tramando nada. Por frustrante que sea, lo entiendo.

El guardia tiene órdenes de matarme si intento escapar o hago algo que ponga en peligro a Flynn o Angie, pero eso ya no es mi prioridad.

Desear la muerte de Flynn me resulta agotador, como si hubiera sido una parte de mí la que murió cuando él estaba a mis pies, luchando por respirar.

Quitar una vida… es lo más duro y asqueroso que he hecho nunca y no hay manera de convencerme de que, al no haberlo llevado a cabo, eso consiga calmar las pesadillas que me atormentan ni borrar la culpa de sentir que estoy traicionando la memoria de mi amiga muerta y de mi familia por no querer mancharme las manos y privar a una niña de su padre.

Seguro que Flynn me dejó estar con Angie para dejarme bien claro que la víctima real en todo esto sería una inocente de siete años.

Aun así, hay algo en el comentario de Flynn la noche en que jugamos a las tazas que no se va de mi cabeza, y tampoco la sensación de que se me escapa algo.

Esa sensación no hace más que intensificarse a medida que pasan los días. Flynn se recupera con fuerza y, al cuarto día de mi nueva libertad, le veo caminar sin bastón.

Cuando pasa una semana, ya vuelve a pasear a Angie sobre sus hombros.

Para ser un despiadado rey de la mafia, su ternura con su hija parece sacada de una de esas películas de sobremesa.

Comemos juntos, vemos películas juntos y compartimos una paz nueva y cordial que invade la finca Gallagher, pero bajo esa calma de recuperación y la cortesía, algo bulle sin cesar.

Cuento más guardias armados de lo normal a medida que avanzan los días, y Angie rara vez se aleja de la vista de Flynn. ¿Es por mi culpa?

¿Le he asustado tanto que de verdad cree que le estoy mintiendo y que Angie será mi siguiente objetivo?

Durante el día, ese pensamiento me parece absurdo, pero cuando me meto en la cama por la noche, es lo único que puedo pensar.

¿Qué haría Vic?

¿Le importaría?

Anya desde luego no querría que hiciese daño a una niña, pero ¿y mi tío?

¿Su inacción se debe a que espera que sea yo quien se ocupe de esto?

Desde luego sería el sueño de su vida tener a un Yudkin tan infiltrado en la finca Gallagher, pero solo de pensar en lo que querría que hiciera, tengo que ir corriendo al baño, doblada por las náuseas.

No soy una asesina, y de alguna manera eso me hace sentir aún peor.

En una tarde soleada, doy mi paseo diario camino de la sala de juegos buscando a Angie.

Pasar tiempo con ella es como un soplo de aire fresco, porque para ella la vida sigue siendo normal y yo agradezco ese silencio.

Además, espero que Flynn vea que realmente no soy una amenaza para su hija.

No me ha dirigido casi la palabra desde la fiesta del té, más allá de los saludos que intercambiamos cuando Angie está presente.

Por desgracia, la sala de juegos está vacía, así que continúo mi paseo, pero ni en la biblioteca ni en el invernadero encuentro rastro de Angie ni de Flynn.

¿Se habrán ido de excursión hoy?

Me da la impresión de que es el tipo de padre que pasaría horas con su hija en ese lago cercano y la idea me enternece mientras deambulo por un pasillo más oscuro en el que estoy segura de no haber estado nunca.

El aire es más frío y una capa sutil de polvo cubre algunas de las mesas de exposición por las que paso con mi inseparable guardia.

—Nadie limpia por aquí, ¿eh? —bromeo en voz baja, aunque mi guardia ni se inmuta. Es más callado que una tumba, salvo cuando tiene que darme una orden o imponer alguna restricción.

Nadie aquí es tan indulgente como Flynn, por lo visto.

No puedo culparles.

Una lealtad así no se puede comprar y es admirable, incluso aunque yo sea quien la recibe.

La primera puerta que sale a este pasillo está cerrada y el metal muerde con frialdad mi plan.

Las dos siguientes también están cerradas, lo cual solo aviva más mi curiosidad.

Parece que toda esta ala está clausurada.

Mientras recorro la alfombra desgastada y pruebo otra puerta, examino las paredes buscando pistas de lo que puede haber aquí abajo.

¿Un salón de baile, quizá?

No imagino que aquí se utilice mucho.

En la última puerta que intento, el pomo cede un poco y no me encuentro con el peso esperado de una cerradura.

Pero justo cuando me dispongo a empujar la puerta para abrirla, dudo y miro a mi guardia.

—¿Vas a dispararme si entro aquí?

A pesar del destello de incertidumbre en sus ojos marrones, mi guardia niega con la cabeza. —Solo tengo órdenes de dispararte si tus acciones ponen en peligro a nuestro capitán o a su hija, o si cruzas la valla perimetral.

—¿Así que no por entrar aquí?

—No.

—Vale… —Su incertidumbre es evidente y eso aumenta mi curiosidad, así que presiono con más fuerza el pomo.

Una bisagra rígida chirría en señal de protesta y abro la puerta.

Un ligero aroma a cerrado me golpea de inmediato al dar un paso dentro de la oscura habitación.

Las pesadas cortinas están echadas sobre la ventana, dejando pasar solo un hilo de luz a través de la rendija.

Ese rayo cruza el suelo y descansa sobre lo que parece ser una cama, pero antes de que pueda mirar más detenidamente, una mano se aferra a la parte trasera de mi brazo y me saca de un tirón de la habitación.

—¡Eh! —exclamo sin aliento—. ¡Dijiste que no pasaba nada! —Las palabras apenas salen de mi boca cuando veo a mi guardia a un metro de distancia, visiblemente alarmado. No ha sido él quien me ha sacado de la habitación, sino otra persona.

Frank.

Me empuja al otro lado del pasillo y da un portazo. —¿No te regañó ya Flynn por cotillear?

Me ajusto la manga de la camisa y levanto la barbilla. —No estaba cotilleando, estaba explorando. No intentaba hacer daño a nadie.

Las llaves tintinean cuando Frank las saca del bolsillo y cierra la puerta con rapidez.

Desde que intenté asesinar a Flynn, no me ha dirigido la palabra.

Nunca fuimos cercanos, pero su silencio era tan evidente que no se sentía bien.

Tras cerrar la puerta, se gira para encararme.

—Esto no es un parque de atracciones, es una casa.

—Lo siento, ¿vale? —Levanto ambas manos en gesto de rendición y reprimo un suspiro—. Estaba paseando y me aburría.

—Busca un pasatiempo.

—Oh, claro, facilísimo elegir un pasatiempo estando cautiva —espeté sin pensarlo y luego me lamenté—. Perdona, solo quiero decir… ¿Qué sentido tiene tener un hobby si mi supervivencia y mi existencia aquí dependen de Flynn y de lo que esté pasando fuera con mi familia? Las cosas podrían cambiar en cualquier momento.

—¿De verdad crees que puedes quejarte después de lo que hiciste? —suelta Frank cortante.

Entrecierro los ojos. —¿Y qué hay de lo que ha hecho Flynn? ¿O acaso olvidaste cómo acabé aquí en primer lugar?

Entreabre los labios como si fuera a decir algo, pero se lo piensa mejor y cruza los brazos sobre el pecho. —Vale, ¿qué harías si supieras que tienes tiempo aquí?

Levanto las cejas. —¿En serio?

—En serio.

—No… no lo sé. Me gusta pintar.

—¿Pintas?

—Mhm. De hecho, fui una de las mejores falsificadoras de mi tío, en cuanto se dio cuenta de que mis cuadros eran bastante impresionantes. Un talento que, según él, heredé de mi padre, porque así fue como empezó él en el negocio.

—Interesante. —Frank echa un vistazo a su reloj y ladea la cabeza—. Ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

Frank me aleja del frío pasillo y de la oscura habitación misteriosa, llevándome hasta el ala opuesta de la mansión, hacia una sala acristalada que solo había visto de pasada.

Una pared es completamente de ventanales de suelo a techo, con vistas al lago cercano.

Con la luz brillante del sol inundando el suelo de madera, el calor de la sala me obliga a remangarme.

—Sabes que los Gallagher también están en el negocio de la falsificación, ¿lo sabías? —Frank rebusca en un armario cercano y vuelve con un lienzo grande.

—Sí, pero… pensaba que os especializabais en joyas y ropa.

—¿Crees que chocaríamos tanto con tu familia si solo hiciéramos eso?

Mientras Frank coloca el lienzo, niego con la cabeza. —No, supongo que no.

—Quiero ver lo que eres capaz de hacer. —Frank se sacude las manos y retrocede.

—¿Quieres que pinte?

—Eso es.

—¿El lago, por ejemplo? Muy original no es, ¿no?

Frank pone los ojos en blanco de repente. —¿Estás en contra de todo? —comenta—. Tienes un pasatiempo, te gusta pintar. Pues pinta.

Cruzando los brazos sobre el pecho, frunzo la nariz. —No pinto paisajes básicos. —No es que me molestara, porque la escena es preciosa, pero me divierte comprobar hasta dónde llega la curiosidad de Frank.

Me observa en silencio unos segundos, luego se da la vuelta y sale de la sala, dejando que mi guardia y yo le sigamos con la mirada.

Frank regresa dos minutos después con un marco pesado en el que reposa un retrato familiar de la realeza inglesa.

—Pinta esto.

—¿Que lo falsifique, quieres decir? —pregunto mientras lo apoya cerca de mí.

—Eso es.

—No trabajo gratis.

Frank resopla de repente, divertido. —Otra excusa. ¿Seguro que eres tan buena falsificadora y no una simple aficionada? Hablas mucho pero no puedes demostrarlo. ¿Por qué no me sorprende?

Sé que me está picando, y lo peor es que funciona. Me recojo el pelo en una coleta con la goma que llevaba en la muñeca y respiro hondo.

—Vale, pero que quede claro que lo hago porque me aburro y no porque quiera complacerte.

—Lo que tú digas. —Frank sonríe de medio lado y me tiende un pincel—. Enséñame de lo que eres capaz.

FLYNN

—¿Quieres un poco? —Le acerco el caramelo, dejándolo justo fuera del alcance de Angie—. ¿No tienes hambre?

Sus ojos brillan y se incorpora de la camilla del médico, estirando la mano, ansiosa por el caramelo.

Justo cuando está a punto de cogerlo, lo retiro con una sonrisa ligera y un gruñido frustrado se le escapa. Cuando su boca se retuerce en un puchero, deposito el caramelo en su palma extendida y una sonrisa radiante se dibuja en su rostro.

Entonces se sienta de nuevo con un bufido y coloca la jirafa en su regazo, como si pensara compartirlo con ella.

Ahora que está contenta, me aparto y me acerco a la doctora, al otro lado de la consulta.

—¿Cómo la ves, doc?

—La incisión ha cicatrizado de maravilla. Es lo normal para su edad —responde, frotándose la mandíbula—. Hay un poco de enrojecimiento, pero no me preocupa porque seguramente sea del roce diario de la ropa con la piel sensible. Todo lo demás ha sanado estupendamente.

—¿Y su voz?

Amanda se vuelve hacia mí con una sonrisa amable que no logra ocultar la compasión de su mirada. —¿No habéis tenido suerte con las terapeutas?

Niego despacio con la cabeza, apoyándome en la encimera. —Hemos visto a dos nuevas desde mi accidente.

—¿Tu accidente?

Bajo la voz y giro la cabeza para que Angie no me oiga. —Me envenenaron, y ella me encontró cuando estaba mal. Gritó mi nombre. Lo recuerdo perfectamente.

—Espera un momento— —Amanda se agarra a mi antebrazo—. ¿Envenenado? ¿Estás bien?

—Ahora sí. Mi propia doctora se encargó de todo, ya sabes lo buen equipo que tenemos.

—Y aun así, sigues viniendo a mí —apunta Amanda.

—Mi esposa confiaba en ti más que en nadie. Una lealtad así no se puede ignorar.

La sonrisa de Amanda vacila un instante y aprieta mi brazo. —Más de uno mataría por saber lo tierno que puedes llegar a ser, Flynn Gallagher.

—No hace falta que me lo digas. ¿Así que sobre Angie... de verdad no hay nada más que pueda hacer? He pagado a los mejores médicos del país, la he llevado a tantos psiquiatras que ya he perdido la cuenta, y nada funciona. No—. Una oleada repentina de ahogo me corta, y bajo la cabeza—. No sé qué más puedo hacer.

—Eres impaciente, Flynn —dice Amanda con suavidad—. Y es normal, pero ya lo hablamos, ¿te acuerdas? Cuando separan a gemelos, es muy común que uno se cierre así. Sé que no lo parece, pero deberías fijarte en lo positivo: lo único afectado es el habla, nada más. Ella sigue comiendo, ¿verdad?

—Como una lima —murmuro.

—¿Duerme bien?

—Ahora sí. Hace casi una semana que no usamos receta.

—Eso está muy bien. De verdad. El hecho de que te llamara también es muy prometedor y puede ser señal de que está avanzando hasta sentirse segura.

—¿O sea que me estás diciendo que no puedo hacer nada? ¿Esto es *culpa mía* y no puedo arreglarlo? —Amanda predica positividad y alivio, pero sus palabras no deshacen el nudo constante de mi pecho ni la culpa que me corroe el alma. Renunciaría a todo lo que me

queda por cambiar lo que sucedió, pero todos mis intentos hasta ahora se han topado con un silencio ensordecedor y doloroso.

—Sé que te culpas —Amanda aprieta mi brazo con más fuerza antes de que me aparte.

—No hay a quién más culpar.

—No todos están de acuerdo contigo —comenta—. No puedo aconsejarte en nada fuera de la salud de tu hija y, hasta ahora, parece que haces todo lo posible para ayudarla a sanar. La mayoría de los padres habrían tirado la toalla y esperarían, pero tú la cuidas y está funcionando. Ella reacciona y responde como cualquier niña sana. Flynn... ella no te culpa, y tú tampoco deberías hacerlo.

—Es una niña —susurro, débilmente—. No entiende lo suficiente para saber a quién culpar.

Los labios de Amanda se aprietan antes de darse la vuelta y alejarse hacia su mesa. Yo me quedo apoyado en la encimera, observando a Angie masticar contenta su caramelo mientras le pone a su jirafa un sombrero nuevo y brillante hecho de un envoltorio. Amanda regresa al poco y me da una tarjeta en la mano.

—Este es el número de un amigo. Está especializado en traumas infantiles activos. No encaja del todo con lo que le pasa a Angie, pero se le da muy bien hacer que los niños se abran. Si de verdad quieres probar otra opción, quizá pueda ayudarte.

Miro la tarjeta y repaso con la vista el nombre y la dirección grabados en letras doradas. —Gracias.

—Pero recuerda —dice Amanda mientras me separo de la encimera—. Nada de promesas.

—Nada de promesas —repito—. Sé cómo va esto.

—A este paso vas a acabar financiando tú solo toda la industria de la salud mental infantil —bromea ella—. Sólo no te olvides de cuidar de ti mismo. Mi consulta está abierta si necesitas pedir cita.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —Con la tarjeta a salvo en el bolsillo, me acerco a Angie sin los brazos extendidos—. Cariño, ¿te apetece que nos vayamos a casa?

Angie me acerca su jirafa sonriendo y abre los brazos para que la suba y la acurruque en mi regazo.

Una vez que se acomoda contra mí, agarra con fuerza su jirafa y arruga el gorro nuevo en la palma de su mano.

—Despídete de Amanda, cariño. Ha estado trabajando mucho.—

Angie echa un vistazo por encima del hombro y le saluda a Amanda con el puño cerrado, luego se acurruca contra mi pecho y se queda así mientras salgo de la clínica y me encuentro con Frank justo fuera.

Él está de pie al sol, con las manos en las caderas y la americana abierta, dejando que la suave brisa le refresque frente al calor del atardecer veraniego.

—¿Qué tal ha ido?— pregunta Frank, poniéndose a mi lado mientras caminamos hacia los coches.

—Bien. Angie ha estado genial, ¿a que sí, cariño?—

Ella resopla contra mí pero no se mueve.

—¿Alguna noticia?— La sutil pregunta de Frank está cargada del fondo de lo que realmente quiere saber, y nuestras miradas se cruzan por encima de la cabeza de Angie.

—Todavía no —respondo—. Pero tenemos alternativas.—

—Las alternativas están bien.— Frank me dedica una sonrisa de ánimo y me sostiene la puerta del coche, pero en cuanto lo hace, la angustia de Angie aumenta.

Extiende las piernas y empieza a retorcerse entre mis brazos intentando escapar.

Hace meses, le habría reñido y la habría sentado directamente en el coche para irnos a casa, pero Amanda dejó muy claro que hacer que Angie sienta que tiene el control la ayuda a sentirse mejor, así que la bajo en seguida a la acera.

Abrazando a su jirafa contra el pecho, me coge la muñeca con la otra mano e intenta arrastrarme lejos del coche.

—Angie, cariño. Tranquila. Ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas? Vas a estar segura en el coche igual que lo estuviste viniendo.—

No me hace caso y se queja suavemente mientras forcejea para alejarme. Se lo permito unos metros más y después me planto.

—Angie, ¿recuerdas lo que dijimos? Mientras estemos juntos, todo irá bien, ¿verdad? Frank también está con nosotros y nos ha

traído hasta aquí sin ningún accidente. Nadie se ha hecho daño. Mira, yo estoy bien, ¿a que sí? Y tú también. Y el señor Jirafa igual. —

Los ojos de Angie brillan un poco por las lágrimas que empiezan a asomar, pero deja de intentar arrastrarme.

—Tenemos que irnos a casa para cenar y dormir, ¿verdad? Florence está preparando macarrones con queso para cenar, tu plato favorito. No podemos dejarla esperando, ¿a que no?—

Angie niega despacio con la cabeza.

—Entonces, ¿te vas a montar en el coche conmigo? Yo estaré contigo y Frank conducirá. Puedes sentarte en el medio y mantenerle vigilado. ¿Eso te hará sentir mejor?—

Angie me mira con esos ojos tan grandes, me atraviesa el alma, y cada segundo que duda es otra cicatriz más en mi corazón.

He pasado la vida haciendo todo lo posible por proteger a mi familia, y aun así aquí estoy, de rodillas con mi hija traumatizada y el remordimiento aplastando mi pecho.

Jamás me he sentido tan fracasado.

Por fin, Angie asiente lentamente y le tomo la mano.

Cuando me tira de la mano, la recojo de nuevo entre mis brazos y juntos nos acomodamos con cuidado en el coche.

Tal y como le prometí, Angie se sienta en la plaza del medio y permanece erguida para poder vigilar a Frank al volante, y yo no le suelto la mano en ningún momento.

Esta vez no ha costado tanto subirla al coche como antes, así que Amanda tenía razón. Se está curando.

Ojalá no tuviera que hacerlo.

A mitad de camino de vuelta a casa, el cansancio puede con Angie y pierde la postura alerta y erguida, aflojándose sobre mi pecho.

Sin soltarla con un brazo, empiezo a hablarle de todo lo que voy viendo por la ventanilla para mantenerla informada, pero por mucho que le guste, mi voz y el traqueteo del coche terminan por adormecerla.

Teniendo en cuenta lo tiesa y vigilante que se ponía en los trayectos después del accidente, esto me parece un pequeño triunfo.

Cuando llegamos a casa, Angie está profundamente dormida y no tengo valor para despertarla.

Dejo la cena para más tarde, pidiéndole suavemente a Florence que guarde algo de comida para mañana, subo las escaleras y llevo a Angie a la cama, la cambio de ropa y la arropo.

Luego me quedo sentado a su lado para asegurarme de que sigue durmiendo tranquila.

Las palabras de Amanda resuenan en mi cabeza mientras saco la tarjeta del bolsillo.

Quizá un médico más no haga daño, pero a lo mejor es uno de más.

¿De verdad podrá decirme algo distinto a lo que me contaron el resto de terapeutas que he consultado?

Por un lado, me muero de ganas de llamarle enseguida con la esperanza de que tenga una cura mágica para Angie, pero en el fondo sé la verdad.

Perder a un gemelo no es como perder a un hermano.

Hay un vínculo ahí que nunca podré comprender del todo.

Cuando eran pequeñas, estaba encantado de que siempre fuesen a tener a alguien de su parte.

Ahora, por mi culpa, Angie está sola.

Y no soy capaz de arreglarlo.

Me quedo sentado junto a su cama, observando su sueño hasta que se me cierran los ojos, y luego me levanto despacio y salgo de su cuarto.

Cuando llego a mi despacho estoy más despejado, pero la bola ardiente de culpa bajo las costillas quema más con cada respiración.

—¿Cómo está?— pregunta Frank al entrar en el despacho, ya sirviéndome un whisky.

—Durmiendo.—

—Toma.— Frank me pasa la copa y me aprieta el hombro.— Hoy ha sido un buen día. Ha hecho dos viajes en coche y no ha tenido un ataque. La tranquilizaste enseguida. Se está curando, Flynn.—

—No es suficiente —respondo seco—. ¿Tenemos noticias de Antov?—

Frank niega lentamente con la cabeza.— He movido algunos hilos, pero no ha contestado.—

—Joder.— Me acerco al escritorio, apuro la copa de un trago y cierro los ojos. Frank se da por aludido y abandona la estancia deprisa, dejándome a solas con mis pensamientos revueltos.

¿No ha respondido, eh?

Odio el silencio. Odio que me ignoren.

Si ese cabrón piensa que puede ignorarme, voy a tener que hacerme oír más alto.

KAIA

Han pasado dos días y, por fin, el cuadro está terminado. La última pincelada me recorre la espalda con un escalofrío, así que me aparto un poco y contemplo mi obra con una sonrisa ligera y orgullosa.

Hacía meses que no podía pintar así y, por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz.

Perderme en algo que amo ha hecho que vuelva a sentirme *yo*, y esa sensación perdura incluso cuando asomo la cabeza por la puerta esperando que Frank, de alguna forma, sepa que he completado su reto.

Pero solo encuentro a mi guardia. —¿Dónde está Frank?

Mi guardia se encoge de hombros. —Se ha ido esta mañana con Flynn y no ha vuelto.

—Ah.

—Pero los coches ya están de vuelta, así que debería de andar por aquí en algún sitio.

—Estupendo. —La idea de buscar a Frank y traerlo hasta aquí me resulta demasiado agotadora.

Así que, en vez de pasarme quién sabe cuánto tiempo persiguiéndolo, llevaré el cuadro hasta él para ver su reacción al instante, sin darle más vueltas.

De vuelta en la habitación, saco el lienzo del caballete y lo equilibro sobre las yemas de los dedos, luego regreso al pasillo.—

¿Alguna idea de dónde puede estar?

Mi guardia me observa con los ojos muy abiertos y afianza el rifle como si esperara que el cuadro fuera a atacarle. —Ni idea.

—Vale, no pasa nada. —Suspiro, hincho las mejillas y soplo un mechón de pelo que se me cruza en la cara, luego empiezo a andar.

Esta mansión es grande pero, a estas horas de la noche, solo hay unos pocos sitios donde Frank podría estar, a menos que esté ocurriendo alguna catástrofe de la que no me haya enterado.

Tachar esos sitios de mi lista no debería llevarme mucho tiempo.

Después de registrar la tranquila biblioteca, el invernadero vacío y la cocina desierta, mi lista de lugares a comprobar se reduce a dos: su dormitorio, que me doy cuenta de que no sé ni dónde está, y el despacho de Flynn.

El despacho es más fácil de revisar, así que voy allí primero y me veo recompensada con una franja de luz que se escapa por la puerta, casi cerrada.

Mientras camino, mi guardia se va quedando atrás poco a poco, de modo que llego sola a la puerta y la empujo ligeramente con el pie para abrirla.

—¿Frank? —Nada más entrar, el cuadro resbala entre mis manos y lo apoyo en el suelo junto a mi pierna, soltando un suspiro cansado.—Ah.

Nada de Frank.

Solo Flynn.

Está sentado en su escritorio, con una jarra abierta a su lado y una copa a medias suspendida entre los dedos.—Sé que no has entrado aquí, sin que te inviten, en mi despacho y encima te has atrevido a decepcionarte al verme.—

El corazón me da un vuelco ante la brusquedad de su tono. Es suficiente para advertirme de que está de mal humor.

Aunque tiene razón en que no he llamado, mi decepción no tenía mala intención. Sin embargo, su reacción lo sugiere y mi buen ánimo se desvanece tan rápido como el aire de un globo que pinchas.

Y la molestia toma su lugar.

—Buscaba a Frank, así que sí, estoy un poco decepcionada.—

—¿Y por qué iba a estar Frank aquí?

—Es tu sombra, ¿no? No soy tonta, sé reconocer a un hombre de confianza.—

—Y sin embargo, no se le ve por ninguna parte.—Flynn alza la copa hacia sus labios y da un sorbo.

—Está claro. Le buscaré en otro sitio.—

—Obviamente.—

Mi irritación aumenta con un calor que me sube por la espalda.—Necesito a alguien con buen ojo para esto.—

—¿Para eso? —Flynn se burla, casi ahogándose antes de reaccionar, y me señala con el dedo índice apoyado en la copa.—¿Dónde has encontrado algo así?—

—No lo he encontrado, lo he pintado yo.—

—¿Tú? —Flynn arquea una ceja.—Eres una pésima mentirosa.—

—Y tú eres un juez terrible cuando estás borracho. O de mal humor. Lo que sea.—

—No estoy borracho. Dos copas no me emborrachan.—

—Podrías haberme engañado —murmuro, rodando los ojos—. Da igual. Me voy.

—No te estoy deteniendo, pero ya que has irrumpido aquí sin ni siquiera la cortesía de llamar a la puerta, explícame una cosa.

Agarro el cuadro con más fuerza.—¿Qué?

—¿De verdad has pintado eso?

—Sí.

Flynn se incorpora en su asiento y avanza perezosamente hacia mí, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra baja, a la altura del muslo, aún con la copa.—¿Por qué?

—Frank me lo pidió.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a él.

—Te lo pregunto a ti. ¿Era algún tipo de prueba cutre?

—¿Qué? —miro mi obra—. No hay nada cutre en esto.

—Mi hijo de siete años lo haría mejor.

—Vaya, que te den —espeto—. No estoy de humor para esto. —Cuando me giro para marcharme, su mano sale disparada y me agarra del brazo, obligándome a volver.

—No he dicho que puedas irte.

—No voy a quedarme aquí para que me insultes —replico con brusquedad, intentando zafarme, pero no consigo que suelte mi brazo; un inesperado calor me recorre el vientre hacia el sur—. Estás siendo un imbécil.

—No actúes como si te sorprendiera.

—No me sorprende, pero normalmente tiene algo de gracia. Ahora eres todo borde.

—¿Así que ahora estás pensando en mi polla?

—En tus sueños —le suelto, aunque por dentro una parte de mí grita que sí, mientras mi centro se tensa.

—Háblame del cuadro.

—Joder… vale. Frank no creía que fuera buena pintora, que soy una de las mejores falsificadoras de mi tío, así que me retó. Me desafió a pintar algo tuyo.

—¿Y esto es lo que has hecho? —Flynn suelta mi brazo y señala el cuadro—. El broche de ella está mal.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué lo has pintado así?

La comprensión me golpea y empiezo a reírme.—¿Ah, no lo sabes?

—¿Saber qué?

Me enderezo y despliego por completo el lienzo.—Venga. Compáralo con el que tenías colgado en el pasillo, verás que esta es una falsificación perfecta. Nadie será capaz de notar la diferencia.

—Yo sí —gruñe Flynn, con la frustración marcando su voz—. Te estoy diciendo que el broche está mal.

—Claro, porque lo comparas con el original y llevas razón.

Frunce el ceño, ensombreciendo la expresión mientras me clava la mirada.—¿De qué coño estás hablando?

—¡El gran Flynn Gallagher, el hombre que intenta arrebatarle el mercado de falsificaciones a mi familia, ni siquiera sabe que tiene una falsificación colgada en su propia casa! —Mi risa se intensifica—. Tienes razón, el broche está mal porque el que tú tienes tiene el mismo error. Lo descubrí enseguida porque *yo* pinté esa falsificación original que tú posees. Fue mi error y estuve segura de que nadie sería tan paleto como para comprarla, pero mira… ¡Aquí estamos!

El cristal se hace añicos a nuestros pies cuando Flynn deja caer la copa y me agarra con fuerza por los hombros.

En el mismo instante, me empuja hacia atrás y me estampa contra la pared, cortando en seco mi risa con un jadeo brusco.

Mientras recupero el equilibrio, Flynn se inclina sobre mí, con un brazo apoyado en la pared y la otra mano presionando ligeramente sobre mi clavícula.

—Entras en mi casa, amenazas mi vida, te cuelas en mi despacho sin invitación y ahora te crees con derecho a insultarme como si nada?

El corazón empieza a bombearme con fuerza al mirarle a los ojos grises, que ahora parecen nubes de tormenta, incapaces de reflejar la luz.

Aspiro su aroma en mi siguiente bocanada y los músculos se me tensan en el bajo vientre.

—Ya te pedí perdón por eso —replico seca—. ¿Y acaso lo olvidas? Puede que me arrepienta de haber intentado matarte, pero eso no cambia lo que somos el uno para el otro.

—¿Y qué somos? —Su aliento aún desprende un leve olor a alcohol y las palabras cortan como un latigazo.

—Enemigos, ¿recuerdas? Puede que no pueda matarte, pero eso no me impide sacarte de tus casillas y amargarte la vida hasta que me dejes marchar.

Insultas mis cuadros cuando el que no te enteras de nada eres tú y ni siquiera—

Cualquier otro insulto que me hierve dentro, cualquier coletilla afilada para picarle y recordarle que si estoy aquí es por su culpa, muere en menos de un segundo porque Flynn se abalanza de pronto y su boca choca contra la mía.

Se me corta la respiración y su mano sube a rodearme suavemente la garganta, mientras mis manos se lanzan a aferrarse a su camisa.

Durante unos segundos me besa con fiereza y, cuando se aparta, la ligereza me tambalea la cabeza.

Parpadeo, desconcertada.—¿Qué… qué ha sido eso?

—¿Sigues sin poder callarte? —espeta Flynn sobre mí—. Bien. Entonces te haré callar yo.

FLYNN

—Adelante, pues —me reta Kaia de inmediato, alzando la barbilla en desafío, y en sus ojos reluce una amenaza silenciosa—. Sé el machito y hazme callar.

Mi boca se abalanza sobre la suya y, antes de que me pueda asaltar la duda sobre si esto es lo correcto, ambas manos de Kaia terminan enredadas en mi pelo y tiran con tanta fuerza que el dolor me atraviesa el cuello.

Un dolor placentero, tan ardiente que me recorre los hombros en forma de escalofríos.

Aprieto ligeramente mi mano alrededor de su garganta y le meto la lengua en la boca mientras encajo mi pierna entre sus muslos y la atrapo contra la pared.

La odio.

Creo.

Todo lo que pienso sobre Kaia choca en mi cabeza y siempre acabo hecho un lío.

Es mi enemiga y, aun así, consigue acelerarme la sangre como nadie, y los planes de usarla para salvar a mi familia se me esfuman de la mente cada vez que me mira de esa manera.

Entonces, lo único en lo que puedo pensar es en arrancarle la ropa y hacer que grite mi nombre.

Por cómo mueve las caderas sobre mi muslo y me araña el pelo, está tan de acuerdo como yo.

No significa nada.

Solo es sexo.

Al romper el beso de un tirón, un hilo de saliva une nuestros labios durante un segundo mientras nos fulminamos con la mirada, luego Kaia vuelve a tirar de mi pelo y el deseo me arde en el bajo vientre.

En el siguiente beso, la arrastro lejos de la pared sujetándola por la garganta.

Su jadeo vibra contra mi palma y ella desliza ambas manos hasta mis hombros, donde intenta empujarme lejos.

Pero justo cuando doy un paso atrás, es ella quien vuelve a atraerme y trata de besarme.

Actuando como si llevara el control.

Ni hablar.

Retrocedo y la arrastro hasta el sofá de cuero de mi despacho, haciéndonos girar y empujándola hacia abajo sobre él.

Cae con un jadeo, rebota apenas y enseguida yo ya estoy encima, besándola con fuerza y arrancándole la camisa de un tirón con las manos desnudas.

Los botones suenan al caer en algún lugar a lo lejos y Kaia, tan sorprendida, me suelta una bofetada en toda la cara.

Ambos nos quedamos congelados, mirándonos fijamente. El rostro de Kaia se tiñe de un rojo intenso y su pecho desnudo sube y baja con fuerza, sus pechos a punto de desbordarse del sujetador.

Me arde la mejilla por el golpe, pero una pequeña sonrisa llena de malicia se asoma a sus labios y sé perfectamente lo que quiere.

Mi mano vuelve a su garganta con la presión justa para que me sienta en cada inspiración, y le vuelvo a meter la lengua en la boca mientras con la otra le arranco el sujetador.

El elástico se rompe y ella suelta un gemido sorprendido, pero se disuelve en otro de placer cuando le lleno la mano de uno de sus pechos y lo masajeo contra su cuerpo.

Sus caderas se alzan impacientes justo cuando mi polla se endurece hasta doler atrapada en mis pantalones.

Manteniendo la mano en su garganta, la inmovilizo en el sofá mientras el beso se rompe y bajo dando mordiscos hasta sus pechos sin cuidado ni orden.

Hundiendo la cara en el valle de su pecho, el aroma a flores de su perfume me inunda los sentidos y mi polla late con la necesidad de estar dentro de ella.

No puedo esperar más.

Busco su pezón con mis labios, lo chupo y lo muerdo, arrancándole varios jadeos de esos labios entreabiertos.

Sus manos buscan a tientas mi camisa y, en cuanto encuentran un hueco en la tela, empiezan a tirar de mí.

Hundiéndole los dientes en el pezón, giro bruscamente la cabeza y su pecho me sigue hasta que la elasticidad natural de su piel la libera de mis dientes y ella gime.

Queda libre durante los pocos segundos que tardo en quitarme la camiseta por la cabeza y tirarla a un lado, luego la agarro por su cintura blanda y curvilínea y la giro boca abajo.

Sus quejas se pierden en el cuero cuando le aprieto la cabeza contra el sofá con una mano y la agarro del pelo.

Con la otra le cojo la cintura del pantalón y se lo bajo a tirones hasta dejar a la vista su culo perfecto.

Una sola bofetada le arranca un grito de sorpresa y una marca roja florece en su nalga.

Otra bofetada en la otra nalga y sus manos luchan contra el sofá intentando incorporarse.

De nuevo, cree que lleva las riendas.

Vuelvo a concentrarme en quitarle los pantalones por las piernas y los lanzo a un lado, y vuelvo a colocarme sobre ella para darle otra nalgada que la obliga a alzar las caderas intentando huir del dolor.

La dejo poner una rodilla sobre el sofá y la otra casi le cae al suelo, dándole un instante en el que la libertad parece a su alcance.

Eso se acaba en cuanto chupo dos de mis dedos y los hundo de golpe en su coño.

Kaia se tambalea sobre el sofá soltando un gemido ronco y pierde el equilibrio en los brazos de inmediato.

Mientras cae, le estampo la cara contra el sofá y la cubro con mi cuerpo.

—Estás empapada —gruño grave en su oído mientras sus jugos me cubren los dedos en cada embestida dentro de ella—. Apenas te he tocado y ya te has puesto así de mojada, ¿cuánto lo necesitas?

—Que te jodan —gime Kaia, alargando la vocal con sus jadeos—. Si esta... esta es tu forma de callarme, no me extraña que seas un desastre. Ni siquiera eres capaz de hacer algo tan simple—*ahn*!

Retorciendo mis dedos dentro de ella, alineo el pulgar con su clítoris y presiono brevemente con la uña; acto seguido, alivio esa sensación deslizando la yema de mi pulgar de un lado a otro por ese bultito sensible.

—¿Decías algo? —me burlo en voz baja, follándola con los dedos con más fuerza.

En cada embestida, los curvo y presiono con fuerza contra sus paredes suaves, provocando temblores que recorren todo su cuerpo.

Kaia solo consigue jadear y clavar surcos en mi sofá de cuero con las uñas.

—Vas a correrte para mí, ¿verdad? Puedo sentir cómo tiemblas alrededor de mis dedos, notar cómo intentas empujarme de nuevo dentro de ti. Estás desesperada, ¿verdad? Hambrienta de atención. Hambrienta de que te follen, de que te abracen y te utilicen, lo ansías más que cualquier droga. Tanto que abres las piernas para tu enemigo.

El orgasmo de Kaia la sacude con un grito ahogado, y todo su cuerpo se arquea como una goma elástica estirada al máximo.

Su coño se aprieta rítmicamente alrededor de mis dedos mientras sus jugos calientes empapan mi palma y una burbuja cálida de orgullo me invade el vientre.

Pero para ella no hay descanso.

Al sacar mis dedos, me llevo sus jugos a la boca mientras ella permanece tumbada, jadeando, luego me deshago de mis propios pantalones y por fin libero mi polla.

Sujetándola por la cintura, la volteo y me acomodo entre sus muslos cálidos y suaves.

Con una sola embestida mi polla se impregna de su humedad, arrancándole un jadeo tembloroso de los labios enrojecidos.

Nuestras miradas se encuentran y sus manos se aferran a mis hombros, pero en vez de apartarme, de repente me atrae hacia sí y me besa tan fuerte que por un instante olvido cómo se respira.

Recuerdo respirar cuando sus dientes se clavan con fuerza en mi labio inferior y un destello de sangre se extiende entre nuestros labios.

Mi mano vuelve a su garganta y la otra a su cintura, mientras apoyo una pierna en el suelo y la penetro de un solo y duro empujón.

Kaia se arquea lejos del sofá y se me hace la boca agua al ver cómo sus pechos se desparraman por su cuerpo tras cada movimiento.

Me inclino hacia abajo, busco un pezón y le devuelvo la mordida en mi labio. Kaia chilla y desliza los brazos alrededor de mis hombros, acercándome a ella.

—Aún... puedo hablar —jadea—. Sigo esperando.

La follo como si mi vida dependiera de ello.

Embistes profundas y duras, una tras otra a un ritmo frenético que hace que los músculos de mi espalda baja se quejen, pero lo ignoro y me concentro en lo increíble que se siente tenerla así, apretada alrededor de mi polla.

Un calor húmedo y apretado acaricia cada centímetro de mí, como si estuviera hecha exactamente para mí.

Mientras la follo, ella me araña la espalda con casi cada empuje, hasta que el ardor en mis hombros iguala la quemazón de mi espalda y el fuego en mis muslos, pero no me detengo.

Pensaba que tenía el control.

Pero ahora la follo como si quisiera demostrar que soy capaz de callarla a base de sexo.

Quizá Kaia ha tenido el control todo el tiempo.

Da igual.

No puedo pensar.

El placer me nubla los pensamientos.

Lo único que importa es su coño apretando mi polla, sus uñas dejando caminos de fuego por mi espalda y los dulces jadeos que le arranco con cada embestida.

Es el mejor sexo que he tenido nunca y no quiero que termine, sobre todo cuando Kaia de repente acaricia mi mejilla como si de verdad le importara.

Ese solo toque arranca mi orgasmo de golpe y mis caderas vacilan, pierden el ritmo frenético y caigo sobre ella, embistiéndola mientras oleada tras oleada de placer me atraviesa.

Por cómo su coño se aprieta más fuerte alrededor de mi polla y sus muslos se ciñen a mis caderas, sé que no soy el único.

Pero ella no emite ni un sonido al correrse, atrapada en un grito mudo que confirma mi victoria.

Luego nos desplomamos juntos, jadeando sin aliento.

El sudor nos cubre y nos pega el uno al otro, pero por un momento, tumbado encima de ella, con su mano en mi pelo y su coño contrayéndose aún alrededor de mi polla, es lo más dichoso que me he sentido nunca.

—Vaya —logra croar Kaia de repente.

Levanto la cabeza.

Ella examina una de sus manos y, al atraparme la mirada, gira la palma hacia mí.

Unos cuantos mechones de mi pelo descansan en su palma, arrancándome una suave risa.

—Eres una fiera.

—Me has hecho romperme una uña —gimotea mientras se mira los dedos.

—Oh, lo siento muchísimo —me burlo, separándome de ella poco a poco mientras incorporo mi cuerpo y deslizo mi polla fuera de ella.

Kaia no se mueve.

Permanece ahí, jadeando y bien follada, con el cuerpo sonrojado del sexo, mis mordiscos y mis uñas.

Por el escozor que todavía me recorre los hombros, está claro que ha sabido devolverme cada caricia.

Pero ahora tengo la mente despejada.

—Gracias —digo.

Kaia me mira con esos ojos grandes y preciosos y algo cálido se enrosca en mi pecho. —¿Me acabas de dar las gracias por follar?

—Mucho más placentero que cuando intentas matarme.

Kaia pone los ojos en blanco y se tiñe de un suave rubor rosado que sube por su cuello.

Follarme a Kaia me ha dado más claridad y tranquilidad que cualquier entrenamiento, y de repente tengo el camino perfecto para llegar hasta su tío.

Recojo su camiseta del suelo y se la entrego, luego camino desnudo hacia mi escritorio.

Mi móvil sigue ahí junto a la garrafa de cristal, y lo cojo justo cuando Kaia se incorpora con un quejido.

Está en pleno proceso de ponerse la camiseta cuando le hago una foto rápida, aunque ni se da cuenta.

He sido demasiado indulgente con Antov. Si no se cree que soy una amenaza real, entonces me encargaré de que lo sea.

KAIA

Desde mi encuentro con Flynn, he pasado todo mi tiempo en el invernadero pintando.

La tranquilidad es agradable; escuchar el canto de los pájaros bailando con el viento y la risa que llega desde el lago me relaja, y me pierdo en cada pincelada.

Una mente serena casi me hace sentir que todo está bien.

Pero cada vez que tengo que cambiar el agua o coger más pintura fresca, la realidad me espera al borde de mis pensamientos.

A medida que pasan los días, resulta cada vez más difícil fingir que esto es algún tipo de vida.

Debajo de la buena comida, la pintura y el hecho de que mis pesadillas son menos frecuentes, la verdad sigue ahí.

Sigo siendo una cautiva.

Mi guardia armado ahora se queda fuera del invernadero para darme tranquilidad mientras pinto, pero cada vez que viene a comprobar cómo estoy, es un recordatorio alarmante de que soy prisionera de Flynn Gallagher.

El hombre que mató a mi mejor amiga, a mi hermano y a mi tía.

Y yo me he metido en su cama. Dos veces.

Esa idea me revuelve el estómago y mi mano tiembla, añadiendo una mancha negra al borde de la cara de mi personaje,

convirtiéndole de alguien bañada por la luz del sol a alguien ahogada por la sombra.

¿Qué me pasa?

¿Cómo he podido acostarme con alguien así?

¿Tengo tanta hambre de afecto que en cuanto el monstruo que atormenta a mi familia me muestra un ápice de ternura, salto sobre su polla y olvido todo lo que ha hecho?

Incluso ahora, se me tensa el vientre al recordar su polla y los pezones me laten como si anhelaran volver a estar entre sus dientes. Mi cuerpo canta por él y a veces mi corazón también, pero no tiene sentido.

Si Anya lo supiera, si Vic lo supiera... Estarían horrorizados.

Debería estar horrorizada.

Hundiendo los dientes en mi labio inferior, miro más allá del lienzo y por la ventana, donde la punta de un velero se desliza tras las copas de los árboles.

Flynn, en honor a la verdad, no ha sido cruel conmigo.

Encerrarme en las celdas fue cosa mía, y perfectamente podría haberme torturado o matado tras mi intento de quitarle la vida.

Por alguna razón extraña, no lo hizo.

Eso significa que sigo siendo valiosa para él de alguna manera, pero la razón exacta sigue siendo un misterio.

Si pudiera contactar con mi tío, apuesto a que él podría aclarar qué busca Flynn, pero las comunicaciones externas son imposibles.

Desde el envenenamiento, nadie aquí confía en mí, así que no puedo obtener información ni de Frank ni de ninguno de los sirvientes que veo por la finca ocupados con sus quehaceres.

Toda esta gente es leal a un Gallagher y, dada la cruel reputación de su familia, resulta sorprendente.

Y al mismo tiempo, no lo es.

El tiempo que he pasado con Flynn me ha mostrado que es un hombre colérico, firme, que mima a su hija y trata a la gente decentemente.

Pero su fama no nace de un malentendido. Es un hombre peligroso.

Las ruinas que quedan de mi casa lo demuestran.

Cierro los ojos y vuelvo a reproducir esa noche en su despacho, para deleite de mi cuerpo, y mientras repaso todo lo que hicimos juntos, el deseo me calienta la sangre.

Al siguiente suspiro, el arrepentimiento le sigue y la confusión enturbia mis pensamientos.

Le odio.

Creo.

Sé que debería hacerlo.

Pero el sexo es increíble. ¿Es increíble *porque* le odio?

¿O porque es un hombre mayor que sabe perfectamente lo que hace y pone una atención inusual en mi placer, en la mujer a la que se supone que odia?

Echo de menos a Anya. Pensar en ella me oprime el pecho y abro los ojos para darme cuenta de que el velero se ha alejado de mi vista.

Desanimada, miro de nuevo mi pintura y me estremezco.

Arreglar esa mancha negra casi no merece la pena, pero tirarla y empezar otra vez me suena agotador y me dejaría demasiado tiempo a solas con mis propios pensamientos turbulentos.

—¿Kaia? —Florence aparece de repente en la sala acristalada, tropezando, con una sonriente Angie a su lado, que, como siempre, agarra con fuerza su jirafa.

—¿Estás bien? Oh... —Localizo en seguida el motivo de su disgusto. Su blusa está completamente empapada de algo oscuro y su frente se frunce por la angustia—. ¿Qué ha pasado?

—Zumo de uva —gime Florence—. ¿Puedes quedarte con Angie mientras me cambio?

—Claro. —Le sonrío con ganas a Angie—. Angie, ¿te gusta pintar?

Aparta su mirada divertida de Florence y la fija en mí, luego asiente.

—Genial. ¿Te apetece pintar conmigo? He estropeado esta y pensaba empezar una nueva. —Apartando el lienzo de los soportes, lo dejo apoyado contra la pared para no tener que mirar el error. Luego cojo un lienzo limpio y lo preparo—. Incluso puedes coger mi taburete si quieres.

—¡Eres mi salvadora! —Florence da unas palmaditas cariñosas en la cabeza de Angie y sale corriendo de la habitación, dejando tras de sí un muy leve aroma a uva en el aire.

Angie no suelta su jirafa mientras trepa al taburete; después, me mira con una pequeña sonrisa que hace que el corazón se me suba a la garganta.

Es una niña tan dulce y, sin embargo, nunca ha dicho ni una palabra, aunque al mirarla a los ojos, todo lo que oigo en mi mente es su grito de *Papá* mientras Flynn yacía muriéndose en el suelo.

Una muerte, si la hubiese permitido, me habría dado cierta libertad para marcharme de aquí, y no estaría luchando con esta mezcla de atracción y culpa.

Entonces, igual que una sombra que se extiende lentamente por el césped en un día caluroso, caigo en la cuenta. Estoy sola con Angie y ella es lo más preciado que tiene Flynn.

Si quisiera marcharme de aquí, salir y no volver jamás, ella sería mi llave.

Usar a Angie seguramente haría que Flynn aceptara lo que yo pidiera y entonces podría vengar a Anya y a Vic, y a mi tía, solo con palabras y órdenes.

Todo ello usando a esta pequeña como escudo.

La idea me golpea como el látigo frío y repentino de un latigazo, y de inmediato me invade una oleada de náusea en el estómago.

Jamás podría utilizar a una niña para algo así.

Es completamente inocente y ya he estado a punto de traumatizarla una vez, aunque al mirar esos ojos sé perfectamente lo que el tío Antov querría que hiciera.

Él no dudaría ni un segundo en utilizarla si eso garantizara su seguridad.

Al igual que tampoco le temblaría el pulso para dejar que Flynn muriese a sus pies.

¿Vale mi seguridad el susto de Angie?

No puedo saber cuándo se acabará mi valor para Flynn y no hay forma de que me deje quedarme por otra razón.

¿Es ella mi respuesta?

De repente, Angie me tiende la mano y coloca su pequeña mano en la mía, su sonrisa se ensancha mientras espera que empiece a pintar.

Al mirar hacia abajo, ver su mano en la mía me inunda los ojos de lágrimas al instante.

Cuando me doy cuenta, ya estoy llorando.

Me tapo la boca con la otra mano y todo mi mundo se vuelve borroso, pero incluso entre las lágrimas puedo ver la preocupación en la cara de Angie.

Aprieta mi mano con fuerza y tira de mí, y el corazón se me parte en dos.

—Lo siento —resoplo, secándome rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano libre—. Es que... estoy muy triste por esa pintura.

Angie asiente despacio, como si lo entendiera perfectamente, luego se baja del taburete y me abraza por la cintura.

El dolor sordo en el pecho se intensifica, igual que la dificultad para controlar mis propias lágrimas, y solo consigo ahogar el sollozo por pura fuerza de voluntad.

Vaya situación más jodida.

¿Cómo ha podido salir una niña tan adorable de alguien tan retorcido? ¿Alguien tan oscuro?

Al cabo de unos segundos, sorbo fuerte por la nariz y correspondo al abrazo de Angie tan fuerte como me atrevo. —Vamos, cariño. Empecemos con esta pintura y ya verás como se me pasa la tristeza, ¿vale?

Angie se separa de inmediato y asiente rápido.

Con mi ayuda, vuelve a encaramarse en el taburete y juntas empezamos a pintar sin seguir ningún plan concreto.

Angie dibuja el contorno de árboles y edificios, y yo los relleno de manchas de color. Pintamos, en su mayoría, en silencio, pero de vez en cuando le hago alguna pregunta sobre Flynn o la casa.

Ninguna de ellas obtiene respuesta, por supuesto, pero sigue mirándome mientras hablo y hay algo en el brillo expectante de sus ojos que hace que la conversación fluya, a pesar de ser unilateral.

Casi una hora después, Angie termina sentada en mi regazo mientras contemplamos el cuadro terminado.

Además de la casa y varios árboles, ha pintado tres adultos con forma de palitos y dos niños.

—¿Ese es tu papi? —Señalo al primero, que realmente es un dibujo genérico, aunque es más alto que los otros dos y tiene una sonrisa enorme.

Angie asiente con entusiasmo.

—Eso imaginaba. Y este… ¿es Frank?

Angie niega con la cabeza.

—¿Florence?

Otra negativa. Angie se recuesta contra el brazo que rodea su cintura, hunde el pincel en la pintura roja y luego dibuja una enorme sonrisa roja en la cara del muñeco.

—¿Es… tu mamá?

Angie asiente rápidamente.

—Ah. ¿Dónde está? Todo este tiempo, nadie ha mencionado a la madre de Angie ni a la esposa de Flynn, pero teniendo en cuenta cómo adora a su hija, resulta difícil imaginar que no la quisiera.

Angie echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi hombro, y señala hacia arriba.

Frunzo el ceño. —¿Está… está en el cielo?

Correcto. Otro asentimiento.

—¿La echas de menos?

Para mi sorpresa, Angie se encoge de hombros y sacude la cabeza. Nada en su expresión indica que mienta y el estómago se me encoge tratando de entenderlo. —¿No te gustaba?

Angie se encoge de hombros de nuevo.

—¿Llegaste… a conocerla alguna vez?

Tengo mi respuesta cuando Angie niega con la cabeza.

No.

Así que nunca ha conocido a su madre.

Eso me deja con más preguntas que respuestas, pero cualquier información es útil a estas alturas.

—Vale, ¿y quién es este? —El tercer adulto es idéntico al segundo. Si descarto a Frank y a Florence, me quedo sin ideas.

Angie se ríe para sí misma y balancea las piernas, luego moja el pincel manchado de rojo en el negro y empieza a girar un espiral sobre la cabeza del tercer muñeco, creando algo parecido a unos rizos.

—Angie… ¿soy yo?

Su sonrisa radiante es mi respuesta y la tensión que tenía en el estómago se me sube al pecho.

Me ha dibujado.

¿Por qué habría hecho eso?

Nuestras miradas se cruzan y Angie me observa, sonriente.

Debería estar contenta, creo, pero lo único en lo que puedo pensar es en que me haya incluido en su pintura sin saber que en realidad estoy cautiva aquí y que he intentado matar a su padre.

—Es muy tierno —murmuro en voz baja, luchando contra otra oleada de lágrimas—. Así que esta pequeñina debe de ser tú, ¿verdad?

Angie asiente y el extremo del mango del pincel acaba en su boca.

Paso los dedos suavemente por el lienzo hasta la segunda figura pequeña. —¿Y este? ¿Quién es, Angie?

—¡Angie! —La voz de Flynn retumba de repente desde la puerta y me hace dar un respingo.

Angie estira las piernas y se escurre enseguida de entre mis brazos, luego corre hacia su padre, riendo, mientras él la alza y la acurruca contra sí.

—¿Le has tirado el zumo de uva a Florence?

Las mejillas de Angie se tiñen de rosa y sacude la cabeza, negando reconocer la verdad hasta que Flynn le hace cosquillas en la tripa y ella estalla en una risa contenida.

—Sí que lo has hecho, ¿eh? Acabo de verla intentando quitarse el olor del pelo. Pobrecita Florence, va a oler fatal durante días.

Angie se ríe aún más fuerte y su jirafa acaba resbalándose de su mano. Antes de que llegue al suelo, Flynn la atrapa y me lanza una mirada extrañamente cálida.

—Gracias por cuidarla —dice, y el corazón me da un vuelco.

Por esto estoy tan confundida.

Sé lo que ha hecho. Siento el dolor de lo que ha hecho.

Y aun así, cuando le veo con su hija, el único momento en que sonríe de verdad, veo a un hombre guapo luchando contra algo oculto, con aristas afiladas que suaviza con cuidado para proteger a la niña que adora.

Es un monstruo.

Eso lo sé.

Pero en este momento, y en otros similares, solo veo a un padre tierno, de mantequilla, que me hace perder el aliento.

Quizá me haya equivocado.

Esto sí es una tortura.

FLYNN

—¿Estás enfermo, lo sabes? ¡Pero enfermo de verdad!— El rostro de Antov Yudkin aparece y desaparece borroso en la pantalla de mi ordenador mientras va y viene sin parar, hasta que levanta el brazo y lanza el vaso que tiene en la mano contra la pared. Se rompe fuera de cámara, y yo esbozo una sonrisa burlona.

—¿Que yo estoy enfermo?—le respondo con calma—. ¿O es la culpa la que te está devorando por dentro porque tu propio silencio me ha llevado a esto?

—¿Mi silencio?— Antov se lanza contra la pantalla y la agarra con ambas manos—. ¿Violas a mi sobrina y piensas que puedes echarme la culpa a mí? ¿No se te ha pasado por la cabeza lo que *yo* podría hacer en respuesta?

Pequeñas gotas de saliva salpican la pantalla mientras me grita, y me cuesta todo mi autocontrol mantener la expresión tranquila e impasible en la cara.

—Tranquilízate—respondo—. Solo hice que se quitara la ropa para asegurarme de que no llevaba nada escondido. Si crees que metería la polla *siquiera cerca* de una de las tuyas, es que estás aún más loco de lo que aparentas. Envié la foto como cortesía, Antov, porque me *has robado* algo jodidamente valioso y lo quiero de vuelta.

Las cejas pobladas de Antov se unen mientras me fulmina con la mirada, y luego desaparece del encuadre cuando la pantalla se mueve, enfocando lo que parece su escritorio.

Un primer plano de su torso y entrepierna muestra entonces cómo Antov se aleja de la cámara y cae pesadamente en su silla con un gruñido. Después, empieza a reír.

—Estás jugando con fuego, Flynn.— Cada carcajada suena en mis oídos como metal raspando una cañería.— Quizá deberías haber sujetado las cosas un poco mejor.

—¿Como tú con tu esposa?—le replico—. ¿O con tu sobrino? Vic, se llamaba, ¿no? Habría pensado que le habrías enseñado algo más que volver a casa con el rabo entre las piernas y arrastrar sobre esa casa la furia de toda la familia.

La risa de Antov se apaga en una tos entrecortada mientras se inclina hacia delante.— Aquí estamos en tablas, Flynn. No tienes con qué amenazarme porque sé perfectamente lo mucho que te importa lo que tengo. Y si te atreves a tocar un solo pelo de la cabeza de Kaia, haré exactamente lo mismo aquí, ¿lo entiendes?

El estómago se me retuerce y siento la tensión ceñirse sobre mi cabeza.

Tiene razón, en parte.

Me ha tenido cogido por los huevos desde el accidente, pero yo nunca he sido de los que se quedan de brazos cruzados.

Nuestro precario tira y afloja se sostiene en una sola cosa frágil: que los dos somos demasiado listos como para destruir lo que el otro desea.

—No voy a tocar a Kaia—digo con los dientes apretados, mordiéndome el interior de la mejilla—. Pero no puedo garantizar su seguridad, teniendo en cuenta que ha intentado matarme dos veces. Que son dos más que tú.

La expresión de Antov se ensombrece.

—Te doy una oportunidad, Antov. ¿Me oyes? Una única oportunidad para devolver lo que me robaste o empezaré a arrasarlo todo, ¿me entiendes? Cada contacto que hayas hecho en tu vida será asesinado, cada negocio que hayas tenido o al que te hayas acercado arderá hasta los cimientos, cada familia asociada a ti se

verá aniquilada una a una, y si aun así no me das lo que quiero, solo me dejarás una opción. Venderé a Kaia al mejor postor que encuentre, y entonces, ¿qué vas a hacer?

Mientras hablo, me voy acercando cada vez más a la cámara y, por fin, capto un destello de incertidumbre en los ojos de Antov.

—¿Quieres amenazarme otra vez? —Las palabras me salen con un gruñido—. Lo único que te mantiene *a salvo* de mí es lo que robaste, pero si no me lo devuelves exactamente en el estado en que lo cogiste, te aseguro que desataré algo peor que el infierno sobre ti. ¿Y qué harás entonces, eh? Cuando el único Yudkin capaz de engendrar herederos sea vendido a otra familia con tantas ganas de destruirte como yo. Una familia que, sin duda, disfrutará destrozándola hasta que no quede absolutamente nada de ella.

Antov se lanza hacia delante de nuevo, golpeando el escritorio con las manos y haciendo que la cámara tiemble.—Mataré lo que te robé, ¿y tú qué harás entonces?

—Como ya te he dicho… —Me reclino en la silla, obligándome a aparentar calma—. La única razón por la que sigues vivo es porque quiero recuperarlo. Mira a tu alrededor, Antov. Arrasé la finca de tu hermano, maté a tu sobrino y a tu mujer, y ahora tengo a tu única familia. Tu nombre se convierte en cenizas en la boca de la gente mientras mis hombres acaban poco a poco con tu negocio, ladrillo a ladrillo. Estás *perdiendo*. Lo único que te queda para salvar algo es hacer el intercambio.

El peso de la apuesta me revuelve las entrañas y las náuseas me suben por la garganta como si fueran ácido.

Cada palabra que sale de mis labios es veneno, mentiras retorcidas para que mi amenaza siga siendo real, pero no disfruto hablando así.

En mi juventud, desde luego. Era fascinante que me vieran como el mismísimo diablo, pero desde que mi esposa falleció en el parto, mi perspectiva ha cambiado.

Ya no se trata de mantener el poder a toda costa, sino de crear una red de seguridad para que mi familia pueda vivir y crecer.

Pero recurrir a mis viejos días, cuando la tortura era tan habitual como una paja y fingía que nada me importaba, es la única manera

de dejar claro que, pase lo que pase, conseguiré lo que quiero.

Por las buenas o por las malas, la cabeza de Antov rodará y no hay nada que pueda salvarlo. Le hago creer que tiene libertad de elección, le doy un poco de cuerda para que piense que puede encontrar una salida, que aún puede volver a las sombras y salvar lo que queda de su apellido y de su valor.

Pero es una apuesta que repugna.

Una que, si sale mal, destrozará por completo mi vida.

Por suerte, de momento, Antov parece dudar de sí mismo, así que finjo bostezar, como si su presencia me aburriera.

—No —responde Antov—. N-No eres tan intocable como crees, Gallagher. No hay nada que me impida matar—.

—¿Nada? —Lo fulmino con una mirada fría y pesada—. ¿Me estás diciendo que estás listo para morir? ¿Listo para que el mundo entero sepa la vergüenza tan grande que eres? Porque lo sabrán. ¿Creías que te mataría rápido? —Suelto una risa sombría—. No, Antov. Te mataré despacio. Me aseguraré de que vivas para ver la destrucción y profanación absolutas de tu nombre, y luego te iré desmembrando centímetro a centímetro.

—Vete a la mierda —grita Antov, aunque no consigue esconder el temblor en su voz.

Despacio, me inclino hacia delante y sonrío con arrogancia.—De acuerdo. Mantén los ojos en el mercado. Verás a Kaia, en primera fila sobre el escenario, antes de que acabe el día. Solo ofertas privadas.

KAIA

—Perfecto. Vigila el mercado. Verás a Kaia en primera fila en el escenario antes de que acabe el día. Solo pujas privadas.

Se me cae el estómago directamente al suelo junto con la taza de té que tengo entre las manos, esa ofrenda de paz que había traído dispuesta a sentarme y tener, por fin, una conversación de verdad con Flynn; la taza resbala por mis dedos.

¿Va a venderme?

¡No, no, no, no!

Hace mucho tiempo circulaban rumores de que los Gallagher estaban metidos en el negocio de la trata de piel, pero eso era cuando yo era niña.

Apenas quedan personas que negocien con ese tipo de negocios hoy en día, y aun así Flynn habla de ello como si fuera tan común como conseguir entradas para un partido de fútbol.

El furioso zumbido de la voz de mi tío no me reconforta como esperaba; de hecho, ni siquiera parece sorprendido de que Flynn baje a ese nivel, y desde luego no está alarmado al enterarse de que el circuito de la piel sigue funcionando.

No puedo pensar.

El corazón me late tan rápido en el pecho que cada golpe es dolorosamente fuerte, como si intentara reventar mi caja torácica para liberarse.

Me invade un mareo y lo único que puedo hacer es fijarme en mis manos para asegurarme de que la taza no se me caiga.

Lo último que necesito es que Flynn sepa que estoy justo fuera de la puerta.

Mi guarda armado permanece al final del pasillo, donde siempre se detiene cada vez que me acerco al despacho de Flynn, y no muestra ni una señal de que pueda oír lo que ocurre dentro.

Va a venderme.

¿Cómo he podido ser tan jodidamente tonta?

Un poco de contacto humano, unos momentos cálidos con su hija y un sexo de locura, y ya estaba dispuesta a olvidar quién es realmente, a convencerme de que lo que le ocurrió a mi familia era algo que iba más allá de mi comprensión.

Vine aquí preparada para aceptar que el perdón era posible porque Flynn no parece tan malo como dicen los rumores.

Me equivocaba muchísimo.

Tambaleándome sobre unas piernas temblorosas, vuelvo en silencio por el pasillo y le entrego el té a mi guardia.

—¿Flynn no lo quiere? —pregunta él, mirando la taza.

Solo puedo negar con la cabeza, no me fío de mi voz.

Soy tan jodidamente ingenua.

¿Cómo he podido dejarme cegar por una culpa mal dirigida y dejarme arrastrar por ese encanto irlandés de Flynn?

Es un monstruo, y en algún momento llegué a autoengañarme pensando que podía aceptar eso.

No sé ni cómo vuelvo a mi habitación, todo es una neblina, pero en cuanto la puerta se cierra me arrastro hasta la cama y me oculto bajo las almohadas y las sábanas, mientras la náusea me atenaza aún más el estómago.

Vendida.

Como si fuera un animal cualquiera.

Flynn ni siquiera ha pestañeado ante semejante provocación, y, de alguna manera, eso duele. Todo lo que he tratado de enterrar en lo más profundo sale a la superficie de golpe y no tengo más remedio que sofocar mis sollozos con una almohada.

Tuve a ese hombre en el suelo, muriendo a mis pies, y debería haberle dejado morir.

Lo habría hecho de no ser por Angie.

Angie.

Flynn tiene el descaro de fingir que le importa su hija y, con la misma facilidad, manda a la hija de otro a ser vendida al primer enfermo dispuesto a pagar, como si no fuésemos más que acciones en una gráfica.

No puedo permitir que eso pase.

Me niego.

Enterrada bajo las mantas, paso la noche sin pegar ojo, intentando trazar un plan desesperado y bastante endeble, pero es lo único que se me ocurre mientras mi cuerpo se retuerce con temblores de náusea y las lágrimas de impotencia me ahogan por dentro.

Angie es la clave, por mucho que me repugne admitirlo.

Parece que es lo único que le importa a Flynn, lo que significa que, si está conmigo, mi seguridad está garantizada.

Y si consigo alejarla de un monstruo como él, existe la posibilidad de que crezca y tenga una vida normal y segura, lejos de la mente enferma y retorcida de un hombre que trata a las personas como si fueran mercancía.

Mi plan se va formando justo a tiempo para que el sol asome por el horizonte, pero me obligo a permanecer en la cama unas horas más.

Los minutos se arrastran como si cada segundo durara el cuádruple y mi corazón sigue latiendo con fuerza.

Cuando llega media mañana, tengo el cuerpo empapado en sudor y he vomitado en el baño tres veces; nada de eso alivia el malestar que tengo en el estómago.

Trágatelo, me regaño mientras mis dedos temblorosos resbalan contra el cinturón que intento abrocharme a la cintura*. Tienes que hacerlo. Si no lo haces, estás muerta. Así que trágatelo. Trágatelo. Trágatelo.*

Saber cuál es mi destino no facilita nada las cosas, pero después de morderme la mejilla hasta sangrar al meterme en el vestido, me

obligo a endurecerme y a enterrar cada emoción en lo más profundo de mi alma, donde no puedo sentirlas.

Luego, carraspeo y llamo a mi guardia.

—¿David?

Nada.

—¡David! —grito más fuerte, acercándome a la puerta—. ¡David!

Se oye un gruñido y, de inmediato, me aparto de la puerta hacia el otro lado de la habitación.

—¿Qué? —ladra David a través de la puerta.

—¡Estoy atrapada! La cremallera del vestido se ha atascado y no puedo... no puedo bajarla. ¡Ni siquiera puedo quitármelo! Dios mío, me estoy agobiando, David, por favor—.

Vuelve a gruñir y después la manilla baja mientras entra en la habitación.

Echando la cabeza hacia un lado, cubro la espalda del vestido con el pelo y le observo por encima del hombro.

—¿Ves? Estoy toda retorcida y me está dando pánico. ¡Tienes que ayudarme a quitarme esta maldita cosa! —Por suerte, mi miedo real a acabar de esclava añade un toque extra de desesperación a mis palabras, y David se compadece de mí.

Él se acerca a mí mientras la puerta del dormitorio se cierra lentamente tras él y su rostro se contrae un poco.

—Ni siquiera puedo ver lo que has hecho porque tu pelo estorba —dice.

—¡Pues apártalo! —Me pongo de puntillas, inquieta—. ¡Dios, quiero arrancarme la piel! ¡Este vestido me aprieta demasiado!

—Eh, tampoco es para tanto. —David deja escapar una risa incómoda y alarga la mano hacia mi vestido—. Déjame solo... —Sus palabras se convierten en murmullos mientras intenta arrastrar la cremallera y apartar mi pelo.

Cuando lo hace, vuelvo a pasar la cabeza al otro hombro y le bloqueo la vista otra vez.

—Kaia, tu pelo está—.

—¡Ayúdame! —interrumpo con un gemido—. ¡Dios, siento que no puedo respirar! ¡Quítame de una vez esta maldita cosa!

—¡Déjame...! —David forcejea con la cremallera, yo retuerzo el cuerpo y muevo el pelo para que le resulte más difícil, mientras mis manos tiemblan y siento el corazón a punto de salirse del pecho.

—Deja de moverte —salta David—, ¡no puedo ver bien lo que está atascado!

—¡Sácame de este vestido!

—¡Kaia, tienes que parar—!

—¡Ayúdame, joder—! —Lanzando la pierna hacia atrás, bajo el talón con fuerza sobre el pie de David y después me dejo caer hacia atrás sobre él como si me hubiera tropezado.

Cuando tropieza, levanta los brazos y aprovecho la pequeña ventana que me da para arrebatarle la pistola de la cintura.

Mis dedos se cierran en torno a la fría empuñadura y la saco con un tirón de la funda, girando el cuerpo y empujando mi hombro contra el pecho de David.

Nada le impide caer al suelo con un gruñido y nuestras miradas se cruzan un instante.

El miedo a que me vendan como un trozo de carne, por suerte, mantiene a raya cualquier vacilación mientras cojo la almohada de la cama y la planto sobre el pecho de David, lanzándome encima de él.

El arma se dispara dos veces, el estallido queda amortiguado por la almohada y el cuerpo de David da un latigazo violento y después se queda quieto. Me quedo ahí, encima de él, con la pistola apretada entre los dos, esperando lo inevitable.

Quizá he fallado el disparo y David me atacará en cualquier momento.

O alguien más andaba patrullando cerca y ha oído los disparos ahogados.

Un minuto de silencio se alarga como una eternidad.

David no se mueve.

Nadie viene.

Poco a poco levanto la cabeza y me quedo cara a cara con David.

Su boca está abierta, la mandíbula floja, los ojos fijos y abiertos, en los que aún permanece el asombro que vi cuando me lancé sobre él.

Curiosamente, no siento culpa.

No hay ninguno de esos sentimientos fríos y nauseabundos que esperaba tener, dado lo horrible que me sentía cada vez que intentaba matar a Flynn.

Quizá no era el hecho de matar lo que me descolocaba, sino que mi objetivo fuese Flynn.

Da igual.

No hay tiempo.

—Levántate —susurro, aún atrapada por la mirada muerta de David—. Levántate, Kaia.

Arrastrándome para ponerme en pie, una oleada de náusea me sube por el estómago, pero estoy tan tensa que no puedo centrarme en ello y la reprimo mientras me despojo del vestido de un tirón y cojo una camiseta y unos pantalones de yoga del montón de ropa.

Después de calzarme las zapatillas, vuelvo a coger la pistola y echo a correr.

Lo más probable es que las cámaras capturen mi huida bastante rápido, así que tengo que dar con Angie lo antes posible.

Bajo dos tramos de escaleras, cruzo las cocinas y entro en el ala oeste, corriendo todo lo rápido que puedo.

Al llegar a la sala de juegos, casi me tropiezo al entrar por la prisa y escondo la pistola tras la espalda rápidamente.

—¡Florence! —Ella está sentada junto a la ventana con Angie en el suelo a sus pies, absorta en un libro, pero ambas alzan la vista al verme entrar.

Florence frunce levemente el ceño con preocupación, mientras Angie me dedica una enorme sonrisa, y por un momento, dudo.

Florence siempre ha sido amable conmigo. No puedo dispararle. Simplemente, no puedo.

Pero tampoco puedo llevarme a Angie mientras ella sigue aquí.

—¿Estás bien? —pregunta Florence, con la voz repleta de preocupación.

—No, lo siento, ¡he venido tan rápido como he podido!

—¿Qué ocurre? —Se levanta de su asiento y se interpone delante de Angie.

—Flynn te está buscando. Está súper cabreado. No creo haberle visto nunca tan enfadado, y no quería cotillear, pero le he oído decir

un montón de cosas horribles, así que he venido corriendo porque siempre has sido tan buena conmigo y quería avisarte. —La mentira sale disparada de mis labios junto con varios jadeos hasta que termino apoyada en el marco de la puerta, jadeando.

—Ay, no —murmura Florence, llevándose una mano al vientre—. ¿Es por lo de la medicación de Angie, que llegué tarde?

Asiento rápidamente—. He oído algo sobre la medicación.

—Pero era la última dosis y ella ya no... ¿puedes vigilarla? —Florence se acerca apresurada y me agarra del brazo mientras yo giro el cuerpo para seguir ocultando la pistola—. Voy a aclarar esto. Pero Angie necesita terminar su lectura.

—Sí, claro —sonrío ampliamente mientras por dentro me derrumbo. En un mundo perfecto, también me llevaría a Florence conmigo, pero por muy dulce que parezca, no puedo asegurar que sea tan inocente como aparenta.

—Ahora vuelvo, Angie —anuncia Florence antes de salir precipitadamente de la habitación.

Espero unos cuantos segundos larguísimos, y después entro en la sala sin dejar de esconder la pistola—. ¿Qué estás leyendo?

Angie cierra su libro y me enseña una portada adornada con una bruja blanca y un león.

—Oh, parece divertidísimo. Aunque hace un día precioso fuera y hay mucho sol. ¿Por qué no salimos a leer al jardín? —Le tiendo la mano con una sonrisa—. Quiero encontrar algo muy soleado para pintar.

Angie no tarda en decidir que leer fuera será mucho más divertido.

Se pone en pie, sujeta el libro bajo un brazo y se queda un instante dudando sobre cómo coger el libro y la jirafa a la vez.

Al final, aprieta el libro más fuerte contra la axila y agarra su jirafa, y luego me toma de la mano con una sonrisa radiante.

Por mucho que me haga dudar, me repito una y otra vez que la estoy salvando.

Crecer en un mundo como este es horrible para cualquiera, pero más aún para Angie, que ya ha resultado herida y tiene un padre que está a una sola bronca terrible de venderla.

Tengo que hacerlo.

De la mano, salimos al exterior y Angie tararea suavemente mientras seguimos el sendero de piedra por el jardín.

El sol me calienta la piel, y el sudor ansioso que se aferra a mi frente se enfría, y pronto la valla aparece ante nosotras.

Justo entonces, una alarma tremendamente estridente estalla en el interior de la finca y Angie se sobresalta de tal manera que casi salta del susto.

—Lo siento, cariño —resoplo mientras caigo de rodillas y le quito la jirafa y el libro de las manos—. Esto va a ser aterrador, pero estoy intentando salvarte, ¿vale?

Angie me frunce el ceño, pero aparto el nudo extraño que me oprime el pecho, la cojo en brazos y salgo corriendo.

FLYNN

—…y hemos perdido The Crystal —suspira Frank profundamente mientras deja caer la última foto sobre el escritorio—. Ya son tres clubes nocturnos y dos laboratorios de droga menos.

Se me tensa la mandíbula al apretar los dientes y fulmino las fotos con la mirada mientras el corazón me late con fuerza.

Esta es la respuesta de Antov a mi amenaza.

Casi parece que me está retando a subastar a Kaia, como si no creyera que vaya a hacerlo de verdad.

Tiene razón.

Los Gallagher nunca hemos lidiado con carne humana como los Yudkin, salvo hace años, cuando la mujer de uno de mis hombres fue secuestrada y acabó de protagonista en una subasta.

Pasamos un infierno para salvarla. Desde entonces, no le he quitado ojo al mercado esclavista clandestino para intervenir en cuanto veo algo que no me gusta.

Lo cual, últimamente, es demasiado habitual.

—Está intentando dejarme en evidencia —gruño, pasándome la mano por la cara—. No cree que vaya a poner a Kaia a la venta.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —pregunta Frank—. Sé que es delicado porque él tiene—.

Las palabras de Frank se ven abruptamente interrumpidas por el chillido estridente de una alarma que retumba por toda la finca.

Una alarma que me atraviesa el pecho como una cuchilla, y el corazón se me detiene dolorosamente.

Conozco esa alarma.

Solo se ha usado una vez, cuando tuvimos un intruso poco después de que nacieran mis mellizos, y se dirigía directamente hacia ellos.

La última acción de un guardia moribundo fue activar la alarma para avisar a toda la finca de que mis hijos corrían peligro.

Jamás pensé que volvería a oír ese sonido.

Frank y yo chocamos al salir disparados de mi despacho y recorrer el pasillo a toda velocidad hacia el ala oeste.

Recogemos guardias por el camino que corren con nosotros mientras Frank se queda ligeramente atrás usando el móvil para conectar con las cámaras de seguridad y localizar a Angie.

Justo cuando no consigue nada, giramos la esquina y me estrello de cabeza contra Florence.

Ella chilla de miedo y sale despedida, cayendo con fuerza al suelo a unos metros de distancia.

El golpe la deja aturdida cuando la cabeza le rebota contra el suelo, pero ya estoy sobre ella, la levanto por los hombros y la zarandeo.

—¡Florence! —ladro en su cara, intentando sacarla de su aturdimiento—. ¿Dónde está Angie?

—¿A-Angie?

—¿Dónde está?

—La dejé con Kaia, ella me dijo que querías verme y que tú estabas…

Sus palabras se diluyen en el silencio mientras mi corazón late tan fuerte que acalla todo lo que me rodea.

Kaia está con Angie.

La alarma retumba en el aire como el último grito de un moribundo y Kaia está con Angie.

—¡Flynn! —Frank me agarra del brazo y me arranca de ese instante congelado, empujando su teléfono delante de mi cara—.

En la pantalla está el dormitorio de Kaia, donde un guardia muerto yace boca abajo, rodeado de varios guardias más que

probablemente dieron la alarma.

Otra vez no.

¡Esto no puede estar pasando otra vez!

De repente, estoy de nuevo en mitad de la calle, calado hasta los huesos bajo el aguacero, con Angie gritando de dolor en mis brazos mientras mis hombres muertos tiñen la calzada de carmesí.

Unos pilotos traseros se alejan de mí mientras un coche huye y me quedo solo con el peso insoportable de mi fracaso.

Otra vez no.

—¡Está en el jardín! —El grito ahogado de Frank me arranca de mi ensimismamiento y, en un parpadeo, estoy de vuelta en la finca —. Kaia, la tiene con Angie y parece que se dirige al embarcadero.

—¡Mierda! —Entrego a Florence a uno de mis guardias, saco la pistola de la funda y echo a correr de nuevo por el pasillo hacia las puertas dobles que dan al jardín.

Voy a matarla.

Su valor para mí terminó en el momento en que puso en peligro a mi hija, y voy a matarla.

Ningún Yudkin volverá a hacer daño a mi familia.

Echo a correr por losas de piedra resbaladizas y cruzo el césped mientras Frank me sigue, gritando que la alarma se ha activado en la puerta del embarcadero.

No puedo pensar. Solo corro lo más rápido que puedo por escalones de piedra que amenazan con hacerme perder el equilibrio a cada paso, con musgo que casi me hace resbalar, y con una sola alarma taladrándome la mente porque, otra vez, voy a llegar demasiado tarde.

Esto es culpa mía.

No vi a Kaia como una amenaza. Empezaba a pensar que era tan víctima como mi hija y que el cariño que empezaba a sentir por ella estaba justificado, porque era una buena persona.

Me equivocaba.

Al llegar al final de los escalones, giro la esquina y echo a correr por el suelo del bosque cubierto de musgo hasta que el embarcadero de madera aparece ante mis ojos y el corazón se me sube a la garganta.

Kaia está inclinada sobre el pequeño bote amarrado allí, y Angie está dentro, abrazando fuerte a su jirafa contra el pecho.

Su cara se arruga mientras escucha lo que sea que Kaia le esté diciendo.

La rabia me nubla la vista y, en los tres segundos que tardo en recorrer el embarcadero corriendo, me doy cuenta de que no tengo ningún plan.

Lo único que sé es que Kaia se ha llevado a mi hija y voy a matarla por ello.

En vez de disparar, la pistola se me cae y golpea el embarcadero en el primer segundo.

Entonces Angie me ve y su rostro se ilumina con una sonrisa enorme mientras me saluda con la mano.

Kaia me ve en el tercer segundo y, en ese breve instante antes de que choquemos, distingo el terror en sus ojos.

Mi cuerpo embiste contra el suyo, la derribo de golpe y su grito de miedo me sigue mientras ambos caemos del embarcadero al agua helada del lago.

En cuestión de segundos el agua me cubre la cabeza y, con Kaia debajo de mí, nada impide que mi peso nos arrastre al fondo.

Quiero matarla.

Tengo que matarla.

Debería haberla matado en cuanto la vi en la finca.

Los Yudkin están poco a poco quitándome todo y cometí el terrible error de dejar entrar a una bajo mi techo, junto a mi hija.

Nunca más.

Mientras el agua hierve y burbujas me pasan por los ojos, ambas manos se cierran alrededor del cuello de Kaia y aprieto con fuerza.

Ella me da patadas, sus puños golpean mi cuerpo como piedras y después sus uñas se hunden en mis brazos, pero no paro.

Tengo que matarla antes de que se lleve lo único que me queda.

Su pelo gira delante de su cara mientras seguimos hundiéndonos, luego su rodilla golpea mi entrepierna y un latigazo de debilidad recorre mi cuerpo.

Doblando el cuerpo por el dolor, mis manos resbalan y Kaia consigue soltarse de mi agarre, pero cuando intenta nadar hacia la

superficie, le agarro la pantorrilla y la arrastro de nuevo hacia abajo.

Cada segundo bajo el agua se hace eterno, mis pulmones arden por la falta inmediata de aire después de correr hasta aquí y siento que el corazón me va a estallar en el pecho.

Nada de eso importa mientras Kaia muera.

Por desgracia, vuelvo a perder el agarre y esta vez, antes de poder alcanzarla, alguien la tira brusca y rápidamente hacia arriba y fuera de mi alcance.

A continuación, unas manos fuertes y desesperadas van a por mí y me sacan del agua varios de mis hombres que han saltado tras de mí sin pensar en su propia seguridad.

Mi primera bocanada de aire al salir a la superficie me marea unos segundos y estoy tan aturdido que Frank y mis hombres consiguen subirme al embarcadero.

El agua tira de mis miembros y empapa mi ropa mientras parece querer arrastrarme de nuevo al lago, pero en cuanto estoy a salvo sobre el embarcadero, mi objetivo vuelve a fijarse en Kaia.

Está tumbada a apenas unos metros sobre el embarcadero, tosiendo y atragantándose con el agua y con la presión que he dejado en su cuello.

Su pelo, empapado, cae hacia delante y se arrastra por las tablas mientras intenta apartarse en cuanto se da cuenta de mi presencia.

Me pongo en pie, le arrebato la pistola a Frank y la apunto.

—Hijo de puta —gruño mientras las gotas de agua saltan de mis labios—. ¿Mi hija? ¿Pretendías llevarte a mi puta hija? ¡Tendría que haberte matado la primera vez que te vi!

—¡Espera! —Kaia lanza las dos manos en alto cuando ya no hay más embarcadero por el que pueda escapar y los ojos se le llenan de lágrimas—. ¡Espera—!

Mi mano se tensa, pero antes de que pueda apretar el gatillo, alguien se lanza sobre Kaia y la abraza.

Angie.

Respiro con dificultad, la cólera me recorre el cuerpo como lava fundida, pero aparto el dedo del gatillo.—Angie, cielo, quítate de en medio.

Angie se vuelve hacia mí y, para mi sorpresa, me mira con el ceño fruncido.

—¡Angie, muévete!

Aun así, se niega, sacudiendo la cabeza una y otra vez y manteniendo una mano en la pierna empapada de Kaia.

—¡Frank, quítala de en medio de una vez!

Él pasa a mi lado obedeciendo mi orden, pero cuando va a agarrar a Angie, ella le da una patada y le aparta la mano de un manotazo, negándose a separarse de Kaia mientras se esconde tras ella.

Quiero que Kaia muera. Cada hueso de mi cuerpo me lo suplica, cada nervio arde con el deseo de descargar mi ira sobre cada Yudkin que me ha hecho daño, pero por alguna razón, no puedo.

Angie no se mueve, y aun cuando Frank la arrastra fuera, el daño ya está hecho.

A pesar de todo mi instinto diciéndome lo contrario, a pesar de cómo quiero que Kaia sufra y sienta al menos una parte del terror que yo siento, no puedo hacerlo.

Con un gruñido de cólera, bajo el arma.

KAIA

Va a matarme.

La única razón por la que no me disparó en el embarcadero es porque va a matarme en las celdas de la mazmorra, donde su hija no puede intervenir.

La mano de Flynn, dura como el hierro, aprieta un poco más mi garganta mientras me arrastra a través de la pesada puerta conocida que conduce a la mazmorra.

Mis tacones resbalan y golpean los peldaños de piedra mientras mis dedos se clavan en su antebrazo, luchando entre recuperar el equilibrio y evitar caerme.

—¡Flynn! —su nombre sale ahogado de mis labios mientras mi mente rebusca sin control cualquier excusa o motivo que pueda darle para salvarme.

Pero no hay nada.

No hay forma de que me perdone lo que hice y es casi un milagro de locos que haya sobrevivido tanto tiempo.

Cuando me hizo caer del embarcadero al agua, estaba segura de que allí se acababa todo.

La muerte estaba rodeándome con sus dedos fríos y rígidos, arrastrándome cada vez más hondo en las profundidades heladas mientras Flynn luchaba por estrangularme la vida.

Una parte de mí no le culpa. Intenté llevarme a su hija.

La otra parte está furiosa por haber sido atrapada y por el futuro del que le oí despotricar, que está a punto de hacerse realidad.

Un techo oscuro sobre mí da paso a las baldosas grises del techo cuando llegamos al final de las escaleras y Flynn me arrastra sin compasión.

Mis uñas se clavan tan profundamente en su piel que me mojo los dedos con su sangre, pero él ni siquiera parece sentirlo.

La última vez que vi su rostro estaba cargado de furia oscura, pero desde aquí abajo no veo más que su hombro y el techo.

Hasta que, de repente, me lanza hacia delante y caigo al suelo frío de piedra.

Rodando una vez, me pongo de pie de un salto y me lanzo contra él, movida por pura supervivencia, pero él cierra de golpe las puertas de rejas antes de que pueda alcanzarlas.

Al chocar contra ellas, agarro los barrotes con una mano y estiro el brazo por la separación, luchando por llegar hasta él.

—¡Flynn! ¡No te atrevas a dejarme aquí! —le grito—. ¡Vuelve y mátame como un hombre de verdad!

Él se queda a un par de metros, todo su cuerpo una línea rígida que tiembla con cada respiración.

Ambas manos se le cierran en puños tan apretados que la piel de los nudillos se tensa dolorosamente.

Con la poca luz, todos los ángulos de su rostro se vuelven todavía más afilados, marcados por las sombras, y me mira con unos ojos totalmente negros.

—No te atrevas *siquiera* a exigirme nada —gruñe—. Maldita zorra retorcida. Te abrí las puertas de mi casa. Te di de comer. Te vestí. Te ofrecí un techo y te traté bien, ¿y vas detrás de mi hija?

—¡Tú me *secuestraste*! —le grito, golpeándome de nuevo contra los barrotes—. ¡Mataste a todos los que me importaban! Por supuesto que me llevé a Angie. ¡Tenía que salvarla de su padre monstruoso!

Él avanza hacia mí con un gruñido furioso, pero parece pensárselo mejor. —Tu juicio no significa nada para mí. Te di una oportunidad más y te advertí lo que pasaría si cruzabas esa línea.

—¿Entonces por qué sigo aquí, eh?— Envolviendo las manos alrededor de los barrotes, tiro de ellos con rabia. —No eres un hombre de palabra, ¿verdad? ¡Maldito cobarde!— Las palabras brotan de mí sin más dirección que la esperanza de que abra la puerta de la celda y tenga una oportunidad de luchar por mi vida.

Enfrentar un futuro pudriéndome encerrada en una celda hasta convertirme en nada más que una sombra no es algo que pueda soportar.

—Estás aquí porque Angie decidió salvarte de una bala en tu cabezota de mierda—, me ladra Flynn. —¡La chica a la que intentaste hacer daño! ¿Qué pasa con vosotros los Yudkin, eh?— De repente se abalanza contra los barrotes y retrocedo asustada, salvando mis dedos de quedar atrapados entre sus puños una vez más. —¡No tienes ni puta honra! ¡Ni moral!

—¿Moral?— El corazón me martillea y la cara se me enciende con un calor profundo mientras la rabia choca con los intentos de mi cuerpo por darme calor. —Eso es repugnante. Eres repugnante. Yo estaba intentando *salvarla*. Seguro que fuiste tú, ¿a que sí? Tú eres el que la traumatizó hasta el punto de que no puede hablar. No me extraña, ¿qué más se puede esperar de un monstruo que ve a las mujeres como simple mercancía para llenarse los bolsillos?— Me lanzó contra los barrotes, mi boca va mucho más rápido que mi cabeza. —¿Cuánto tardarás en cabrearte con ella y subastarla también, eh?

El aire alrededor de Flynn parece enrarecerse y las paredes se cierran, como si su ira estuviera ocupando mucho más espacio del que debería.

Entonces, sin decir una sola palabra más, Flynn se gira sobre los talones y sale de las mazmorras con un portazo ensordecedor que hace que caigan tierra y yeso del techo.

Sigue un instante de silencio mientras permanezco allí, mirando a través de los barrotes mientras las cerraduras encajan ruidosamente en su sitio.

Después, una oleada de desesperanza me inunda de repente y me hundo de rodillas con un alarido.

Empapada hasta los huesos, con la ropa cada vez más helada, me tapo la cara con las manos y lloro.

Estaba tan cerca.

Angie no se inmutó por mis actos y subió encantada al bote, pero ¿cómo iba a imaginarme que Flynn es tan posesivo como para tener una especie de sistema de detección loco alrededor de su hija?

Eso sí que es ser un padre helicóptero.

La ropa mojada se me pega al cuerpo, helada por el aire que me rodea.

Cada sollozo que me sacude me recorre la columna con escalofríos, mientras las puntas húmedas de mi pelo me hacen cosquillas en los hombros desnudos, y el pecho me duele por mi fracaso.

Quería ser libre.

Quería salvar a Angie del monstruo que Flynn es en realidad y he fallado.

He fallado a todos.

Anya.

Mi familia.

Las lágrimas corren por mis mejillas, empapando aún más mis palmas, y en mi mente solo caben posibilidades desgarradoras de lo que me espera, hasta que me falta el aire y dudo entre gritar mi dolor o acurrucarme en el rincón esperando la muerte.

Quizá pueda provocarle lo suficiente como para que me mate rápido, quizá pueda…

—¿Kaia?— Una voz repentina y ronca atraviesa la penumbra y al oírla levanto la cabeza, sobresaltada.

¿Hay alguien más aquí?

¿Quién demonios está aquí?

Al girarme, la voz suena de nuevo y la familiaridad de su tono me atraviesa el pecho con dolor mientras me vuelvo.

—¿Kaia? Sabía que eras tú.—

A través de los charcos de lágrimas, miro en dirección a la cama arrinconada al fondo de la celda y mi corazón se detiene en el pecho cuando la boca se me queda abierta.

—¿Vic?—

KAIA

—¿Vic?—. Me pongo en pie tambaleándome, me lanzo hacia adelante y tropiezo con mis propios pies.

No puede ser él porque Vic está muerto, mi hermano está *muerto*. Incluso Flynn me lo dijo.

Sin embargo, está sentado delante de mí, apoyado contra la pared, con una sonrisa torcida que se ensancha cuando nuestras miradas se cruzan.

¿He muerto yo?

¿Me ha matado Flynn y esto es algún tipo de infierno?

—¡Vic! ¡Dios mío!—. Me arrojo a sus brazos y las lágrimas brotan con más fuerza, empapándole el cuello mientras le abrazo tan fuerte como puedo.

No me lo creo.

Está aquí de verdad, de algún modo, está realmente aquí.

El abrazo dura hasta que un gruñido de dolor escapa de Vic, así que me aparto y, apresurada, me seco los ojos para poder mirarle mejor.

Lleva puestos unos pantalones de chándal y la mayor parte del torso superior vendado con gruesas vendas blancas.

Incluso con tan poca luz, se pueden ver las quemaduras al borde de las vendas y subiendo por el cuello, donde la mitad de su barba ha sido sustituida por piel rosada y cicatrizada.

—Kaia—. Habla despacio, cada palabra le sale entrecortada, como si le costara muchísimo esfuerzo hablar—. Estás viva. Me alegro tanto.

—¿Yo?—exclamo, mientras las lágrimas siguen resbalando—. ¡No me lo creo! ¡No lo entiendo!—. Acurrucándome junto a sus piernas, le cojo la mano entre las mías y la aprieto con fuerza—. ¿Cómo es posible que estés aquí? ¿Cómo puede ser? ¡Flynn me dijo que estabas muerto! He estado... te he llorado tanto tiempo y tú aquí. ¿Cómo es posible que estés aquí?

Los labios de Vic se curvan en una media sonrisa y parpadea con lentitud.

Por el color de las vendas, está claro que Vic ha estado recibiendo tratamiento, aunque no puedo imaginar por qué.

Con todo lo que ha dicho Flynn sobre mí y nuestra familia, no encuentro ningún motivo por el que me mentiría sobre la muerte de Vic, o por el que se esforzaría tanto en mantenerle con vida y oculto aquí abajo.

—El tío Antov se va a alegrar tanto—susurro, negando con la cabeza—. Él cree que estás muerto. Yo también lo pensaba, pero sigues aquí. No me lo creo.

—Llevo aquí muchísimo tiempo—dice Vic despacio, eligiendo bien sus palabras—. Aquella noche, el techo se me vino encima. Todo el fuego...—niega y traga saliva con dificultad—. Creía que estaba muerto hasta que desperté aquí. Flynn Gallagher...—Una chispa de rabia le cruza la mirada y gruñe, cerrando los dedos contra mi palma —. Me dijo que estaba en coma. Sus hombres me encontraron. Me cuidaron.

Vic tarda tanto en hablar que, para cuando termina su explicación, mis lágrimas se están secando y el frenético galope de mi corazón se ha calmado hasta convertirse en un pulso profundo—. No puedo creerlo. No puedo creer que estés vivo.

—Hace falta más que eso para matarme.—Desliza lentamente la otra mano sobre su regazo hasta cubrir la mía—. ¿Cómo... has llegado tú aquí?

Recordar aquella noche me hiela aún más el pecho y tiritó, haciendo que algunas gotas de agua salpiquen alrededor.

—¿Y por qué... por qué estás empapada?

Al mirar hacia mí, el estómago se me revuelve.

Si hubiera seguido el juego de Flynn un poco más, ¿habría llegado a averiguar por mí misma que Vic seguía con vida?

Si me hubiera centrado en esa calidez que me invade cada vez que Flynn me sonríe, o cuando me folla como si quisiera poseerme, ¿habría obtenido esta información a base de confianza?

En cambio, he acabado otra vez entre rejas y no puedo culpar a nadie más que a mí misma.

—Aquella noche salí corriendo, pero no llegué a tu coche. Me crucé con Flynn y lo siguiente que recuerdo es que desperté aquí. Intenté escapar y corrí hasta una casa vecina, pero sorpresa, era la casa de los guardias y él estaba allí esperándome. Me dijo que... —Las palabras se me atragantan un segundo y sorbo por la nariz—. Me dijo que estabas muerto. Y que la tía Kara también lo está.

Unas lágrimas ardientes me inundan los ojos otra vez mientras el entrecejo de Vic se frunce aún más—. ¿Ha muerto ella?

Asiento—. Creo que sí. Bueno, no he visto su cuerpo ni nada y ahora que tú estás aquí, no sé qué pensar pero... me lo dijo y luego me obligó a llamar a Antov para decírselo. Estaba tan enfadado, pero no pudimos hablar mucho rato. He estado aquí desde entonces. Las semanas han ido deslizándose una tras otra.

—¿Haciendo qué? —Vic me sostiene la mirada, y la culpa me arde en las entrañas.

No puedo decirle que he estado viviendo aquí, pintando paisajes y disfrutando de la naturaleza, pasando tiempo con Angie y follando como loca con Flynn.

Esas palabras no pueden salir de mi boca, así que me obligo a encogerme de hombros—. Solo... siendo una rehén —murmuro—. Me llevó una vez a una especie de intercambio o reunión con Antov, pero él no estaba y, en su lugar, el almacén explotó. Fue... aterrador.

—¿Un intercambio? —Vic suelta una risa breve y tose débilmente, sonando más a aire corriendo por un túnel.

—Flynn dijo que Antov claramente intentaba matarme también y yo...—

—No —dice Vic—. Ya conoces al tío. Jamás habría pensado que Flynn aceptaría un intercambio.

—Lo sé, pero... —Me doy cuenta de que a Vic no le sorprende nada oír hablar de un intercambio. Yo habría pensado que su primera pregunta sería "¿un intercambio de qué?", algo que aún es un misterio para mí, pero en cambio parece que ya lo sabe—. ¿Vic?

—¿Mmm?

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

Él asiente despacio.

—No me lo puedo creer —Me acerco, examinando todo lo que veo, desde las quemaduras hasta los vendajes y nuestras manos entrelazadas—. Te están cuidando.

—Sí —gruñe Vic—. El imbécil.

A pesar del inmenso alivio de volver a ver a mi hermano, junto con esa extraña oleada de agotamiento al darme cuenta de que tantas semanas de duelo han sido en vano, hay algo que no encaja en mi cabeza—. No entiendo por qué —murmuro—. Por qué habría venido a casa a matarnos pero luego... te trata así. Como si quisiera que vivieras. —Encima de eso, a mí también me ha mantenido con vida. Me ha dado de comer, un techo, y se ha ocupado de mis heridas, aquellas que ya están curadas desde hace tiempo—. ¿Por qué lo haría?

Vic resopla y termina tosiendo con fuerza—. Porque soy el único que sabe lo que quiere. Sin mí, no tiene nada, así que no le queda otra que encerrarme y asegurarse de que siga vivo.

—¿El único? —repito en voz baja—. ¿Así que todo este tiempo que Flynn lleva lidiando con el tío... ha sido para nada?

—No exactamente —se ríe Vic, apartando su mano de la mía para apoyarla en el pecho—. El tío sabe lo que quiere Flynn, simplemente no puede dárselo. Sólo yo puedo. Así que el tío es poco más que una distracción.

—No lo entiendo —parpadeo y mis pestañas mojadas se pegan un instante a mi mejilla. Me las seco y sorbo por la nariz, notando cómo los acontecimientos de las últimas semanas se ven ahora bajo una luz completamente distinta sabiendo que Vic ha estado vivo todo este tiempo.

¿Eso significa que Flynn no vino aquella noche a casa con intención de matarnos?

¿Es Vic la razón de que la venganza de Flynn contra mí por los dos intentos de matarlo haya sido tan suave?

Por cómo habla Vic, parece que ha tenido a Flynn cogido por los huevos desde el principio.

Poco a poco, todo empieza a encajar.

Cada vez que Flynn restaba importancia a mis intentos de matarle, desde la horquilla al veneno, no era porque no me viera como una amenaza.

Debió de ser por Vic, y por lo que sea que tenga o sepa Vic que Flynn desea desesperadamente.

En lugar de ser el objetivo, quizá he sido la póliza de seguro que ya no tiene valor después de lo sucedido con Angie.

—¿No tienes miedo? —pregunto en voz baja—. ¿Del tío? Flynn es un hombre peligroso.

—Es un blandengue —se burla Vic—. Un capullo de corazón blando. El tío estará bien. Seguirá dándole largas a Flynn todo lo que pueda, hasta que ese cabrón esté tan desesperado que regrese pidiéndome ayuda porque por fin entiende que soy el único que tiene lo que quiere.

—¿Qué es? —Todo este tiempo, sigue siendo un misterio para mí.

El intercambio.

La lucha constante de Flynn con sus estados de ánimo. Todo está unido a un misterio sobre el que Flynn siempre se negaba a arrojar luz y ahora Vic está aquí, vivo y con respuestas.

—¿No te lo ha dicho? —Vic vuelve a soltar una carcajada—. Qué cabrón. Me supongo que sabía que yo no te lo contaría.

—¿Contarme qué, Vic?

—Quiere recuperar a su hija —bufa Vic—. Pero yo no voy a devolvérsela.

El corazón se me para un instante—. ¿Su hija?

—Mhm.

—Pero su hija... Angie está bien, Vic. Está arriba. De hecho, por eso estoy empapada porque yo... intenté cogerla y usarla para escapar pero solo llegué hasta el lago y... —De pronto, Angie (y el

recuerdo de cómo se interpuso por mí) llena mi cabeza. Aquello no me lo merecía en absoluto.

Vic suelta una risita suave y débil, cambiando de posición contra la pared—. No esa —dice Vic—. La otra.

Nuestras miradas se cruzan y una repentina y fría punzada de terror me recorre bajo las costillas, dejándome sin aliento—. ¿La otra? —repito.

—Sí —Vic pone los ojos en blanco—. Sabes que sus hijas son gemelas, ¿no?

FLYNN

El cristal cruje bajo mi pie, el último cuadro que queda en la pared cuelga de un solo gancho roto y varias páginas de libros desgarrados revolotean suavemente mientras el viento se cuela por la ventana rota.

Permanezco en medio del desastre en el que se ha convertido mi despacho, con los dos puños palpitando de dolor.

Incapaz de descargar mi furia contra Kaia o contra mí mismo, la he desatado en mi despacho y lo he destrozado todo.

Mi silla está fuera, en el césped, esquivada por las patrullas nocturnas, mi escritorio hecho astillas y todo lo que podía romperse ha acabado hecho trizas bajo mis puños.

Pero no es suficiente.

¿Qué clase de padre soy? No he podido proteger a Eva y casi pierdo a Angie por culpa de la misma maldita familia.

Debería haber matado a Kaia aquella noche que asaltamos la mansión Yudkin. Debería haber acabado con ella y punto, pero, en cambio, algo me detuvo.

Dejé que una serpiente entrara en el jardín y mi hija casi lo paga con su vida.

Cada bocanada que sale de mí me rasga la garganta como un viento abrasador sobre brasas ardientes.

Cada músculo está tan tenso que temo que si me muevo me romperé como una estatua, mientras la rabia hierve en mi interior y el corazón me retumba en los oídos tan fuerte que apenas escucho nada más.

La imagen de Angie en aquel barco, con Kaia tan cerca de arrancármela, me perseguirá el resto de mi vida, igual que la última vez que vi a Eva.

Eva.

La presa se rompe y las piernas me fallan, haciéndome desplomar sobre el suelo lleno de escombros.

No noto el cristal arañándome el tobillo o la pierna, ni me doy cuenta de los restos de mi mesa de centro clavándose en mi muslo mientras permanezco sentado.

Por un instante que parece eterno, me permito abrazar la desesperación más absoluta y la derrota que me atormentan a diario.

Desde que nacieron mis mellizos, todo lo que he hecho ha sido por ellos. Para darles un hogar seguro, protección para toda la vida y un lugar en el mundo donde no pudiera alcanzarlos el daño.

Mi fracaso me revuelve el estómago y mientras las lágrimas me corren por las mejillas, mi mente tropieza una y otra vez con los mismos pensamientos.

Kaia da más problemas de los que merece y debí matarla. Sigo queriendo hacerlo.

La única razón por la que sigue respirando es porque Angie, por algún motivo, es mejor persona de lo que yo nunca seré, pero ella no comprende la gravedad de la presencia de Kaia aquí.

Es mi único as bajo la manga para recuperar a mi hija de manos de un hombre al que parece no importarle nada.

Mis hombres han destrozado sus negocios, la guerra se extiende por todo Nueva York entre nuestras dos familias, y la endeble confianza que existe depende únicamente de un honor que ni siquiera creo que Antov tenga.

¿Y Vic?

Exprimir a mis médicos para mantenerle con vida, sin tener ni idea de cómo estaba Eva, me estaba matando por dentro.

Estos pensamientos giran sin control una y otra vez mientras el vacío en mi pecho se abre tanto que amenaza con tragarme entero.

Por primera vez en mi vida, no sé qué hacer. Antov tiene lo más valioso que existe para mí y cualquier ataque directo contra él es una sentencia de muerte para ella.

Todos mis intentos de infiltrarme en sus círculos más cercanos y descubrir dónde demonios la esconde han acabado con asesinos muertos, y cada intento es más arriesgado que el anterior.

Dejo caer la cabeza hacia delante y me entierro el rostro entre las manos mientras mi mente me tortura con mis últimos momentos con Eva.

Todo lo que debería haber hecho de otra manera: actuar más deprisa, reaccionar antes, ser más fuerte. Entonces nada de esto habría ocurrido.

—¿Flynn? —La voz de Frank flota desde el umbral y levanto la cabeza lentamente.

Está allí de pie, con Angie acurrucada en sus brazos y ambos miran el despacho destrozado con los ojos abiertos de par en par, conmocionados.

—¿Por qué la has traído aquí? —farfullo, secándome la cara apresuradamente.

—Ha insistido —responde Frank en voz baja.

—Deberías haberle dicho que no.

—No, Flynn. No lo entiendes. *Ha insistido*.

Nuestras miradas se cruzan y luego bajo la vista hacia Angie, que se retuerce para salir de los brazos de Frank y empieza a caminar despacito hacia mí.

—¿Papá?

El sonido de su voz es como un cuchillo en el pecho, y pierdo todo control sobre mis lágrimas.

Se agolpan y estallan cuando Angie echa a correr, salta y se lanza a mis brazos.

Al chocar conmigo, rompe también a llorar y se aferra a mis hombros con sus diminutos puños.

—¡Papá, lo s-siento!

No soy capaz de hablar.

El dolor se hincha en mi pecho, ocupando tanto espacio que incluso mis respiraciones se reducen a un jadeo.

La abrazo con ambas manos, apretándola con fuerza, y hundo mi rostro en su pelo, empapándolo con mis lágrimas.

—El médico le ha dado el alta —explica Frank, intentando despejarse la voz con una tos—. Está completamente bien.

—¡Lo siento! —lloriquea Angie de nuevo—. ¡Lo siento!

—Cariño, ¡no! —consigo articular—. No te disculpes. Ni se te ocurra. ¡No tienes nada de lo que sentirte culpable!

—¡Lo siento! —repita sollozando una y otra vez, su cuerpecito temblando por la fuerza de sus lágrimas, pero no dejo de abrazarla.

No puedo creer que vuelva a oír su voz, aunque me duele más aún que una situación así sea la que la haya hecho hablar.

Decirle que no tiene que disculparse no parece funcionar, así que, tras sorberme las lágrimas como puedo, consigo separarme suavemente de su abrazo para poder tomarle la carita entre las manos.

—Angie, cielo. ¿Por qué dices que lo sientes?

—¡Porque! —llora abiertamente, sollozando entre palabra y palabra—. ¡Me fui c-con Kaia y te enfadé!

—No estaba enfadado contigo, pequeña. Ni un poquito.

—¡P-pero sí estabas enfadado con Kaia!

—Kaia... —Su nombre me quema los labios—. Ha hecho algo muy malo. Te llevó.

—¡S-Sólo íbamos al lago! —sus pequeños puños se alzan y se frotan los ojos mientras tose con fuerza.

—No debía llevarte a ningún sitio, Angie. Es muy peligroso y me hizo... —Las palabras se atascan en mi garganta y salen débiles—. Me hizo tener miedo de perderte también.

—P-pero Kaia es buena. No me daba miedo. Es buena conmigo y y-yo... —Otro sollozo profundo y húmedo se le escapa mientras niega con la cabeza—. Me g-gusta porque echo de menos a Eva.

El grito de Angie me atraviesa y la vuelvo a apretar contra mi pecho, atrapado entre el alivio absoluto de que haya recuperado la voz y la más honda desesperación por verla sufrir, sin poder ayudarla.

Compartimos el mismo dolor, y me mata pensar que su duelo se parezca siquiera un poco al mío.

—Te estaba robando, Angie. No podía perderte igual que perdí a Eva. Y estoy haciendo todo lo posible por recuperar a Eva, te lo prometo, pero lo que hizo Kaia... —No hay palabras seguras para explicarle hasta qué punto fue una locura que intentara huir con mi hija.

—Pero, papá...

Angie me mira con esos ojos enormes llenos de lágrimas, y me golpea pensar que Eva, esté donde esté, podría estar igual, sin nadie que la consuele.

Se me revuelven las entrañas y la náusea me invade.

—Papá, no se debe hacer daño a la gente. Dijiste que ya no eres un hombre malo y Kaia es mi amiga. Estábamos pintando j-juntas y lo siento. Lo siento, papá.

Al hundirse de nuevo contra mi pecho, llorando desconsoladamente por una culpa que no le corresponde, siento que el corazón se me parte.

En la puerta, Frank se tapa la boca con la mano mientras se agacha, seguramente luchando con el mismo dolor que nosotros.

Nuestras miradas se encuentran y pasa entre nosotros una conversación muda y dolorida.

Angie tiene razón.

Nunca oculté que fui un hombre malo por culpa del mundo en que vivimos, pero a mis dos niñas les repetí una y otra vez que ya no era así.

No hacía daño a la gente, ayudaba y solo daba miedo cuando me enfrentaba a los verdaderos malos del mundo.

Que Angie me viese lanzarme sobre Kaia para tirarla del embarcadero al agua destroza la imagen que he construido con tanto cuidado todos estos años, y me duele el alma porque, en el fondo, bajo todo el dolor, la tristeza y la rabia, sé que tiene razón.

Acabar con Kaia no me aliviará y su desesperado intento de sobrevivir era hasta esperable.

—Papá lo siente —susurro débilmente a Angie, que esconde la cara en mi cuello. No aparto la vista de Frank, que asiente despacio

—. Papá es que... no tiene ni idea de qué hacer.

KAIA

El tiempo empieza a gotear igual que la última vez que estuve encerrada, pero esta vez se siente distinto. Puede que sea porque esta celda es más grande y tengo espacio para estirar las piernas, o porque la comparto con mi hermano y ya hemos tenido dos momentos incómodos haciendo pis en un cubo, instantes que deberían ser más humillantes, pero estoy demasiado distraída.

Gemelos.

De repente, todo sobre Flynn cobra sentido.

Su enfado hacia mí, sus acusaciones veladas de que estoy jugando o guardando secretos y el verdadero motivo por el que me mantuvo con vida después de que intentara matarle.

Dos veces.

Todo lo que hace, todas sus acciones y palabras son porque está desesperado por recuperar a su hija.

Y todos lo sabían.

Frank.

Florence.

Cada guardia y sirviente de este lugar sabía que a Flynn le habían abierto un agujero por culpa de mi familia y nadie dijo ni una palabra.

Todo porque probablemente pensaban que yo tenía algo que ver con su secuestro.

Pero yo no lo sabía.

Y si lo hubiera sabido, desde luego no me habría quedado de brazos cruzados. Nosotros no traficamos con personas, y mucho menos con niños.

Apoyada contra la fría pared de piedra, miro la puerta de la celda mientras mi estómago protesta suavemente por hambre y malestar. Repaso cada interacción con Flynn porque ahora todo cobra un sentido completamente distinto.

Me curó tras las explosiones porque valgo algo para él, un intercambio justo: su hija a cambio de mí y su vida podría volver a la normalidad.

Me llevó al intercambio porque, según él, no hacía falta jugar si recuperaba a su hija.

Le puse una horquilla en el cuello y amenacé con matarle, le envenené y casi lo consigo; y aun así las dos veces me dejó seguir libre en la finca.

Podría haberme encadenado sin problema y tratarme como a un perro. ¿Tendrá miedo de que, si me pone una mano encima, su hija sufra las mismas consecuencias?

No me imagino jamás a Antov levantando la mano a un niño, pero aun así no puedo soportar que mi familia le robara a su hija.

¿Y lo del sexo? ¿Era para mantenerme contenta y sonsacarme información o fue verdadero placer?

—Deja de suspirar —la voz de Vic corta mis pensamientos, sacándome de mis recuerdos.

—¿Eh?

—Llevas suspirando los últimos diez minutos. Es que resulta jodidamente molesto.

—Perdona. Solo estaba pensando.

—Pues deja de hacerlo.

Entorno los ojos y le lanzo una mirada fulminante. —¿No? Estoy intentando averiguar cómo salir de aquí.

—El tiempo —suspira Vic—. El tiempo nos sacará de aquí.

—No estoy tan segura de eso.

—Yo sí.

—¿Y cómo puedes estarlo? Llevas encerrado aquí más de un mes. No tienes ni idea de lo que pasa fuera.

Vic gira la cabeza por el suelo y me mira. —¿Ese cabrón ha recuperado a su hija?

—Pues... no.

—Entonces sé perfectamente lo que está pasando ahí fuera.

—Le estás subestimando. —Cambio de postura para aliviar el calambre del trasero y me giro del todo hacia mi hermano—. ¿No has pensado en decirle simplemente dónde está su hija?

Los ojos de Vic arden de rabia. —¿Por qué coño haría yo eso?

—¡Para sacarnos de aquí! Ya cumplió un intercambio, seguro que lo haría de nuevo. Quiero decir... he pasado tiempo con él, Vic. Es un tío decente en el fondo. Haría cualquier cosa por recuperar a su hija, así que ¿por qué no simplemente—?

—Joder —interrumpe Vic con un gruñido—. Pensaba que algo así conseguiría por fin que te salieran agallas.

El calor me atraviesa el pecho. —¿Eso se supone que significa qué?

—Significa exactamente eso. Mira, Kaia. —Se incorpora lentamente, a duras penas, hasta quedar sentado—. Ningún Yudkin va a ceder jamás ante las exigencias de un maldito Gallagher. Irlandeses de mierda.

—Esto no tiene nada que ver con eso —suelto de forma cortante —. Quiero largarme de aquí. Tú también necesitas salir de aquí. Deberíamos estar en casa con Antov en vez de tener a *una niña* como rehén, Vic. ¿Pero qué demonios te pasa? ¿Por qué irías detrás de sus hijas?

Vic aprieta los labios con tanta fuerza que casi desaparecen. —¿Por qué? Este era tu problema, Kaia. Te encantaba aprovecharte de los frutos de mi trabajo, alimentar tu ego con el entrenamiento y llevando la casa, pero nunca has pisado el mundo real.

Ese calor que nace en mi pecho se me sube encendido hasta la cara. —Yo… No veo qué tiene eso que ver con nada.

—Los Gallagher son un puto cáncer, ¿vale? Han sido una espina clavada en mi costado durante demasiado tiempo y ahora, por fin, tengo la sartén por el mango y ¿quieres que suelte mi carta

ganadora? Esa mocosa de mierda es la razón por la que me trataron así, la razón por la que sigues viva. ¿Por qué iba a renunciar a eso? Flynn no puede hacer nada, no de verdad. No a menos que quiera enterrar un ataúd que ni siquiera le llega a la cadera.

—¡Vic! —Empiezo a notar cómo me late el corazón a toda velocidad—. ¡Eso es horrible!

—No lo es si es la puta verdad. —Se mueve sobre la fina almohada que llama cama—. ¿Sabes cuántas veces he intentado meterme en el mercado con joyas falsas y robos, solo para que los Gallagher me agarren por los cojones y me den por culo porque no quieren soltar ni un rincón del negocio? ¿Tienes idea de cuántos miserables me respiran en la nuca porque he enviado millones en diamantes de sangre aquí y no puedo hacer nada con ellos por culpa de ese cabrón? Soltando su mierda sobre mantener el mercado limpio y libre de explotación, como si no fuésemos todos unos malditos criminales de todas maneras.

Su arenga lo deja sin aliento y Vic se deja caer contra la pared soltando un quejido.

Todo lo que dice me deja atónita. Aunque siempre estuve metida en el negocio ocupándome de las cuentas y las contrataciones, el mantenimiento de armas y demás, nunca vi nada que sugiriera que debiésemos dinero.

—¿Explotación? —repito en voz baja—. Pensaba que los Gallagher eran más sanguinarios que eso.

—Claro —bufa Vic—. Se les llena la boca y tienen las manos manchadas de sangre por culpa del padre de Flynn, pero ¿Flynn? Un puto blandengue. Mató al hermano del alcalde porque era un pedófilo y se pensó que así era un pez gordo, le robó un montón de cocinas a los rusos y coloca a todo el mundo tanto que nadie se plantea traicionarlo, y a eso lo llama lealtad. —Vic se gira y escupe al suelo—. Es un cerdo que se salta las reglas y nos deja a todos por los suelos. Pero es un puto blandengue, ¿me oyes?

Nunca había visto a Vic tan furioso, pero tal y como está, no puedo culparle.

Aunque cuanto más cuenta, más me doy cuenta de que Flynn quizá sea un tío decente en un mundo roto.

La lealtad que le tienen Frank y los hombres que le rodean no se parece a nada de lo que yo haya visto en mi familia.

Vic casi parece cabreado porque Flynn consigue esa lealtad sin tener que pagarla.

—Te equivocas —digo en voz baja—. Piensas que es débil porque hace todo lo posible por recuperar a su hija o por tratar bien a la gente en su trabajo, pero no es así.

Vic alza una ceja. —¿Ah, sí?

—Sí, de verdad. Está haciendo mucho más por recuperar a su hija que lo que el tío ha hecho jamás por nosotros. Lo único que ha hecho es intentar volarme por los aires. Ni siquiera ha venido a buscarme, ¿verdad? Me da igual que no sepa dónde está la niña, ¡no ha intentado rescatarnos ni una sola vez! ¡A lo mejor está esperando a que te mueras para que no haya nadie que le quite el puesto de Pakhan!

—Vaya —empieza a reírse Vic—. De verdad te ha comido la cabeza, ¿no? ¿Te ha lanzado esos ojos de pena y te ha contado lo triste que está por no ver a su hija? —El tono de burla empapa sus palabras—. ¿Te ha dado lástima el lobo feroz solo porque quería recuperar a su niña?

—Vete a la mierda, Vic —reviro, cada vez más cabreada—. Por lo menos él tiene algo parecido a una brújula moral, porque tú no pareces tener ninguna.

—¿Es que puedes culparme? ¡Ese cabrón intentó matarme!

—¡Porque secuestraste a su hija! —grito de vuelta—. Bastante justificado, diría yo.

—¿De qué lado estás?

—¡Del tuyo! ¡Del nuestro! Pero, por el amor de dios, trágate el orgullo un segundo y date cuenta de que vamos a pudrirnos aquí si no espabilamos. Deberías saber que hacerle daño a su hija es una sentencia de muerte para los dos. ¿Quieres quedarte estancado aquí hasta que seamos viejos?

El rostro de Vic se retuerce en una mueca de desprecio. —¿Qué te ha hecho para que le defiendas tanto, eh?

Angie aparece de golpe en mi mente y niego con la cabeza. —Nada.

—¿Te lo has tirado?

—¿Qué? —A pesar de mis intentos, noto que las mejillas me arden como si me hubieran abofeteado—. ¡Por supuesto que no!

—Si me entero de que has abierto las piernas para ese cabrón, te juro que—.

—¡No lo he hecho! De hecho, Flynn iba a venderme en una especie de subasta de esclavos, le oí en una llamada. ¿Haría eso si estuviéramos follando?

Vic se ríe débilmente, llevándose una mano al vientre. —Deberías haberle dejado.

—¿Qué?— Casi sin poder creer lo que he oído, se me queda la boca abierta y una sensación helada se instala en mi estómago.

—He dicho que deberías haberle dejado.— Hace un gesto con la mano y aparta la mirada.— Habrías estado bien.

—¿Cómo cojones iba a estar bien?

—El tío te habría comprado. Literalmente te estaría devolviendo a él.

—Yo... ¿qué?

Vic se incorpora un poco más y me mira de nuevo, el ceño fruncido.— Kaia. El tío organiza esas subastas como quien lava la ropa. Que Flynn te pusiera a la venta solo te daría la libertad. ¿Para qué te crees que servían nuestros casinos amañados?

La frialdad se extiende por mi interior como una ola, llenándome por dentro mientras intento aceptar la verdad de las palabras de Vic. — No... no, eso no tiene sentido. Yo veo nuestras cuentas, las gestiono y hago todas las malditas pinturas que me exige. Nosotros... ganamos el dinero con falsificaciones y apuestas, no con *personas*. Vic... no—.

—Madura de una vez, Kaia. ¿De verdad crees que unas timbas de póker y unos cuadros de mierda han sido suficientes para mantener a flote a esta familia durante años? No eres tan jodidamente tonta.

—No me llames tonta. No soy *tonta* por pensar que nuestra familia era lo bastante lista como para mantenerse alejada de algo tan asqueroso como la esclavitud. No puedes hablar en serio. Yo... tenemos dieciocho casinos, casi todos clandestinos. Falsificamos pasaportes y cuadros, papeles para otros países, visados y dinero.

¡Tú—!— De repente, la bilis me sube por la garganta y toso.— ¿Me estás diciendo que también somos traficantes de personas?

—¿De verdad no tenías ni idea?— Vic empieza a reírse en voz baja.— Vaya. Pensaba que estabas desengañada. Que se te daba bien mirar para otro lado. Pero resulta que simplemente has vivido protegida. Pues espabila de una puta vez, Kaia, porque esto es real y en cuanto Flynn ceda, y va a ceder, nos pondremos en la cima enseguida.

—¿Por qué nadie me lo dijo?!— La tía Kara nunca dijo nada, Anya tampoco. ¿Cómo he podido gestionar todas las cuentas sin sospechar siquiera algo así de repugnante? Niego con la cabeza y la bilis amenaza de nuevo con subir antes de poder evitarlo. Cuando el ácido remonta, me veo obligada a apoyar las manos y las rodillas en el suelo de piedra y vomitar.

—Dios,— Vic pone una mueca de asco.— Eres repugnante. No me creo que te importen tanto las personas.

—No me importan,— jadeo, limpiándome la boca.— Pero eso no significa que deje de tener un mínimo de decencia. No me puedo creer... ¿sabes qué? Da igual.— Me dejo caer de espaldas contra la pared y fulmino a mi hermano con la mirada.— Cuando todo esto acabe, se termina.

—¿El qué?

—Todo. Todas las mierdas que hacéis tú y Antov, se acaban. Voy a cerrarlo todo.

—¿Y cómo coño piensas hacer eso?

—No lo sé, pero apuesto a que sé bastante más sobre nuestras finanzas y todos nuestros trapos sucios que tú, así que haré lo que tanto te gusta hacer a ti. Usaré mis cartas.

Una sombra cruza el rostro de Vic y su ceño se acentúa.— ¿Y cómo coño vas a hacer eso cuando el tío esté demasiado ocupado preñándote?

—¿Perdona?

—¿De verdad creías que tenías poder aquí, Kaia? Un mes con ese puto Gallagher y se te olvida que lo único que tienes de valor es ese agujero entre las piernas. ¿Esto?— Señala a la celda donde estamos. — Esto no cambia nada.

La náusea me inunda y la voz se me apaga bajo el peso brutal de las horribles palabras que escupe mi hermano.— Jamás permitiría que ocurriera eso,— logro articular.

—No tienes opción, Kaia. Eres la única capaz de continuar con la estirpe Yudkin porque desde luego no vamos a casar a otra familia para que venga a forrarse con lo nuestro. ¿Por qué crees si no te hemos dejado pasar de todo en la vida? Madre mía, de verdad que vives en un mundo aparte.

No puedo hablar. Sus palabras han dejado mi mente en blanco, así que me pego a la pared y trago alrededor del ardor en mi garganta. Parte de esto ni siquiera parece real, como si estuviera en un sueño o, en realidad, me hubiese ahogado en el lago. Mi propio hermano, el hombre que volvió a buscarme a la casa, no es quien yo creía.

Poco a poco me doy cuenta de que solo regresó por mí por el valor que tengo para él y el tío y no porque realmente le importara.

Me golpea como una losa, y siento cómo las lágrimas me suben a los ojos.

—No lo olvides, Kaia,— murmura Vic.— Los Yudkin hacemos lo que sea para sobrevivir. *Lo que sea.*

Dios.

Flynn no es mi enemigo aquí.

No cuando mi propia familia es diez veces peor.

FLYNN

La llamada conecta con Antov treinta segundos después de marcar y un segundo antes de que esté a punto de colgar por la irritación.

Su rostro llena la pantalla cuando se inclina demasiado cerca, luego resopla y se recuesta en su asiento.

—¿Qué coño le ha pasado a tu despacho?

Le ignoro. —Iré directo al grano —digo sin rodeos—. Tengo a tu sobrina y a tu sobrino, y quiero que me devuelvas a mi hija. Es bastante sencillo cómo va a funcionar esto, Antov, y mi paciencia se está agotando.

—¿Qué? —La burla desaparece del rostro de Antov casi de inmediato y se inclina hacia delante, levantando la mano hacia alguien fuera del alcance de la cámara—. ¿Qué coño acabas de decir?

—¿Necesitas que te lo repita, pero más despacio?

—Vic —dice Antov—. Vic está muerto. *Tú* le mataste.

—He exagerado un poco.

—Demúestralo. —La exigencia de Antov es casi salvaje y esbozo una sonrisa burlona a la cámara.

—Tú primero. El futuro de tu familia depende del estado de mi hija, así que demuéstrame que está viva y *ilesa* y te lo enseñaré.

Los ojos de Antov se desvían fuera de la cámara un instante y después se entrecierran.—Estás faroleando. No voy a tragarme esa

mierda. Vic está muerto.

Por mucho que preferiría no seguirle el juego, esta conversación llevaría demasiado tiempo con idas y venidas.

Mis dedos recorren el teclado y, tras unas pocas pulsaciones, abro la grabación de la cámara de la celda más grande bajo la casa.

Muestra una imagen clara de Vic apoyado contra una pared, riéndose, mientras Kaia se acurruca en la otra esquina. Con solo un vistazo siento cómo se enciende una leve preocupación bajo la rabia que me invade al verla.

—¿Ves? Vivo y sano. —Cierro la ventana tan rápido como la he abierto—. Ahora enséñame a mi hija.

—¿Y cómo sé yo que eso no está grabado de antes? —espeta Antov.

A pesar de sus palabras, hay algo en él que ha cambiado, pero no sé identificar qué hasta que vuelve a hablar.

—Mándame una prueba de que está vivo con el periódico de hoy. Mándame eso y estaré dispuesto a un intercambio.

Levanto un poco las cejas. —¿Dispuesto a un intercambio?

—¿Hace falta que te lo diga otra vez, joder? —salta Antov.

—Te resististe mucho más cuando solo tenía a Kaia. Cualquiera pensaría que le valoras más que a ella.

Antov se acerca más a la cámara y sonríe con desprecio.— Mándame la prueba y haremos un trato.

—Bien. Pero si hay aunque sea un solo pelo fuera de sitio en la cabeza de Eva, te aseguro que tu heredero lo pagará muy caro.

Antov pone los ojos en blanco y la pantalla se queda en negro al cortarse la llamada.

Me acomodo en el asiento y cierro los ojos, escuchando el viento golpear la madera que sella mi ventana rota.

En dos días, la mayor parte de los destrozos se ha limpiado y me siento en un escritorio nuevo y una silla completamente nueva, aunque no aporte ningún consuelo. Todas mis exigencias anteriores para ver a Eva han sido recibidas con silencio, pero ahora, de repente, con Vic en la ecuación, ¿Antov está dispuesto a negociar?

¿Es este el principio del fin? Antov debe saber que en cuanto Eva esté en mis brazos, voy a matarle.

Voy a matarlos a todos.

Pero aunque esa idea me parezca cristalina, Kaia vuelve a mi mente y, con dos clics, la cámara vuelve a ocupar toda mi pantalla.

La falta de audio me impide oír lo que dicen, pero a juzgar por la dureza de sus miradas y los gestos de manos, parece que están discutiendo.

Kaia está de rodillas, gesticulando con rabia y señalando a Vic, que no cesa de saludarla con la mano y hacerle peinetas.

Capullo.

Suspiro, cansado, me levanto y le envío un mensaje corto a uno de mis guardias con instrucciones de que entre en la celda y saque una foto con el periódico de hoy como prueba.

Mi deambular inquieto me lleva por una casa silenciosa que cruje y se mueve ligeramente contra los fuertes vientos veraniegos que azotan la isla.

Es un silencio excesivo y deja demasiado espacio para que mi mente se desboque con pensamientos que preferiría evitar, así que cuando oigo una burbuja de ruido proveniente del invernadero, me encamino enseguida hacia allí.

Frank está allí con Angie y juntos encajan las últimas piezas de un puzle, completando una pintura bucólica de una casita de campo.

—¡Bien! —Angie aplaude con entusiasmo—. ¿Ves? Te dije que el amarillo eran flores.

—Mi error —se ríe Frank, levantando la cabeza para esbozarme una sonrisa de saludo.

Angie le imita y, al cruzar la mirada conmigo, da un salto y echa a correr hacia mí con los brazos abiertos.—¡Papá!

—Hola, cielo. —Me inclino y la atrapo, levantándola en brazos y acomodándola a mi lado—. ¿Por fin habéis terminado el puzle?

Asiente rápidamente.—Frank no ha ayudado nada.

—Eso no es verdad, jovencita —se queja mientras se incorpora con esfuerzo—. Yo era un maestro de los bordes.

—¡La parte fácil! —protesta ella y luego se vuelve hacia mí—. ¿Cuándo vuelve Kaia?

Su pregunta me pilla un poco desprevenido, y trago un repentino nudo en la garganta. —¿Tú… quieres que vuelva?

—¡Mhm! Estábamos pintando juntas, ¡fue súper divertido! ¿Va a volver pronto?— Mientras mi silencio incierto se prolonga, Angie hace un puchero. —¿Estás enfadado con ella porque te caíste al lago?

—No, cariño. Estoy enfadado con ella porque te llevó al lago.

—¡Pero salimos todo el tiempo!— Su inocencia me derrite el corazón tanto como me retuerce las tripas.

—Es verdad. Pero Kaia… no me lo preguntó antes y ¿recuerdas lo que te he dicho?

—El lago es peligroso —recita Angie—. Lo sé.

—Exactamente.— Le doy un beso en la frente. —Kaia no me preguntó antes.

—Pues yo sé que está arrepentida. Y tú también.

Abro mucho los ojos y, detrás de la cabeza de Angie, veo a Frank observándome también sorprendido. —¿Yo estoy arrepentido?

—Mhm. Dijiste que está mal apuntar con tu pistola a la gente.— Me pincha el pecho con su dedito. —Lo dijiste. Lo dijiste tú.

Me echo a reír suavemente y vuelvo a besarla. —Tienes toda la razón, lo dije.

—¿Así que estás arrepentido?

Antes de que pueda contestar, Florence entra en la habitación y sonríe. —Perdón, no sabía que estabais aquí. He venido a recoger a esta pequeña señorita para la hora del baño.

—¡No!— Instantáneamente distraída, Angie se deja caer dramáticamente en mis brazos. —No quiero.

—Tienes que hacerlo.— Le hago cosquillas suavemente en la tripa. —Hueles fatal.

—¡No, papi, tú eres el que apesta!

—Entonces nos podemos bañar los dos, ¿qué te parece?

Angie gime de forma dramática mientras la paso a Florence, que se la lleva rápidamente con una suave risa.

Las escucho alejarse mientras la voz de Angie, cada vez más lejana, enumera todos los motivos por los que no debería bañarse, terminando con algo sobre rescatar a su pobre patito de goma de perderse entre las burbujas.

—No me puedo creer lo bueno que es volver a oírla hablar —comento, frotándome el pecho donde aún queda algo de su calor.

—Ya —asiente Frank—. La echaba de menos, pero no me di cuenta de cuánto hasta que volvió a charlar conmigo. Es raro cómo funciona eso.

—Sin embargo, plantea una… cuestión difícil.— Nuestras miradas se cruzan. —Kaia.

—¿Cómo ha ido con Antov?

—Quiere pruebas de que están vivos. Pruebas en tiempo real.

—¿Te ha enseñado a Eva?

Niego con la cabeza. —No.— Un calor intenso me sube por la garganta y trago saliva con dificultad. —Yo…— Las palabras se me atragantan y Frank se coloca de repente a mi lado, como si ya supiera del miedo que intento poner en palabras. Incapaz de hablar en ese momento, él llena el silencio.

—Tiene que saber que Eva es lo único que le mantiene con vida. No va a poner eso en peligro. No es tan jodidamente tonto.

—¿Seguro?— mascullé con la voz ronca—. Ya fue lo bastante estúpido como para venir a por mí. Para llevarse a mi hija.

—Cierto… pero ahora tenemos algo que él quiere.

—Pues dime cómo termina esto. Hacemos un intercambio, recupero a Eva y ¿luego qué? ¿Me siento a ver cómo esos desgraciados siguen con sus vidas como si no hubieran destrozado a lo más importante para mí?

—Ya sabes la respuesta —murmura Frank.

—Exacto. Así que no tiene ningún motivo para devolvérmela jamás.

—Pues se lo obligaremos.

Niego con la cabeza y me alejo hacia la ventana. —Me siento atrapado. Actúo y pongo en peligro la vida de Eva. No actúo y la sigo poniendo en peligro igual. Estoy en la cuerda floja, donde el más mínimo paso en falso puede costarle la vida, mientras ese *bastardo* lo controla todo. Y aquí, ¿Kaia me quita también a Angie?— Me giro hacia Frank. —Por derecho debería haberla matado en el embarcadero.

—Pero no lo hiciste.

—No lo hice. Por Angie. Y ahora… ¿por qué ha hecho eso? ¿Por qué se lanzó delante de Kaia así?

Frank se acerca mientras le da vueltas, frotándose la barbilla como si eso le ayudara a pensar. —Has criado a críos listos, Flynn. Dos luceros. Puede que ella no vea a Kaia como una amenaza.

—Es una niña. No sabría distinguirlo.

—¿No lo sabría? Después de todo lo que ha pasado, yo diría que Angie tiene el radar muy fino para el peligro, pero confía en Kaia. Y al hacerlo, te ha salvado de hacer algo de lo que podrías haberte arrepentido. Te conoce igual de bien.

—Entonces es más lista que yo,— digo, tragando saliva con dificultad entre ese calor que me bulle por dentro. —¿Y qué hago entonces con Kaia?

—¿Quieres matarla?

Se hace el silencio mientras sopeso pros y contras. —Sí, porque es una Yudkin. Ella, su hermano y su tío; los quiero a todos muertos.

—¿Pero…?— incita Frank.

—Pero el tiempo que he pasado con ella… parece tan ajena a todo lo que tenga que ver con su familia. Antes, Antov cambió de actitud en cuanto le dije que tenía a Vic. Antes de eso, no parecía que le importase gran cosa Kaia. Todo este tiempo, la retuve pensando que podría utilizarla y, en cambio, Antov intentó matarla junto a mí y ella es…

Reconocer que se me ha metido dentro solo lo hace todo más difícil, porque ¿cómo puedo decir eso de una mujer que trató de secuestrar a mi hija?

—Sientes algo por ella.— Las palabras de Frank son tan suaves que casi no parecen suyas.

—No.— Lo niego de forma instintiva.

—Sí, sí lo sientes —insiste Frank—. He visto cómo eres con ella. No te pido que justifiques ni expliques nada, pero te conozco.

—Ni yo mismo me reconozco. ¿Sentimientos? Siento… que me irrita, que tiene un punto impertinente y que es…

Preciosa. Amable. Dulce con Angie. Y cálida al hablar.

Mi corazón da un vuelco doloroso. —Solo es un encaprichamiento.

—Lo sé.— Frank se acerca y me da una palmada en el brazo. —Habla con ella. Es lo único que puedo sugerir. Averigua qué ha pasado y si realmente tiene malas intenciones hacia ti y Angie, entonces será ella quien decida por ti.

—¿Y si no las tiene?

—Entonces la ayudaremos. Igual que ayudamos a Florence cuando huyó de los italianos y a cualquier otro perdido que hemos acogido bajo nuestro ala.

KAIA

Aquí el tiempo no avanza.

Al principio intenté seguir la luz que entraba por la pequeña grieta en lo alto de la pared, pensando que era el sol, pero tras incontables horas sin moverse, me di cuenta de que solo era una luz exterior que nunca se apagaba.

He intentado hablar con Vic, he intentado hacerle entrar en razón sobre las cosas repugnantes que ha dicho, pero o bien repite que mi único valor es salvar la línea familiar, o directamente me ignora, alegando que debo hacer las paces con la verdad.

El silencio pesa aún más cuando hay alguien a tu lado que no habla.

Hasta que un guardia viene a por mí.

Es el mismo hombre que apareció hace incontables días para mostrar un periódico y sacar una foto de los dos sin decir palabra, y después se marchó.

Vic se incorpora lentamente mientras el guardia introduce la llave en la cerradura y abre la celda, pero no ha venido por Vic.

—Tú. —Me señala con el dedo.— Arriba. Vamos.

Me pongo en pie a toda prisa, tambaleándome sobre las piernas heladas y salgo tras él tropezando.

Aunque me lleve a la muerte, seguirá siendo mejor que compartir celda con el monstruo al que antes llamaba hermano.

Me hace esperar junto a la puerta mientras vuelve a cerrar la celda y Vic se abalanza contra los barrotes.

—Recuerda —escupe—. Solo tienes un valor, Kaia. No lo olvides nunca.

Le miro y el dolor se retuerce en mis entrañas, una mezcla hirviente de ansiedad y hambre, después aparto la mirada mientras el guardia abre la puerta.

Me agarra del brazo y me arrastra hacia la escalera, pero camino sin resistirme hasta que llegamos a los escalones de piedra.

—¿Va a matarme? —pregunto, intentando captar la mirada del guardia.

No contesta. Simplemente me empuja por la espalda y me hace subir las escaleras hacia la salida, acompañándome hasta la oficina de Flynn.

Cada rincón de la mansión se siente distinto. Es como entrar en un sueño.

Después de tanto tiempo en el frío y la oscuridad de las celdas, la cálida madera bajo mis pies desnudos casi me duele y el brillante cielo azul fuera me quema los ojos.

Abrazándome a mí misma, camino hasta que me empujan dentro de la oficina de Flynn, donde me detengo sobre una alfombra nueva y gruesa que, aunque es mullida, también me da la extraña sensación de estar hundiéndome.

Las cosas están… distintas. El despacho de Flynn ya no es el mismo.

Hay una ventana nueva con un soporte negro detrás del escritorio, un escritorio y una silla nuevos e incluso estanterías nuevas contra la pared.

La mesa de centro ha desaparecido y el sofá ahora es de un cuero negro suave como la mantequilla, en vez de marrón.

Quizá de verdad esto sea un sueño.

El guardia se va y cierra la puerta tras de sí justo cuando la silla detrás del escritorio gira y Flynn aparece ante mí.

Tiene buen aspecto, pero las ojeras bajo sus ojos son más oscuras de lo que recordaba.

Su rostro parpadea en mi mente, deformado por la furia cuando apuntaba con su pistola hacia mí, y el corazón se me desboca. Echo de menos cuando me miraba con una sonrisa o una media mueca.

—¿Vas a matarme? —consigo balbucear.

Flynn se incorpora y, lentamente, rodea el escritorio hasta apoyarse en él. —Te llevaste a Angie.

—Lo sé.

—Intentaste secuestrar a mi hija.

—Lo hice. —Ya no tiene sentido ocultar nada.

Mis opciones parecen ser que el hombre que me gusta me mate por lo que he hecho, o una familia retorcida dispuesta a violarme solo para engendrar un heredero Yudkin.

En realidad, no hay elección.

—No puedo… No puedo ni empezar a expresar lo jodidamente furioso que me has hecho estar. Utilizar así a mi hija es asqueroso, Kaia. Usar a niños para cualquier cosa es tan retorcido que apenas puedo soportar pronunciar las putas palabras.

Bajo la mirada al suelo y me fijo en el fino pespunte de sus zapatos de cuero.

—Te di un techo. Te protegí cuando no lo merecías. Te alimenté. Te vestí. Cuidé de tus heridas. Dime por qué. Dime qué puta clase de razón podrías tener para usar así a una niña. ¿Ibas a matarla? ¿A ahogarla en el lago y arruinarme por completo?

Duele aún más que no esté gritando.

Su enfado es silencioso y contenido, sus palabras son breves y tensas, pero en ningún momento alza la voz. De alguna manera, eso lo hace aún peor.

—No iba a matarla —respondo débilmente, convencida de que no me creerá—. Estaba intentando salvarla. Y salvarme a mí.

—¿Salvarla? —Sus palabras cortan como el látigo de un látigo—. ¿De quién, de mí?

Asiento despacio.

—¿Llevas aquí unas pocas semanas y te atreves a juzgarme como padre?

—No —grazno, y las lágrimas calientes me escuecen sin esperanza en los ojos—. Te oí.

Cuando Flynn no responde, continúo.

—Por teléfono. Te escuché h-hablando de venderme en una especie de subasta y fue… Me sentí una idiota porque pensé que eras un hombre decente. Pensé que había visto al verdadero tú y que todos los rumores que corren sobre ti estaban equivocados. Incluso empecé a cogerte cariño, pero escuché todo aquello y por eso huí. Y me llevé a Angie porque la idea de que algún día decidieras subastarla si te cansabas de ella también me repugnaba, así que la cogí y huí. Yo… yo solo intentaba salvarnos a las dos.

Muy despacio levanto la cabeza.

—Así que si vas a matarme, hazlo de una vez, porque sé que he hecho cosas terribles, pero no voy a pedir perdón por intentar salvar a una niña de un padre cuyas manos están manchadas de algo tan atroz como la trata de esclavos.

Flynn no responde durante largo rato, pero sigue mirándome con tanta intensidad que no puedo apartar la mirada, aunque el corazón me late con fuerza y las rodillas me tiemblan a pesar de apretar los muslos.

Entonces respira hondo.

Cuando habla, su voz sigue dolorida, pero es mucho más suave. —Nunca tuve intención de venderte. Nunca he vendido a otro ser humano en mi vida. Tengo espías y gente vigilando el tráfico de esclavos porque intentamos salvar a quienes podemos, pero jamás te vendería. Y desde luego jamás vendería a una *niña*.

Parpadeo y las lágrimas se escapan por mis mejillas.

—Lo que escuchaste es cierto, eso sí. Tu tío es un hombre perverso. Todo el mundo sabe que el nombre Yudkin está manchado por el tráfico de personas y los hombres como él solo escuchan amenazas tan viles como ellos mismos. Yo hablaba e hice esas amenazas, pero jamás tuve la intención de cumplirlas. *Jamás*. Lo siento.

Mi corazón da un vuelco doloroso. ¿Me está pidiendo perdón… a mí? Eso no puede ser.

—Si me lo hubieras preguntado—. Se interrumpe de golpe.—Me doy cuenta de que no hay mundo en el que me preguntaras si temías lo que habías oído.

—Debería estar… —sollozo—. Debería estar sorprendida, creo, de que mi tío esté involucrado o que toda mi familia lo esté, pero… allá abajo con Vic, me contó cosas.

Flynn frunce el ceño.—¿Qué cosas?

—Me habló de Eva.

La expresión de Flynn cambia por completo. Es como si de repente todas sus heridas salieran a la superficie y la fachada de rey de la mafia se derritiera para dejar ver al padre totalmente destrozado que hay debajo, un hombre que haría cualquier cosa para recuperar a su hija.

—¿No lo sabías? —pregunta, con la voz tensa.

Niego con la cabeza.—No. No sé si me crees, pero te juro que no tenía ni idea. Vic estaba orgulloso de ello y era repugnante y yo simplemente… empezó a hablar de que mi único valor para ellos era ser la única mujer. La única a la que pueden usar para sacar otro heredero Yudkin. —Mi voz se quiebra y me retuerzo las manos—. Mi familia está… mal. Todo está mal. He estado tan ciega y he hecho cosas horrorosas y yo solo… —La emoción me sube como una ola—. Mátame y acaba de una vez. No quiero volver con ellos.

Flynn guarda silencio mientras agacho la cabeza para ocultar mis lágrimas agotadas.

No habla y no se mueve.

Permanecemos en silencio hasta que suena un suave golpe en la puerta.

—Es Florence —dice en voz baja—. Ella te llevará a bañarte y asearte, comer y beber algo. Luego hablaremos de verdad.

Levanto la cabeza.—¿Cómo? No lo entiendo.

—Ve —dice Flynn, señalando la puerta—. Hablaremos después.

Su repentino cambio no tiene sentido y esa confusión permanece como un peso en mi pecho mientras Florence me acompaña a mi habitación y me vigila mientras me ducho.

Me ayuda con el pelo y a secarme, luego me viste con un vestido limpio que se siente demasiado suave para mi piel.

Después de una comida de sopa casera bien caliente y pan crujiente, me da agua y analgésicos para aliviar el dolor de cabeza

que me provoca el ser cuidada, y luego me conduce al jardín donde Flynn espera bajo el sol de la tarde.

Cuando se gira hacia mí, sus ojos se deslizan por mi cuerpo y se le escapa una leve sonrisa.—Ahora estás mucho mejor.

—Me siento mucho mejor —respondo con cautela—. Pero… no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Inclina la cabeza y empezamos a pasear sin prisa por el extenso jardín.

—¿Por qué has hecho todo esto? ¿No piensas matarme? —Mi corazón late tan fuerte en el pecho que es un milagro que no lo oiga, incluso con el canto de los pájaros y el murmullo suave de la brisa.

—No, Kaia. No voy a matarte.

—¿Pero por qué?

—Porque… —Cruza los brazos por detrás, sujetándose una muñeca—. Me gustas. Y quería creer que si ponías en peligro a mi hija, tu razonamiento me diría todo lo que realmente necesitaba saber de ti. En cierto modo, intentabas salvarla de mí y no puedo reprocharte eso. Pero no soy yo el monstruo aquí.

—Tu reputación dice lo contrario —respondo con debilidad, esforzándome por asimilar todo lo que dice—. ¿Le gusto? Si hubiera dado otra razón sobre lo que pasó con Angie, ¿me habría matado?

—Mi reputación. —Flynn asiente—. Cuidadosamente construida para mantenerme a salvo a mí y a las personas que he rescatado. No voy a negar que soy el monstruo en las historias de algunos. El trabajo que hago es ilegal, he herido y matado a muchísima gente, pero todo lo he hecho desde un principio moral que protejo.

—No puedo juzgarte —respondo, permaneciendo cautelosa mientras caminamos—. Teniendo en cuenta que creía que mi familia era una de las buenas. —Resulta que somos igual de malos que los demás, si no peores.

—Mis gemelos son lo mejor que he hecho jamás. Son la razón por la que me levanto cada mañana, la razón por la que lucho por conseguir los mejores tratos, la razón por la que hago que este lugar y mi vida sean tan seguros. Pero… —Su voz tiembla y se detiene mientras bajamos unos escalones de piedra—. Estaba en la ciudad

con Angie y Eva, y Frank y más guardias de los que podía contar. Querían ver una película nueva en el cine y estaban emocionadas por vivir toda la experiencia. Cena y cine. No podía decirles que no y siempre se aliaban contra mí.

Su voz se mantiene suave, pero cuanto más habla, más se cuela el dolor en cada palabra, y el estómago se me retuerce aún más mientras la náusea crece. No sé si es por la sopa o solo por el estrés.

—Cuando volvíamos a casa, atacaron nuestro convoy. Varios coches de delante volaron por los aires, nuestra ruta de escape quedó cortada y chocamos. Fue un caos. Humo y fuego por todas partes, hombres gritando y muriendo de mis coches y de más. Me centré en mis hijos por encima de todo. He estado en peleas caóticas a lo largo de mi vida, pero esto era otra cosa. Sangre y restos por todos lados. Fue como si el infierno hubiese llegado a Nueva York.

Mi corazón late cada vez más deprisa.

—Los saqué del coche y los puse a salvo. O eso creí. —Flynn se detiene de repente—. Pero me equivoqué. Terminé en una pelea brutal con tu hermano, Vic. Ese hombre pelea como un animal, pero yo también. Hice todo lo posible. T-Todo hasta que me apuñaló y acabé en el suelo. Me pateó la cabeza como si fuera un balón de fútbol y entonces oí a Angie gritar y gritar. Estaba tan desorientado, pero esos segundos… —Su tono se vuelve furioso—. Esos segundos que estuve tirado, desorientado en el suelo… Se llevó a Eva. Intentó llevarse también a Angie, pero supongo que no había tiempo suficiente. La última vez que vi a Eva, estaba berreando y llorando en brazos de tu hermano, mientras él la arrastraba hacia un coche y se largaba a toda prisa.

Dios mío.

El peso de todo, lo que mi familia le ha hecho a la suya, me aplasta. La cicatriz que Angie aún tiene en la espalda.

El aparente odio de Flynn hacia mí.

El ataque a mi casa.

La única razón por la que me ha mantenido con vida aquí.

Iba a ser el intercambio por su hija.

Flynn mira al horizonte, pero vislumbro el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Cuando vuelve a hablar, su voz sale tensa, como el aire escapando de un globo.

—Les fallé. Soy su padre, se supone que debo protegerlos y les fallé. La culpa que siento... nunca podré perdonarme. Cacé a tu hermano como un perro en cuanto me cosieron. Le cacé y no dejé de buscarle hasta la noche que cometió un error y en cuanto le pillé el rastro, lo seguí.

—¿Hasta mi casa? —pregunto en voz baja.

Flynn sacude la cabeza. —Sí. Pensaba que Eva estaría allí, pero cuando hizo estallar los coches que había aparcados delante, se convirtió en una carrera contrarreloj porque estaba aterrado de que Eva estuviera dentro y fuera a morir quemada. Pero revisamos ese lugar de arriba abajo antes y después del incendio y no había ni rastro de ella.

La bilis me sube por la garganta. Flynn no atacó la casa. No puso las bombas que mataron a Anya. Fue Vic. —¿Vic… te envió alguna vez alguna exigencia?

—No —responde Flynn—. Solo una amenaza de que me había acercado demasiado a su negocio de falsificaciones y que este era mi castigo.

—Flynn, yo... —Sin pensarlo, lo alcanzo y le agarro el antebrazo. No me aparta—. Lo siento muchísimo. Te lo juro, por todo lo que tengo, que no tenía ni idea. Jamás habría permitido que algo así ocurriera si lo hubiese sabido. Te lo juro.

—Hace unas semanas, te habría dudado —Flynn se aclara la voz y parpadea rápidamente, ahuyentando esas lágrimas y después se gira hacia mí—. Ahora sabes por qué no te maté cuando te encontré. Necesitaba a alguien para el intercambio. Tenía que cubrir cada mínima posibilidad de recuperar a mi hija, pero ahora... no tengo ni idea de dónde está. Tu tío se niega a dar una prueba de vida y yo—.

—Déjame —le interrumpo con rapidez.

—¿Qué?

La idea aún se está formando en mi mente, pero mi boca va más rápida. —Déjame averiguar dónde está. Dame una oportunidad. Déjame redimirme por lo que hice y compensar lo que mi familia te ha hecho. Déjame averiguarlo.

Flynn me mira sin comprender. —¿Cómo?

—Todavía… lo estoy pensando, pero por favor, déjame intentarlo. Y… si lo consigo, ¿me dejarás marchar?

KAIA

La reticencia de Flynn a dejarme volver a la celda con Vic fue inesperada.

Después de escucharle abrirme su corazón en el jardín, no quería hacer otra cosa que ayudar a poner fin a este desastre doloroso para todos nosotros, pero sobre todo para Angie.

Que ella no hable cobra ahora todo el sentido, igual que la actitud de Flynn desde que llegué aquí.

Con el dolor que siento por mi propia familia y, tras escuchar todo el peso de la culpa que arrastra Flynn, cómo se etiqueta a sí mismo de fracaso, no puedo no ayudar.

Estas son las acciones de mi familia, su crueldad, y me corresponde a mí arreglar esto de la manera que pueda.

En parte por Flynn, porque mientras me lanzan de nuevo a la celda, vestida otra vez con mi ropa sucia, mi mente se queda enganchada en su breve confesión de que le gusto.

Ni siquiera estoy segura de que sea consciente de haberlo admitido, pero no puedo sacármelo de la cabeza. Eso, junto a la necesidad de redimirme tras haber herido a Angie, es el motivo por el que estoy aquí.

Vic, como todos los demás, espera que me siente, me calle y simplemente exista hasta que él o mi tío decidan ponerme un hijo.

No me ven como una persona, como alguien que tenga valor.

Nadie lo ha hecho nunca hasta que acabé aquí. Para ellos, sólo soy ganado para criar, y voy a demostrarles el error que han cometido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Vic, cortando en seco el torbellino de mis pensamientos mientras me incorporo poco a poco del frío suelo de piedra.

—Tenía preguntas —murmuro, llevándome la mano al labio partido que me ha regalado Flynn a petición mía—. No le gustó que no le diera lo que quería.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿No es obvio? —me acerco renqueando al hombre al que solía llamar hermano y me dejo caer contra la pared con un gruñido—. Todo lo que le importa es su cría estúpida. Al principio tenía su gracia, no voy a mentir. Supongo que despertó mi lado maternal, pero se quedó allí plantado contándome todas esas gilipolleces y luego se hizo el inocente cuando le dije que le había oído intentar venderme como esclava. Cuando le llamé idiota porque, como tú has dicho, tío solo tendría que comprarme y liberarme, eso no le gustó.

Me paso la lengua por el labio sangrante y veo cómo Vic alza las cejas.

—Ya conoces a los Gallagher —replica Vic—. Seguro que está cabreado porque sabe cuánto valdría su hija en el mercado negro, y ese dinero lo vamos a ganar nosotros.

Se me revuelve el estómago. —Eso es una putada —musito—. Pero quizá tengas razón. Desde que desperté aquí, no ha hecho otra cosa que restregarme todo. Actúa como si tuviera un plan maestro mientras me encierra y espera que me quede quieta. Me da la impresión de que no ve ninguna amenaza real en el tío. Mintió sobre matarte para desestabilizarme, estoy segura.

—¿Cómo que mintió? —Vic me observa entornando los ojos—. Tenemos a su hija.

—Sí, pero tiene otra. Y llevan semanas con el tío perdiendo el tiempo. No creo ni que se crea que todavía tienes a Eva. O que está muerta, lo que ya sabes, arruina nuestra utilidad.

—Chorradas. Tío le ha estado enviando vídeos que le pasan mis contactos.

—No, no es así. Flynn dice que nunca ha oído nada, así que no tiene motivo para creer que está viva. Tampoco cree que el tío sepa dónde está ella y piensa que o bien la habéis matado o la habéis encerrado. En cualquier caso, para él ya está muerta y él… está raro. Es como si le diera igual.

—Joder —murmura Vic—. Se supone que tío seguía un plan.

—A todas luces no —cada palabra se desliza por mi lengua como alquitrán mientras me dejo llevar por la peor versión de mí misma que puedo inventar.

Me resulta más fácil de lo que quisiera, pero teniendo en cuenta las atrocidades con las que ha estado salpicada mi vida y la retorcida información que he descubierto sobre mi familia, fingir resulta enfermizamente sencillo.

Vic empieza a tamborilear los dedos sobre su muslo, como hace cada vez que se ve en un aprieto.

No importa si es una reunión familiar o una partida amistosa, siempre lo hace cuando cree que va a perder.

—Sabes… apuesto a que podría matarle.

—¿Qué? —Vic apoya la cabeza contra la pared y la gira para mirarme de verdad.

—Podría matarle. A Flynn. Ya he estado a punto dos veces.

—Entonces sería un necio si te dejara acercarte más.

—No necesariamente. —Cruzo las piernas, me giro hacia Vic y bajo la voz—. Piénsalo. Se ha pasado horas presumiendo de que ya no tenemos ningún valor. Mató a la tía Kara y asesinó a Anya… —El corazón se me encoge en el pecho—. Estaba tan perdida pensando que todos se habían ido y que me había quedado sola, pero tú estás aquí, Vic.

—La última vez que estuviste aquí no parecías demasiado contenta.

—Supongo… —Aspiro hondo y me encojo de hombros—. Parte de mí se aferraba a la ilusión de que la vida es fácil. No quería aceptar que el mundo que conocía, el que tú montaste para protegerme, ya no existe. Y ha desaparecido por culpa de Flynn. Tiene que morir por todo lo que ha hecho, y sé cómo acercarme a él.

—Todavía no me has dicho cómo.

—Fácil. Cree que soy débil y fácil de manipular. Aprovecharme de eso funcionará de maravilla. Le hago pensar que tiene una oportunidad y, cuando baje la guardia y los pantalones… —Chasqueo los dedos—. Lo mataré.

—Matarlo simplificaría las cosas. Yo lo habría hecho si hubiera tenido ocasión —dice Vic, como si su opinión tuviera peso en la conversación.

—Nunca se te va a acercar porque sabe que eres una amenaza. Pero ¿yo? Piensa que soy una mujer tonta así que será sencillo. Un hombre como él solo piensa con el dinero o con la polla, y apuesto a que puedo pillarle desprevenido.

—Podría funcionar —murmura Vic en voz baja—. Pero será mejor que no dejes que te folle.

—¿Tú crees que quiero a una rata Gallagher dentro de mí? —resoplo—. Estará muerto antes de que eso pase.

Vic ladea la cabeza y luego se inclina hacia delante—. Es arriesgado. Si te mata, nuestra línea se acaba para siempre.

Contengo una arcada—. No lo hará. Mis intentos fallidos jugarán a mi favor porque pensará que no tengo ni la capacidad ni los cojones para matarlo. Un poco de flirteo, se la agarro y le corto el cuello. Sencillo.

Las ideas giran detrás de los ojos de Vic y asiente lentamente—. Fácil.

—Me pregunto qué pasará después —digo, fingiendo inocencia.

—¿Después?

—Sí, quiero decir… Flynn Gallagher estará muerto. ¿Qué hacemos entonces?

—Matar a sus hijos, por supuesto.

—Vale, pero después —insisto, apoyando la idea de que soy demasiado tonta como para pensar en el futuro mientras trago las náuseas que suben—. ¿Volvemos con el tío?

—Obviamente.

—Y fortalecemos nuestra línea con un bebé. —Las palabras se me escapan como un vómito y Vic suelta una risotada.

—No finjas que te parece bien eso.

—No, pero es solo un bebé. Nueve meses y se acabó. Vosotros y el tío tenéis lo que queréis, fácil. Es solo que… es raro.

—¿El qué?

Junto los labios—. Pues… tú ideaste el plan para sabotear a Flynn y secuestrar a su hija, te llevaste la peor parte en el incendio y al estar encerrado aquí, dependes del tío que, por lo que parece, ni siquiera es capaz de seguir el plan que le diste. Así que me resulta raro que, después de todo tu esfuerzo y sacrificio, sea él quien se quede como Pakhan Yudkin durante al menos los próximos dieciocho años. Por no hacer *nada*.

Anya me enseñó que los hombres rusos, por encima de todo, son codiciosos.

¿Mujeres, dinero, poder?

Da igual.

Todos lo ansían, y yo pensaba que el vicio de Vic era el dinero, dado lo que le gusta apostar cuando jugamos a las cartas, pero todo lo que he aprendido me indica lo contrario.

Está centrado en el negocio, se lanzó contra Flynn porque era una amenaza, lo que significa que Vic tiene hambre de poder.

Un poder que nuestro tío va a recoger sin mover un dedo.

Las cejas de Vic se fruncen y sus labios se convierten en una fina línea.

—¿No te parece raro? Hacemos todo el trabajo y él sigue dirigiendo durante las próximas dos décadas. Tú has hecho todo, yo soy la que va a matar a Flynn. ¿Él qué está haciendo?

Los oscuros ojos de Vic se clavan en mí—. Es nuestro tío.

—Lo sé —respondo simplemente, apoyando la espalda en la pared—. Llevas cuidando de él todo este tiempo, ¿qué son unas décadas más?

Los dedos de Vic tamborilean cada vez más rápido contra su muslo hasta que un destello codicioso en sus ojos los detiene—. Podríamos matarlo. Ese cabrón ni siquiera vino a buscarme.

—Quizá no sabía que estabas vivo —razono—. A lo mejor por eso no siguió el plan.

—Pero tú estás viva y eres importante. Al menos lo que tienes entre las piernas lo es.

La bilis me sube por la garganta mientras fuerzo una sonrisa—. Quién sabe. Igual es que es tonto.

Vic resopla—. Eso es verdad. El cabrón ni siquiera sabe que escondí a Eva justo delante de sus narices.

—¿Lo hiciste? —pregunto inocente mientras el corazón me late tan fuerte que temo que lo oiga.

—Sí, en los viejos túneles de excavación. El imbécil ni sabe que existen. La dejé allí con mi hombre.

Éxito. Me incorporo y empiezo a toser deprisa pero Vic me ignora.

—Tienes razón, ¿sabes? —dice, y nuestras miradas se cruzan incluso mientras toso.

—Joder. ¿En qué?

—He hecho yo todo el trabajo. Me he quemado media piel por esta familia. Es mi hijo quien liderará esta familia, no el suyo. Que le den. Le matamos cuando tú mates a Flynn, ¿de acuerdo?

FLYNN

Kaia se inclina sobre el váter y vomita una y otra vez, ahogándose en las lágrimas que le suben de la angustia. —Joder —jadea al recostarse hacia atrás—. Estoy tan jodidamente *a*s*queada*.

—Lo has hecho bien —digo en voz baja, intentando calmarla—. Lo has hecho realmente bien.

—¿Las mierdas que he tenido que decir? He tenido que *sonreír* mientras mi propio hermano hablaba de meterme un bebé por el bien de la puta familia... —Vuelve a arcada y vomita otra vez, atragantándose mientras las lágrimas siguen corriendo.

—Lo siento. —Las palabras no bastan—. Has estado increíble. Después de frotarle la espalda, salgo del baño para darle privacidad y me dirijo por el pasillo hacia una de las salas de arte.

Dentro, Frank está de pie admirando una de las obras colgadas en la pared, y se vuelve hacia mí cuando entro. —¿Cómo está?

—Mal.

—¿Consiguió algo?

—Ya lo veremos. ¿Qué es esto?

—Una de las nuevas piezas de tu subasta del invierno pasado.

—¿Ha tardado tanto en llegar?

—Ajá. Pero está bastante bien.

—Ya. —Me cuesta concentrarme en el arte cuando solo pienso en Kaia y Eva—. ¿Hay más?

—Tres cajas.

Frank y yo pasamos las siguientes horas revisando las cajas de la subasta del mercado negro mientras Kaia se toma su tiempo para reponerse tras el encuentro con su hermano.

La mayoría del arte de la subasta será retocado y se venderá a un precio mayor, mientras que las piezas más bellas se guardarán aquí mientras mi equipo trabaja en enviar copias idénticas al mundo, que acabarán en las paredes de gente con más dinero que gusto artístico.

Cuando terminamos, estoy algo más tranquilo, pero toda la ansiedad vuelve al ver que Kaia entra en mi despacho, donde Frank y yo compartimos un trago de whisky para celebrar. Tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar y todavía se suena la nariz, pero me dedica una débil sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, sirviéndole una copa de inmediato.

Al aceptarla, se encoge de hombros. —¿La vida de un criminal es siempre tan dura?

Frank y yo nos intercambiamos una mirada. —Creo que tu familia es un caso especial.

Lleva el vaso a los labios y da un buen trago, luego se estremece al sentir el ardor bajando por la garganta. —Me ha dicho dónde está Eva.

Se me cae el alma a los pies. —¿Sigue viva?

Kaia asiente. —Eso creo. La escondió en los túneles de excavación bajo la mansión de mi tío. Vic tampoco le dijo nunca a mi tío dónde estaba porque, en el fondo, no termina de confiar en él. Pero no es su casa principal. El tío tiene otra a las afueras de Nueva York. Está muy vigilada, con muros altos, guardias armados y una seguridad tremenda. Yo solía ir porque tía Kara… —La voz se le quiebra y bebe otra vez—. Ella prefería estar allí porque quedaba lejos del centro de la ciudad. ¿La conoces?

Frank ya está ante mi ordenador y sus manos vuelan sobre el teclado; luego asiente. —La vigilamos de lejos pero nunca vimos movimiento. Solo se ha visto a Antov en su mansión de la ciudad,

que creemos que es donde se ha quedado desde que atacamos la casa familiar.

—Es listo —responde Kaia—. Pero nadie entra en esa casa sin pelear.

—Si… si no sabe que Eva está allí abajo… —No consigo terminar la frase.

La sola idea de que mi hija muera de hambre por haberme demorado demasiado es un dolor imposible de soportar, pero las palabras no hacen falta para que todos comprendamos.

—Vic dice que uno de sus hombres sabe que Eva está allí y que es importante. Deberían estar cuidándola.

—Si es verdad —murmuro—. Puede que mienta. Puede que haya visto a través de tus mentiras y te esté tomando el pelo, a ti y a todos. No pondría nada de eso en duda. Un hombre tan retorcido es igual de peligroso diciendo la verdad.

—¿Cómo te lo contó todo? —pregunta Frank, apartándose del ordenador.

La cara de Kaia se crispa. —Le dije que subiría aquí y mataría a Flynn, luego mataríamos a sus hijas y los Yudkin serían los que mandasen. Le hice creer que fue casi toda idea suya porque Flynn es un imbécil.

Frank enarca una ceja y me lanza una mirada. —Si Vic cree que ganar es seguro, puede que haya algo de verdad en sus palabras.

—No puedo permitirme esperar ni un minuto más —digo con voz tensa—. Angie ya ha sufrido bastante y Eva… si hay aunque sea una mínima posibilidad de que esté allí, tengo que—.

—Déjame ir —interrumpe Kaia de repente.

Los dos nos giramos hacia ella y la observamos vaciar su copa.—¿Qué?

—Déjame ir a comprobarlo. Si hacemos que parezca que me he escapado, es muy probable que me dejen entrar por la puerta principal. Conozco esos túneles. Vic y yo solíamos jugar allí de pequeños, cuando huíamos del mundo. Si Eva está ahí, puedo encontrarla.

Así, de repente, la desconfianza crece dentro de mí como una ola.

Me viene a la cabeza que esto podría ser otra artimaña, que ponerla junto a su hermano les ha permitido urdir un plan que se aproveche de mí y condene a Eva a morir a manos de Kaia.

Y duele.

Duele porque esa desconfianza choca con el afecto creciente que siento por la mujer que cocina, pinta y juega con mi hija hasta hacerla reír a carcajadas.

—¿Y si esto es una trampa? —interviene Frank—. Te mandamos al nido del león, donde la vida de Eva queda en tus manos. ¿Cómo se supone que debemos confiar en ti?

—Confiad en mi culpa —responde Kaia—. Por dentro... estoy destrozada cada vez que pienso en el miedo que tuvo que pasar Angie cuando la robé. Aunque mi equivocada justificación fuese salvarnos a las dos, sé que la asusté y eso me convierte en alguien tan horrible como el monstruo que tenéis en vuestro calabozo. Quiero enmendar eso. Por favor, dejad que os devuelva a vuestra otra hija a casa para compensarlo.

—Pero... —empieza Frank y le interrumpo.

—Déjanos a solas, Frank.

—¿Señor?

—Necesito hablar con ella a solas.

El rostro de Frank se retuerce de incredulidad al ver que le despido, pero aun así agacha la cabeza y sale de la habitación.

Cuando la puerta se cierra, voy hasta el sofá y me dejo caer con un suspiro cansado.

—Confiar en ti parece imposible. Te miro y quiero hacerlo. Pienso en tu estancia aquí, en nuestro tiempo juntos, y siento que debería poder confiar en ti, pero hay algo que me lo impide.

—Lo sé —dice Kaia en voz baja mientras se acerca a mí con la copa en la mano—. Pero no tienes alternativa. No te lo digo para engañarte, pero necesitamos saber si Eva está allí y sigue viva, y cualquier ataque a esas paredes sería una sentencia de muerte. Esta es la única forma de entrar y reducir al mínimo el riesgo para tu hija. Si voy y muero, entonces aún os quedará la opción de atacar.

Dice la verdad y, en el fondo de mi alma, lo sé. Solo tengo dos opciones.

Esperar y arriesgarme a perder a Eva.

Atacar y arriesgarme a perder a Eva.

Confiar en Kaia y arriesgarme igualmente. Es una decisión imposible porque, elija lo que elija, la responsabilidad del destino de Eva recaerá sobre mis hombros, como si ya no me estuviese aplastando ese peso.

—¿Cómo puedo demostrarte que puedes fiarte de mí? —pregunta Kaia.

—No puedes —musito, bajando la mirada hacia mis manos—. Me pides que confíe la vida de mi hija a la mujer que ha intentado matarme dos veces, que robó a Angie. Y sé por qué lo hiciste. De verdad que lo entiendo. Pero en mi interior... tengo miedo. Miedo de confiar en ti y que ella muera. Miedo de confiar en ti y que *tú* mueras. Miedo de haber esperado demasiado mientras jugabais conmigo, miedo de que—.

De repente, está de rodillas ante mí, rodeando mis puños entrelazados con sus manos.—No puedo ni imaginar lo asustado que estás. Y sé que tenemos motivos de sobra para odiarnos por todo lo que ha pasado entre nosotros y nuestras familias. Me secuestraste, pero ahora que sé la verdad siento que tu razón era la misma que cuando yo me llevé a Angie para salvarla de ti. Los dos lo hicimos para proteger a alguien que nos importa. Y Angie me importa de verdad. Es un encanto, y sigo tan afectada por lo que hizo mi hermano que aún no me lo creo. Pero también me importas tú, Flynn. Quizá no debería. Quizá debería odiarte tanto como me odio a mí misma, pero no lo hago. Te miro y solo veo a un padre desesperado por salvar a su niña.

Sus palabras son más suaves de lo que merezco y, a pesar de esa voz de advertencia en mi mente, en lo más hondo de mi corazón, sé que tiene razón.

Incapaz de confiar en mí mismo, sí confío en Angie y en ese instinto suyo que le hizo salvar a Kaia en el muelle.

Sin eso, no tendría esta posibilidad de recuperar a Eva sana y salva.

Debería saber si me manipula, si está tramando algo para salvar a su hermano, pero no puedo distinguirlo.

Mi juicio está nublado por el duelo que arrastro desde hace semanas—y por la atracción que siento por ella en mi interior.

—Si no puedes confiar en nada de eso —continúa Kaia suavemente—, entonces confía en que me importáis tanto tú como Angie y que necesito arreglar esto por mi propia paz. He estado demasiado ciega con mi familia durante mucho tiempo.

—Esas solo son palabras —respondo en tono tenso—. Las mismas palabras con las que tu hermano te manipuló hasta confesarte la verdad.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —insiste Kaia, mirándome con sinceridad—. Haré cualquier cosa y todo lo que me pidas hasta que confíes lo suficiente en mí para esto. Solo dime qué quieres y lo haré, Flynn. Déjame demostrarte que puedes confiar en mí. *Por favor*.

En ese momento, la confusión se desvanece mientras me sumerjo en su mirada. ¿Hasta dónde está dispuesta a llegar? ¿Hasta dónde puedo presionarla?

Me inclino hacia delante y le sujeto la barbilla con suavidad.—Son palabras peligrosas, Kaia.

—Y, sin embargo, las siento todas y cada una de ellas.—

KAIA

Cuando alzo la vista hacia Flynn, el corazón me da un vuelco y, poco a poco, todo lo demás se desvanece.

Sus dedos se tensan sobre mi mandíbula y una pregunta calienta su mirada mientras nos observamos, así que, para responderle, me incorporo sobre las rodillas y apoyo ambas manos en sus muslos.

—Haré lo que sea —repito en voz baja, y la mandíbula de Flynn se tensa de lado por un instante. Quiero lo que él quiera darme, aunque solo sea un beso. En el fondo, sé que la confianza no se puede forzar, pero el hecho mismo de que Flynn esté considerando esto me hace pensar que la confianza no es el auténtico problema aquí y que algo más está ocurriendo.

¿No quiere que me vaya?

Después de lo que le hice a Angie, aunque mis razones tengan sentido, pensé que estaría deseando librarse de mí como fuera.

Pero duda, y eso reconforta mi corazón dolorido.

Sin embargo, es la única opción que nos queda. Yo lo sé y él también.

Si hay alguna manera de que consiga una última noche de sexo increíble antes de arrastrarme hacia lo que seguro será mi muerte, habrá merecido la pena.

Mi tiempo aquí, por breve que haya sido, me ha tratado mejor que todos mis años en casa, y fui demasiado ciega para verlo.

Dado lo negro que se presenta mi futuro con la mancha de Yudkin sobre mi nombre, esto es lo mejor que puedo hacer por todos los implicados.

—Kaia. —La voz de Flynn suena tensa al pronunciar mi nombre, como si siguiera debatiéndose internamente, así que le animo a rendirse y dejarse llevar deslizando lentamente mis manos por sus muslos.

—Flynn —susurro—. Las palabras no van a conseguir que confíes en mí y los hechos solo te hacen dudar. Déjame demostrártelo. Quiero hacerlo. Así que *déjame*.

Toda su indecisión se desvanece en cuanto mis manos se acercan a su entrepierna y él se deja caer hacia atrás en el sofá, mirándome con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo —sus palabras caen lentas, como miel—. Enséñamelo.

Me impulso hacia delante, acomodo las manos en el pliegue de sus caderas y estiro el cuello hasta que mi boca choca contra la suya.

Y, de repente, algo se libera entre sus manos; me aferra el pelo con una fuerza abrasadora, mientras su lengua invade mi boca.

Mientras nos besamos, tiro de sus pantalones hasta que la piel del cinturón se desliza entre mis dedos, la cremallera se abre y el calor debajo de su ropa me atrae irremediablemente.

La polla de Flynn ha estado dentro de mí suficientes veces como para que mi centro palpite en cuanto la tengo en la mano, pero, de algún modo, ahora se siente más dura y gruesa en mi palma.

Gruñe en mi boca cuando le acaricio de la base a la punta, haciéndole estremecer bajo mi contacto en cuestión de segundos.

Es más excitante de lo que jamás admitiría ver cómo se pone duro en apenas unos toques.

Le muerdo el labio y él jadea justo cuando giro mis dedos alrededor de la base de su glande, y un gemido real y suave brota de él.

Me echo hacia atrás con una sonrisa burlona mientras él busca mis labios para otro beso, pero mi huida no dura demasiado.

Aprovecha su agarre en la nuca para atraerme de nuevo y besarme, chocando los dientes y nuestras lenguas en una guerra propia.

Estoy jadeando cuando me aparto, los dedos resbalan con el líquido preseminal que mana de la punta de su polla a cada caricia.

Su rostro enrojece y la vena de la mandíbula se resalta cuando cierra los dientes con fuerza y se reclina hacia atrás soltando un gruñido.

Se está desmoronando mucho más rápido de lo que esperaba.

¿Le pone que tome la iniciativa?

Deseosa de no decepcionarle, me arrodillo de nuevo y apoyo los glúteos en los talones.

Respiro hondo, me inclino hacia delante y paso la lengua plana sobre el glande de su polla.

El gemido que se le escapa a Flynn es tan diferente y dulce que no puedo resistirme a hacerlo una vez más.

Y otra.

Se está deshaciendo debajo de mí, y el orgullo me llena el pecho mientras abro los labios y me lo llevo a la boca.

El sabor terroso se apodera de mi lengua mientras su peso se posa con fuerza sobre ella, y me centro por completo en mantener la respiración acompasada mientras intento tragarlo lo más profundo posible.

Flynn aprovecha el agarre en mi pelo para empujarme un poco más abajo, obligándome a atragantarme ligeramente.

Dejo que mi mano resbale de su miembro de vuelta a su muslo y, mientras presiono la lengua contra el lado inferior de su polla, siento cómo mi centro se contrae.

Nunca le había escuchado hacer sonidos así.

Cuando se me escapa un gemido de puro deseo, sacar más y más sonidos de él se convierte en mi única meta.

Subo y bajo la cabeza, aplano la lengua, tarareo cada vez que bajo y ahueco las mejillas cuando subo.

Flynn se desmorona. Sus muslos tiemblan bajo mis manos, sus caderas se impulsan hacia arriba con esfuerzo contenido y sus manos se aferran a mi pelo como si estuviese luchando contra el

deseo irrefrenable de sujetarme y follarme la garganta como si el mundo fuera a acabarse.

Parte de mí quiere que él simplemente me demuestre que hablaba en serio, y haría cualquier cosa para probarle que puede confiar en mí.

Justo cuando lo estoy pensando, Flynn se desmorona por completo y de repente se corre con un gemido, descargando una y otra vez en mi garganta, sin darme opción más que tragar con lo profundo que tiene su polla dentro de mí.

Ahí me sostiene, atrapándome momentáneamente mientras cada espasmo tembloroso de su polla hace que sus caderas se eleven y empuje aún más dentro de mi boca.

El reflejo me obliga a tragar alrededor de su polla y un sonido herido se escapa de Flynn, haciendo que sus huevos tiemblen contra mi barbilla.

No puedo respirar, pero justo cuando pienso en apartarme, Flynn de repente me saca de su polla y respiro hondo, desesperada por aire.

Apenas tengo un segundo para reubicarme y él me levanta, me lanza sobre el sofá y Flynn se coloca sobre mí, jadeando sin aliento.

—Voy a follarte como si fueras mía —gruñe sobre mí, sus manos desgarrando mi ropa mientras yo yago allí luchando por recuperar el aliento—. Y si te atreves a correrte antes de que te dé permiso, te azotaré tan fuerte que no vas a poder caminar.

—Es tentador —suspiro, y la palabra se pierde entre nosotros cuando Flynn vuelve a aplastar su boca contra la mía.

Entonces ya está dentro de mí. Vete tú a saber dónde han acabado mis bragas en medio del caos frenético de la ropa rasgada. Pero su polla se abre paso dentro de mí, una mezcla de dolor punzante y placer fulgurante, y entonces me folla como si quisiera destrozarme.

Mi mente se queda completamente en blanco.

No importa nada más que el peso brutal de su polla hundiéndose dentro de mí mientras me folla con embestidas cortas y frenéticas.

El calor recorre mis brazos y piernas, convirtiendo mi piel en un mar de escalofríos conforme cada parte de mi cuerpo se enciende de

pura emoción.

Mis labios se entreabren y cada embestida arranca un sonido de mi garganta, gemidos y jadeos escapando de mis labios y Flynn los bebe como si estuviera completamente sediento.

Cuando no está besando mis labios hinchados, recorre mi mandíbula a mordisquitos y deja besos húmedos y abiertos por mi cuello hasta el hombro, donde muerde y va subiendo de nuevo a besos.

Una mano se apoya en los cojines del sofá junto a mí, mientras la otra recorre mi cuerpo, masajeando mis pechos, bajando por mis curvas y terminando por agarrar mi muslo y subirlo contra su cadera.

Desde ahí, Flynn empuja mi pierna contra mi cuerpo y la usa como apoyo para follarme más duro y rápido que antes.

Todo es un borrón.

El placer recorre mi cuerpo como un fuego arrasador que me barre de arriba abajo para finalmente instalarse bajo vientre, donde arde y crece.

Mi coño se aprieta alrededor de su polla mientras el orgasmo se acerca sin freno y sus palabras resuenan en mis oídos.

No te corras.

Intento distraerme pensando en cualquier otra cosa, pero sus ojos están clavados en los míos y me besa con tanta pasión que resulta fácil creer que de verdad soy su amante y esto no es solo sexo.

Se cuela con la lengua en mi boca, gime contra mí y sus dedos se clavan en lo más profundo de mi muslo para no soltarme.

Nada de eso me distrae de verdad.

Ni el sofá bajo mí pegándose a las zonas desnudas de mi espalda donde la ropa se ha subido, ni el cojín detrás de mi cabeza que no es tan suave como el sofá, ni las luces tras la cabeza de Flynn.

Nada.

Estoy completamente obsesionada y enredo mis dedos en su pelo mientras él me besa hasta borrar cualquier pensamiento y el aire de mis pulmones.

—No puedo —jadeo débilmente cuando se rompe el beso—. No puedo—.

—Sí que puedes —gruñe Flynn, hundiendo sus caderas en mí—. Puedes.

Cada negativa mía le hace follarme aún más fuerte mientras él recita que, de hecho, sí puedo.

Y, de alguna manera, lo hago.

Me folla hasta que estoy al límite, hasta que siento que ya no tengo forma y todo el placer arremolinándose en mi vientre es intenso y desesperado.

—Córrete para mí, Kaia —susurra Flynn en mi oído, y sus palabras abren el cerrojo.

Jamás me he corrido tan fuerte en mi vida. Por un instante, no puedo ni respirar.

Me quedo suspendida en el silencio, con el coño apretando y palpitando rítmicamente, masajeando la polla de Flynn y haciéndome caer de cabeza en un éxtasis absoluto y total.

No es hasta que me besa de nuevo que recuerdo respirar y lo hago con un fuerte suspiro, desplomándome de nuevo en el sofá.

Oleada tras oleada de placer me deja débil y sin fuerzas, incluso mientras las embestidas de Flynn se ralentizan y él sale suavemente de mí, besándome la frente con una ternura casi engañosa.

Creo que él también se ha corrido.

Hay tanto calor y humedad dentro de mí y no me queda energía para moverme.

Flynn se pone en pie, su polla reluce entre sus piernas y se dirige al mueble bar, regresando con dos vasos de whisky.

No tengo ni idea de dónde ha sacado una manta, pero me la coloca por encima.

Después de limpiarse y volver a guardarse la polla en los boxers, se sienta junto a mí y bebe.

Llevo mi vaso a los labios y lo imito mientras me incorporo, aún jadeando por recuperar el aliento.—Así que —suspiro suavemente—, ¿ahora confías en mí?

Flynn baja su vaso y me mira, los ojos convertidos en una tormenta de demasiadas emociones para que mi cerebro nublado

por el placer sea capaz de descifrar.

—Aceptaré tu plan —dice tras un instante de silencio—. Pero quiero que sepas algo. Si le pasa algo a Eva por tu culpa, si juegas conmigo o me haces daño, que sepas que pasarás el resto de tu vida sufriendo, ¿me entiendes?

Su amenaza parece casi teatral, como si pudiera ver la preocupación en sus ojos. Tomo su mano y sus ojos bajan a mirar mis dedos.

—La traeré de vuelta —digo en voz baja—. Lo prometo, Flynn.

KAIA

Flynn tarda un día en organizarlo todo, lo que me da tiempo para recuperarme, al menos un poco, del mejor sexo de mi vida.

Tras una ducha y algo de sueño, todo empieza a ir a toda velocidad y me llaman de nuevo al despacho de Flynn poco después del anochecer.

—¿Estás lista? —pregunta Flynn cuando apenas acabo de entrar por la puerta.

—No —respondo al instante—, pero estoy dispuesta.

Frank está cerca, con el móvil en la mano, y mira primero a Flynn y luego a mí.— Última oportunidad para echarte atrás en esto.

—No —responde Flynn—. Por mucho que me fastidie, Kaia tiene razón. Es nuestra mejor y más segura forma de entrar en la casa de Antov. Cualquier otra opción pondría en riesgo a Eva y solo la usaríamos como último recurso.

Me reconforta que haya terminado por ver las cosas como yo, pero de nuevo tengo muy claro que no quiere que me vaya. Aún no estoy segura de que nuestro problema haya sido de confianza.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, deteniéndome junto al escritorio de Flynn.

—Estamos en Long Island —dice Flynn—. Eso significa que tenemos que llevarte de aquí hasta allí sin que parezca que puedes ser capturada. Así que vamos a hacer como si hubieras robado una

pistola a uno de los guardias, matado a un par de personas y robado un coche.

—Vale. —Asiento mientras habla—. Suena factible.

—Te seguiremos hasta a unos cuantos kilómetros de la finca de Antov, luego irás por tu cuenta —continúa Flynn, sin mirarme mientras rodea la mesa—. Pero estaremos vigilando desde arriba, y una vez dentro, controlaremos el perímetro cerca de la entrada y la salida de los túneles.

—De acuerdo. —Vuelvo a asentir. Mandar cualquier tipo de señal será imposible con la seguridad del Tío, pero solo necesito llegar a los túneles, encontrar a Eva y escapar. Debería ser fácil—. ¿Entonces, cómo lo hacemos?

De repente, Flynn me extiende una pistola.— Toma. Dispara un par de veces por si a Antov se le ocurre comprobar si tienes restos de pólvora.

—Tiene sentido. —Dándome la vuelta, camino hacia la ventana abierta y disparo varias veces al parterre de flores de fuera.— No sé robar coches, eso sí.

—El coche tiene las llaves puestas, así que mientras crea que se las has robado, no habrá problema.

—Vale. —Vuelvo hacia Flynn, sintiendo cómo el corazón se me acelera cuando por fin me mira.

—Una cosa más —dice—. Tenemos que hacer que parezca que te ha costado lo indecible salir de aquí. Es la única forma creíble de que elijas sobrevivir antes que rescatar a tu hermano.

—Así que tienes que pegarme. —Me lo esperaba. Tenemos que vender este plan mucho, y si no parezco alguien que ha pasado por el infierno, el Tío lo notará enseguida.— Está bien, puedo aguantarlo.

Flynn ya me había pegado antes, cuando me mandó de vuelta con Vic con el labio ensangrentado, así que esto será lo mismo. Pero mientras me mira en silencio, noto algo diferente. No levanta la mano, no se lanza ni nada, aunque los dedos le tiemblan.

—No puedo —dice Flynn de pronto, y suena dolido—. Frank, tú y los demás tenéis que dejarle marcas. Que resulte creíble.

Frank duda antes de acercarse.— Sin problema.

Se coloca en el lugar de Flynn a mi lado y frunce el ceño cuando nuestras miradas se cruzan.— Perdona.

—Hay que hacerlo —respondo con una sonrisa forzada, pero la mayor parte de mi atención está en Flynn cuando se aleja y me da la espalda. Me ha golpeado antes cuando fue necesario, ¿por qué no ahora? ¿Qué ha cambiado? Esas ideas pasan por mi cabeza solo un instante, antes de ser barridas de golpe por la mano de Frank estrellándose contra mi mandíbula.

Veinte minutos después, estoy en el coche "robado" y huyo de Long Island de vuelta hacia Nueva York. Durante semanas no tuve ni idea de dónde estaba. Al final, resulta que no estaba tan lejos de casa. Me arde la cara, la sangre me corre desde un corte en la ceja y las costillas laten y duelen con cada respiración. Ha sido duro aguantar la paliza. Aunque se han contenido y solo me han dejado lo justo para aparentar, ha sido brutal.

Flynn no me ha mirado ni una sola vez durante todo el castigo, como si no pudiera soportar la imagen.

Cuando ha terminado, ha cogido mi mano y me ha dado las gracias por hacer esto, como si su amenaza de ayer ya no importara. Al final, da igual si me cree o no.

Yo sé mi verdad.

Eva es lo único que me importa.

La enfermedad de mi familia tiene que acabar y, si consigo evitar que asusten a una sola chica más y salvo a Eva, pase lo que pase conmigo, habrá merecido la pena.

Mientras conduzco sin mirar atrás, mi mente repasa todo lo que ha pasado y cómo la revelación de mi hermano ha puesto en duda todo lo que creía sobre mi familia.

¿Es correcto llorar a la tía Kara o ella era tan retorcida como mi tío?

¿Y qué pasa con Anya?

Era mi mejor amiga y ahora está muerta en algún lugar.

De pronto me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué pasó con su cuerpo o si su familia supo alguna vez de su muerte.

Un detalle tan pequeño en un plan tan grande, pero de repente es lo único en lo que puedo pensar.

¿Era inocente?

¿O era una enviada de mi tío y mi hermano para mantenerme atada y bajo su control?

La falta de respuestas me duele, igual que saber que mi familia ha traumatizado a dos niños inocentes y vendido a tantos otros.

Quizá salir de esta sin mi vida no sea tan malo.

No es como si el apellido Yudkin mereciera seguir existiendo.

Pero Flynn.

Un hombre al que odiaba, un hombre al que intenté matar con todas mis fuerzas, dio la otra mejilla y soportó toda mi rabia y mis ganas de matarle por su hija, un hombre que incluso me trató con amabilidad y se preocupó por mis heridas, me dio de comer y me vistió, cuando podría haberme tratado exactamente igual que a mi hermano.

¿Por qué yo era diferente?

Debería haberle preguntado antes de irme. Supongo que no volveré a verle jamás.

El coche derrapa hacia un lado mientras giro el volante y me adentro en el largo camino que lleva a la finca privada de Antov.

Hace poco más de un mes, aquí era donde debería haber acabado después de que Vic me arrastrara fuera de nuestra casa en llamas.

Cuando desperté con Flynn, jamás pensé que volvería a ver este lugar.

Árboles altos flanquean los lados del camino antes de llegar a varias estatuas de piedra que enmarcan la última milla hacia los imponentes muros negros que rodean toda la propiedad.

Reduzco la velocidad del coche con cuidado, lo justo para que mi conducción parezca desesperada, aunque sigo manteniendo el control del vehículo, y pronto las luces brillantes de la puerta aparecen ante mí.

Mi corazón empieza a latir con fuerza.

Un solo error y estoy muerta.

Una palabra equivocada y todo esto se irá al traste.

No tengo a nadie a quien acudir ni con quién apoyarme.

Realmente, todo depende de mí.

Aspirando una bocanada más profunda de aire, piso el acelerador a fondo mientras me acerco a la puerta y luego freno en seco justo a tiempo para que el coche se detenga con un chirrido y solo un leve golpe contra las puertas.

Ya, luces potentes a lo largo del muro iluminan el coche, cegándome mientras varios hombres armados salen corriendo de la caseta de vigilancia, gritándome y apuntándome con sus fusiles de asalto dentro del vehículo.

—¡Fuera del coche!

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

—¡Hija de puta!

—¡Esta zorra tiene ganas de morir!

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Todos gritan tan alto que apenas puedo oírlos mientras me sacan a rastras del coche, y yo me aferro al terror que me atenaza, estallando en lágrimas en cuanto me tiran sobre el asfalto y me inmovilizan con botas y cañones de fusil.

—¡Parad! —chillo, dejándome llevar por el dolor que me atraviesa todo el cuerpo—. ¡Soy yo! ¡Soy yo!

—¡Cállate de una puta vez! —grita uno.

—¡Arma en el coche! ¡El resto está limpio! —grita otro.

Un puño me agarra del pelo y me obliga a ponerme de rodillas, mientras una luz cegadora me apuntan directamente a la cara.

—¿Quién coño eres? —vocifera un hombre que acerca tanto su rostro al mío que las cerdas de su barba me arañan la barbilla.

—¡N-necesito ver a mi tío! P-por favor, por favor, dejadme verle, ¡por favor!

La presión en mi pelo se intensifica un segundo y el mundo se queda en silencio.

Sigo suplicando, tropezando con las palabras mientras las lágrimas empapan mis mejillas y mi corazón retumba como un tambor en mis oídos.

Cada vez que inspiro, el dolor me atraviesa las costillas y la cabeza me late sin descanso.

Entonces apartan la luz y la mano de mi pelo pasa a sujetarme por el brazo.

—En pie —ladra otra voz, y me levantan a la fuerza.

Oigo el chisporroteo de la radio, luego el agudo chirrido de las puertas al abrirse de golpe.

Parpadeando entre lágrimas, fuerzo los ojos a cerrarse para intentar desprenderme de la huella de la luz que aún me persigue en los párpados, pero cada vez que los abro sigo sin ver con claridad.

Me arrastran del brazo por un sendero de grava que cruje bajo mis pies, con alguien a cada lado guiándome para que no me caiga.

La grava da paso a unos escalones de piedra y, luego, el chirrido de una bisagra y el golpeteo de un llamador anuncian que he llegado a la mansión.

De nuevo intento abrir los ojos.

He cambiado el exterior nocturno por un vestíbulo cálidamente iluminado, donde resuenan apresuradas pisadas en el piso de arriba.

Sigo los pasos con el oído y aparto bruscamente mi brazo de la mano de uno de los guardias, dejando que sigan cayendo mis lágrimas.

Y entonces aparece él.

El tío Antov tropieza en lo alto de las escaleras y baja corriendo varios escalones antes de detenerse al encontrarse con mi mirada.

—¿Kaia?

—¡Tío! —corro hacia él soltando un gemido y la mano de guardia que quedaba sobre mi hombro desaparece.

Antov baja corriendo y llega al pie de las escaleras justo a tiempo de que me derrumbe dramáticamente en sus brazos—. ¡Ha sido horrible! —sollozo con fuerza—. ¡Dios mío, Dios mío, tío! ¡Dios mío!

—¡Kaia! —Su incredulidad es palpable. Mientras me rodea con sus brazos, apretándome contra su pecho, estoy a punto de rendirme ante la cálida sensación de tenerle cerca.

Su olor a madera y humo de puro me resulta dolorosamente familiar, y las lágrimas me brotan aún con más intensidad.

—Yo... yo escapé —consigo balbucear mientras me ahogo con mis sollozos—. Maté a un hombre y había tanta sangre y escapé, escapé y escapé... —

De repente Antov me toma la cara entre las manos y me obliga a alzar la cabeza hacia la luz. Sabiendo lo claro que dejó Vic que Antov

no desea otra cosa que follarme, me trago el asco y me aferro a su caricia como si fuera lo mejor que he sentido nunca.

—Cuéntamelo todo —dice, sin perder un segundo—. ¿Está tu hermano contigo? ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho daño? ¿El cabrón de Gallagher está muerto?

Una pregunta tras otra, pero estoy demasiado asustada como para responder en el vestíbulo, rodeada de sus guardias.

Así que, soltando un gemido débil, finjo desmayarme en sus brazos y mantengo los ojos bien cerrados.

—Llamad al médico —brama Antov, apretándome contra él—. ¡Llamad al puto médico!

FLYNN

—¿Ha llegado bien? —La pregunta, cargada de peso, sale de mis labios mientras Frank vuelve a entrar en la cocina, pero no levanto la vista de los huevos que estoy batiendo, por miedo a lo que encuentre en su mirada.

—Por lo que hemos visto, sí. Lo último que vimos fue cómo chocaba contra la verja. En cuanto avisaron a seguridad, tuvimos que retirarnos, pero he dejado las señales adecuadas para que Antov las capte y sepa que estamos cabreados por la fuga y buscándola. También hemos sacado un par de cadáveres que podremos hacer pasar por los guardias a los que disparamos.

Asiento mientras habla, repasando todo en mi cabeza mientras pliego los huevos y echo la especia que tanto le gusta a Angie. Me duele pensar en Kaia.

Si tenemos un golpe de suerte, Eva podría estar de vuelta con nosotros en un par de días y mi familia, hecha trizas, volvería a estar unida. O Kaia podría fracasar y entonces tendría que preparar el funeral para las dos.

Dejo de remover y finalmente levanto la mirada hacia Frank. Me observa con el ceño fruncido y, cuando nuestros ojos se encuentran, aprieta los labios.

—Esto es peligroso —murmura.

—Lo sé. Pero ¿qué otra opción tenía? En las semanas que ha estado aquí, lo hemos intentado todo. Hemos matado a sus hombres, quemado sus negocios, atacado todo lo que se me ha ocurrido, y todo ese tiempo él ha estado usando la vida de mi hija como moneda de cambio, y yo sin poder hacer nada más que esperar a que me exija algo. Así que Kaia... es nuestra única oportunidad real.

Frank suspira hondo y se une a mí junto a la placa. —Lo sé. Todo el mundo habla de cómo te has apartado. Antov presume de lo que tiene contra ti, y nuestros aliados y enemigos piensan que somos débiles. Estamos en una situación imposible.

—Lo dejaría todo, ¿sabes? —digo mientras sirvo los huevos en el plato de Angie—. Sin dudarlo, lo dejaría todo con tal de recuperar a Eva.

—Lo sé.

—Y ahora... Kaia. —Cojo el plato de Angie y me vuelvo hacia Frank—. Siento que la he enviado directa a la muerte.

—Mira cómo ha sobrevivido aquí. Ha intentado matarte. Dos veces. Incluso logró escapar una vez. Es una mujer fuerte, capaz y tiene un objetivo. Por mucho que no confíe en ella, espero que me sorprenda. Encantado de equivocarme.

Le doy una palmada en el hombro al pasar y entro en el comedor, donde me pongo una sonrisa feliz y falsa antes de servirle el desayuno a Angie.

—¡Papi! —Nos mira radiante—. ¿Kaia puede desayunar con nosotros también?

—Lo siento, cariño, no puede. —Mientras me inclino sobre ella, le sirvo el zumo de naranja.

—¿Sigues enfadado con ella?

—Un poco. Pero no es por eso.

—¿Entonces por qué? —Coge el tenedor y pincha distraída los huevos, mientras balancea las piernas y me da con ellas cuando me siento a su lado.

—Kaia... ha tenido que irse.

Angie deja de comer enseguida. —¿Como Eva?

—No, no, cariño. No como Eva.

Su labio inferior tiembla mientras asiente. —¿Entonces volverá?

Se me parte el alma al ver tanto dolor en esos ojos enormes y me muero de ganas de prometerle que ambas volverán, pero no es una promesa que pueda hacer. —Lo intentará —le respondo—. ¿Recuerdas en tus cuentos, cuando la abuela hada viene, hace feliz a la gente y luego se marcha para ayudar a otros?

Estoy intentando encontrar algo a lo que agarrarme, pero por suerte Angie asiente y sigue comiendo.

—Pues es algo parecido. Kaia ha tenido que marcharse a hacer algo especial e importante, así que no sé si regresará. Pero espero que sí.

—Vale, papi —responde Angie metiéndose huevos en la boca—. Y Eva también.

—Y Eva también. —Inclino la cabeza y le doy un beso en la coronilla—. Come, cuando termines podremos hacer lo que tú quieras hoy.

—¿Lo que yo quiera? —pregunta con la boca llena.

—Eso es. Hoy es tu día.

Por mucho que adore pasar tiempo con Angie, ella también es, en parte, una distracción.

Saber que estoy tan cerca de Eva y sin poder hacer nada me está matando, pero mi cabeza no se calla y mi corazón no deja de acelerarse.

Y Kaia.

No fui capaz de mirar cómo mis hombres la golpeaban, aunque ayudase a hacer creíble la mentira.

Ni siquiera pude levantar la mano para hacerlo yo. Me importa.

Creo que me importa desde hace mucho, pero realmente lo sentí en el momento en que se subió al coche y se marchó corriendo.

Hay algo en ella que se me metió bajo la piel la primera vez que intentó matarme, y desde entonces ha ido creciendo hasta algo que no sé explicar, aunque hasta ayer solo hervía bajo la superficie.

Hasta que se lanzó sobre mí y la follé con toda la fuerza que pude, como si de alguna manera eso fuera a impedir que llevara a cabo su plan y por arte de magia se me ocurriera otra manera de salvar a Eva.

Pero no hay otra manera.

Esta es la mejor oportunidad que tengo y, sin embargo, siento que estoy sacrificando a Kaia para lograrlo.

Me he acostumbrado a la culpa en el pecho desde que se llevaron a Eva, pero ahora tiene una arista nueva.

Una arista que apareció cuando me enamoré de Kaia y la envié de nuevo a la boca del lobo.

Centrarme en Angie durante el día ayuda durante un tiempo.

Jugamos a juegos y hacemos una fiesta de té con dos sillas vacías para Eva y Kaia.

Pintamos juntos, jugamos al escondite en el jardín, luego preparamos pizzas y vemos películas hasta que la emoción del día hace que Angie se quede dormida en mis brazos.

La llevo en brazos a la cama, la arropo y paso una hora junto a ella simplemente observándola dormir.

Y como cada noche, se me rompe el corazón al imaginar cómo estará durmiendo Eva. Siempre fue la más tímida de las dos, siempre un poco más callada y dulce.

Aunque Kaia tenga éxito, nunca me perdonaré haber fallado tanto como padre.

Los suaves sonidos de Angie durmiendo casi consiguen dormirme también, hasta que me sobresalto y salgo de puntillas de su habitación.

Frank sigue sin tener noticias de Kaia, y ninguno de mis equipos de seguridad informa de ningún movimiento.

Ha pasado un día.

Mientras deambulo por la mansión, le doy vueltas a planes de emergencia. Podría llamar a los italianos.

Llevan décadas en paz con los rusos, pero si llega el peor de los casos, sé que me ayudarían a asaltar la mansión principal de los Yudkin.

Puedo contactar con algunas otras familias irlandesas, pero muchas de ellas compiten por mi posición en el mundo de la falsificación, y no puedo confiar en que ninguna aproveche esta oportunidad para quitarme del medio.

Al final, mi deambular me lleva hasta la puerta que baja a las celdas principales donde está Vic.

No sé por qué siento la necesidad de visitarle, pero antes de darme cuenta ya he bajado las escaleras y me acerco a los barrotes de su celda.

Bajo mi supervisión, se ha asegurado su cuidado y tratamiento desde el incendio, recibe una comida al día y una dosis de analgésicos para mantenerle despierto.

Está sentado de espaldas a la pared y suelta un silbido grave cuando me acerco.

—Vaya, vaya —murmura cuando llego cerca—. Así que por fin vienes a verme. —Su rostro se tuerce—. Cuando Kaia no volvió, supe que era demasiado gallina para matarte. Esa gorda es todo palabrería.

—¿De verdad pensabas que lo conseguiría?

Vic se aparta de la pared y escupe en el suelo a su lado.—Tuvo una oportunidad. Más cerca de lo que yo he estado. ¿Así que qué le has hecho?

—¿Me estás preguntando si la maté cuando intentó acabar con mi vida?

—¿Por qué coño hablas así? —gruñe Vic—. Joder, todo en ti parece un puto espectáculo.

Me burlo.—¿Y cómo quieres que entienda lo que coño quieres decir cuando ni siquiera logras construir una frase?

El rostro de Vic se vuelve aún más agrio.—Ya, claro. ¿Mataste a mi hermana?

—No.

Se le contrae el cejo.—¿Sigue viva?

—Por ahora.

Vic vuelve a recostarse y suspira.—¿Por qué estás aquí?

—Quiero preguntarte algo.

—¿Y te ha costado hasta ahora sacar huevos para venir a verme?

—Dejemos una cosa clara, *Vic* —murmuro—. No necesito huevos para venir a verte. La única razón por la que sigues respirando es por mí, ¿lo entiendes? Podía haberte dejado sin cuidado ni medicación y haberte dejado sufriendo hasta hartarme.

—Pero no lo hiciste —Vic sonríe de lado—. Porque eres un cobarde.

Me muerdo la respuesta inmediata y hablo con tensión.—¿Por qué no me mataste aquella noche? ¿Por qué llevarte a mi hija?

La cabeza de Vic rueda contra la pared.—Diversión.

—¿Diversión?

—Matarte así no tiene gracia. Es aburrido y yo de aburrido no tengo nada. Pero todo el mundo sabía lo que adorabas a tus hijas desde que tu puta murió. Te comportabas como si fueras mejor que *todos* los demás, así que quise darte una lección: nada es intocable. Ni siquiera los irlandeses de mierda como tú.

La rabia me arde dentro.—¿Eso es todo? ¿La secuestraste solo para jugar conmigo?

—Mhm. Y ha sido jodidamente delicioso.

Miro al suelo y medito sobre sus palabras.

Por las noches esperaba exigencias de negocios, de rescate o incluso por mi vida, pero nunca llegaron.

Debajo del dolor, nunca logré entender por qué la secuestraron y no pidieron nada.

Ahora sé que era solo por diversión.

—¿Quieres saber por qué te he cuidado? —pregunto en voz baja, alzando la mirada—. ¿Por qué te he tratado, alimentado y mantenido con medicación?

—Claro —bosteza Vic.

—Porque eres un animal, Vic. Y un animal que cree que tiene una oportunidad de escapar, seguirá luchando. Cualquier otra opción arriesgaba a que intentaras quitarte la vida antes de que descubriera dónde escondíais a Eva. Te he mantenido vivo y alimentado con la esperanza justa para que sigas creyendo que puedes ganar.

Los ojos de Vic se clavan en mí y se le afilan hasta volverse rendijas.—Mentira.

—¿Ah sí? —doy la vuelta y me encamino hacia las escaleras—. Kaia trabajaba para mí, pedazo de cabrón. Y te ha manejado como le ha dado la gana.

El rugido furioso de Vic me sigue hasta lo alto de las escaleras.

KAIA

Antov me mantiene recluida en mi habitación durante los primeros días.

La ansiedad pura de estar bajo su techo y tan cerca de él me ayuda a reforzar la idea de que Gallagher me traumatizó y me tuvo casi sin comer durante el tiempo que estuve con él.

Finjo debilidad cada vez que mi tío me visita, me muestro aún más débil cuando el médico me examina y me tomo mi tiempo para elaborar las respuestas más creíbles a las constantes preguntas que me lanzan.

¿Por qué algunas de mis heridas están tratadas?

Flynn me atendió a toda prisa cuando se dio cuenta de que podía servirme de moneda de cambio.

¿Por qué no fui a salvar a mi hermano?

Me ponían una venda en los ojos y me hacían caminar durante una eternidad, así que no tenía ni idea de cómo encontrar las celdas, y el complejo estaba en estado de máxima alerta.

¿Puedo recordar el camino que conduje hasta aquí?

Comprobad el GPS, ya que debería haber registrado mi ruta.

Cuando me dicen que el GPS fue destrozado por una bala, finjo ignorancia y les digo que no me di cuenta porque solo pensaba en huir.

Prometo que haré todo lo posible por recordar y vuelvo a la cama.

Cada día las preguntas son las mismas, como si esperaran que recordara algo más conforme descanse, pero yo mantengo siempre mis respuestas y rechazo cualquier analgésico.

Cuando el médico insiste en saber el motivo, simplemente le digo que Flynn solía drogarme y prefiero sentir mi dolor e incomodidad para recordar que sigo viva y a salvo.

No puedo decirles que no me fío de lo que puedan poner en sus jeringuillas.

Con la comida es igual. Todo acaba en el inodoro y las bebidas que me traen van directamente por el desagüe del lavabo.

Sobrevivo con agua del grifo porque el riesgo de que me droguen es demasiado grande.

Cuando el médico se marcha y los generales de mi tío se van tras hacerme las mismas ocho preguntas, viene el Tío.

Todas y cada una de las noches.

Se sienta en el borde de mi cama y acaricia mi pelo, me abraza con fuerza y deja que sus manos deambulen por mi cuerpo de formas que me revuelven el estómago de puro asco, pero mantengo mi fachada de *debilidad* y aguanto por una sola razón.

Eva.

Necesito que el Tío confíe lo suficiente en mí como para dejarme andar a mi aire, sin que nadie me vigile, y se aleje lo bastante para poder escabullirme.

Por desgracia, tras cuatro días bailando la misma danza repugnante con ese hombre, queda claro que nunca va a dejarme sola.

Me dice que están planeando asaltar todas las propiedades de Flynn para encontrar a Vic y que después estaremos todos juntos como una familia feliz.

Veo en sus ojos exactamente lo que significa eso.

Se me acaba el tiempo.

Cuando cae la noche del cuarto día, meto las manos en el agua corriente del baño y me llevo un poco a la boca.

Está fría y sabe un poco a metal, pero me ha mantenido con vida durante cuatro días, así que puedo soportarlo.

La finca queda en silencio salvo por los pasos apagados de los guardias que patrullan el pasillo frente a mi puerta.

Las costillas ya no me laten con la misma intensidad que la noche en que llegué, lo que me facilita deslizarme rápidamente fuera del pijama y ponerme unas mallas y una camiseta que saco del armario.

No puedo esperar más.

Voy a deslizarme por la celosía que hay bajo mi ventana, como hacía de niña, y a correr hacia donde creo recordar que está la entrada a las catacumbas. Si Eva está allí, la encontraré.

Tras ponerme las zapatillas, me acerco a la ventana, pero al abrir las puertas del balcón la duda ralentiza mis movimientos. Hace ya años que no bajo por esa celosía.

Antes solo la usaba para escaparme a jugar con Anya cuando me castigaban, y en aquel entonces era mucho más pequeña y ligera.

¿Seguirá aguantando mi peso después de tantos años?

Nunca llego a saberlo. Cuando ya estoy apoyada en el borde del balcón, unos nudillos duros golpean la puerta de mi dormitorio y me sobresalto.

—¿Sí? —digo, fingiendo que tengo la voz ronca.

—Antov ha solicitado su presencia en la cena.

—Vaya. *Mierda*. —Qué detalle, pero de verdad que no tengo hambre.

—Insiste —responde con frialdad—. Tiene diez minutos.

¿Quiere que vaya a cenar?

Repaso mentalmente los sucesos del día mientras me retiro de nuevo a mi cuarto.

¿No habré fingido suficiente debilidad?

¿Habré dicho o hecho algo que le haya hecho pensar que estoy lo bastante bien como para asistir y comer?

Miro de reojo al balcón. Diez minutos no son suficientes para bajar por la celosía y cruzar el jardín. Con suerte, solo alcanzaría la entrada oculta justo cuando alguien avisara a Antov de mi ausencia, y todo habría terminado.

—Joder —musito en voz baja.

Puedo hacerlo.

Aguantar una cena no va a ser tan difícil. Solo tengo que darle el juego igual que se lo di a Vic.

Me cambio de blusa y sustituyo las zapatillas por unos sencillos zapatos planos, abro la puerta de mi dormitorio y me sobresalto al encontrarme de pronto cara a cara con uno de los guardias de mi tío.

Nuestras miradas se cruzan y el peso frío e indiferente de sus ojos me revuelve el estómago.

¿Ha estado ahí plantado así todo el tiempo?

—Un poco cerca —musito, sujetándome al marco de la puerta para no perder el equilibrio.

El hombre no dice nada, pero me ofrece su brazo y, para mantener mi mentira, lo cojo y me apoyo fuertemente en él mientras bajamos por el pasillo y descendemos la escalera de caracol hacia el vestíbulo en el que me desmayé hace unos días.

Desde allí, hay un corto trayecto hasta el comedor y el guarda retira su brazo de mi mano en cuanto entro en la sala.

—Que aproveche —dice el guardia, y se da la vuelta, apostándose fuera de la puerta junto a otro hombre.

La confusión me calienta el pecho, y tomo una profunda inspiración que se me escapa en un golpe seco en cuanto entro en el comedor.

En medio de la estancia, sentados alrededor de una mesa circular repleta de comida servida en bandejas de plata y cuencos de cerámica, hay dos personas.

Mi tío está sentado en el extremo opuesto de la mesa, con el plato a rebosar y un muslo de pollo apretado en una mano mientras arranca trozos de carne del hueso.

Eso no es lo que me revuelve el estómago.

A su derecha hay sentada una chica.

Es la viva imagen de Angie, salvo que es más pálida, un poco más delgada, y su cabello cuelga desgreñado alrededor de sus hombros, como si fueran colas de rata.

Las ojeras se marcan bajo sus ojos y mira fijamente su plato vacío, inmóvil y apenas parpadeando.

Mi tío sabía dónde estaba.

Recurro a todo mi autocontrol para caminar normalmente hacia la mesa y ocupo el único otro asiento libre, al lado izquierdo de mi tío.

—Kaia —me sonríe ampliamente—. Qué alegría verte levantada y dando guerra.

—Gracias —fuerzo una sonrisa mientras me siento—. Perdona, no sabía que tendríamos compañía.

Antov se inclina hacia Eva y le acaricia la mejilla, después desliza la mano por su pelo fino y desmadejado.—Ella siempre cena conmigo —responde—. Lo hace desde que llegó, aunque hoy se está portando mal y no come. Eso no es nada propio de ella.

Por el brillo apagado de su piel, dudo mucho de eso.

Espera... ¿desde que llegó aquí?

¿Vic me mintió?

¿Ha estado con Antov todo este tiempo?

Vic parecía tan seguro...

Antov debió averiguar dónde estaba.

—Lo entiendo —digo con calma—. El apetito es algo caprichoso.

—No para ti —replica de inmediato Antov—. Comías como una cerda hasta que acabaste pareciéndote a una. No es que me moleste. Siempre me han gustado las mujeres con carne en los huesos. —Me sonríe enseñando hilos de carne atrapados entre los dientes.

La repulsión me sube y fuerzo una sonrisa que tiembla en las comisuras.

En todos mis años creciendo aquí bajo su *cuidado*, en cada comida caía un comentario sobre mi peso.

En cada evento, soltaba pullas junto con mi tía y yo las aceptaba todas, usándolas como combustible cuando entrenábamos y hacíamos ejercicio con Anya.

Mis curvas nunca desaparecieron, pero gané resistencia y fuerza dignas de mi peso.

De repente Antov se levanta y comienza a servirme el plato con comida que no voy a poder tragar, y me golpea como el azote frío de un látigo.

Ni una sola vez, ni en casa de Flynn ni el propio Flynn, nadie hizo jamás un comentario ni emitió un juicio sobre mi peso.

Nadie me cuestionó, nadie comentó ni me juzgó.

De hecho, Flynn apenas parecía capaz de quitarme las manos de encima y los comentarios que me llegaban se centraban en mis acciones o en mis cuadros.

Es curioso que el enemigo de mi familia me viera más como una persona que mi propia familia.

Echo de menos eso.

La añoranza por Flynn y su hogar, por una cena cálida con Angie y él donde esas preocupaciones no existen, me inunda el pecho y una tensión eléctrica me recorre de hombro a hombro.

—Come —insiste Antov—. Puede que él te estuviera matando de hambre, pero no se nota demasiado. Seguro que tu cuerpo está en modo supervivencia. ¡Unas buenas comidas y el peso se irá en un abrir y cerrar de ojos!

Quiero contestar, pero las palabras no salen.

A pesar de mirar fijamente mi plato mientras cojo el tenedor, toda mi atención está en la periferia, vigilando cómo la mano de Antov busca una vez más a Eva.

Ella ni siquiera reacciona.

Nada de sobresaltos. Nada.

Me recuerda vagamente a la primera vez que conocí a Angie, callada y sumisa sin una palabra que compartir.

Tengo que sacarla de aquí.

Pase lo que pase, cumpliré mi promesa.

—¿Algo falla con mi comida?

Las palabras cortantes de Antov me sacan de mis pensamientos errantes.

—No tengo mucha hambre.

—¿Por qué? Estás en casa. Estás a salvo. Deberías comer como una cerda.

—No cuando no tengo apetito.

Se cruza conmigo la mirada y la mantiene, frunciendo el ceño.—Come. No seas tan jodidamente desagradecida.

El tono gélido de su voz me obliga a esbozar una sonrisa débil y coger el tenedor, pero el metal apenas roza mi palma cuando él vuelve a atrapar a Eva y la arrastra de su asiento.

En el momento en que la sienta sobre sus piernas, algo dentro de mí se quiebra.

El cuchillo de mesa acaba en mi otra mano y me impulso hacia arriba con un grito, lanzándome por encima de la mesa y contra mi tío mientras él suelta un alarido de sorpresa.

Chocamos.

Eva cae hacia un lado.

Mi tío y yo volcamos con su silla al suelo y levanto el puño, clavando el cuchillo con fuerza en su hombro.

Él grita de dolor y su alarido, junto con el alboroto, hace que la puerta del comedor se abra de golpe.

Los dos guardias de fuera irrumpen en la habitación y le doy un puñetazo a Antov en la cara con todas mis fuerzas, meto la mano entre nosotros y le cojo la pistola del cinturón, y después ruedo sobre mi espalda.

Al incorporarme, apunto y disparo varias veces a los guardias hasta que ambos caen al suelo delante de mí.

Me arde la mano y el corazón me late con fuerza mientras me pongo en pie a toda prisa, de repente consciente de que alguien está gritando.

Al girarme, Antov está arrastrándose por el suelo hacia Eva, que se ha hecho un ovillo bajo su silla, tapándose los oídos mientras grita.

No tengo tiempo para pensarlo.

Apunto a mi tío y disparo dos veces, viendo cómo su cuerpo se sacude cuando una de las balas hace diana en alguna parte, luego salto por encima de él y caigo dolorosamente de rodillas junto a Eva.

—¿Eva?

No reacciona.

—¡Eva, tenemos que irnos! Soy Kaia. ¡Angie me ha enviado!

Su grito se corta de golpe y me mira, los ojos abiertos como platos y llenos de lágrimas.

Sin tiempo para consolarla, le tiendo la mano y, en cuanto la agarra, echamos a correr.

Salimos del comedor y recorremos el pasillo a toda velocidad, con Eva haciéndolo increíblemente bien al mantenerse a mi ritmo.

Pasamos por las oficinas, cruzamos la gran cocina y dejamos atrás a varios empleados que nos miran aterrados, para después salir por las puertas traseras a una amplia terraza que da a un jardín oscuro iluminado por luces dispersas.

—Vamos —jadeo, cada respiración desgarrando mi pecho y dejando un extraño sabor a hierro en la lengua—. ¡Sigue corriendo!

¿Le he matado?

Espero haberle matado, joder.

Debería haberlo comprobado.

No hay tiempo.

Atravesamos a toda velocidad la hierba, y cuando Eva empieza a quedarse rezagada, me detengo, la cojo en brazos y reanudamos la carrera.

Me late la cabeza con la misma fuerza que los pies sobre la hierba, siguiendo caminos antiguos de recuerdos lejanos, entre parterres de flores, junto a árboles y arbustos, y rodeando el cenador hasta llegar al muro trasero.

No hay tiempo para mandar ninguna señal a los hombres de Flynn; solo sé que tengo que seguir corriendo y no detenerme jamás.

Al llegar al muro, bajo a Eva.

—Aquí, Eva. Tienes que subir por esta celosía, ¿vale? Hay que subir alto. Sé que da miedo, pero tenemos que hacerlo, ¿de acuerdo?

—¿Tú también? —pregunta, y me detengo en seco porque de repente estoy viendo a Angie delante de mí y se me parte el corazón.

—Sí, voy justo detrás de ti. ¡Arriba!

Eva está a mitad de camino del muro cuando el estruendo de una sirena de alarma retumba por toda la finca y una hilera de luces

alrededor de la mansión se enciende de golpe.

Llega arriba y subo detrás de ella, apenas notando la madera y las enredaderas que se clavan y arañan mis palmas, ni el raspón de la pared en mi espinilla cuando uno de los listones de madera se resquebraja bajo mi pie y arrastra mi zapato con él.

—Salta —gimo al llegar arriba—. ¡Está alto, lo sé, pero tenemos que saltar!

—Yo... —balbucea Eva, con las lágrimas desbordándosele por la cara, pero lo que quiera decir se lo lleva un repentino diluvio de disparos que golpea el muro a unos centímetros de donde estamos.

Sin tiempo, cojo a Eva en mis brazos y nos lanzo a las dos desde el muro.

Su grito agudo me atraviesa en los pocos segundos que dura la caída.

Aterrizamos de golpe en el talud y rodamos.

El hombro me grita de dolor, la cadera se queja, y rápidamente aparto a Eva de mí mientras rodamos para no hacerle daño.

Al terminar en la tierra al fondo, apenas tengo un segundo para recuperar el aliento antes de ponernos en pie y salir corriendo de nuevo, con la mano de Eva apretada a la mía.

Ahora está sollozando y llorando a gritos, pero no tengo tiempo de comprobar cómo está.

Solo puedo correr.

Correr entre árboles, colina abajo y hacia el destello de las farolas y el estruendo ensordecedor de la carretera principal al pie del talud.

Si conseguimos llegar allí, podremos lograrlo—

—¡Agh! Un seco estallido de disparo acompaña el dolor devastador que explota en la parte trasera de mi muslo, y caigo de bruces en la tierra.

El puño de Eva se me escapa de la mano mientras el dolor abrasador se extiende del muslo a la nalga y baja hasta la rodilla.

Me han disparado.

Me han disparado, joder.

—¡Corre, Eva! —alzo la cabeza y le clavo la mirada donde está parada a menos de un metro—. ¿Me oyes? Corre, ¿vale? ¡No pares!

Da un paso atrás, con una mano tapándose la boca mientras se muerde el nudillo entre sollozos.

—¡Corre! —le grito, apoyando ambas manos en el suelo—. Corre y no te detengas, ¿me entiendes? ¡No pares! —apretando los dientes, me pongo de rodillas y después, con dificultad, en pie mientras el dolor me atraviesa la pierna—. Estoy justo detrás de ti, ¿ves? ¡Corre!

Eva se da la vuelta y echa a correr colina abajo en dirección a la carretera llena de coches, alejándose tan rápido como puede hasta desaparecer.

Intento seguirla, pero en cuanto apoyo la pierna herida caigo de nuevo de bruces en la tierra.

—¡Corre! —vuelvo a gritar, rezando para que mis palabras le lleguen—. Solo sigue... ¡sigue corriendo!

FLYNN

Cuatro días.

Cuatro días revisando una y otra vez cada fragmento de vídeo y grabación de mis hombres colocados estratégicamente alrededor de la finca de Antov.

Cuatro días mirando el móvil, rezando para que, de algún modo, Kaia me llame.

Cuatro días viendo cómo Angie vuelve a encerrarse un poco en sí misma porque echa de menos a Kaia.

Cuatro días echándola yo de menos.

La casa está más silenciosa.

Echo de menos su risa.

Echo de menos que comamos todos juntos, echo de menos el calor que su presencia aporta.

Miro mi sofá y deseo volver a aquella noche, follándomela como si pudiera follarla lo bastante fuerte como para impedir que se fuera.

Debería haber encontrado otra forma.

Por mucho que sepa que era mi única oportunidad, ojalá hubiera encontrado otra salida.

El vaso en mi mano se inclina de un lado a otro mientras decido si bebo el último trago o si me voy a la cama, mientras la cara de Kaia flota en mi mente. Podría estar muerta, por todo lo que sé.

Un día más, eso es todo lo que le queda antes de que lancemos nuestro asalto a la casa y matemos a todo aquel que se interponga entre mi hija y yo.

¿Y si Eva está muerta?

Si Antov ha hecho lo impensable, me aseguraré de que no conozca un solo día de paz en el resto de su patética y larga vida.

¿Y Kaia?

—¡Flynn! —Frank irrumpe por la puerta, sin aliento, jadeando, con una gota de sudor brillando en la sien—. ¡La tenemos!

El corazón se me cae al estómago. —¿A quién?

El vaso se desliza de entre mis dedos cuando un nombre se escapa de los labios entrecortados de Frank.

—Eva.

La carrera hasta uno de mis clubes nocturnos es el trayecto más lento de toda mi puta vida.

Puse la finca en máxima alerta, desperté a todos los guardias para proteger a Angie y prepararnos para la represalia de Antov, y huí con Frank al centro de Nueva York, donde está Eva, al menos según lo afirma uno de mis encargados, que se juega literalmente la vida al decirme tal cosa sin pruebas.

Frank conduce como nunca en su vida, esquivando el tráfico con destreza y acumulando más multas de las que quiero contar, con tanta luz roja y señal de stop que se salta a favor de la velocidad.

Es un milagro que lleguemos de una pieza y yo salgo disparado del coche antes incluso de que se detenga del todo.

No puedo pensar.

Apenas me he atrevido a respirar desde que salí de mi finca y ahora, mientras cruzo el club vacío buscando a alguien con quien hablar, no me permito pensar ni sentir nada hasta saber la verdad.

—¿Dónde está? —exijo, localizando por fin al camarero cuando sale de detrás de la barra.

—¿Quién?

Agarrándole por los hombros, su cara se tuerce de dolor cuando le arrastro hacia mí—. ¿Dónde coño está mi hija?

—¡Flynn! —Alex, mi encargado, me llama justo cuando el camarero gime, y le suelto con un gruñido, girándome en el acto

para enfrentar a Alex al otro lado de la pista.

—Alex, ¿dónde—?

—Aquí dentro —responde antes siquiera de que pueda formular la pregunta que me arde en la lengua.

Corro por la pista de baile, mis zapatos resbalan y casi tropiezo al atravesar la puerta y entrar en el despacho de Alex.

Eva está aquí.

De verdad, está aquí mismo.

En el mismo instante en que la veo, las piernas se me doblan y caigo de rodillas justo cuando Eva se lanza fuera del gran sillón giratorio en el que estaba sentada.

—¡Papi!

—¡Eva!

Sus bracitos se aferran a mi cuello y se lanza a mis brazos abiertos.

En cuanto la tengo contra mí, en mis brazos, se rompe la presa y estallo en lágrimas, un llanto que refleja los sollozos que le arrancan a Eva.

Sus pequeñas manos se aferran a mi espalda, se sube sobre mis rodillas y muslos intentando acercarse todavía más, y hunde su cara en mi cuello y mi hombro mientras llora desconsoladamente.

La aprieto con fuerza, las lágrimas me resbalan por las mejillas y me cuesta respirar.

Es como un sueño, y me da miedo hasta respirar, miedo de moverme o de hablar por si ella se desvanece y vuelvo a despertar en mi cama con la tristeza como única compañía.

Contengo la respiración durante unos segundos mientras Eva llora en mis brazos, y al final me veo obligado a jadear y tomar aire.

No desaparece.

No se desvanece.

No me despierto.

Está aquí, de verdad. Aquí, de verdad.

La abrazo aún más fuerte y respiro entre lágrimas, aspirando su olor y dejándome caer de nuevo sobre mis talones mientras la acerco todavía más.

—Dios, Eva. Estoy aquí. Estoy justo aquí. Estás a salvo. Estás en casa. Estás a salvo. Dios. Dios *mío*.

—Pa-Papi —solloza Eva, todo su cuerpo temblando entre hipidos y lágrimas—. ¡Lo siento!

—Cariño, ¡tú no tienes que pedir perdón por nada! ¡Por absolutamente nada! ¡Ni lo más mínimo!

Es más pequeña.

Más delgada.

Las he abrazado tanto que sé que algo ha cambiado, pero estoy tan abrumado por el alivio de saberla viva y vuelta a mis brazos que nada más me importa.

Le beso la sien, la frente y la mejilla, y la vuelvo a abrazar, sin importarme lo más mínimo estar llorando en el suelo.

Eva está viva.

Está aquí.

Está en casa.

—¿Cómo la encontrasteis? —pregunta Frank a mis espaldas.

—No fui yo —responde Alex—. Un taxista la vio corriendo por una calle no muy lejos de aquí y la recogió. La llevó a la comisaría y uno de los polis a los que pagáis la reconoció. Me llamaron, porque no sabían a quién más avisar ni cómo ponerse en contacto contigo o con Flynn. Le pedí que la trajera y te llamé a la vez.

—Joder —suspira Frank, profundamente—. Has hecho bien. Lo has hecho muy, muy bien.

Eva tose y tose, pero cuando intento separarla para mirarla, se niega a soltarme.

Como no quiero forzarla, sigo abrazándola con fuerza y, poco a poco, me pongo en pie.

—El poli, está fuera si quieres hablar con él. Me ha dicho que tiene que verla un médico porque cree que se ha roto la muñeca. No he querido hacer nada hasta que llegaras tú —dice Alex—. Pero si necesitas algo...

Eva rodea mi cintura con las piernas y sigue agarrada a mí como un pequeño koala, aunque sus sollozos ya van perdiendo fuerza.

No dejo de besarle la cabeza, incapaz de creer que esté realmente aquí y de vuelta en mis brazos. No pienso dejar que se

me escape de la vista nunca más.

Ni siquiera un segundo.

Cuando pasan la conmoción inicial y el alivio, mi cerebro vuelve a funcionar, cientos de pensamientos vuelven en tropel, pero entre el caos de preguntas sin respuesta y preocupaciones, sólo una destaca por encima de todas.

—¿Y Kaia? —pregunto, sorbiendo fuerte mientras las lágrimas aún me bajan despacio por las mejillas—. ¿Dónde está?

—¿Kaia? —Alex nos mira a Frank y a mí, alternando la mirada—. Perdona, ¿quién es?

El corazón se me encoge en el pecho—. Kaia debería haber estado con ella. ¿Qué demonios...?

—Lo siento —Alex niega con la cabeza—. Sólo estaba Eva. Nadie más. Estaba sola.

¿Sola?

Acaricio la nuca de Eva y mi mirada va directa a Frank, que tiene la misma expresión de preocupación que empieza a surgir en mi propio interior.

¿Dónde demonios está Kaia?

KAIA

La conciencia regresa como un chasquido de dedos y, de repente, estoy despierta, mirando hacia un techo oscuro lleno de grietas finas y manchas de suciedad y moho.

¿Dónde estoy?

Un dolor se extiende por la parte trasera de mi cabeza mientras rebusco en recuerdos borrosos tratando de averiguar cómo he acabado aquí, pero al principio no encuentro nada.

Me duele todo. Desde la cabeza hasta las costillas y bajando hasta el muslo, donde en cuanto reconozco el dolor punzante de la pierna, se convierte en una punzada viva y abrasadora que arranca un quejido áspero de mis labios.

Intento incorporarme pero unas robustas y pesadas esposas de hierro me lo impiden, arañando mis muñecas cuando trato de moverme, y la misma sensación me hiere los tobillos.

Entonces el frío del aire me recorre en oleadas de escalofríos, eriza mi piel desnuda y el corazón se me acelera.

Eva.

Estaba con Eva.

¿Consiguió escapar?

La última vez que la vi, estaba trepando por el bolardo de piedra y desapareciendo de mi vista hacia esa calle concurrida donde los coches circulaban de un lado para otro como si nada importase.

¿Se detendría alguno al ver a una niña traumatizada o seguirían conduciendo y la atropellarían porque en esta maldita ciudad nadie piensa en los demás?

Rezo para que esté bien.

La vi y luego algo me golpeó en la nuca, y ahora estoy aquí.

Dondequiera que sea *aquí*.

Cerrando los dedos contra la palma, tiro de las ataduras, pero los bordes son afilados y cortan como una cuchilla la base del pulgar, deteniendo mi intento de inmediato.

Al girar la cabeza hacia un lado, una pared de piedra oscura brilla de humedad y varias camillas metálicas se alinean repletas de herramientas y objetos de obra que me hielan la sangre.

Al girar la cabeza hacia el otro lado, me quedo paralizada.

Antov está sentado a mi lado.

Su mirada furiosa y gélida se fija en mí, y en el instante en que me doy cuenta de su presencia, parece cobrar vida de golpe, se lanza hacia mí y me agarra el cuello con una de sus enormes manos, cerrando mi aire al instante.

—Pedazo de cerda gorda —escupe sobre mí, aumentando la presión con cada segundo—. ¿Tienes idea de lo que me has costado? ¿Te lo imaginas siquiera? Seguro que no, porque no tienes nada en la cabeza más que aire, ¿verdad? Te invito a mi casa, cuido de ese saco patético cuando murió mi hermano, y ¿qué recibo a cambio? ¡Una maldita carga que me ha arrebatado lo único que era mi billete al éxito de verdad!

Siento cómo me sube el calor a la cara, mi garganta se contrae y trata de expulsar lo que cree que le obstruye el paso del aire, el corazón me golpea como un tambor y el pecho se me oprime por la falta de oxígeno, nublándome la vista al compás frenético de mi pulso y haciendo que cada parte de mí retroceda ante mi tío.

—Ojalá me hubieras disparado bien —gruñe sobre mí—. Solo me cascaste el brazo y el hombro, maldita zorra. Pero tranquila, ya verás lo que duele. ¿Me oyes? Vas a lamentar haber cogido ese cuchillo de mierda.

No afloja y da igual.

Parte de mí ni siquiera lo siente, y la otra parte se eleva con el más dulce y maldito alivio porque su rabia me lo dice todo.

Ha perdido a Eva.

Ella lo consiguió.

Se escapó de aquí, lejos de *él*.

He redimido mis errores de lo que hice a Angie, de cada intento contra la vida de Flynn alimentado por un malentendido y de cada crimen en el que mi familia participó y al que yo di la espalda, voluntaria o involuntariamente.

Eva está a salvo.

Ya no me importa lo que me pase a mí ahora.

La he salvado. Eso es lo único que importa.

Antov de repente me suelta y respiro de golpe, desesperada, pero antes de que el aire me llene por completo, Antov me da un puñetazo en el vientre y me lo arranca de los pulmones.

El dolor explota por todo mi cuerpo mientras me ahogo y me estremezco contra las ataduras que se clavan en mis manos.

—Tendría que haberte ahogado en cuanto pusiste un pie en mi puerta —me grita—. Años de vida desperdiciados en criarte cuando podía haberlos pasado en cualquier otra parte, ¿y ahora qué? —Está encima de mí con la mano apretando cruelmente mi mandíbula, obligándome a mirarle—. Eres una auténtica vergüenza, ¿lo sabías? Una mancha en esta familia. A tus padres les repugnaría verte en lo que te has convertido. Una traidora. Una maldita traidora.

Va a matarme.

Pero no consigo preocuparme por ello.

Así que, en su lugar, sonrío. Esa sonrisa se convierte en una risa débil y dolorida.— Has perdido —grazno, con los labios empujados por la presión de sus dedos—. Has perdido. Así que haz lo que te salga de los cojones. Has perdido.

—¿Eso crees? —Acerca su rostro al mío y me escupe en la boca, haciéndome arcadas y ahogarme—. No voy a matarte, Kaia. No. Voy a cortarte en trocitos y dárselos de comer a mi perro, y luego te follaré hasta que tu coño gordo escupa un heredero para mí, y cuando esa rata esté en mis brazos, entonces te mataré. ¿Me oyes? Para eso sirves, ¿lo entiendes? No vales una puta mierda. Y cuando

recupere a Vic, ¿sabes? Estoy seguro de que se le ocurrirá alguna puta idea de qué hacer contigo. Y aquí viene lo mejor: no vas a morir hasta que él esté libre, ¿me escuchas? Así que será mejor que reces para que mis hombres lo encuentren rápido.

Sus amenazas, por muy repugnantes que sean, no significan nada.

Moriré antes de que llegue ese momento, estoy segura.

Se enfada con facilidad, es fácil provocarle, y si no me mata él, el metal afilado que se clava en mis muñecas cada vez que forcejeo con las ataduras me dará una vía de escape.

Cierro los ojos.

Eva está a salvo y viva.

Flynn verá que decía la verdad y me perdonará por intentar llevarme a Angie.

Quizá también me perdone por formar parte de esta familia.

Sea como sea, he cumplido mi cometido.

A Antov no le sienta nada bien mi silencio ni que no pique con sus insultos.

En la primera noche, me rompe tres dedos de la mano izquierda hasta que grito, y después me mete un embudo entre los dientes y me vierte agua hasta que estoy convencida de que voy a ahogarme.

No se detiene hasta que pierdo el conocimiento, rezando para que esa oscuridad me lleve a una muerte rápida.

La siguiente vez me despierto gritando porque alguien está extrayéndome la bala del muslo, ya que Antov no quiere que muera demasiado pronto.

El dolor me hace desmayarme. La tercera vez que me arrastran de vuelta al mundo de los vivos, Antov está encima de mí.

El terror me atenaza al temer, durante unos segundos helados, que está dentro de mí también, pero, por suerte, solo me está montando, sujetando algo en una mano con una expresión de repulsión satisfecha.

—Eres un regalo, Kaia, un regalo que no deja de darme sorpresas.

Parpadeo entre párpados hinchados y en carne viva, luchando por mantenerlo enfocado. Como no respondo, su mano vuela y me

atiza un golpe brutal en la cara.

—La respuesta correcta es "¿por qué?" —gruñe sobre mí, agarrando mi pecho desnudo y haciendo que el estómago me dé vueltas con lo poco que me queda dentro—. Dilo.

—¿Por qué? —consigo articular, moviéndome sobre la mesa mientras un calor extraño recorre mi cuerpo. Es como si me ardieran las entrañas y de pronto me cubre el sudor la frente.

Se inclina de nuevo, apoyando una mano junto a mi cabeza y cruzando su mirada con la mía—. ¿Sabes qué es esto? —Sujeta una hoja de papel, pero todas las líneas de tinta se me emborronan.

Niego con la cabeza.

—Cuando llegaste aquí, te acuerdas de que ese médico te hizo análisis de sangre, ¿no? Había que asegurarse de que esos putos duendecillos irlandeses no te hubieran mandado de vuelta como una puta bomba de relojería. Pero ¿adivina lo que encontramos?

Su boca se estira cada vez más, como si algo tirara de las comisuras. Y al no contestar, su mano que me sujetaba sobre la mesa vuelve a rodearme el cuello. Después se inclina hacia delante y usa todo su peso para cortarme el aire.

—Estás *embarazada*, zorra —escupe con júbilo—. Estuviste abriéndote de piernas para ese cabrón irlandés y ¿ves lo que pasó? Te puso un puto crío dentro. ¿Te lo puedes creer?

¿Embarazada?

No. Eso no puede ser. Es imposible.

—Lo que significa que yo no podré ponerte dentro a nuestro heredero, pero ¿sabes qué es aún mejor? —Antov sonríe—. Has dejado que esa perra se marche libre y, a cambio, me has traído algo todavía más valioso, porque ¿qué crees que hará ese Gallagher cuando le diga que tengo a su *hija y* a su bebé?

Oh no.

Mi tranquila aceptación de la muerte se esfuma al instante, mientras el horror de la situación se graba en mi mente al ritmo de los latidos de mi corazón y del rojo que sangra en mi visión.

Me retuerzo por puro reflejo, mi cuerpo lucha por respirar, tirando con fuerza de las ataduras y luchando por desalojar su mano cuanto más tiempo me ahoga.

—¿No lo sabías? ¿Cuántas veces dejaste que ese cabrón te follara, eh? Supongo que vio lo mismo que yo, que tu único valor es esa maldita raja entre las piernas, ¿y sabes qué? —Acerca su cara y, justo cuando la debilidad se apodera de mis miembros y mi cuerpo se rinde ante la falta de aire, me suelta.

Toso convulsivamente y respiro a toda prisa una y otra vez, desesperada por meter aire en los pulmones, mientras él acaricia mi mejilla, un contacto del que no puedo escapar aunque intento girar la cabeza.

—Ese cabrón está demasiado pendiente de sus hijos para su propio bien. Así que he decidido que no voy a matarte y tampoco dejaré que Vic lo haga. No hasta que me hayas dado lo que necesito, así que te mantendré viva como una jodida incubadora, ¿qué te parece?

—Estás loco —musito, mientras las lágrimas me caen por las comisuras de los ojos—. Completamente loco.

Llevo en mi vientre al hijo de Flynn. Mi hijo.

¿Por qué ese pensamiento enciende algo cálido dentro de mi pecho en carne viva?

¿Por qué logra arrancar mi deseo de morir y huir de esta vida?

En medio segundo, sueño con contarle la noticia a Flynn, caer en sus brazos mientras me colma de alegría hasta hacerle llorar, y sus hijas bailan emocionadas a mis pies.

Es un sueño de medio segundo, pero en mi estado falto de oxígeno, se siente real durante todo ese instante.

—Puede —responde Antov—. Pero mantendré mi promesa. No conocerás la paz hasta que tu hermano esté de vuelta en casa, y entonces, cuando llegue el momento... te sacaré ese puto bebé irlandés de las entrañas.

FLYNN

—Háblame, doctora. Me coloco junto a Amanda, aterrorizado por lo que pueda haber descubierto en su evaluación de Eva, mientras ella permanece en silencio en la habitación de al lado, simplemente observando a Frank atar con cuidado los cordones de su zapato.

—Está desnutrida y deshidratada, pero con los cuidados adecuados durante las próximas semanas no tendrá secuelas. He visto varios hematomas por el cuerpo, sobre todo en los brazos, las piernas y algunos en la espalda, consistentes con múltiples golpes, pero no hay nada roto y la antigüedad de los moratones indica que la última agresión fue al menos hace una semana. No hay heridas abiertas, ni fracturas y, según mis primeras exploraciones, no parece que haya lesiones internas, aunque lo sabré con certeza cuando tengamos las imágenes.

Una pregunta me quema en la garganta como si fuese ácido y me vuelvo hacia ella, sosteniéndole la mirada. —¿Y sobre... ha habido algún abuso sexual? ¿Él…?

—No —me interrumpe Amanda al instante, regalándome una leve sonrisa—. No hay indicios de eso y no mostró reacciones extrañas durante mi exploración.

—Gracias a Dios. El alivio me recorre de la cabeza a los pies y un escalofrío me sacude.

Desde que Eva ha vuelto conmigo, no he dejado de imaginar los horrores que podría haber sufrido a manos de ese monstruo, pero parece que había una parte de él que me temía lo suficiente como para no ponerle la mano encima a mi hija.

Al menos, casi.

—Recomiendo que acuda regularmente a un psiquiatra, el que elijáis, y podemos hacerle otra revisión médica en seis semanas si os preocupa cualquier otra cosa —prosigue Amanda—. En general, tu niña está tan sana como puede estarlo.

—La agendaré una cita. —Asiento y luego dudo—. ¿Puedo llevarla al mismo psiquiatra que Angie? ¿Es raro si también la llevo a tu amigo?

—Cada psiquiatra es diferente —responde ella—. Coméntaselo primero cuando venga más tarde, y si no es posible, puedo recomendarte a un par de especialistas en casos de niños secuestrados.

—Muchas gracias.

Me da unas palmadas en el brazo antes de marcharse. —Haré que Frank me acompañe a la puerta. Ve. Quédate con tu hija.

No hace falta que me lo repita. Se lo agradezco de nuevo con una sonrisa, entro en la habitación de Eva y, en cuanto me ve, sus ojos se clavan en los míos. Se baja enseguida de la cama y sale corriendo hacia mí, mientras Frank se incorpora del suelo.

—¡Papi!

—Estoy aquí, cariño. Aquí mismo.

—T-te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. La abrazo tan fuerte que me crujen los codos, y aun así nunca va a parecer suficiente.

Ningún abrazo ni ningún beso bastará jamás para compensar el tiempo que hemos pasado separados. —Frank, ¿puedes acompañarla tú a la puerta? —Le señalo con la cabeza a la doctora y él asiente, marchándose deprisa.

Sin soltar a Eva, la llevo conmigo a la cama y me siento con ella sobre mis piernas. Se acurruca contra mí y aferra con fuerza mi camisa con una mano.

—Eva, cariño.

—¿Mhm? —Me mira hacia arriba, y la leve delgadez de su rostro me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Cielo, quiero hablar contigo de lo que ha pasado.

Su expresión se nubla al instante.

—Solo quiero pedirte perdón —le digo en voz baja—. Papá debería haber hecho más por encontrarte después del accidente y lo siento muchísimo. Nunca dejé de buscarte, tienes que entenderlo. Todos los días, lo intenté todo para encontrarte y lo siento, cariño. Siento haber tardado tanto en encontrarte.

—No pasa nada, papi.

—Sí pasa. No está bien. Lo siento muchísimo. Prometo que haré todo lo que pueda para compensártelo y no volveré a perderte de vista, ¿de acuerdo? Te mantendré a salvo, te lo prometo. Lo siento, de verdad.

—Papi, te digo que está bien —insiste Eva y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, están llenos de lágrimas que le resbalan por las mejillas—. No estés triste. ¡Estoy bien!

Se me parte el corazón y la abrazo fuerte. —No digas tonterías, estoy bien. No deberías ser tú la que me consuela, tonta. ¡Si estoy intentando pedirte perdón!

Eva se recoge contra mí y solloza. —No me vas a devolver, ¿verdad?

Me quedo helado. —¿Devolver?

—Él dijo... dijo que me devolverías con él si me portaba m-mal.

—Eva. —Me separo un poco hasta sujetarle los hombros y la coloco lo justo para mirarla a los ojos—. Escúchame. ¿El hombre que te robó? Nada de lo que dijera era verdad. Es un hombre malo, *muy* malo, y dice y hace cosas terribles. ¿Recuerdas lo que te dije sobre los hombres malos?

—Tú haces que se vayan —susurra, parpadeando y dejando que nuevas lágrimas le corran por la cara.

—Eso es. Yo los hago desaparecer. Y ahora que estás en casa, a salvo, puedo hacerlo y todo estará bien, ¿vas a ver?

—Vale. —Asiente enseguida y se acurruca de nuevo contra mí, así que la envuelvo otra vez entre mis brazos y entierro la cara en su pelo recién lavado, respirándola.

—Vale —repito en voz baja—. Vamos a estar bien.

Nos quedamos así buena parte de una hora, hasta que aparece Frank acompañado de Jordan, el amigo terapeuta de Amanda.

Aunque en realidad es el terapeuta de Angie —por recomendación de Amanda—, apenas han hablado desde que ella recuperó la voz, pero es el único que podía venir tan rápido para ayudarles en la reunión.

—Buenas tardes. —Jordan entra con una sonrisa y Eva se tensa en mis brazos al instante—. Tú debes de ser Eva, es un placer conocerte. Angie me ha hablado mucho de ti.

—¿Angie? —Eva se anima al instante y se vuelve hacia mí—. ¿Puedo ver a Angie?

Sus horas pidiendo y recibiendo negativas hasta tener el visto bueno del médico nos han llevado a este momento y le sonrío cálidamente desde arriba—. Sí, cariño. Puedes verla. Jordan está aquí para ayudarte con eso.

—¿Angie está bien?

—Sí. Solo estaba muy triste cuando te fuiste, así que hice que unos médicos especiales le hicieran compañía.

—Ahora yo le hago compañía —dice Eva mientras da un pequeño bote sobre mi regazo—. ¿Podemos ir?

Echo un vistazo a Jordan, que asiente rápidamente.

—Sí, vamos.

Con Eva en brazos, sigo a Frank por el pasillo hasta el estudio, donde Angie ha pasado mucho tiempo desde que Kaia se fue.

Cuando estamos a pocos metros de la puerta, Jordan me detiene con una mano suave sobre el hombro.

—Deberías entrar tú primero y preparar a Angie. Nada pesado, solo una breve introducción.

—Vale. —Le paso a Eva suavemente a Frank y me trago un repentino nudo de nervios—. ¿Y después?

—Después llama a Eva para que entre. Si todo va bien, lo mejor es que te retires y las dejes que se evalúen la una a la otra a su manera. Verás de inmediato si hay algún problema; en ese caso sacamos a Eva y lo intentamos de nuevo más tarde.

—De acuerdo. —Asiento y me pongo al lado de Frank, besando la sien de Eva—. Vuelvo enseguida.

Jamás imaginé que pudiera haber problemas entre ellas.

En cada reencuentro que fantaseé, corrían a fundirse en un abrazo, entusiasmadas por volver a estar juntas, pero la realidad es más cruel.

Llamo suavemente a la puerta y entro en el estudio; Angie levanta la vista de su pintura.

—¡Papá!

—Hola, cielo, ¿qué estás dibujando?

Nada más entrar, Florence se va en silencio y me quedo a solas con Angie.

—Estoy dibujando a los patos, ¿ves? —Usa su pincel para señalar el cuadro y al final acaba manchando otra mancha de marrón en lo que supongo que es el lago azul.

—¡Ah, ya veo! Es muy bonito. Quizá va siendo hora de que te apunte a unas clases de verdad.

—¡Kaia puede enseñarme! —exclama Angie—. Cuando vuelva.

Cuando vuelva.

Esas palabras me atraviesan y reprimo una mueca—. Angie, hay alguien que quiere verte.

—¿Quién? —No levanta la mirada.

—Eva.

Angie se queda inmóvil, luego levanta la cabeza de golpe y su cara se ilumina con una sonrisa enorme—. Lo sabía.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo sabía.

—Bien. —Medio girándome hacia la puerta, llamo—. Eva, ¿quieres entrar?

Durante unos segundos no pasa nada y después unos pasos veloces anuncian a Eva que irrumpe en la habitación y se lanza directamente hacia su hermana.

—¡Angie!

—¡Eva!

Chocan con fuerza y de inmediato se echan a llorar, lo que me hace doler el pecho y me dan ganas de lanzarme a abrazarlas a las

dos.

Casi lo hago, pero las palabras de Jordan resuenan en mi cabeza: hay que darles espacio y tiempo, así que me aparto.

—¡Has vuelto a casa! —llora Angie, acariciando torpemente el pelo de su hermana.

—Sí —responde Eva, con la voz empapada en lágrimas—. Sí. Gracias por enviar a Kaia a buscarme.

Los ojos de Angie se abren como platos—. ¿Vino a buscarte?

—¡Sí! ¡Me dijo que tú la enviaste!

Su reencuentro me llena el pecho de calor y alivio, pero debajo de todo, aún se agita un frío persistente.

Me retiro hacia la puerta y me quedo con Frank, que me da unas palmadas suaves en la espalda.

—Lo has conseguido —murmura—. La recuperaste.

—No —respondo en voz baja, observándolas—. No fui yo. Fue Kaia. —Alzo la vista para encontrarme con la suya—. Y no tenemos ni idea de qué ha sido de ella.

El reencuentro de Angie y Eva se prolonga hasta la hora de la cena, donde pasamos más de una hora haciendo pizzas de lo más desastrosas entre todos.

Jordan permanece callado en una esquina, observándolo todo desde lejos hasta que llega la hora de dormir y, a petición de ambas, se van juntas a la cama en la habitación de Angie.

Jordan se va poco después, no sin antes decir en voz baja que puede que Eva esté actuando más que sintiendo, por todo lo que ha pasado, así que tenemos que vigilarla de cerca hasta su primera cita con el terapeuta, a la que él está encantado de acompañarla.

Paso aún más tiempo esa noche viendo dormir a mis gemelas, juntas como antes, enredadas tal y como lo hacían cuando eran pequeñas.

Es suficiente para que brote una lágrima nueva que permanece cuando por fin me retiro a mi despacho y pongo en la pantalla de las cámaras su habitación para poder verlas dormir.

—¿Una copa? —Frank entra en mi despacho y va directo al carrito de bebidas mientras yo asiento.

—Por favor.

—¿Cómo te sientes?

—Feliz —respondo en voz baja—. Eufórico porque mi niña ha vuelto.

—¿Pero...? —insiste Frank, mirando por encima del hombro mientras sirve—. Te oigo el "pero".

—Kaia. Se suponía que tenía que volver y no hemos sabido nada. No la hemos visto.

—¿Quizá huyó? —sugiere Frank mientras me tiende la copa—. Liberó a Eva y luego se dio a la fuga.

—No. Eva le contó a Amanda que Kaia se cayó y le dijo que siguiera corriendo, así que eso hizo.

—¿Crees que su tío la atrapó?

Asiento—. La viste antes de que se fuera. No habría abandonado a Eva así a menos que no tuviera otra opción.

—¿Y qué quieres hacer?

Me quedo en silencio, mirando la pantalla mientras hago girar la copa entre las manos. La ausencia de Kaia resuena más fuerte de lo que esperaba.

Me sorprendo buscándola por los pasillos, esperando oler el champú en el aire, y extendiendo la mano hacia ella en las pocas horas de sueño que consigo robar.

Casi echo de menos nuestras discusiones porque, si estuviera aquí peleándose conmigo, no estaría en el infierno en el que ahora debe de estar.

—La echo de menos —admito—. Y... duele. Como si faltase algo.

Frank suspira hondo y se apoya en el borde del escritorio—. Te has enamorado de ella.

Levanto la mirada de golpe—. No he dicho eso.

—Venga, hombre. Lo vi la primera noche que estuvo aquí. La dejaste ponerte una horquilla en la garganta y casi matarte. Te la *tiraste* y sé que no te has acostado con nadie desde que murió tu mujer. Y antes de que me vengas con cuentos y digas que solo fue sexo, vi cómo la mirabas. La provocabas solo para discutir porque te gusta ese fuego. Le presentaste a Angie. Te gustó desde el principio, simplemente no te diste cuenta.

Quiero mandarle a la mierda por dejarme en evidencia así, pero no puedo negar la verdad en sus palabras. Me gusta.

Puede que en realidad esté enamorado de ella. Es la única razón por la que no la he mantenido encerrada, la razón por la que la dejé convertirse en una pequeña parte de esta familia, y la razón por la que intenté follarla tan fuerte que no pudiera marcharse.

Ella era mi única manera de salvar a Eva y, aun así, sabía que podía perderla.

Una elección imposible.

—No importa lo que sienta —gruño tras un trago—. Ella me odia.

—¿Ah, sí?

—Creía que yo había matado a su hermano.

—Apuesto a que ahora una parte de ella desearía que lo hubieras hecho —resopla Frank.

—Matamos a su tía.

—Oh—a propósito de eso. —Frank salta de mi escritorio y rebusca en su bolsillo su móvil. Cuando lo saca, empieza a deslizar el dedo por la pantalla y me muestra un informe de su correo—. Cuando estuvimos catalogando todos los cuerpos para saber a quiénes habíamos perdido y a quiénes habían perdido ellos durante el incendio, encontré algo extraño. Pude rastrear a cada guardia que matamos por las balas que les metimos, pero hubo una anomalía.

Cogiendo el móvil, hojeo el informe y entorno los ojos. —¿Uno... no era nuestro?

—No. Dos cuerpos no los matamos nosotros, al menos no por las balas. Uno estaba en el salón y fue aplastado por el techo.

—Anya —murmuro—. La mejor amiga de Kaia.

—La otra era una mujer en el pasillo. Le dispararon, sí. Pero no fuimos nosotros. Creo que fue uno de los suyos, porque la bala coincidía con las que sacamos de nuestros propios hombres. No sé quién fue, pero no matamos a su tía.

—La recuerdo. Pensé que había sido alcanzada en medio del tiroteo.

—Puede —musita Frank—. Pero no por nosotros y solo una bala.

—¿Una ejecución?

—Una chapucera. —Frank se apoya de nuevo en el escritorio—. Así que. ¿Cuál es el plan?

El plan. Kaia podría estar muerta. Haga lo que haga, podría desatar una guerra en la ciudad hasta que los irlandeses y los rusos se despedacen entre sí.

Todo por una mujer.

—Quiero recuperarla. Ella... ni siquiera quiero justificarlo más allá de que es lo que quiero.

—De acuerdo. —Frank apura su copa—. Haré unas cuantas llamadas a personas que te deben un favor. Con ellos, ese jodido palacio blindado suyo no tendrá nada que hacer.

—Bien. Hay una cosa más que tengo que hacer.

Seguro de que mi plan para recuperar a Kaia es el paso correcto, ya está claro que, esté viva o muerta, Antov morirá.

No hay mundo en el que él viva a salvo después de secuestrar a mi hija y herir a la mujer que amo.

Amor.

¿De verdad soy tan egocéntrico que no noté lo que sentía por ella?

¿O simplemente no había espacio en mí para reconocerlo en medio del dolor de perder a Eva?

Ahora que ella ha vuelto, puedo respirar y la pérdida de Kaia duele tanto como el descubrimiento del amor.

Y se fue de aquí pensando que la odiaba.

Frank me ayuda a preparar mi última herramienta y se queda en la parte alta de las escaleras mientras yo desciendo a las celdas para ver a Vic.

Como siempre, él permanece acurrucado en la esquina de su celda, con el rostro retorcido de rabia y de dolor desde que le retiré toda la medicación.

Mantenerlo sano y vivo ya no es necesario. En cuanto me ve, me escupe, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Así me saludas?

—Que te jodan —gruñe él—. Hijo de puta retorcido.

—Qué hiriente. —Deslizo el pulgar sobre la cerradura de la celda y abro la puerta—. Deberías darme las gracias.

—¿Por qué? —Vic se tensa y, mientras entro en la celda, intenta ponerse de pie a trompicones.

—Sin mí, habrías muerto tras una larga y dolorosa agonía por el estado de tus quemaduras. Habría durado mucho y habrías sentido cada segundo. En cambio, has podido vivir aquí y ser tratado. Cuidado, hasta cierto punto. Lo que deberías decir es 'gracias'.

—Que te jodan —escupe Vic—. ¿Crees que puedes intimidarme? Te voy a *matar*, ¿me oyes? Voy a destruir lo que queda de tu familia porque olvidas quién tiene el poder aquí.

—Lo tengo yo.

—No, cabrón. Lo tengo yo. Mientras tenga a Eva entonces yo—.

—Pero no tienes a Eva —murmuro—. Tu tío la tiene y te ha dejado aquí pudriéndote.

—Mentira.

—¿Seguro?

—No tienes ni puta—¡ah! —Se desploma bajo mi peso después de que mi puño le golpee la mandíbula, terminando su perorata en una lluvia de sangre y dientes.

Cae al suelo y yo me lanzo encima con todo mi peso, inmovilizándole con la rodilla en la espalda y el puño en su pelo.

—Olvidas una cosa —gruño mientras hundo la aguja que ha preparado Frank en el hombro de Vic—. La gente confunde mi paciencia con cautela y mi calma con estupidez, pero siempre he sido un hombre calculador, Vic. Supe que te mataría en cuanto vi tu cuerpo arrastrado fuera de aquel incendio, solo tenía que esperar mi momento.

—¡Quítate de encima, hijo de puta!

—Puedes darle las gracias a Kaia por darme la idea de que el veneno es una forma satisfactoria de ver morir a alguien —le siseo al oído y luego me aparto de él lentamente.

—¿Qué me has hecho? —grita mientras salgo de la celda—. ¿Qué me has dado, cabrón?

—Ah, una cosa más. —Me doy la vuelta despacio hacia Vic, observando cómo jadea y se apoya contra la pared del fondo—. Kaia me devolvió a Eva.

—¡Hija de puta! —ruge Vic mientras se levanta de un salto y corre hacia los barrotes que suenan al golpearles—. ¡Te voy a matar, cabrón! ¡Voy a despellejarte vivo y luego haré lo mismo…! —Tose—. Lo mismo con tus malditos niños de mierda y luego... —Otra tos.

Y otra más.

La tos repentina y frenética de Vic y sus arcadas me acompañan escaleras arriba como si fuera una suave melodía.

KAIA

El tiempo no tiene sentido.

El tío—no, Antov—viene cada noche. Tal vez todos los días, no puedo seguir el ritmo. Viene y me grita.

Maldice todo lo que he hecho por la familia, los problemas que he causado y su asco porque haya elegido a los Gallagher antes que a mi propia sangre.

Sangre que sólo quería utilizarme para traer al mundo a un heredero porque eran demasiado codiciosos para casarse con otra familia.

¿Cómo pude ser leal a ellos alguna vez?

¿Cómo podía reírme y bromear en las cenas, organizar fiestas para celebrar acuerdos empresariales y esforzarme por ser la mejor falsificadora para que mi familia estuviera orgullosa de mí? ¿Cómo pude hacer todo eso y ser tan ciega a su verdadera naturaleza? Ciega al hecho de que mi familia son unos monstruos y yo ayudé a que siguieran con la farsa porque lo ignoré.

Una parte de mí se pregunta si, en el fondo, lo sabía y elegí mirar hacia otro lado.

Lo cuestiono todo mientras estoy tumbada ahí, mientras Antov va tallando mi cuerpo con cuchillas y quema mi piel con cigarrillos y mecheros.

¿Eran mis padres igual?

¿Eran tan monstruosos o eran buenas personas?

¿El accidente que causó su muerte fue realmente un accidente?

¿Anya fue realmente mi amiga o la pusieron para vigilarme?

¿Mi hermano siempre me ha detestado, o sólo fue en los últimos años?

Las preguntas mantienen parte del dolor a raya.

No tanto cuando tengo una correa de cuero en la boca y Antov hace que sus hombres me hundan la cabeza hacia atrás en un cubo de agua helada hasta que estoy segura de que voy a ahogarme.

A pesar de todo, a pesar del ardor del dolor y la dureza del frío, del hedor a sangre y orina cuando me meo encima en esta maldita mesa, del tormento de cuchillas y herramientas desgarrando mi piel y el pestazo de las púas eléctricas contra mi cuerpo, aguanto.

Aguanto porque estoy embarazada y la muerte ya no me parece el final pacífico de mi vida.

Tengo dos opciones. Asegurarme de que la tortura vaya tan lejos que Antov me mate, de ese modo me salvo a mí y a mi bebé del tormento eterno.

O encontrar la forma de salir de aquí.

Salir de aquí parece imposible.

Me duele todo el cuerpo.

Cada latido palpita con el dolor que me rodea el cuerpo, he perdido toda sensibilidad en los dedos rotos y cada vez que logro tragar es como si la lengua se hubiera convertido en cristales rotos.

La única vez que provoqué a Antov por pasarse de la raya, me dijo que tenía médicos preparados para resucitarme o mantenerme con vida el tiempo suficiente para que el bebé creciera.

Ha pensado en todo.

Eso significa que yo tengo que pensar en algo mejor. Algo nuevo.

Es que... es tan difícil.

El agotamiento se me mete en los huesos. La debilidad pesa sobre mis miembros y, a medida que pasan los días, empiezo a perder el control de lo que me mantiene a salvo.

Despierta, sufro.

Dormida, quedo atrapada en pesadillas turbulentas donde Eva sufre el mismo dolor porque fallé en rescatarla.

Una noche, Antov entra en mi celda hecho una furia. Los Gallagher no están cayendo como los perritos obedientes que son, así que va a dejar que Flynn sepa exactamente el tipo de tesoro que llevo dentro.

No me da oportunidad de hablar porque está tan ocupado, con una mano agarrándome el cuello con fuerza y la otra gesticulando mientras despotrica, que termina asfixiándome y yo caigo en la dulce seguridad de la inconsciencia.

La suavidad me recibe al despertar.

Una almohada contra mi mejilla que desprende un aroma dulce y sutil a lavanda cuando inspiro.

¿Una almohada?

¿Ha sido todo un sueño?

Mis pensamientos avanzan pesados y me estremezco ligeramente, flexionando la mano derecha, pero los habituales bordes afilados de mis ataduras no me cortan la muñeca.

No hay nada, solo sábanas suaves bajo mi mano.

¿He vuelto a la cama?

¿Estaba atrapada en algún tipo de pesadilla?

Tal vez sí logré escapar aquella noche con Eva. Tal vez mi tortura no fue más que un delirio tras el disparo en la pierna.

Abro los ojos y el mundo se vuelve borroso.

Ya no hay correa de cuero sobre mi boca, ni ataduras en las muñecas o los tobillos, y solo siento suavidad bajo mí. Algo cruje a mi izquierda y flexiono la mano.

El dolor, afilado y punzante, me recorre el brazo y abro más los ojos de golpe.

Sigue doliendo.

Los dedos siguen rotos.

Me lleva unos largos segundos reconocer los pilares de la cama, las paredes florales y los muebles blancos mientras los contemplo, pero en cuanto lo hago, la realidad me golpea como un ladrillo en el pecho.

No me estoy despertando en la seguridad de la casa de Flynn.

Esto es la casa de Antov.

El dormitorio de Antov.

Se me revuelve el estómago cuando giro la cabeza y el crujido revela su origen.

Mi tío.

Está de espaldas a mí, de cara a la cómoda mientras se frota algún tipo de crema en las manos y no lleva nada más que una bata de seda que se pega a cada pliegue poco agraciado y ondulación de su espalda rolliza.

Aspira por la nariz y luego me mira en el reflejo del espejo, esbozando una sonrisa torcida cuando nuestras miradas se cruzan.

—Ya era puta hora —murmura—. Creía que iba a tener que hacerlo contigo inconsciente, que no me importaría. Así es menos coñazo, pero al menos de este modo no tengo que sujetar tu puta pierna gorda.

¿De qué demonios habla? Apoyando el codo derecho en la cama, me incorporo a pesar de las quejas dolorosas de mi cuerpo y por fin veo que sigo tan desnuda como estaba en aquella celda.

Tengo los muslos y el vientre cubiertos de moratones, más cortes de los que me atrevo a contar reparten mi cuerpo, y aunque todos arden y duelen con rabia, a simple vista parece que en cierto modo han sido tratados.

Todo excepto mi mano izquierda. La vislumbro y me obligo a apartar la mirada mientras los ángulos imposibles y dislocados de mis tres dedos rotos me revuelven el estómago, y estoy a punto de vomitar.

Más aún cuando Antov empieza a hablar de nuevo.

—He soñado con este día. Follarte hasta que nazca el próximo heredero Yudkin y luego dejarle todo, pasar mi jubilación sabiendo que la grandeza que he creado está bien cuidada por mi propia sangre. Pero ahora... —Se vuelve hacia mí.— Ahora voy a follarte y será solo por placer porque llevas dentro al hijo de ese irlandés de mierda.

Mi mano se mueve instintivamente sobre mi vientre mientras mis pensamientos perezosos luchan por seguir el ritmo de lo que está diciendo.

—No importa. El placer es igual de válido, y quiero que ese cabrón sepa que te he follado cada día hasta que su bastardo llegue

al mundo. Así que vuelve a tumbarte, joder.

No puedo.

Esto no está pasando.

En la celda, estaba atada y amordazada y no podía hacer nada más que sufrir. ¿Aquí? Tengo libertad para actuar.

Pero por alguna razón, mi cuerpo no obedece al pánico que me atraviesa el corazón a gritos.

Me duele cada articulación, hasta la suave tela bajo mí se engancha en las heridas abiertas y la cabeza me late como si me hubieran metido el cerebro en una batidora.

Mientras los bordes de mi visión se desdibujan, trago saliva con dificultad alrededor del corte doloroso en mi garganta y le suplico a mi cuerpo que se mueva.

No lo hace.

Permanezco sentada allí, como un bulto helado, incapaz de obedecer los gritos internos de pánico mientras Antov se acerca.

¡Muévete! ¡Haz algo! ¡Muévete! ¡No así, no dejes que acabe así!

El miedo me agarra en un férreo y constante abrazo, y me quedo paralizada.

Hasta que Antov me toca.

Sus dedos rozan mi hombro izquierdo y me aparto de un tirón. Me abofetea con fuerza, haciendo que me muerda la mejilla, y vuelve a tocarme pero le aparto la mano de un manotazo.

Me abofetea de nuevo y me agarra del hombro.

—No luches —me gruñe desde arriba—. No vas a ganar, jodida.

Nuestras miradas se cruzan y la desesperación me invade, pero justo cuando se inclina, acercando su rostro asquerosamente al mío, por fin algo se reconecta entre mi mente y mi cuerpo, y actúo.

De una patada, le atizo justo entre las piernas y retrocede con un jadeo dolorido y lleno de furia.

Me intento poner en pie a trompicones, pero en cuanto apoyo peso sobre mi pierna herida, el dolor me atraviesa la herida de bala y me desplomo al suelo.

—¡Zorra de mierda!

Antov se lanza sobre mí mientras intento incorporarme y lo único cerca es la lámpara de porcelana de la mesilla de noche.

La cojo con la mano buena, me giro y reviento la lámpara contra un lado de su cabeza, donde se hace añicos y cae al suelo, lanzando chispas y chisporroteos.

Antov se tambalea hacia un lado y ruge mientras la sangre le resbala por la cara y veo mi oportunidad.

¡Corre, Kaia! ¡Corre!

Consigo dar dos pasos antes de que Antov me estrelle contra la cómoda, dejándome sin aliento mientras usa su peso corporal para arrancarme de la cómoda y volver a arrojarme contra ella.

La cabeza me da un latigazo hacia delante y choca contra el espejo, que se agrieta con el golpe de mi cráneo.

—¡No necesito que estés consciente para follarte hasta sacarte el alma! —grita Antov.

Cuando me arrastra otra vez desde la cómoda, algo se engancha en mi palma y cierro los dedos instintivamente alrededor de ello.

Es una horquilla. Larga y fina, con las iniciales de mi tía grabadas en la base.

—*Aspira más alto la próxima vez* —resuena la voz de Flynn desde algún rincón de mi mente.

Antov me arrastra de vuelta hacia la cama y yo gimo para luego darme la vuelta entre gritos mientras la agonía me recorre el muslo.

Nuestras miradas se cruzan, levanto la horquilla entre el puño y luego la hundo en un arco descendente hacia la garganta de Antov.

La punta de la horquilla se clava más arriba en su cuello, tal y como Flynn me dijo que hiciera, y de la herida brota sangre a borbotones.

No paro.

La saco y la vuelvo a clavar en su cuello. Una. Y otra. Y otra vez.

Antov grita y gorgotea, tambaleándose hacia atrás sobre la cama, pero yo me muevo con él.

Mi mano se mueve adelante y atrás como un péndulo, tomando vida propia.

Caemos sobre la cama, rebotamos, y acabamos en el suelo conmigo encima, así que agarro la horquilla con ambas manos y sigo.

Una vez, otra, y *otra* vez hundo la horquilla en su garganta que gorgotea, gritando todo el tiempo.

Ya no siento el dolor, el agotamiento es cosa del pasado, solo me sostienen la rabia, el pánico y la desesperación, mientras la sangre caliente brota de su cuello desgarrado como una fuente.

Salpica mi piel desnuda, cubriéndome como un aspersor mientras inunda el suelo y empapa las sábanas.

—¡Te odio! —grito con voz ronca—. ¡Te odio, te odio, te odio, te odio!

Algo se rompe a lo lejos, y con cada golpe de mi brazo, el hombro me cruje una y otra vez.

Mis gritos y alaridos se mezclan con otra cosa, presumiblemente los propios gritos agónicos de Antov mientras me araña los brazos intentando apartarme.

Pero no puede.

Sus brazos caen sin fuerza a los lados, la mandíbula se le queda abierta y sus ojos me miran desde abajo, vacíos e inertes.

Le he matado.

Está muerto, pero no es suficiente.

No es suficiente para lo cruel que fue conmigo, por todas las cosas repugnantes que dijo que iba a hacerme.

Las lágrimas me corren por las mejillas, mezclándose con la sangre.

Entonces alguien me toca el hombro y una punzada de terror me atraviesa como un latigazo frío.

Me giro por instinto y clavo la horquilla en el hombro de quien haya llegado junto a mí. La fuerza de mi movimiento nos hace caer, obligándole a retroceder de rodillas.

—¡Ah!

Su grito me resulta familiar, me doy cuenta al caer, y de pronto unos brazos cálidos y fuertes me envuelven mientras unos ojos grises, dolorosamente familiares, flotan frente a los míos.

—¡Kaia! ¡Kaia, soy yo! ¡Soy Flynn! ¡Soy yo, estás bien. Estás bien!

—¿F-F-Flynn? —La horquilla sigue clavada en su hombro y sigue aferrada en mi puño derecho mientras nos miramos el uno al otro.

No aparta la mirada ni se sobresalta. Me abraza y un sollozo roto y débil escapa de mis labios.

—¡Flynn!

—Te tengo. Ahora estás a salvo. Estás a salvo.

FLYNN

La tormenta irlandesa que azotó aquella noche borró a la familia Yudkin y cualquier rastro de su existencia de la faz de la tierra.

Mientras lideraba el equipo que voló la pared de la casa de Antov y entró a la carrera para rescatar a Kaia, otras tres familias irlandesas saldaron sus deudas conmigo arrasando la ciudad de Nueva York y destruyendo todos los garitos, casinos y negocios de blanqueo de dinero vinculados a los Yudkin que encontraron a su paso.

También asaltaron museos, galerías y hoteles que exhibían falsificaciones de Yudkin, y los objetos fueron retirados y quemados en las calles.

Cualquiera que fuese leal a los Yudkin acabó muerto y enterrado en tumbas sin nombre, y todo aquel que se atreviese a pronunciar ese nombre maldito de nuevo correría la misma suerte.

El tráfico de piel en el mercado negro era más difícil de erradicar, pero tras ponerme en contacto con un asociado italiano que ya lidiaba con ese negocio, llegamos a un acuerdo para envenenar el mercado, y cualquiera implicado tendría una muerte rápida, ya fuese a manos de irlandeses o italianos.

La limpieza llevó semanas, y durante esas semanas, la tensión en Nueva York era altísima.

Ninguna familia se atrevía a levantar la voz por miedo a que descargara mi furia sobre ellos, y quienes consiguieron sobrevivir siendo leales a los Yudkin desaparecieron del estado, para no volver a ser vistos ni oídos jamás.

El cadáver de Vic fue reducido a cenizas en la finca de Antov junto con el cuerpo de este, y allí permanecen sus huesos, listos para ser enterrados bajo la mansión de los Yudkin mientras mis equipos derriban los edificios y arrasan con todo.

Una vez arrasado, planeo entregarlo a un reputado conservacionista de la naturaleza, que lo transformará en una reserva natural floreciente en nombre de Anya.

La investigación de Frank sobre Anya no encontró nada sospechoso y, por desgracia, fue la única persona inocente que murió la noche que asalté la casa de Kaia.

Durante todo ese tiempo, cada día destrozando la ciudad y cada semana viendo cómo cambiaba el paisaje, Kaia sigue inconsciente ante el mundo.

La gravedad de su trauma y la seriedad de sus heridas llevaron a los médicos a mantenerla en coma inducido, para darle a ella y a su cuerpo el tiempo y la energía necesarios para sanar.

La visito todos los días y me siento a su lado, leyéndole las noticias, contándole las peripecias de mis hijas y los intentos de Frank por aprender sobre plantas desde que se enamoró del musculoso conservacionista.

Angie y Eva vienen cada tarde, acumulan dibujos junto a la cama de Kaia, le relatan historias del colegio y de dibujos animados que han visto y, casi siempre, terminan dormidas a los pies de su cama y tengo que llevármelas en brazos.

Contrato a los mejores especialistas que el dinero puede conseguir para tratar la mano rota de Kaia y cuidarla, y durante las pruebas llega la noticia, momentáneamente aterradora, de que está embarazada.

Viendo cómo estaban ella y su tío cuando la encontré, hubo un único y frío instante en el que temí que él le hubiese hecho algo horrible, hasta que el médico me tranquilizó diciendo que el bebé dentro de Kaia tenía ya casi dos meses.

Lo que significa que es mío.

—¿Embarazada? —Frank se planta a mi lado con el ceño fruncido —. ¿Estás seguro de que es tuyo?

—Segurísimo.

—¿Crees que ella lo sabía?

Detrás de mí, la respiración suave de Kaia llena la habitación y se me encoge el corazón. —No sé qué duele más; si que ella lo supiera y aun así fuera tras Eva, o que no tenga ni idea.

Frank baja la cabeza mientras se frota la mandíbula. —¿Qué vas a hacer?

—Lo que ella quiera —respondo de inmediato—. Solo tenemos una vaga idea de por lo que ha pasado, pero la historia que cuenta su cuerpo... Todo eso fue porque fue a buscar a Eva y yo no puedo... No puedo agradecérselo nunca lo suficiente. Así que lo que quiera, lo tendrá. Por el bebé, por su vida, por su futuro. Sea lo que sea...

La mirada de Frank se suaviza al mirarme y su mano se posa con suavidad en mi brazo. —De verdad la quieres, ¿verdad?

Suelto una risa suave y pongo los ojos en blanco. —Lo mismo para eso. Si sigue odiándome cuando despierte, lo aceptaré. Si quiere matarme, también lo aceptaré. Lo que quiera... —Mi atención vuelve a posarse en su figura dormida—. Se lo daré sin dudar.

Las pruebas que me informaron de su embarazo son las mismas que me dicen que estoy limpio, y que ser apuñalado por la horquilla ya incrustada en Antov no me ha hecho daño alguno, aparte del propio corte.

Dos semanas se convierten en casi tres, con el médico manteniendo a Kaia sedada el máximo tiempo posible para estar seguros con su trauma interno, pero pronto me llega la noticia de que han empezado a reducirle los sedantes y dejar que despierte de forma natural cuando esté lista.

La noticia me manda directo a la ducha, donde me restriego de arriba abajo todo lo que puedo, me embadurno con mi mejor hidratante perfumado y recorto la barba pegada a la mandíbula hasta que me veo lo bastante decente como para dejar de parecer el hombre demacrado que velaba su cama con devoción.

No hay manera de saber en qué estado o humor se encontrará cuando despierte, pero una cosa está clara: estaré a su lado.

Si quiere gritar, la escucharé. Si quiere ponerme a parir, lo aceptaré.

Si quiere llorar, la consolaré.

Lo que necesite. Le debo mucho más de lo que podré jamás devolver.

Y la quiero.

Salgo del baño y me acerco a la cómoda, donde cojo mi relicario con cuidado. Apenas parece que haya pasado el tiempo desde que sorprendí a Kaia aquí intentando abrirlo. La plata reposa, pesada, en mi palma mientras le doy vueltas y deslizo el pulgar sobre el grabado, luego jugueteo con el cierre y lo devuelvo a su hogar seguro, colgado de mi cuello.

Me observo en el espejo.

Kaia podría despertar en cualquier momento. Incluso podría estar despierta ya y quizá algún guardia esté avisando a Frank para que me lo diga.

De cualquier forma, la posibilidad de un futuro se siente de repente tangible, al alcance de la mano, y mi corazón, antes oprimido por el peso de estas últimas semanas —qué demonios, meses—, ahora parece mucho más ligero.

Incluso si me odia, me alegraré de que esté viva y despierta para decírmelo.

Mientras paso un peine por mi pelo, abro el cajón superior y busco mi mejor camisa, pero al sacarla de su funda, una cajita cae y vuelve a rodar dentro del cajón.

Es una pequeña caja negra que no había visto en siete años, y el simple hecho de verla me revuelve el estómago.

¿Será esto una señal? ¿Una bendición?

Dejo la camisa a un lado, cojo la caja y la abro despacio. Dentro está el anillo de compromiso que escogí y entregué con cariño a la madre de mis hijos mucho antes de tener hijos a los que amar.

No he pensado ni visto esta caja en años y ahora, de repente, aparece ante mí.

Un anillo de compromiso.

Alzo la vista y me observo en el espejo, luego miro el relicario que brilla en mi cuello.

Contemplarlo despierta en mi cabeza una pequeña y emocionante idea, que enseguida se convierte en una enorme e increíble que apenas puedo comprender.

No soy de creer en nada que no tenga delante en el momento, pero el anillo me parece importante.

Como si algo —tal vez mi subconsciente— quisiera decirme algo.

O quizá me he vuelto loco.

Sea como sea, mientras me pongo la mejor camisa, sé una sola verdad en lo más profundo de mi corazón.

Quiero a Kaia a mi lado el resto de mi vida.

KAIA

El calor me envuelve.

Floto sobre una suavidad bajo mí que me sostiene sin rechistar y alivia cada uno de los dolores de mi cuerpo.

De hecho, los elimina, porque la ausencia de agonía recorriéndome es la primera sensación nítida que me golpea cuando la consciencia por fin me arrastra de nuevo a la superficie.

No me atrevo a abrir los ojos. La última vez que desperté con suavidad bajo mí tuve que... espera.

Mis recuerdos están borrosos y la cabeza me late con fuerza mientras intento recordar algo más allá de mis primeros momentos al despertar aquí.

Donde sea que esté "aquí".

Sé que debería dolerme todo. Sé que debería estar más alerta de lo que este entumecimiento cálido me permite, pero es lo único que conozco por ahora y en realidad es bastante agradable.

Hay un peso suave y cálido sobre mí y otro más sólido cerca de mi pie. El calor me rodea y un murmullo grave en algún lugar cercano apenas logra colarse entre la niebla que invade mi mente.

Casi es reconfortante si me permito disfrutarlo durante unos cuantos largos segundos.

El peso en mis pies se desplaza y ese movimiento ayuda a despejar mis pensamientos el tiempo suficiente para que un

pinchazo de miedo me sacuda el corazón.

¿Ese es mi tío?

¿Está aquí esperando para arrastrarme de vuelta a un mundo de dolor y dejarme contemplar la manera más rápida de acabar con todo esto quitándome la vida?

No... eso no es correcto.

Me falta algo.

Mientras intento encajar las piezas en mi mente, una calidez extraña recorre mis manos y de pronto mis pensamientos me arrastran de vuelta al momento en el que sostenía una horquilla y la hundía, una y otra vez, en la garganta de mi tío.

La calidez de su sangre salpicando mi piel y deslizándose por mis manos me revuelve el estómago y una tensión me cruza como si me apretaran con una banda elástica.

Lo recuerdo.

Me llevó a su habitación.

Iba a... ni siquiera puedo soportar pensarlo, pero le maté. Estoy casi segura de que le maté.

Nadie podría sobrevivir a algo así, ¿verdad?

Le apuñalé una y otra vez y *otra vez* como si no hubiera límite al número de veces que podía hacerlo y entonces... ¿apuñalé a otra persona?

El murmullo grave se hace más fuerte y las palabras empiezan a perfilarse con claridad. No es un murmullo.

¿Voces?

Hay personas hablando cerca de mí, y esas voces poco a poco se aclaran, como si subiera desde lo más hondo del agua.

Voces suaves, bajas, susurrando y riendo como si intentaran no despertarme.

¿Quién se reiría así?

No conozco a nadie que se ría así, ¿verdad?

Desde luego, no un guardia con ganas de hacerme pagar por haber matado a su jefe.

Poco a poco entreabro los ojos y el corazón se me acelera ante lo que pueda ver.

Por muy lentos que vayan mis pensamientos, sé que si estoy en una mala situación tendré que fingir estar inconsciente mientras elaboro un plan.

Lo primero que distingo claramente es una ventana, no... ¿puertas?

Unas puertas acristaladas están entreabiertas, mostrando un pequeño balcón ovalado donde una mesa de ratán está llena de incontables muñecas, vestidos y peluches.

Más allá de la mesa, un profundo cielo azul acaricia mis ojos y me obligo a cerrarlos de nuevo.

Es todo tan familiar.

¿Por qué?

Las voces se escuchan aún más nítidas y las risas atraviesan la niebla en mi mente, haciéndome doler el corazón, así que vuelvo a abrir los ojos.

Muebles de roble. Paredes color blanco huevo. Un tocador elegante.

He despertado aquí antes.

—¡Kaia! De repente, el peso en mis pies se mueve y la cara de Angie aparece ante mí. —¡Estás despierta! ¡Está despierta! ¡Bien!

—¡Déjame ver! —exige otra voz, y un rostro idéntico aparece junto al de Angie y me mira con una sonrisa enorme llena de dientes. Su cara es un poco más delgada que la de Kaia y un nombre encaja en mi mente.

Eva.

—¡Estás despierta! —proclama Eva y, de repente, echa la cabeza hacia atrás y grita—. ¡Kaia está despierta! ¡Zack, tienes que avisar a papá!

—¿Qué? —gruñe una voz grave desde el umbral.

Las dos gemelas giran bruscamente el rostro, frunciendo el ceño al que está ahí y contestan al unísono—. ¡Ve a buscar a papá!

—Joder, vale —gruñe la voz.

—Palabrota —salta Angie, luego vuelve a mirarme con una sonrisa radiante—. ¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto! —Parpadea, y de repente los ojos se le llenan de lágrimas y se deja

caer de rodillas delante de mí—. ¡Tenía m-miedo de que no despertaras!

Es mucho para asimilar, pero en cuanto Angie empieza a sollozar me apoyo con los codos en la cama y me incorporo hasta quedar medio sentada contra las almohadas.

—Hey. —Mi voz ronca me quema la garganta—. Venid aquí, ¡no lloréis! —Al alzar los brazos para llamarlas, noto el grueso y rígido vendaje que envuelve por completo mi mano izquierda, tragándose los dedos y convirtiéndola en una especie de muslo blanco y blando.

Angie está a punto de lanzarse sobre mí cuando Eva le agarra del brazo.

—Con cuidado —advierte Eva—. ¡Todavía está enferma!

Entonces, las dos están en mis brazos, acurrucadas contra mi pecho mientras Angie solloza e intenta a toda costa contener las lágrimas. Es surrealista.

He vuelto con Flynn.

Recuerdo haberle apuñalado y sus brazos rodeándome, luego una oscuridad infinita que parecía no tener fin. Ahora estoy en la cama, con sus hijas en mis brazos, y tiene que ser algún tipo de sueño.

—Sabía que te despertarías —jadea Angie.

—Yo también —insiste Eva—. Papá ha dicho que eres súper fuerte, así que lo sabía.

—Yo lo supe primero —replica Angie.

—No, no lo supiste —responde Eva—. ¡Lo supimos a la vez!

—Yo… —No se me ocurre qué decir, pero mi voz ronca hace que ambas levanten la cabeza y empiezan a hablar las dos a la vez tan deprisa que no consigo seguirles el ritmo.

—¿Estás bien?

—¿Necesitas que venga el médico?

—Papá viene en camino.

—Él ha estado cuidando de ti.

—¿Quieres té? Estábamos teniendo una fiesta de té.

—Papá nos deja jugar aquí para poder cuidarte.

—¡Porfa, toma el té con nosotras!

Mirando de una a otra, bajo la vista hacia mis pies donde hay una manta extendida a los pies de la cama y un montón de piezas de un juego de té desparramadas.

—Me encantaría tomar té —digo con voz ronca, tosiendo suave para aclararme la garganta—. Yo... —Clavo la mirada en Eva—. ¿Estás bien, Eva?

Deja de hablar y sonríe, asintiendo una y otra vez. —Estoy bien. Gracias por venir a buscarme. Yo no… —Su rostro se crispa un poco —. Me asusté tanto que pensé que nadie vendría a encontrarme. Sabía que papá lo intentaría pero fue tanto tiempo…

La mano de Angie sale disparada para coger la de su hermana, entrelazando sus dedos.

—Pero viniste —continúa Eva, frotándose un ojo con la mano libre—. Viniste a por mí y pude volver a casa.

El corazón me da un vuelco en el pecho y asiento rápidamente. —Me alegro muchísimo de que estés bien.

—Nos alegramos de que tú estés bien también —dicen al unísono y mi atención va de una a otra, sin saber a quién mirar, así que al final me fijo en Angie.

—Angie...

—¿Mhm? —Asiente entusiasmada y se acerca todavía más a mí.

—Nunca... nunca tuve la oportunidad de preguntártelo, y me prometí que si volvía a verte lo haría, así que… ¿te acuerdas de aquel día en el embarcadero? Para mí fue aterrador pero eso no quiere decir que para ti significara lo mismo.

Por suerte, asiente. —Sí.

—¿Por qué... por qué te lanzaste entre tu padre y yo? Nunca he conseguido entenderlo ni asumir por qué te interpusiste entre una pistola y yo siendo solo una niña, pero para mi sorpresa su sonrisa no se borra.

—Porque papá estaba muy triste. Bueno, estaba muy triste. Ya no lo está. Pero cuando estaba muy triste, hacía cosas de enfadado y después se ponía aún más triste, así que no quería que se enfadara y luego volviera a estar triste porque yo estaba triste y tú le hacías feliz, así que yo… —Jadea al decirlo todo de golpe,

atropellando las palabras—. Quería que papá volviera a ser feliz. No es un mal hombre.

—No —asiente Eva, y se le cae el rostro—. No es un mal hombre en absoluto.

Angie aprieta la mano de Eva y ambas se apoyan en mí. —¿Vas a quedarte despierta ya? —pregunta Angie.

—Esa sí que es una buena pregunta —resuena una voz profunda, dolorosamente familiar, desde la puerta.

—¡Papá! —Las dos chicas saltan de la cama y se lanzan a los brazos de Flynn, que se agacha para recibirlas.

Las mejillas se le tiñen de rosa al arrodillarse y hay un ligero brillo en su frente. ¿Habrá venido corriendo?

—Chicas, necesito hablar con Kaia. ¿Podéis ir con Zack y averiguar qué prepara Florence para la cena?

—No quiero —protesta Angie, pero su queja se va disipando mientras sale de la habitación, arrastrada por Eva, que acepta encantada.

Flynn las observa marcharse y luego se gira hacia mí al cerrar la puerta.

Su sonrisa se desvanece de la alegría y se vuelve de preocupación.

Mientras se acerca a la cama, mi corazón comienza a latir con fuerza.

Está guapísimo.

Sano.

Mucho más vivo que la última vez que lo vi.

Recuperar a su hija debe de haber sido justo lo que necesitaba para sanar el alma, y eso se nota en sus ojos brillantes y centelleantes y en su rostro atractivo.

Flynn se acerca al borde de mi cama y parece que va a sentarse a mi lado, pero en el último momento se lo piensa mejor y ocupa la silla.

El corazón me da un pinchazo de decepción.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, con esa voz grave que llega hasta mí casi en caricia.

Quiero lanzarme a sus brazos y quedarme envuelta en ellos, hacer que me hable sin parar hasta que su voz profunda y reconfortante cubra todos los recuerdos oscuros y retorcidos que resurgen cuanto más tiempo permanezco despierta.

—Fría —admito, tosiendo un poco por el dolor de mi garganta—. Un poco... confusa, pero bien, creo.

—¿Quieres que cierre…? —Señala las puertas correderas abiertas y niego con la cabeza.

—No, no, está bien. Me gusta ver el cielo —Me ayuda a tranquilizarme saber que el mundo sigue ahí, justo al otro lado.

—Claro. —Flynn asiente—. Debes de tener preguntas.

Nuestras miradas se cruzan y la calidez me escuece detrás de los ojos. —Has venido a por mí —murmuro con voz ronca.

Flynn entreabre los labios y luego asiente, despacio. —Por supuesto que he venido.

—¿Por qué?

Frunce el ceño. —¿Por qué? —Parece confuso—. ¿De verdad no lo sabes?

Niego con la cabeza y el mundo se desdibuja cuando las lágrimas me inundan. —Yo soy una Y-Yudkin. Lo que hicimos, lo que hizo mi familia... —Vuelvo a negar, una y otra vez—. Deberías haberme dejado morir allí.

La mano de Flynn descansa de repente sobre mi antebrazo, justo encima de las vendas. —Ni en sueños.

—Pero yo…—

—No, Kaia. Tú no eres tu familia, ni eres tu sangre. Me lo has demostrado una y otra vez. Antes estaba demasiado ciego por mi rabia y mi dolor para verlo con claridad, pero ahora sí lo veo. Eres una de las personas más fuertes y admirables que he conocido en mi vida. ¿Lo que hiciste por mí? ¿Por Eva? Lo que soportaste cuando tú…—. Su voz se quiebra y sus ojos bajan a mi mano vendada. —Kaia, te debo una deuda que jamás podré saldar, pero pienso pasar el resto de mi vida asegurándome de que sepas cuánto te quieren y te adoran.

¿Quieren?

Parpadeo y las lágrimas ruedan lentamente por mi mejilla. —¿Eva de verdad está bien? —susurro.

Flynn asiente y su sonrisa se vuelve aún más cálida. —Está fantástica gracias a ti. La has salvado.

—¿No me odias por dejarla sola? —vuelvo a susurrar y un sollozo débil me estremece el pecho—. Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas y yo…—

—Chst —me tranquiliza Flynn y se acerca a mi cama, sentándose justo a mi lado y acariciando mi mejilla con su mano cálida—. Me contó que te caíste y le dijiste que siguiera corriendo. Cuando te encontré y vi tu pierna, lo entendí. Kaia, hiciste todo lo que pudiste y no tienes nada de lo que disculparte, ¿me oyes? Si alguien tiene que pedir perdón, soy yo. He estado ciego demasiado tiempo, pero pienso compensártelo, si me dejas. O si aún me odias y quieres matarme, también estoy dispuesto a aceptarlo porque… —Ríe débilmente y limpia mis lágrimas con la yema de su pulgar, con una dulzura infinita—. Estoy tan feliz de que estés viva y despierta.

—No te odio —ronco, inclinando el rostro hacia su caricia—. No lo hago. Lo que siento por Flynn es mucho más complejo de lo que puedo descifrar, pero no me atrevo a ponerlo en palabras porque, en este estado, tengo el suficiente sentido común para saber que un rechazo me destrozaría por completo.

—Bien, porque sería un poco incómodo. —Aparta la mano de mi rostro para llevarla a su pecho, donde descansa su relicario, y lo desengancha del cuello, deslizándole el pulgar hasta que la pieza se abre—. Era de mi esposa. Se llamaba… —Gira el relicario hacia mí para que lea la inscripción.

—¿Evangeline? —leo en voz baja.

—Llamé así a las gemelas porque quería que estuviese con ellas siempre. Y dentro del relicario guardo fotos de todos a los que quiero.

Mientras me entrega el relicario, mis pensamientos adormecidos luchan por seguir el hilo de por qué me está contando esto, hasta que fijo la vista en las fotos del interior.

En un lado del relicario hay una foto de las gemelas, claramente mucho más pequeñas de lo que son ahora.

Y en el otro lado hay una foto mía.

El corazón se me encoge como si las costillas se convirtieran en un puño que lo aprisiona.

—¿Yo? —susurro, levantando la mirada despacio.

Flynn asiente. —No sé ni siquiera si "amor" es la palabra adecuada contigo, porque lo que siento por ti es mucho más fuerte, arrollador, pero me gusta. No me di cuenta porque tenía todo hecho un nudo dentro y no veía las señales, pero cuando te marchaste… y después, cuando no volviste, lo supe. Lo supe y me arrepentí de no habértelo dicho, de no haber sido capaz de entender qué demonios me pasaba por dentro. No te lo digo para presionarte o esperar nada de ti, Kaia. —Su sonrisa se suaviza—. Solo quiero que sepas que es sincero cuando te digo que aquí te quieren. Y siempre será así.

—Pero no lo sabes todo —balbuceo débilmente mientras el estómago se me revuelve—. Estoy… estoy embarazada y lo siento, no lo sabía. Es culpa mía, debería haber estado más pendiente, pero con todo…—

—Kaia —me interrumpe y vuelve a tomarme la mejilla con la mano—. Lo sé.

Abro mucho los ojos. —¿Lo sabes?

—Mi equipo ha estado cuidándote desde que llegaste. No había forma de ocultar eso, así que sí, sé que estás embarazada y sé que es mío.

Un frío se extiende por mis hombros. —¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? —La sorpresa cruza su cara—. ¿Por qué iba a estarlo?

—No es un truco… —susurro—. Pero mi sangre…—

—Kaia. Escúchame. Lo que hizo tu familia no lo hiciste tú, ¿de acuerdo? Todos tenemos personas horribles que han hecho barbaridades con el apellido familiar, pero créeme cuando te digo que eres tan Yudkin como Eva, ¿vale? Sé que es mucho para asimilar y no hay prisa para tomar decisiones, pero aquí estás a salvo. Date tiempo. Descansa. Cúrate. Y lo que quieras hacer con el bebé, lo respetaré. Te apoyaré de todas las formas, pase lo que pase. Estoy aquí para ti, Kaia. Lo digo en serio cuando te digo que te quiero y

haré todo lo que esté en mi mano para estar a tu lado el resto de mi vida.

Llevando mi mano buena, agarro la suya por detrás, ahí donde descansa contra mi mejilla. —¿Incluso… incluso si quiero quedármelo? —Adoro a las gemelas y, aunque nunca pensé en tener un bebé, esto me parece un milagro al que sería tonta de renunciar.

Un bebé con Flynn, que está aquí delante de mí diciéndome que me quiere. Me muero de ganas de poner en palabras lo que siento en el pecho, pero se me queda atascado justo bajo las costillas.

—Sí, incluso si quieres quedártelo. Es nuestro bebé, ¿cómo podría decir que no? —Vuelve a sonreírme, cálido.

Un sollozo se me escapa a modo de hipo y me desplomo hacia delante. —Creía que me detestabas, muy en el fondo. Estaba segura de que me odiabas porque siempre parecías tan duro conmigo y me lo merecía, así que no me importaba. ¿Y ahora vienes y dices que me quieres?

La sonrisa de Flynn no se apaga y se inclina hacia mí. —La línea entre el amor y el odio es muy fina —murmura—. La pasión es pasión. Estoy aquí, Kaia. Y te quiero. El resto lo resolveremos juntos.

Sus labios se posan en los míos en un beso dulce y delicado que disuelve la tensión de mi pecho, y me abandono a sollozos profundos y anhelantes en sus brazos.

Si habla en serio, si de verdad lo siente así, entonces un futuro ya no parece una idea tan descabellada.

FLYNN

Los días que siguen al despertar de Kaia transcurren en una calma dichosa que jamás había tocado la finca Gallagher hasta ahora.

Le doy tiempo con su médico para que le explique el alcance de sus heridas, incluida la cicatriz alrededor de su garganta, que ha añadido a su voz un ligero matiz ronco muy sugestivo, la lenta recuperación de su mano y la operación que le hicieron mientras estaba inconsciente, en la que le recolocaron los dedos y arreglaron lo que pudieron.

Dada la magnitud del daño, la verdadera situación de su mano se sabrá cuando le quiten las vendas y ella pueda contarle al médico exactamente lo que siente.

Por desgracia, pierde toda sensibilidad en el índice y el corazón, y la abrazo con fuerza mientras llora al recibir la noticia.

Por suerte, conserva toda la movilidad y sensibilidad en el resto de la mano, y todas las demás heridas, incluidas las laceraciones que cruzan su cuerpo y la herida de bala en la pierna, han sanado bien.

Durante la primera semana desde que volvió con nosotros, las pesadillas la acosan y, de algún modo, sin que lo hablemos, Kaia acaba pasando una noche en mi cama, donde la calmo hasta que se duerme y, a partir de ahí, ya no se va. Y desde luego, yo no tengo ninguna queja al respecto.

Frank cuida de ella, y los gemelos contienen con esmero su entusiasmo cuando Kaia vuelve a estar en pie y se une a nosotros en las comidas y demás momentos.

Pero, aunque es enternecedor verlos juntos, sigue habiendo una sombra sobre nosotros que tengo que afrontar, así que una noche cálida, después de que los gemelos estén acostados, encuentro a Kaia descansando en una tumbona en el patio, mirando los jardines en dirección al lago.

—¿Kaia? —anuncio mi llegada para no asustarla.

Ella baja las gafas de sol y me mira por encima de los cristales.—Hola.

—¿Estás bien?

—Mhm. Solo que... no sé. Estoy disfrutando de sentir el sol al atardecer y de oír el bullicio que viene del lago. Creo que alguien está de fiesta. Se oye música.

—No me sorprende. —Me siento en la tumbona junto a ella, apoyo los codos en las rodillas y entrelazo las manos—. Kaia... Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Las gafas, a medio camino de volver a cubrirle los ojos, se las quita del todo y las pliega despacio mientras me observa.—¿Es algo malo?

Asiento lentamente.—Se podría ver así.

—¿Estoy en problemas?

Alzo las cejas.—¡No! Para nada, para nada. Perdona, debería haber empezado diciendo eso.

Ella infla un poco las mejillas, aunque no parece del todo convencida.—Vale.

—Es sobre tu hermano.

La expresión de Kaia se ensombrece de inmediato y se incorpora despacio.—Ah.

—No... no has preguntado por él.

—No quería pensar en él —admite—. ¿Ha hecho algo?

No hay una forma fácil de decirlo, así que lo suelto sin rodeos.—Lo maté. —Las palabras quedan flotando en el aire entre nosotros.—En cuanto Eva volvió a casa, de hecho. Estaba... enfadado. Y tenía miedo por ti, y estaba harto de tenerlo aquí, así que... lo maté. —El

estómago se me revuelve mientras me preparo para cualquier reacción suya. Era su hermano, al fin y al cabo.

—Bien —dice Kaia en voz baja—. Me alegro.

Nuestras miradas se encuentran.—¿De verdad?

Asiente.—No merece que lo llame mi hermano, igual que ese monstruo no merecía que lo llamáramos tío. Esperaba que lo hubieras dejado pudriéndose allí abajo, pero también tenía demasiado miedo para preguntar, porque no quería enfrentarme a él si seguía vivo.

—No está vivo, desde luego. Le envenené y le vi morir despacio, con mucho dolor. Sus restos han sido enterrados junto a los de Antov, bajo los escombros de su finca, y estamos colaborando con un conservacionista para convertir la zona en una especie de parque natural. No estoy muy al tanto de los detalles, pero la idea es transformarlo en algo bueno para aves y animales. Frank se está encargando.

La mirada de Kaia baja hacia sus manos y permanece en silencio unos largos momentos, siguiendo con el dedo las profundas cicatrices en el dorso de la mano.

—Y además... —continúo en voz baja—. Quiero aclarar dos cosas. La primera es que sé que aún guardas rencor por lo que le ocurrió a tu tía. Pudimos relacionarla directamente con la red de trata de personas con la que trabajaba tu t... Antov, pero, aun así, no fuimos nosotros quienes la matamos.

Sus ojos se disparan en mi dirección.—¿No fue así?

Niego con la cabeza y enseguida busco el informe de Frank en el móvil y se lo tiendo.—Le dispararon, pero no fue una de nuestras armas. No puedo decirte quién fue, pero aun así quise averiguarlo para poder disculparme si uno de mis hombres le había quitado la vida.

Ella estudia el informe en silencio y luego aprieta los labios.—Seguro que fue Vic. Esa noche yo tenía una pistola y él se la llevó. Pensé que era para protegerse, pero quizá... quizá estaba eliminando testigos de Eva o algo así. No lo sé. —Frunce el ceño.—Me alegro de que esté muerta. Me alegro de que todos lo estén. —Pero, mientras habla, en sus ojos asoma un destello de tristeza.

—Tu amiga... Anya.

Kaia se tensa.—Vic dijo que fue él quien hizo estallar los explosivos.

—Lo siento, Kaia. Nunca quise que ningún inocente saliera herido cuando fui tras él. Aquella noche estaba furioso, cegado por... tantas cosas. Si no hubiese sido por mí, Vic nunca habría hecho saltar los explosivos, y asumo la responsabilidad porque ella era inocente.

Las lágrimas relucen en los ojos de Kaia, pero aún no he terminado con las malas noticias.

—En su mayoría inocente. —Hago una pausa, observando cómo a Kaia se le caen los hombros.—Mandé a los míos a investigar a fondo su pasado. Es cierto que fue Vic quien contrató a Anya, pero no tenía antecedentes criminales fuera de tu familia, ni estaba implicada en ninguno de los negocios familiares. Parece que realmente fue contratada para hacerte compañía, quizá despistada, pero... era buena. Decente.

Kaia se lleva la mano a la boca y el labio inferior le tiembla.—Ella... ella era mi mejor amiga.

—Lo sé —murmuro—. Siento de verdad que perdiera la vida esa noche, que tu familia destruyera otra cosa que debía ser buena. Si te parece bien, pensábamos poner su nombre al parque natural, para que siempre sea recordada.

Kaia se incorpora y se gira para mirarme de frente. —Eso es tan dulce.

—¿Quieres que hagamos eso?

Ella asiente rápidamente. —Eso... en realidad es un poco gracioso —dice con una risa suave, secándose los ojos—. Anya quedando arriba mientras mi familia se pudre bajo tierra y alimenta la naturaleza. Es hasta poético, la verdad.

—Lo siento, Kaia. Si pudiera volver atrás—.

—No. —Kaia sorbe por la nariz y me devuelve el móvil, pero al cogerlo me agarra la muñeca y aprovecha ese gesto para apartarme el brazo lo justo para deslizarse sobre mis piernas y empujarme contra la tumbona al sol—. No voy a fingir que no echo de menos a Anya cada día, y me duele que ya no esté, pero tú no la mataste. No murió por tu culpa porque quisieras verla muerta. Fue culpa de Vic.

Él es el cobarde que trajo esa desgracia a nuestra casa esa noche. Yo no te culpo. No te odio.

Guardando mi móvil, apoyo ambas manos en las caderas de Kaia y acaricio la tela de su falda larga y suelta que se arremolina en sus muslos. —Aun así lo siento. No quiero ser nunca, jamás, la causa de tu dolor.

—¿Mi dolor? —Kaia se inclina hacia mí y atrapa mis labios en un beso dulce y suave, ligeramente húmedo por las lágrimas que han conseguido escapar—. ¿Que estés aquí, contándome todo esto? ¿Que ya tienes un plan para honrar a Anya? Has pasado más tiempo escuchándome y cuidando de mí que nadie en mi vida o en mi familia. —Cada frase va acompañada de un beso suave y lento.

—¿Deberíamos hablar de los pocos negocios de tu familia que no incendiamos? —pregunto entre besos—. Guardé algunos, por si querías salvar algo.

—Quémalos —musita Kaia contra mis labios, besándome despacio—. No quiero tener nada que ver con ellos.

—¿Todos?

—Ajá. No queda nada. —Sus besos se vuelven cada vez más profundos y prolongados, con ambas manos descansando suavemente sobre mi pecho—. Las ratas de mi familia lucharon por ser dioses poderosos. Yo quiero que se les olvide.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Puede pedirme lo que quiera, que yo lo cumpliré.

No hay nada en el mundo que no le daría.

Si quiere montar su propio negocio, la ayudaré.

Si quiere ensuciarse las manos en el lado criminal de las cosas, estaré a su lado.

Si lo único que quiere es vivir con seguridad y lujo, también se lo concederé.

A lo largo de los años, la gente ha comentado mi falta de disposición a ceder y mi implacable dedicación a mis hijas.

Sumar a Kaia a todo esto solo me hace aún más decidido a que el apellido Gallagher sea inquebrantable.

Todo eso se desvanece cuando los besos de Kaia se vuelven cada vez más insistentes y mi corazón empieza a acelerarse.

La magnitud de su trauma y recuperación me había hecho descartar volver a acercarme a ella, pero ahora está sobre mis piernas, con los dedos acariciando perezosamente mi pecho y su lengua asomando entre sus labios para saborear la comisura de los míos.

No puedo ignorar el calor que despierta en mi interior.

—Kaia —le advierto en voz baja—. No es que no esté disfrutando cada segundo, pero tengo que avisarte: si sigues así, me voy a excitar.

Kaia se alza para mirarme y hace un pequeño puchero. —¿Quieres decir que aún no lo estás?

Oh.

Oh.

Con sus intenciones perfectamente claras, el siguiente beso es más profundo por ambas partes, aunque sigo los movimientos de Kaia y la dejo mantener el control.

Lo que sea que le resulte cómodo, eso le daré, pero no puedo negar el calor que recorre mis venas ni la reacción casi instantánea de mi polla cuando sus caderas se deslizan hacia abajo contra mí.

—¿Sabes? —susurra Kaia contra mis labios mientras sus dedos hábiles bajan por mi camisa y van desabrochando los botones—. Creo que yo también te quiero.

—¿Crees? —gimo mientras desliza sus manos por mi pecho descubierto.

—Todavía lo estoy averiguando —murmura, besándome con tanta fuerza que nuestras narices se aplastan juntas—. Ya te avisaré.

—Por favor, hazlo —es lo último coherente que consigo decir antes de que todo se disuelva en un deseo absoluto por la preciosa mujer que tengo sobre mí.

Acaricio su cuerpo y deslizo mis dedos bajo su blusa, siguiendo sus movimientos mientras acaricio con amor cada centímetro al que alcanzo. Kaia sigue moviéndose sobre mí, provocando a mi polla que ya late de tanto deseo.

Por la sonrisilla que se cuela en nuestro beso, sé que nota lo duro que me pone.

Parece que es justo lo que busca, porque enseguida su mano deja los dibujos que trazaba sobre mi pecho y se eleva sobre sus rodillas, a ambos lados de mis caderas.

Lleva la mano bajo la falda y me ciega a besos suaves por todo el cuello mientras me obliga a reclinar la cabeza en los cojines de la tumbona.

Reproduzco sus movimientos en mi cabeza. Sus manos en mi cinturón, tirando de la cremallera.

La calidez de su mano deslizándose dentro de mis calzoncillos y bajándolos lo justo para rodear mi polla.

Gime contra mis labios cuando envuelve mi longitud con una mano, y mis caderas se levantan por sí solas, arrancándole una risita a Kaia.

Entonces se coloca sobre mí y, de repente, el roce húmedo y resbaladizo de su coño contra la punta de mi polla es la única advertencia de su plan.

Un plan sexy, ardiente, húmedo, que se deja caer alrededor de mi polla con un ritmo tan tentador que es un milagro que no me corra ahí mismo.

Para cuando Kaia está sentada por completo sobre mi polla, estoy jadeando y el corazón me late desbocado en el pecho.

Mis manos acarician su cintura y sus muslos, deslizándose de un lado a otro mientras Kaia se acomoda y me aprieta dentro de ella.

—¿Cómoda? —gruño, más sonido que palabra.

Kaia se ríe y me acaricia la cara con ambas manos. —Increíblemente.

Se mueve sobre mí despacio, manteniendo el control total del ritmo y la fuerza de sus caderas. Detrás de ella, el sol se pone sobre el lago y tiñe el cielo de cobre, dándole a Kaia el marco más cautivador que he visto en mi vida.

Con la puesta de sol a su espalda, apoya una mano en el centro de mi pecho y echa la cabeza hacia atrás, dejando que sus suaves gemidos se pierdan en el viento.

Está radiante, completamente resplandeciente, y su belleza me deja sin aliento.

Sus ojos verdes brillan como nunca, su sonrisa es más libre que nunca y me cabalga sin preocuparse por nada más en el mundo.

No quiero que este momento termine jamás.

Anhelo grabarlo eternamente en mi memoria y reproducirlo una y otra vez para no olvidar nunca lo hermosa que está ni lo jodidamente bien que me hace sentir.

Cuando mi orgasmo alcanza su punto álgido, Kaia se apoya en mi pecho y me besa con fuerza, pasando un brazo por mi cuello para acercarme más mientras gime dulcemente en mi boca.

Este momento no terminará nunca, y el amor me inunda el pecho cuando la atraigo más fuerte contra mí y la sujeto durante los temblores de placer que la sacuden.

En este momento, y en todos los que vendrán, soy el hombre más afortunado del mundo.

KAIA

Pasan tres meses desde mi rescate, y son los meses más tranquilos y felices de toda mi vida.

Cada revisión médica me trae la noticia de que mi bebé crece sano y fuerte.

Las gemelas y yo estrechamos lazos entre fiestas de té, pinturas, y ellas me enseñan seguridad náutica cuando por fin salimos al lago para celebrar el cumpleaños de Frank.

Florence se convierte en mi apoyo a la hora de aprender a llevar un embarazo, y descubro que el nuevo guardia, Zack, que apareció mientras yo estaba en coma, es en realidad su hijo.

Mis pesadillas se suavizan día a día y sólo regresan cuando el trabajo de Flynn le retiene fuera de la cama más tiempo del que me gustaría.

Pero lo más importante: el apellido Yudkin ya no existe.

Con la ayuda de Flynn, me adentro en el mundo de las falsificaciones dentro de su negocio y trabajamos juntos para cubrir el vacío que dejó mi familia, lo que resulta bastante fácil considerando lo a menudo que acababa pintando para Antov.

Los cautos pasos de Flynn en el mundo de las joyas falsas se consolidan después de que tomo varias clases de selección de gemas, y contratamos a un experto de una familia italiana que está

ansioso por saldar una vieja deuda con Flynn, ayudándole a abrirse camino en el mercado.

Tengo una vida, y esa vida es más valiosa para mí que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Flynn con dulzura mientras paseamos por los jardines a última hora de la tarde.

El otoño ya ha llegado, y los árboles y arbustos, antes verdes y vibrantes, se han teñido de naranjas y rojos preciosos, haciendo que el jardín se sienta aún más acogedor mientras caminamos del brazo.

—Estaba pensando.

—¿En qué? —insiste Flynn.

—En lo lejos que he llegado. Antes pensaba que tenía una buena vida. Pintar. Jugar a las cartas. Ir de compras. Pero ahora que lo recuerdo... era tan solitaria y fría. Anya era mi única compañía y sin ella, pasaba tanto tiempo sola. Me repetía que era lo que quería, pero si lo comparo con esto ahora... —Inclino la cabeza y mi mano libre acaricia mi vientre abultado—. Ahora siento que estoy viva. *De verdad* viva. Yo... —Suelto un suspiro suave—. No sé si eso tiene sentido. Simplemente ya no siento que esté flotando por la vida, ¿sabes?

—Tiene todo el sentido del mundo —responde Flynn, inclinándose para besarme la coronilla—. Saber que eres feliz es la única paz que necesito.

—Soy feliz. Contigo y las gemelas. Con nuestro pequeño bichito —Acaricio suavemente mi tripa—. Lo único que nos falta es un perro, o ¿eso ya es demasiado de familia tradicional?

—Has estado hablando con las gemelas —resopla Flynn divertido —. Desde nuestra última visita al cine no dejan de hablar de tener un perro.

—¿Estás en contra de los perros?

—Estoy en contra de los perros sin educar, y ¿con un recién nacido? —Levanta una ceja—. Me preocupa.

—Entonces cógete un cachorro. Pueden crecer juntos y hacerse inseparables.

—¿Y cuando las gemelas se pongan celosas porque el bebé se lleve mejor con el perro que ellas?

—Para cuando eso sea un problema, tus gemelas estarán más interesadas en chicos o chicas.

Los ojos de Flynn se abren como platos—. Ni hablar.

—¿Ni hablar? —Me echo a reír—. ¿Ni en sueños?

—No hay citas hasta que tengan al menos cuarenta años.

—Ay… —hago una mueca—. Entonces supongo que debería cortar esto ya… —Bromeo quitando mi brazo, pero Flynn me atrapa enseguida y me acerca de nuevo.

—No tienes ni la más mínima posibilidad de escaparte de mí.

—Qué posesivo —sonrío, con un cosquilleo en el pecho—. ¿Te das cuenta de que, si alguna de tus hijas llega a casa con un amante mayor, vas listo?

—En realidad —replica Flynn, divertido—, somos un caso especial. Todo lo que hemos pasado... Mis hijos nunca sabrán lo que son esas dificultades —Su sonrisa se suaviza y se inclina para besarme de nuevo—. Y tú tampoco las volverás a vivir.

—Qué romántico —murmuro—. Dentro de treinta años, cuando nuestro bebé ya sea mayor, recordaré esto cuando llegue el momento de meterte en una residencia.

Él finge horror—. Me haces daño, ¿eh?

—Ajá. Oh. —Paro en una curva del sendero y señalo el parterre ahora vacío—. No me había ni fijado, pero te has deshecho de todos los lirios del valle.

—No sabía ni que estaban ahí hasta que intentaste envenenarme —confiesa Flynn—. Salvaste la vida de mi hijo. No quería que ninguno lo cogiera jugando a hacer ensaladas de césped para las fiestas de té.

—Me alegro de haber ayudado —Detengo el paseo, me vuelvo y me alzo para besarle la mejilla—. Todavía me siento un poco mal por aquello.

—No deberías. Me gustan las mujeres poderosas.

—Ya veo.

Retomamos el paseo y nos adentramos hasta el final del jardín, donde un pequeño patio descansa cerca de la valla y ofrece vistas a los árboles y al lago.

En esta época del año, el lago está mucho más tranquilo y reluce como si mil diamantes se hubieran esparcido por el paisaje.

—Este sitio es precioso —murmuro mientras Flynn me ayuda a sentarme en el banco—. Quiero pintar aquí.

—Puedo arreglarlo. O incluso poner unas tumbonas para que puedas pintar y descansar.

—¿Preocupado por mis tobillos? —bromeo suavemente.

—Siempre.

—Eso hace dos. —Me apoyo hacia atrás y suelto un quejido—. Joder. Creo que voy a tener que ir otra vez al baño.

—¿Necesitas ayuda?

Me inclino hacia un lado, me acomodo y niego con la cabeza. —No, estoy bien. Creo que solo es mi cuerpo adaptándose a estar sentada.

—¿Seguro?

Alzo la mano y le acaricio la cara con una sonrisa. —Me encanta lo adorable que te pones cuando te preocupas —digo suavemente y entonces, por primera vez desde que reconocí lo que sentía, de repente me parece el momento perfecto para decirlo—. Y te quiero.

Flynn se queda helado bajo mi caricia y luego, despacio, se sienta a mi lado. —¿De verdad?

—Sí. Me gusta todo de ti. Tu cuerpo. Tu polla. Me encanta cómo eres con los gemelos, cómo cuidas de todos. Lo protector que eres. Me gusta que hayas sido capaz de mirar más allá de mi apellido y hacerte tu propia opinión sobre mí, dándome una oportunidad. Me encanta cómo me apoyas, cómo te preocupas por mí y me encanta... me encanta que incluso cuando yo estaba en coma pensaste en Anya. Me encanta cómo *te importa* y simplemente... Quería decírtelo antes. Quería decirlo como es debido, pero... he esperado y ahora siento que es el momento perfecto para que lo sepas, porque te quiero tanto, Flynn. Te quiero tanto que a veces siento que podría ahogarme y yo—.

Su boca se posa de inmediato sobre la mía y coloca la mano en mi cuello, besándome con una profundidad arrolladora.

—Yo también te quiero, Kaia —murmura contra mis labios, y me besa de nuevo—. Te quiero con todo lo que tengo. Y me alegro

tanto, tantísimo, de que me lo hayas dicho.

—¿De verdad?

—De verdad. —Me besa otra vez y se separa solo un palmo—. Porque todo lo que he hecho para ayudarte, para dejar atrás tu familia y montar estos nuevos negocios, incluido el parque para Anya y todo lo demás, ha hecho que bastantes de las otras familias me llamen 'rey', y sé que es en broma, pero Kaia…

De pronto, se desliza desde el banco hasta el suelo, frente a mí, y siento cómo el corazón se me sube a la garganta.

—Nadie puede ser rey sin una reina. Me da igual si suena cursi, así es como me siento de verdad. —Saca una pequeña caja negra del bolsillo—. Compré esto el día que despertaste —susurra, con la voz convertida en puro suspiro—. Quería pedirte que te casaras conmigo entonces, pero tenía miedo. Y después quise esperar y darte tiempo para que tú me dijeras cómo te sentías, porque mi vida contigo es la única vida que quiero. Haces que quiera ser mejor hombre, mejor padre. Me has dado el regalo de Eva de vuelta, otro bebé que será tan precioso como tú y no puedo… no puedo soportar la idea de que no seamos una familia completa, de verdad. Así que, si quieres, Kaia, desde hoy hasta el fin de nuestros días, cásate conmigo. Cásate conmigo y sé una Gallagher, sé mi esposa y mi reina, déjame estar a tu lado en todo lo que hagas y en todo lo que desees. Cásate conmigo, Kaia. Te quiero. Cásate conmigo.

Durante unos segundos, no puedo respirar. Todo lo que dice está trenzado de amor, y me brotan lágrimas antes de que siquiera haya terminado.

Cuando por fin formula la pregunta de verdad, estoy llorando en silencio, y tardo un momento en recobrar el aliento. Pero cuando lo hago, solo hay una respuesta en mis labios.

Le acaricio la cara y lo acerco hacia mí, besándole una y otra vez hasta que se echa a reír.

—Necesito una respuesta, preciosa.

—¡Oh! —Me río y le beso con fuerza otra vez—. ¡Sí! ¡Sí quiero casarme contigo! ¡Quiero casarme contigo, dios mío, sí!

Nos disolvemos en besos y mi corazón vuela porque, por fin, todo encaja.

Kaia Gallagher, después de todo, suena de maravilla.

Si has disfrutado de la apasionante y peligrosa historia de amor de Flynn y Kaia, no te pierdas ***Guardián Culpable***, una ardiente novela romántica mafiosa con diferencia de edad, donde el protector se convierte en la mayor amenaza.

Yo huí.
Él me persiguió.

Falco Tierney es el ejecutor más letal de mi padre.
Treinta y ocho años. Marcado. Leal al Don.
Hasta que llegué yo.

—Tócala —dice, con una voz tan tranquila como un arma cargada—, y empezaré una guerra.

Soy la princesa de la mafia.
La heredera elegida.
Un peón en una alianza teñida de sangre con los irlandeses.

Me educaron para ser intocable.

En su lugar, dejé que mi guardaespaldas me destruyera.

Lee Guardián Culpable aquí.

Consigue la serie completa aquí.
